

ROJAS ZORRILLA

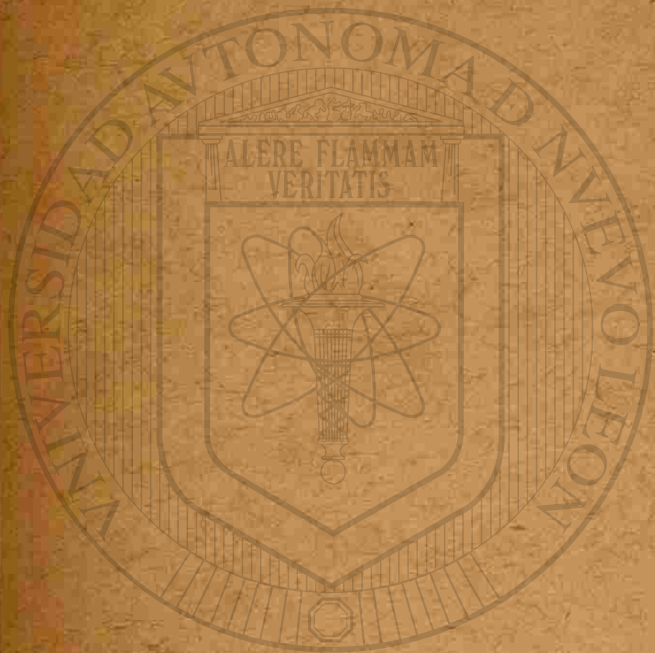
AD A
IÓN C



Biblioteca
Clásica
de ESPAÑA



PQ6171
.A2
R6
c.1



FRANCISCO DE ROSAS ZORRILLA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

110139

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA

GARCÍA DEL CASTAÑAR

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO — LO QUE SON MUJERES

DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY CELOS

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR

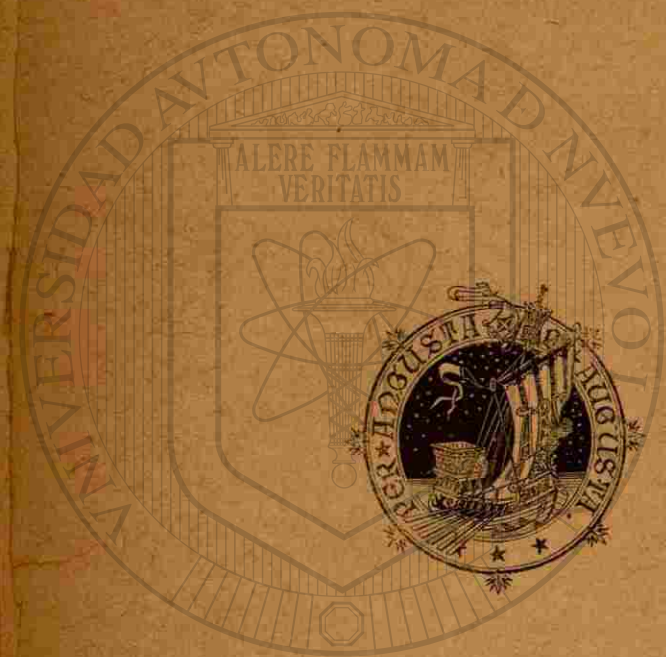
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.^a, *Ausias March*, 95

1884

32647



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª



ADVERTENCIA PRELIMINAR

No es Rojas Zorrilla el más conocido de nuestros grandes dramáticos del siglo xvii, ni muy numerosas las noticias que nos quedan de su vida y obras. Y, sin embargo, figuran las que van en esta colección entre las mejores del antiguo teatro a la misma altura que las de Calderón y Lope, son tan populares como éstas y aun, si cabe, les llevan ventaja, puesto que no necesitan en general arreglos ni refundiciones para alcanzar éxito en nuestros días.

Contribuye á que se prolongue el relativo olvido en que se tuvo á Rojas la misma escasez de datos para la biografía y la crítica. Como en general los eruditos se copian unos á otros, suenan más los nombres que no obligan á aventurar nuevos juicios y permiten repetir frases hechas con el visto bueno de eminentes literatos; hasta que alguno de ellos se dedica á acopiar materiales para usufructuarlos luégo, es casi imposible que circule y alcance popularidad un nombre cualquiera aunque lo merezca. Calderón es más admirado que Rojas, porque ya todos sabemos bajo la fe de los inteligentes que nadie se expone á errar admirándole, y cuanto más se escribe de él más fácil se hace la tarea para los que copian, que es el mayor número, de lo cual resulta que la fama se extiende en progresión geométrica. Lo mismo pasó con Alarcón y

Moreto. Hasta que algunos críticos desenterraron sus obras y pusieron en pié sus mutiladas estatuas, pocos habían visto que emparejaban con las de Lope y del autor de *La vida es sueño*.

Tócale el turno á Rojas, el sexto en la lista según el más común parecer, si no se le perdonan algunos defectos, y si se considera el conjunto de sus obras; tan inspirado y digno de admiración como todos ellos si se le estudia aisladamente en *García del Castañar*, *Entre bobos anda el juego*, *Lo que son mujeres* y algunas otras; admirable siempre, á pesar de los reparos, si fuera más común de lo que ha sido hasta ahora, tratándose del teatro antiguo, prescindir del criterio puramente literario para juzgar las obras dramáticas como tales, esto es, entre bastidores y teniendo en cuenta las costumbres y educación del público que acudía en el siglo xvii á su representación.

Críticos de tan depurado gusto como Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Mesonero Romanos, Ochoa, y Schact y Ticknor entre los extranjeros, elogian en competencia las excepcionales condiciones de aquel gran ingenio, pero ninguno como el alemán Schact, que le atribuye poderosa imaginación, fantasía creadora, alto y vehemente estilo, gran maestría y viveza en la pintura de afectos y mucha gracia é ingenio en el género cómico. «Sus obras maestras—dice—pueden figurar al lado de las más notables de Calderón»; y aunque encuentra que le falta buen juicio y gusto refinado, por lo cual incurrió á veces en extravagancias y engendró verdaderos monstruos, se apresura luego á confesar que buen número de sus obras se distinguen por su composición y pueden contarse entre las más preciosas del Teatro antiguo.

De ellas hemos elegido las que figuran en este volumen, (las que mayor estudio merecen y se leerán con más placer en todos tiempos), con el especial intento de desagraviar la memoria de tan insigne autor, digno de mayor fama.

LOS EDITORES.

DEL REY ABAJO NINGUNO

Y LABRADOR MÁS HONRADO

GARCÍA DEL CASTAÑAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Moreto. Hasta que algunos críticos desenterraron sus obras y pusieron en pié sus mutiladas estatuas, pocos habían visto que emparejaban con las de Lope y del autor de *La vida es sueño*.

Tócale el turno á Rojas, el sexto en la lista según el más común parecer, si no se le perdonan algunos defectos, y si se considera el conjunto de sus obras; tan inspirado y digno de admiración como todos ellos si se le estudia aisladamente en *García del Castañar*, *Entre bobos anda el juego*, *Lo que son mujeres* y algunas otras; admirable siempre, á pesar de los reparos, si fuera más común de lo que ha sido hasta ahora, tratándose del teatro antiguo, prescindir del criterio puramente literario para juzgar las obras dramáticas como tales, esto es, entre bastidores y teniendo en cuenta las costumbres y educación del público que acudía en el siglo xvii á su representación.

Críticos de tan depurado gusto como Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Mesonero Romanos, Ochoa, y Schact y Ticknor entre los extranjeros, elogian en competencia las excepcionales condiciones de aquel gran ingenio, pero ninguno como el alemán Schact, que le atribuye poderosa imaginación, fantasía creadora, alto y vehemente estilo, gran maestría y viveza en la pintura de afectos y mucha gracia é ingenio en el género cómico. «Sus obras maestras—dice—pueden figurar al lado de las más notables de Calderón»; y aunque encuentra que le falta buen juicio y gusto refinado, por lo cual incurrió á veces en extravagancias y engendró verdaderos monstruos, se apresura luego á confesar que buen número de sus obras se distinguen por su composición y pueden contarse entre las más preciosas del Teatro antiguo.

De ellas hemos elegido las que figuran en este volumen, (las que mayor estudio merecen y se leerán con más placer en todos tiempos), con el especial intento de desagraviar la memoria de tan insigne autor, digno de mayor fama.

LOS EDITORES.

DEL REY ABAJO NINGUNO

Y LABRADOR MÁS HONRADO

GARCÍA DEL CASTAÑAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAS

DON GARCÍA, *labrador.*
DOÑA BLANCA, *labradora.*
TERESA, *labradora.*
BELARDO, *viejo.*
EL REY.
LA REINA.
DON MENDO.
BRAS.
EL CONDE DE ORGAZ, *viejo.*
TELLO, *criado.*
DOS CABALLEROS.
MÚSICOS.
LABRADORES.



JORNADA PRIMERA

R. B. Baltasar.
Sale EL REY con banda roja atravesada, leyendo un memorial, y DON MENDO.

REY. Don Mendo, vuestra demanda he visto.

DON MENDO. Decid querella; que me hagáis, suplico en ella, caballero de la banda. Dos meses há que otra vez esta merced he pedido; diez años os he servido en palacio y otros diez en la guerra; que mandáis que esto preceda primero á quien fuere caballero de la insignia que ilustráis. Hallo, señor, por mi cuenta, que la puedo conseguir, que sino fuera pedir una merced para afrenta. Respondióme lo vería,

merezco vuestro favor,
y está en opinión, señor,
sin ella la sangre mía.

REY. Don Mendo, al Conde llamad.

DON MENDO. ¿Y á mi ruego, qué responde?

REY. Está bien; llamad al Conde.

DON MENDO. El Conde viene.

REY. Apartad.

ALERE
DON MENDO. Sale EL CONDE con un papel.
Pedí con satisfacción

la banda y no la pidiera,
si primero no me hiciera
yo propio mi información.

REY. ¿Qué hay de nuevo?

CONDE. En Algecira

temiendo están vuestra espada;
contra vos el de Granada
toda el África conspira.

REY. ¿Hay dineros?

CONDE. Reducido

en este veréis, señor,
el donativo mayor
con que el reino os ha servido.

REY. ¿La información cómo está

que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efeto
de don Mendo? ¿hizose ya?

CONDE. Sí, señor.

REY. ¿Cómo ha salido?

La verdad: ¿qué resultó?

CONDE. Que es tan bueno como yo.

REY. La gente con que ha servido
mi reino, ¿será bastante
para aquesta empresa?

CONDE. Freno

seréis, Alfonso el Onceno,
con él del moro arrogante.

REY. Quiero ver, conde de Orgaz,
á quién deba hacer merced
por sus servicios. Leed.

CONDE. El reino os corone en paz
adonde el Genil felice
arenas de oro reparte.

REY. Guárdeos Dios, cristiano Marte.
Leed, don Mendo.

DON MENDO. Así dice:

«Lo que ofrecen los vasallos
»para la empresa á que aspira
»Vuestra Alteza, de Algecira,
»en gente, plata y caballos:
»Don Gil de Albornoz dará
»diez mil hombres sustentados;
»el de Orgaz, dos mil soldados;
»el de Astorga, llevará
»cuatro mil; y las ciudades
»pagarán diez y seis mil;
»con su gente hasta el Genil
»irán las tres Hermandades
»de Castilla; el de Aguilar,
»con mil caballos lijeros,
»mil ducados en dineros;
»García del Castañar
»dará para la jornada
»cien quintales de cecina,
»dos mil fanegas de harina,
»y cuatro mil de cebada,
»catorce cubas de vino,
»tres hatos de sus ganados,
»cien infantes alistados,
»cien quintales de tocino;
»y doy esta poquedad,
»porque el año ha sido corto;
»mas ofrézcole, si importo,
»también á su Majestad,
»un rústico corazón
»de un hombre de buena ley,
»que aunque no conoce al rey
»conoce su obligación.»

REY. ¡Grande lealtad y riqueza!

DON MENDO. Castañar, humilde nombre.

REY. ¿Dónde reside este hombre?
 CONDE. Oiga quién es vuestra Alteza.
 Cinco leguas de Toledo.
 corte vuestra y patria mía,
 hay una dehesa adonde
 este labrador habita,
 que llaman el Castañar,
 que con los montes confina,
 que de esta imperial de España
 son posesiones antiguas.
 En ella un convento yace
 al pié de una sierra fría,
 del caballero de Asís,
 de Cristo efigie divina,
 porque es tanta de Francisco
 la humildad que le entroniza,
 que aun á los piés de una sierra
 sus edificios fabrica.
 Un valle el término incluye
 de castaños, y apéllidan
 del Castañar por el valle
 al convento y á García,
 adonde como Abrahán
 la caridad ejercita,
 porque en las cosechas andan
 el cielo y él á porfía.
 Junto del convento tiene
 una casa compartida
 en tres partes; una es
 de su rústica familia,
 copioso albergue de fruto
 de la vid y de la oliva.
 Tesoro donde se encierra
 el grano de las espigas,
 que es la abundancia tan grande
 del trigo que Dios le envía
 que los pósitos de España
 son de sus trojes hormigas.
 Es la segunda un jardín,
 cuyas flores repartidas

fragantes estrellas son
 de la tierra y del sol hijas;
 tan varias y tan lucientes
 que parece cuando brillan
 que bajó la cuarta esfera
 sus estrellas á esta Quinta;
 es un cuarto la tercera
 en forma de galería,
 que de jaspes de san Pablo
 sobre tres arcos estriba.
 Ilústranle unos balcones
 de verde y oro, y encima
 del tejado de pizarras
 globos de esmeraldas finas.
 En él vive con su esposa,
 Blanca, la más dulce vida
 que vió el amor, compitiendo
 sus bienes con sus delicias,
 de quien no copio, señor,
 la beldad que el sol envidia,
 porque ahora no conviene
 á la ocasión ni á mis días;
 baste deciros, que siendo
 sus riquezas infinitas,
 con su esposa comparadas
 es la menor de sus dichas.
 Es un hombre bien dispuesto,
 que continuo se ejercita
 en la caza, y tan valiente,
 que vence á un toro en la lidia.
 Jamás os ha visto el rostro
 y huye de vos, porque afirma,
 que es sol el rey, y no tiene
 para tantos rayos vista.
 García del Castañar
 es éste, y os certifica
 mi fe, que si le lleváis
 á la guerra de Algecira,
 que llevéis á vuestro lado
 una prudencia que os rija.

una verdad sin embozo,
una agudeza advertida,
un rico sin ambición,
un parecer sin porfia,
un valiente con discurso
y un labrador sin malicia.

REY. ¡Notable hombre!

CONDE. Os prometo
que en él las partes se incluyen
que en palacio constituyen
un caballero perfecto.

REY. ¿No me ha visto?

CONDE. Eternamente.

REY. Pues yo le tengo de ver;
dél experiencia he de hacer:
yo y don Mendo solamente
y otros dos hemos de ir,
pues es el camino breve;
la cetrería se lleve
porque podamos fingir
que vamos á caza, que hoy
desta suerte le he de hablar,
y en llegando al Castañar
ninguno dirá quien soy.
¿Qué os parece?

CONDE. La agudeza
á la ocasión corresponde.

REY. Prevenid caballos, Conde.

CONDE. Voy á serviros. *(Vase.)*

Sale LA REINA.
DON MENDO. Su Alteza.

REINA. ¿Dónde, señor?

REY. Á buscar
un tesoro sepultado
que el Conde ha manifestado.

REINA. ¿Lejos?

REY. En el Castañar.

REINA. ¿Volveréis?

REY. Luego que ensaye
en el crisol su metal.

REINA. Es la ausencia grave mal.
REY. Antes que los montes raye
el sol, volveré, señora,
á vivir la esfera mía.

REINA. Noche es la ausencia.

REY. Vos día.

REINA. Vos mi sol.

REY. Y vos mi aurora. *(Vase la Reina.)*

DON MENDO. ¿Qué decís á mi demanda?

REY. De vuestra nobleza estoy
satisfecho, y pondré hoy
en vuestro pecho esta banda;
que si la doy por honor
á un hombre indigno, don Mendo,
será en su pecho remiendo
y mudará de color;
y al noble seré importuno
si á su desigual permito,
porque si á todos admito
no la estimará ninguno. *(Vanse.)*

Sale DON GARCÍA, labrador.

DON GARCÍA. Fábrica hermosa mía,
habitación de un infeliz dichoso,
oculto desde el día
que el castellano pueblo victorioso
con lealtad oportuna
al niño Alfonso coronó en la cuna.
En ti vivo contento
sin desear la corte ó su grandeza,
al ministerio atento
del campo, donde encubro mi nobleza,
en quien fui peregrino
y extraño huésped, y quedé vecino.
En ti, de bienes rico,
vivo contento con mi amada esposa,
cubriendo su pellico
nobleza, aunque ignorada generosa,
que aunque su sér ignoro,
sé su virtud y su belleza adoro.
En la casa vivía

de un labrador de Orgaz prudente y cano;
 vila, y dejóme un día
 como suele quedar en el verano,
 del rayo á la violencia
 ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
 Mi mal consulté al Conde,
 y asegurando que en mi esposa bella
 sangre ilustre se esconde,
 caséme amante y me ilustré con ella;
 que acudí, como es justo,
 primero á la opinión y luego al gusto.
 Vivo en feliz estado,
 aunque no sé quién es, y ella lo ignora;
 secreto reservado
 al Conde, que la estima y que la adora,
 ni jamás ha sabido
 que nació noble el que eligió marido.
 Mi Blanca, esposa amada,
 que divertida entre sencilla gente,
 de su jardín traslada
 puros jazmines á su blanca frente;—
 mas ya todo me avisa
 que sale Blanca, pues que brota risa.

*Salen DOÑA BLANCA, labradora, con flores, BRAS,
 TERESA, BELARDO, viejo, y músicos, pastores.*

MÚSICA.

*Esta es Blanca como el sol,
 que la nieve no;
 esta es hermosa y lozana,
 como el sol,
 que parece á la mañana,
 como el sol;
 que aquestos campos alegre,
 como el sol,
 con quien es la nieve negra
 y del almendro la flor;
 esta es Blanca como el sol,
 que la nieve no.*

DON GARCÍA. Esposa, Blanca querida,
 injustos son tus rigores,
 si por dar vida á las flores
 me quitas á mí la vida.

D.^a BLANCA. Mal daré vida á las flores
 cuando pisarlas suceda,
 pues mi vida ausente queda
 adonde animas, amores;
 porque así quiero, García,
 sabiendo cuánto me quieres,
 que si tu vida perdieres
 puedas vivir con la mía.

DON GARCÍA. No habrá merced que sea mucha,
 Blanca, ni grande favor,
 si le mides con mi amor.

D.^a BLANCA. ¿Tanto me quieres?

DON GARCÍA.

Escucha:

No quiere el segador al aura fría,
 ni por abril el agua mis sembrados,
 ni yerba en mi dehesa mis ganados,
 ni los pastores la estación umbría,
 Ni el enfermo la alegre luz del día,
 la noche los gañanes fatigados,
 blandas corrientes los amenos prados,
 más que te quiero, dulce esposa mía;

Que si hasta hoy su amor desde el primero
 hombre juntaran, cuando así te ofrecés,
 en un sujeto á todos los prefiero;

Y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces
 y no puedo querer más que te quiero,
 aún no te quiero como tú mereces.

D.^a BLANCA.

No quieren más las flores al rocío
 que en los fragantes vasos el sol bebe,
 las arboledas la deshecha nieve,
 que es cima de cristal y después río:

El índice de piedra al Norte frío,
 el caminante al iris cuando llueve,
 la oscura noche la traición aleve,
 más que te quiero, dulce esposo mío;
 Porque es mi amor tan grande que á tu nombre

como á cosa divina construyera
 aras donde adorarle; y no te asombre,
 Porque si el sér de Dios no conociera,
 dejara de adorarte como hombre,
 y por Dios te adorara y te tuviera.

BRAS. Pues están Blanca y García
 como palomos de bien,
 requiebrémonos también
 porque desde el otro día
 tu carilla me engarrucha.

TERESA. Y á mí tu talle, mi Bras.

BRAS. ¿Más que te quiero yo más?

TERESA. ¿Mas que no?

BRAS. Teresa, escucha:

desde que te ví, Teresa,
 en el arroyo á pracer,
 ayudándote á torcer
 los manteles de la mesa,
 y torcidos y lavados
 nos dijo cierto estudiante:
 «Así á un pobre pleiteante
 suelen dejar los letrados.»
 Eres de mí tan querida
 como lo es de un logrero
 la vida de un caballero
 que dió un juro de por vida.

Sale TELLO.

TELLO. Envidie, señor García,
 vuestra vida el más dichoso;
 sólo en vos reina el reposo.

D.^a BLANCA. ¿Qué hay, Tello?

TELLO. ¡Oh señora mía!

¡Oh Blanca hermosa, de donde
 proceden cuantos jazmines
 dan fragancia á los jardines!
 Vuestras manos besa el Conde.

D.^a BLANCA. ¿Cómo está el Conde?

TELLO. Señora,
 á vuestro servicio está.

DON GARCÍA. Pues Tello, ¿qué hay por acá?

TELLO. Escuchad aparte agora:
 hoy con toda diligencia
 me mandó que este os dejase
 y respuesta no esperase.
 Con esto, dadme licencia.

DON GARCÍA. ¿No descansaréis?

TELLO. Por vos
 me quedara hasta otro día;
 mas no han de verme, García,
 los que vienen cerca. Adiós.

(Vase.)

DON GARCÍA. El sobrescrito es á mí;
 ¿mas que me riñe porque
 corto el donativo fué
 que hice al Rey? Mas dice así:

«El Rey, señor don García,
 »que su ofrecimiento vió,
 »admirado preguntó
 »quién era vueseñoría.
 »Díjese que un labrador
 »desengañado y discreto,
 »y á examinar va en secreto
 »su prudencia y su valor.
 »No se dé por entendido,
 »no diga quién es al Rey,
 »porque aunque estime su ley,
 »fué de su padre ofendido,
 »y sabe cuánto le enoja
 »quien su memoria despierta.
 »Quede adiós, y el Rey, advierta,
 »que es el de la banda roja.
 »El conde de Orgaz, su amigo.»
 Rey Alonso, si supieras
 quién soy, ¡cómo previnieras
 contra mi sangre el castigo
 de un difunto padre!

D.^a BLANCA. Esposo,
 silencio y poco reposo
 indicios de triste son.
 ¿Qué tienes?

DON GARCÍA. Mándame, Blanca,

en esta el Conde, que hospede
á unos señores.

D.^a BLANCA. Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

BRAS. De cuatro rayos con crines,
generación española,
de unos cometas con cola,
ó aves, ó al fin rocines,
que andan bien y vuelan mal,
cuatro bizarros señores
que parecen cazadores
se apean en el portal.

DON GARCÍA. No te des por entendida
de que sabemos que vienen.

TERESA. ¡Qué lindos talles que tienen!

BRAS. Pardiez que es gente llocida.

Salen EL REY sin banda y DON MENDO con banda y DOS
CAZADORES.

REY. Guárdeos Dios, los labradores.

DON GARCÍA. (Aparte. Ya veo al de la divisa.)
Caballeros de alta guisa,
Dios os dé bienes y honores.
¿Qué mandáis?

DON MENDO. ¿Quién es aquí
García del Castañar?

DON GARCÍA. Yo soy á vuestro mandar.

DON MENDO. Galán sois.

DON GARCÍA. Dios me hizo así.

BRAS. Mayoral de sus porqueros
só, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros,
que lo haré de mala gana
como verán por la obra.

DON GARCÍA. Quitá, bestia.

BRAS. El bestia sobra.

REY. ¡Qué simplicidad tan sana!
Guárdeos Dios.

DON GARCÍA. Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,

me aficiona.

BRAS. Es como un oro;
á mí también me inficiona.

DON MENDO. Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
á verla y á descansar
un rato, mientras que pasa
el sol de aqueste horizonte.

DON GARCÍA. Para labrador de un monte,
grande juzgaréis mi casa;
y aunque un albergue pequeño
para tal gente será,
sus defectos suplirá
la voluntad de su dueño.

DON MENDO. ¿Nos conocéis?

DON GARCÍA. No, en verdad,
que nunca de aquí salimos.

DON MENDO. En la cámara servimos
los cuatro á su Majestad
para serviros. García,
¿quién es esta labradora?

DON GARCÍA. Mi mujer.

DON MENDO. Gocéis, señora,
tan honrada compañía
mil años, y el cielo os dé
más hijos que vuestras manos
arrojan al campo granos.

D.^a BLANCA. No serán pocos á fe.

DON MENDO. ¿Cómo es vuestro nombre?

D.^a BLANCA. Blanca.

DON MENDO. Con vuestra beldad conviene.

D.^a BLANCA. No puede serlo quien tiene
la cara á los aires franca.

REY. Yo también, Blanca, deseo,
que viváis siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veáis más nietos que veo
árboles en vuestra sierra,
siendo á vuestra sucesión

- breve para habitación
cuanto descubre esa sierra.
- BRAS. No digan más desatinos;
qué poco en hablar reparan;
si todo el campo pobraran,
¿dónde han de estar mis cochinos?
- DON GARCÍA. Rústico entretenimiento
será para vos mi gente;
pues la ocasión lo consiente,
recibid sin cumplimiento
algún regalo en mi casa.
Tú disponlo, Blanca mía.
- DON MENDO. *(Ap. Llámala fuego, García,
pues el corazón me abrasa.)*
- REY. Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.
- DON GARCÍA. Con esta misma llaneza
sirviera á su Majestad:
que aunque no le he visto, intento
servirle con afición.
- REY. ¿Para no verle, hay razón?
- DON GARCÍA. Oh, Señor, ese es gran cuento;
dejadle para otro día.—
Tú, Blanca, Bras y Teresa,
id á prevenir la mesa
con alguna niñería. *(Vanse los tres.)*
- REY. Pues yo sé que el rey Alfonso
tiene noticias de vos.
- DON MENDO. Testigo somos los dos.
- DON GARCÍA. ¿El Rey de un villano intonso?
- REY. Y tanto el servicio admira
que hicisteis á su corona
ofreciendo ir en persona
á la guerra de Algecira,
que si la Corte seguís,
os ha de dar á su lado
el lugar más envidiado
de palacio.
- DON GARCÍA. ¿Qué decis?
Más precio entre aquellos cerros

salir á la primer luz
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo,
y cuando son á los ojos
pardas nubes con piés rojos,
batir sus alas al vuelo,
y derribar esparcidas
tres ó cuatro, y anhelando
mirar mis perros, buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca;
y traer las que palpitan
á mis manos, que las quitan
con su gusto de su boca,
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa como
suele de la guerra el Conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas ó tres
pastilla de lumbre es
y canela del Brasil;
y entregársele á Teresa
que con vinagre y aceite
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos, que no hay cosa
como á dos perdices, dos;
y levantando una presa

dársela á Teresa, más
 porque tenga envidia Bras
 que por dársela á Teresa;
 y arrojar á mis sabuesos
 el esqueleto roído,
 y oír por tono el crugido
 de los dientes y los huesos;
 y en el cristal transparente
 brindar, y con mano franca
 hacer la razón mi Blanca
 con el cristal de una fuente;
 levantar la mesa dando
 gracias á quien nos envía
 el sustento cada día
 varias cosas platicando;
 que aquesto es el Castañar,
 que en más estimo, señor,
 que cuanta hacienda y honor
 los reyes me puedan dar.

REY.

¿Pues cómo al Rey ofrecéis
 ir en persona á la guerra
 si amáis tanto vuestra tierra?

DON GARCÍA.

Perdonad, no lo entendéis.
 El Rey es, de un hombre honrado,
 en necesidad sabida,
 de la hacienda y de la vida
 acreedor privilegiado.
 Agora con pecho ardiente
 se parte al Andalucía
 para extirpar la herejía
 sin dineros y sin gente;
 así le envié á ofrecer
 mi vida, sin ambición,
 por cumplir mi obligación
 y porque me ha menester;
 que, como hacienda debida,
 al Rey le ofrecí de nuevo
 esta vida que le debo
 sin esperar que la pida.

REY.

Pues concluída la guerra,

¿no os quedaréis en palacio?

DON GARCÍA. Vívase aquí más de espacio,
 es más segura esta tierra.

REY. Posible es que os ofrezca
 el Rey lugar soberano.

DON GARCÍA. ¿Y es bien que le dé á un villano
 el lugar que otro merezca?

REY. Elegir el Rey amigo
 es distributiva ley.

Bien puede.

DON GARCÍA. Aunque pueda el Rey
 no lo acabará conmigo;
 que es peligrosa amistad
 y sé que no me conviene,
 que á quien ama, es el que tiene
 más poca seguridad;
 que por acá siempre he oído
 que vive más arriesgado
 el hombre del rey amado
 que quien es aborrecido;
 porque el uno se confía
 y el otro se guarda dél:
 tuve yo un padre muy fiel
 que muchas veces decía,
 dándome buenos consejos,
 que tenía certidumbre
 que era el rey como la lumbre
 que calentaba de lejos
 y desde cerca quemaba.

REY. También dicen más de dos
 que suele hacer como Dios,
 del lodo que se pisaba,
 un hombre ilustrado, á quien
 le venere el más bizarro.

DON GARCÍA. Muchos le han hecho de barro,
 y le han deshecho también.

REY. Sería el hombre imperfecto.

DON GARCÍA. Sea imperfecto ó no sea
 el Rey á quien no desea,
 ¿qué puede darle, en efecto?

REY. Daráos premios.
 DON GARCÍA. Y castigos.
 REY. Daráos gobierno.
 DON GARCÍA. Y cuidados.
 REY. Daráos bienes.
 DON GARCÍA. Envidiados.
 REY. Daráos favor.
 DON GARCÍA. Y enemigos.
 Y no os tenéis que cansar
 que yo sé no me conviene,
 ni daré por cuanto tiene
 un dedo del Castañar.
 Esto sin que un punto ofenda
 á sus reales resplandores;
 mas lo que importa, señores,
 es prevenir la merienda.
 REY. Poco el Conde le encarece;
 más es de lo que pensaba.
 DON MENDO. La casa es bella.
 REY. Extremada.
 ¿Cuál lo mejor os parece?
 DON MENDO. Si ha de decir la fe mía
 la verdad á vuestra Alteza,
 me parece la belleza
 de la mujer de García.
 REY. Es hermosa.
 DON MENDO. Es celestial;
 es ángel de nieve pura.
 REY. ¿Ese es amor?
 DON MENDO. La hermosura
 ¿á quién le parece mal?
 REY. Cubríos, Mendo, ¿qué hacéis?
 que quiero en la soledad
 deponer la majestad.
 DON MENDO. Mucho, Alfonso, recogéis
 vuestros rayos, satisfecho
 que sois por fe venerado,
 tanto, que os habéis quitado
 la roja banda del pecho
 para encubrirlos y dar

(Vase.)
 (Ap.)

aliento nuevo á mis bríos.
 REY. No nos conozcan, cubríos,
 que importa disimular.
 DON MENDO. Ricohombre soy, y de hoy más
 grande es bien que por vos quede.
 REY. Pues ya lo dije, no puede
 volver mi palabra atrás.
 Sale DOÑA BLANCA.
 D.^a BLANCA. Entrad, si queréis, señores,
 merendar, que ya os espera
 como en una primavera
 la mesa llena de flores.
 DON MENDO. ¿Y qué tenéis que nos dar?
 D.^a BLANCA. ¿Para qué saberlo quieren?
 comerán lo que les dieran,
 pues que no lo han de pagar,
 ó quedaránse en ayunas;
 mas nunca faltan, señores,
 en casa de labradores
 queso, arroje y aceitunas;
 y blanco pan les prometo
 que amasamos yo y Teresa,
 que pan blanco y limpia mesa
 abren las ganas á un muerto;
 también hay de las tempranas
 uvas de un majuelo mío,
 y en blanca miel de rocío
 berengenas toledanas;
 perdices en escabeche,
 y de jabalí, aunque fea,
 una cabeza en jalea
 porque toda se aproveche:
 cocido en vino un jamón,
 y un chorizo que provoque
 á que con el vino aloque
 hagan todos la razón;
 dos ánades, y cecinas
 cuantas los montes ofrecen,
 cuyas hebras me parecen
 deshojadas clavellinas,

que cuando vienen á estar
cada una de por sí,
como seda carmesí
se pueden al torno hilar.

REY.

Vamos, Blanca.

D.^a BLANCA.Hidalgos, ea,
merienden, y buena pro.*(Vanse el rey y los dos cazadores.)*

DON MENDO.

Labradora, ¿quién te vió
que amante no te desea?D.^a BLANCA.

Venid y callad, señor.

DON MENDO.

Cuanto previenes, trocara
á un plato que sazónara
en tu voluntad amor.D.^a BLANCA.Pues decidme, cortesano,
el que trae la banda roja,
¿qué en mi casa se os antoja
para guisarle?

DON MENDO.

Tu mano.

D.^a BLANCA.Una mano de almodrote
de vaca os sabrá más bien:
guarde Dios mi mano, amén,
no se os antoje gigote:
que harán si la tienen gana,
y no hay quien los replique,
que se pique, y se repique
la mano de una villana,
para que un señor la coma.

DON MENDO.

La voluntad la sazone
para mis labios.D.^a BLANCA.Perdone,
bien está San Pedro en Roma;
y si no lo habéis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que sólo sirve ese plato
al gusto de mi marido;
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas ni rodeos.

DON MENDO.

Yo con mi estado, y deseos
te lo pagaré también.D.^a BLANCA.En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no comprarán Gitanos
á la mujer de García,
que es muy ruda y montaraz.

DON MENDO.

Y bella como una flor.

D.^a BLANCA.¿Que de dónde soy, señor?
para serviros, de Orgaz.

DON MENDO.

Que eres del cielo sospecho,
y en el rigor, de la sierra.D.^a BLANCA.¿Son bobas las de mi tierra?
merendad, y buen provecho.

DON MENDO.

¿No me entiendes, Blanca mía?

D.^a BLANCA.Bien entiendo vuestra trova,
que no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mía.

DON MENDO.

Pues por tus ojos amados,
que has de oirme, la de Orgaz.D.^a BLANCA.Tengamos la fiesta en paz:
entrad ya, que están sentados,
y tened más cortesía.

DON MENDO.

Tú menos riguridad.

D.^a BLANCA.Si no queréis, aguardad:
¡Ah, marido: hola, García!
Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA.

¿Qué queréis, ojos divinos?

D.^a BLANCA.Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de Calainos.

DON GARCÍA.

*(Ap. Si el cuento fuera de amor
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice?
Mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
cuando no de mi linaje,
se me ha pegado del traje
la malicia y proceder:
sin duda no quiere entrar
por no estar con sus criados
en una mesa sentados;*

Quiéroselo replicar
de manera que no entienda
que le conozco.) Señor,
entrad, y haréisme favor,
y alcanzad de la merienda
un bocado, que os le dan
con voluntad, y sin paga,
y mejor provecho os haga
que no el bocado de Adán.

Sale BRAS, y saca algo de comer, y un jarro cubierto.

BRAS. Un caballero me envía
á decir como os espera.

DON MENDO. ¿Cómo, Blanca, eres tan fiera? *(Vase.)*

D.^a BLANCA. Así me quiere García.

DON GARCÍA. ¿Es el cuento?

D.^a BLANCA. Proceder

en él quiere pertinaz;

mas déjala á la de Orgaz,

que ella sabrá responder.

BRAS. Todos están en la mesa,

quiere á solas, y sentado

mamarme lo que he arrugado

sin que me viese Teresa.

¡Qué bien que se satisface

un hombre sin compañía!

Bebed, Bras, por vida mía.

UNO *(Dentro.)* Bebed vos.

OTRO *(Dentro.)* ¿Yo? que me place.

REY. Caballeros, ya declina
el sol al mar Oceano.

DON GARCÍA. Comed más, que aún es temprano:

ensanchad bien la petrina.

REY. Quieren estos caballeros

un ave en tierra rasa

volarla.

DON GARCÍA. Pues á mi casa

os volved.

REY. Obedeceros

no es posible.

DON GARCÍA. Cama blanda

ofrezco á todos, señores,
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

REY. Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos,
que desde mañana hacemos
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en palacio;
Blanca, adiós; adiós, García.

DON GARCÍA. El cielo os guarde.

REY. Otro día

hablaremos más despacio.

DON MENDO. Labradora, hermosa mía,

tén de mi dolor memoria.

D.^a BLANCA. Caballero, aquesa historia

se ha de tratar con García.

DON GARCÍA. ¿Qué decís?

DON MENDO. Que dé á los dos

el cielo vida, y contento.

D.^a BLANCA. Adiós, señor, el del cuento.

DON MENDO. Muerto voy, adiós.

DON GARCÍA. Adiós.

Y tú, bella como el cielo,
ven al jardín, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente, que aguarda
el mal seguro favor,

la sequedad del señor,
ni la provisión que tarda,
ni la esperanza que yerra,
ni la ambición arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra,
ni por los mares el Norte;
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
van esta tarde á la Corte;
mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mía,

que es hoy el primero día
que he tropezado en enojos.
D.^a BLANCA. ¿De qué son tus descontentos?
DON GARCÍA. Del cuento del cortesano.
D.^a BLANCA. Vamos al jardín, hermano,
que esos son cuentos de cuentos.

JORNADA SEGUNDA.

Salen LA REINA y EL CONDE.

REINA. Vuestra extraña relación
me ha enternecido, y prometo
que he de alcanzar, con efeto,
para los dos el perdón;
porque de Blanca y García
me ha encarecido su Alteza,
en el uno la belleza,
y en otro la gallardía.
Y pues que los dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.

CONDE. Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiración:
salió al fin de la prisión,
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca, que era
de dos años á ocasión
que era yo contra Aragón
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar,
y en un pequeño lugar,
con la jornada prolija,
adoleció de tal suerte,

que aunque le acudí en secreto,
en dos días, en efeto,
cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
con silencio, y apiadado
mandé, que á Orgaz un soldado
la inocente criatura
llevase, y un labrador
la crió, hasta que un día
la casaron con García
mis consejos y su amor:
que quiso, sin duda alguna,
el cielo, que ambos se viesen,
y de los padres tuviesen
juntas la sangre y fortuna.
Yo os prometo de alcanzar
el perdón.

Sale BRAS.

REINA. Buscandolé,
BRAS. pardíobre que me colé,
como fraile, sin llamar;
Topé: su sonsería
me dé las manos y piés.
Bien venido, Bras.

CONDE. ¿Quién es?

REINA. Un criado de García.

CONDE. Llegad.

BRAS. ¡Qué brava hermosura!

Esta sí que el ojo abonda;
pero si vos sois la Conda
tendréis muy mala ventura.

CONDE. ¿Y qué hay para allá, mancebo?

BRAS. Como al Castañar no van
estafetas de Milán,
no he sabido qué hay de nuevo;
¿y por acá, qué hay de guerra?

CONDE. Juntando dineros voy.

BRAS. De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazón me ensancha

cuando duermo más seguro
que en Flandes detrás de un muro,
en un carro de la Mancha.

REINA. Escribe bien, breve y grave.
CONDE. Es sabio.

REINA. Á mi parecer,
más es que serlo, tener
quien en palacio le alabe.

Sale DON MENDO.

DON MENDO. Su Alteza espera.

REINA. Muy bien
la banda está en vuestro pecho. (Vase.)

DON MENDO. Por vos su Alteza me ha hecho
aquesta honra.

CONDE. También
tuve parte en esta acción.

DON MENDO. Vos me disteis esta banda,
que mía fué la demanda
y vuestra la información.
Ayer con su Alteza fui,
y dióme esta insignia, Conde,
yendo al Castañar. (Ap. Adonde
libre fui, y otro volví.)

Sale TELLO.

TELLO. El Rey llama.

CONDE. Espera, Bras.

BRAS. El billorete leed.

CONDE. Este hombre entretened
mientras vuelvo.

BRAS. Estoy de más,
desempachadme temprano,
que el palacio y los olores
se hicieron para señores,
no para un toscó villano.

CONDE. Ya vuelvo. (Vanse el conde y Tello.)

DON MENDO. Conocer quiero
este hombre.

BRAS. ¿No hay habrar?
¿Cómo fué en el Castañar
ayer tarde, caballero?

DON MENDO. (Ap.) Daré á tus aras mil veces
holocaustos, Dios de amor,
pues en este labrador
remedio á mi mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
me tienes! ¡Con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡Nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero,
que fuera Alfonso á tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corvo africano acero!
¡Plugiera á Dios, labrador,
que al áspid fiero y hermoso,
que sirves, y cauteloso
fué causa de mi dolor,
sirviera yo, y mis Estados
te diera, la renta mía,
que por ver á Blanca un día
fuera á guardar sus ganados!

BRAS. ¿Qué diablos tiene, señor,
que salta, brinca y recula?
Sin duda la tarantúla
le ha picado ó tiene amor.

DON MENDO. (Ap. Amor, pues norte me das,
de éste tengo de saber
si á Blanca la podré ver.)
¿Cómo te llamas?

BRAS. Yo, Bras.

DON MENDO. ¿De dónde eres?

BRAS. De la villa
de Ajofrín, si sirvo en algo.

DON MENDO. ¿Y eres muy gentil hidalgo?

BRAS. De los Brases de Castilla.

DON MENDO. Ya lo sé.

BRAS. Decís verdad,
que só antiguo, aunque no rico,
pues vengo de un villancico
del día de Navidad.

DON MENDO. Buen talle tienes.

BRAS. Bizarro:
 mire qué pié tan perfeto:
 ¿Monda nisperos el peto?
 ¿Y estos ojuelos son barro?
 ¿Y eres muy discreto, Bras?
 DON MENDO. En eso soy extremado,
 porque cualquiera cuitado
 presumo que sabe más.
 BRAS. ¿Quieres servirme en la Corte,
 y verás cuánto te precio?
 DON MENDO. Caballero, aunque só necio,
 razonamientos acorte,
 y si algo quiere mandarme
 acabe ya de parillo.
 BRAS. Toma, Bras, este bolsillo.
 DON MENDO. Mas, por Dios, quiere burlarme.
 BRAS. Á ver, acerque la mano.
 DON MENDO. Escudos son.
 BRAS. Yo lo creo;
 mas por no engañarme, veo
 si está por de dentro vano;
 dinero es, y de ello infiero
 que algo pretende que haga,
 porque el hablar, bien se paga.
 DON MENDO. Sólo que me digas quiero,
 si ver podré á tu señora.
 BRAS. ¿Para malo ó para bueno?
 DON MENDO. Para decirla que peno,
 y que el corazón la adora.
 BRAS. Lástima os tengo, así viva,
 por lo que tengo en el pecho:
 que aunque rudo, amor me ha hecho
 el mío como una criba.
 Yo os quiero dar una traza
 que de provecho será:
 Aquestas noches se va
 mi amo García á caza
 de jabalíes; vestida
 le aguarda sin prevención,
 y si entráis por un balcón,

la hallaréis medio dormida,
 porque hasta el alba le espera;
 y esto muchas veces pasa
 á quien deja hermosa en casa,
 y busca en otra una fiera.
 DON MENDO. ¿Me engañas?
 BRAS. Cosa es tan cierta,
 que de noche en ocasiones
 suelo entrar por los balcones
 por no llamar á la puerta,
 ni que Teresa me abra;
 y por la honda, que deja
 puesta Belardo en la reja,
 trepando voy como cabra,
 y la hallo sin embarazo
 sola, esperando á García,
 porque le aguarda hasta el día
 recostada sobre el brazo.
 DON MENDO. En ti el amor me promete
 remedio.
 BRAS. Pues esto haga.
 DON MENDO. Yo te ofrezco mayor paga.
 BRAS. Esto no es ser alcagüete.
 DON MENDO. Blanca, esta noche he de entrar
 á verte, á fe de español,
 que para llegar al sol
 las nubes se han de escalar.
Vase, y salen EL REY y EL CONDE.
 REY. El hombre es tal, que prometo,
 que con vuestra aprobación
 he de llevarle á esta acción,
 y ennoblecerle.
 CONDE. Es discreto
 y valiente; en él están
 sin duda resplandecientes
 las virtudes convenientes
 para hacerle capitán;
 que yo sé que suplirá
 la falta de la experiencia
 su valor y su prudencia.

REY. Mi gente lo acetará,
pues vuestro valor le abona,
y sabe de vuestra ley,
que sin méritos, al Rey
no le proponéis persona;
traedle mañana, Conde.

(Vase.)

CONDE (Ap.) Yo sé que aunque os acuitéis,
que en la ocasión publicuéis
la sangre que en vos se esconde.

BRAS. Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.

CONDE. Que se recibió el dinero,
que al donativo ofreció,
le decid, Bras, á García;
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto,
y responderé otro día.

(Vase.)

BRAS. No llevo cosa que importe;
sobre tardanza prolija,
¿largo parto y parir hija?
Propio despacho de Corte.

(Vase.)

Sale DON GARCÍA de cazador, con un puñal y un arcabuz.

DON GARCÍA. Bosques míos frondosos,
de día alegres, cuanto tenebrosos
mientras baña Morfeo
la noche con las aguas del Leteo,
hasta que sale de Factón la esposa
coronada de plumas y de rosa;
en vosotros doctrina
halla sobre quien Marte predomina,
disponiendo sangriento
á mayores contiendas el aliento,
porque furor influye
la caza que á la guerra substituye.
Yo soy el vivo rayo
feroz de vuestras fieras, que me ensayo
para ser, con la sangre que me inspira,
rayo del Castañar en Algecira;
criado en vuestras grutas y campañas,
Alcides español de estas montañas,

que contra sus tiranos
clava es cualquier dedo de mis manos,
siendo por mí esta vera
pródiga en carnes, abundante en cera,
vengador de sus robos,
parca común de osos y de lobos,
que por mí el cabritillo y simple oveja
del montañés pirata no se queja,
y cuando embiste airado
á devorar el tímido ganado,
si me arrojé al combate
ocioso el can en la palestra late.
Que durmiendo entre flores,
en mi valor fiados los pastores,
cuando abre el sol sus ojos,
desperezados ya los miembros flojos,
cuando al ganado asisto,
cuando al corsario embisto,
pisan difunta la voraz caterva
más lobos sus abarcas que no yerva.
¿Qué colmenar copioso
no demuele defensas contra el oso,
fabricando sin muros
dulce y blanco licor en nichos puros?
Que por esto han tenido,
gracias al plomo á tiempo compelido,
en sus cotos amenos,
un enemigo las abejas menos.
Que cuando el sol acaba,
y en el postrero parasismo estaba,
á dos colmenas, que robado había,
las caló dentro de una fuente fría,
ahogando en sus cristales
las abejas que obraron sus panales,
para engullir segura
la miel, que misturó en el agua pura,
y dejó, bien que turbia, su corriente
el agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche bajando
un jabalí á aqueste arroyo blando,

y cristalino cebo,
 con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
 le miré cara á cara,
 haciéndose lugar entre la jara,
 despejando la senda sus cuchillos,
 de marfil ó de acero sus colmillos;
 pero á una bala presta,
 la luz condujo á penetrar la testa,
 oyendo el valle á un tiempo repetidos
 de la pólvora el eco y los bramidos.
 Los dos serán trofeos
 pendientes en mis puertas, aunque feos,
 después que Blanca con su breve planta
 su cerviz pise, y por ventura tanta
 dirán, «ni aun en la muerte
 tiene el cadáver de un dichoso suerte,
 que en la ocasión más dura,
 á las fieras no falta la ventura.»
 Mas el rumor me avisa
 que un jabalí descende: con gran prisa
 vuelve huyendo: habrá oído
 algún rumor distante su sentido;
 porque en distancia larga
 oye calar al arcabuz la carga,
 y esparcidas las puntas,
 que sobre el cerro acumulaba juntas,
 si oye la bala ó menear la cuerda,
 es ala, cuando huye, cada cerda.

Sale DON MENDO, y un criado con una escala.

DON MENDO. ¿Para esto, amor tirano,
 del cerco toledano
 al monte me trajiste,
 para perderme en su maleza triste?
 ¿Mas qué esperar podía
 ciego, que á un ciego le eligió por guía?
 Una escala previene, con intento,
 Blanca, de penetrar tu firmamento,
 y lo mismo emprendiera
 si fueras Diosa en la tonante esfera,
 no montañesa ruda,

sin honor, sin esposo que te acuda,
 que en este loco abismo
 intentara lo mismo,
 si fueras, Blanca bella,
 como naciste humana, pura estrella;
 bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
 bajara en polvo, y ascendiera en humo.

DON GARCÍA. Llegó primero al animal valiente,
 que á mi sentido, el ruido de esta gente.

DON MENDO. En esta luna de Octubre
 suelen salir cazadores
 á esperar los jabalíes:
 quiero llamar: ¡Ha del monte!

¡Hola, hao!

CRIADO. Pesia sus vidas,

¿qué buscan? ¿de qué dan voces?

DON MENDO. ¿El sitio del Castañar
 está lejos?

DON GARCÍA. En dos trotes
 se pueden poner en él.

DON MENDO. Pasábamos á los montes,
 y el camino hemos perdido.

DON GARCÍA. Aquese arroyuelo corre
 al camino.

DON MENDO. ¿Qué hora es?

DON GARCÍA. Poco menos de las doce.

DON MENDO. ¿De dónde sois?

DON GARCÍA. Del infierno;

id en buen hora, señores,
 no me espantéis más la caza,
 que me enojaré, pardiobre.

DON MENDO. ¿La luna hasta cuando dura?

DON GARCÍA. Hasta que se acaba.

DON MENDO. Oye

lo que es villano en el campo.

DON GARCÍA. Lo que un señor en la Corte.

DON MENDO. Y, en efecto, ¿hay donde errar?

DON GARCÍA. Y, en efecto, ¿no se acogen?

DON MENDO. Terrible sois.

DON GARCÍA. Mal sabéis

lo que es estorbar á un hombre
en ocasión semejante.

DON MENDO. ¿Quién sois?

DON GARCÍA. Rayo de estos montes:

García del Castañar,
que nunca niego mi nombre.

DON MENDO. *(Ap. Amor, pues estás piadoso*

deténle, porque no estorbe
mis deseos, y en su casa
mis esperanzas malogre,
y para que á Blanca vea
dame tus alas veloces
para que más presto llegue.)

Quedaos con Dios.

(Vase.)

DON GARCÍA. Buenas noches;

bizarra ocasión perdí,
imposible es que la cobre;
quiero volverme á mi casa
por el atajo del monte.

Y pues ya me voy, oíd
de grutas partos feroces,
salid y bajad al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
á su casa se va, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones.

Y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche
y el Polifemo del día,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho
se ocultan dos corazones,
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce,
el blando para mi casa,
el duro para estos montes.

(Vase.)

*Sale DONA BLANCA, y TERESA con una bujía, y pónela
encima de un bufete que habrá.*

D.^a BLANCA. Corre veloz, noche fría,
porque venga con la Aurora
del campo, donde está ahora,
á descansar mi García;
su luz anticipe el día,
el cielo se desabroche,
salga Faetón en su coche,
verá su luz deseada
la primer enamorada
que ha aborrecido á la noche.

TERESA. Mejor, señora, acostada
esperarás á tu ausente,
porque asientan lindamente
sobre la holandá delgada
los brazos: que por el credo,
que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
de la ciudad de Toledo,
que le esperara roncando.

D.^a BLANCA. Tengo más obligaciones.
TERESA. Y le echara á mojicones
si no se entrara callando;
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pié,
yo á Belardo llamaré
que tu desvelo entretega;
mas él viene.

Sale BELARDO.

BELARDO. Pues al sol
veo de noche brillar,
el sitio del Castañar
es antípoda español.

D.^a BLANCA. Belardo, sentaos.

BELARDO. Señora,
acostaos.

D.^a BLANCA. En esta calma,
dormir un cuerpo sin alma,
fuera no esperar la Aurora.

BELARDO. ¿Esperáis?
 D.^a BLANCA. Al alma mía.
 BELARDO. Por muy necia la condeno,
 pues se va al monte sereno
 y os deja hasta que es de día.
 BRAS (Dentro.) *Si vengo de Toledo,
 Teresa mía:
 si vengo de Toledo,
 y no de Francia.*
 TERESA. Mas ya viene mi garzón.
 BELARDO. Á abrirle la puerta iré.
 TERESA. Con tu licencia sabré
 qué me trae, por el balcón.
 BRAS. *Que si buena es la albahaca,
 mejor es la cruz de Calibaca.*
*(Ha de haber unas puertas como de balcón, que estén hacia
 dentro, y abre Teresa.)*
 TERESA. ¿Cómo vienes, Bras?
 BRAS. Andando.
 TERESA. ¿Qué me traes de la ciudad
 en muestras de voluntad?
 BRAS. Yo te lo diré cantando:
*Tráigote de Toledo,
 porque te alegres,
 un galán, mi Teresa,
 como unas nueces.*
 TERESA. Llévele el diablo mil veces;
 ved qué sartal ó corpiño.
(Cierra juntando el balcón.)
 D.^a BLANCA. ¿Qué te trae?
 TERESA. Muy lindo aliño:
 un galán como unas nueces.
 D.^a BLANCA. Será sabroso.
 BRAS. ¿Qué hay,
 Blanca? Teresa, ¡estoy muerto!
 ¿Qué, no me abrazas?
 TERESA. Por cierto,
 por las cosas que me tray.
 BRAS. Dimoños sois las mujeres:
 ¿á quién quieres más?

TERESA. Á Bras.
 BRAS. Pues si lo que quieres más
 te traigo, ¿qué es lo que quieres?
 D.^a BLANCA. Teresa tiene razón;
 mas sentaos todos, y dí,
 ¿qué viste en Toledo?
 BRAS. Ví
 de casas un burujón,
 y mucha gente holgazana,
 y en calles buenas y ruines
 la basura á celemines,
 y el cielo por cerbatana;
 y dicen que hay infinitos
 desdenes en caras buenas;
 en verano berenjenas,
 y en el otoño mosquitos.
 D.^a BLANCA. ¿No hay más nuevas en la Corte?
 BRAS. Sátiras pide el deseo
 malicioso, ya lo veo,
 mas mi pluma no es de corte:
 con otras cosas, señora,
 os divertid hasta el alba,
 que al ausente Dios le salva.
 D.^a BLANCA. Pues el que acertare ahora
 esta enigma de los tres,
 daré un vestido de paño,
 y el de grana, que hice ogaño;
 á Teresa digo, pues:
 ¿cuál es el ave sin madre,
 que al padre no puede ver
 ni al hijo, y le vino á hacer
 después de muerto su padre?
 BRAS. ¿Polainas y galleruza
 ha de tener?
 D.^a BLANCA. Claro es:
 digan en rueda los tres.
 TERESA. El cuclillo.
 BRAS. La lechuza.
 BELARDO. No hay ave á quien mejor cuadre,
 que el Fénix, ni otra ser puede,

pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

D.^a BLANCA. El Fénix es.

BELARDO. Yo gané.

BRAS. Yo perdí como otras veces.

D.^a BLANCA. No te doy lo que mereces.

BRAS. Un gorrino le daré
á quien dijere el más caro
vicio que hay en el mundo.

D.^a BLANCA. En que es el juego me fundo.

BRAS. Mentís, Branca, y esto es craro.

TERESA. El de las mujeres digo,
que es más costoso.

BRAS. Mentís;
vos, Belardo, ¿qué decís?

BELARDO. Que el hombre de caza amigo
tiene el de más perdición,
más costoso, é infelice:
la moralidad lo dice
del suceso de Acteón.

BRAS. Mentís también, que á mi juicio,
sin quedar de ello dudoso,
es el vicio más costoso
el del borracho, que es vicio
con quien ninguno compite;
que si pobre viene á ser
de lo que gastó en beber
no puede tener desquite. *(Silba don García.)*

D.^a BLANCA. Oye, Bras; amigos ea,
abrid, que es el alma mía;
temprano viene García,
quiera Dios que por bien sea. *(Vase.)*

DON GARCÍA. Buenas noches, gente fiel. *(Dentro.)*

BRAS. Seáis, señor, bien venido.

Sale DON GARCÍA, BRAS, TERESA y DOÑA BLANCA,
y arrima don García el arcabuz al bufete.

DON GARCÍA. ¿Cómo en Toledo te ha ido?

BRAS. Al Conde dí tu papel,
y dijo respondería.

DON GARCÍA. Está bien: esposa amada,

¿no estáis mejor acostada?
¿qué esperáis?

D.^a BLANCA. Que venga el día;

esperar como solía
á su cazador la Diosa,
madre de amor cuidadosa,
cuando dejaba los lazos,
y hallaba en sus tiernos brazos
otra cárcel más hermosa;
vínculo de amor estrecho,
donde yacía su bien,
á quien dió parte también
del alma, como del lecho;
mas yo con mejor derecho,
cazador, que al otro excedes,
haré de mis brazos redes,
y porque caigas, pondré
de una tórtola la fe,
cuyo llanto excusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
no rebelde jabali
te consagro, un ave sí,
que lloraba por su esposo:
concédete generoso
á vínculos permitidos,
y escucharán tus oídos,
en la palestra de pluma,
arrullos blandos en suma
y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
quejosa de que te alejes
de noche, y mis brazos dejes
por esperar una fiera,
adórote de manera,
que aunque propongo á mis ojos
quejas, y tiernos despojos,
cuando vuelves de esta suerte,
por el contento de verte
te agradezco los enojos.

DON GARCÍA. Blanca hermosa, Blanca rama

llena por Mayo de flor,
 que es con tu bello color
 etíope Guadarrama;
 Blanca, con quien es la llama
 del rojo Planeta oscura,
 y herido de su luz pura
 el terso cristal pizarra,
 que eres la acción más bizarra
 del poder de la hermosura;
 cuando alguna conveniencia
 me aparte, y quejosa quedas,
 no más dolor darme puedes
 que el que padezco en tu ausencia;
 cuando vuelvo á tu presencia,
 de dejarte arrepentido,
 en vano el pecho ofendido
 me recibiera terrible,
 que en la gloria no es posible
 atormentar al sentido.
 Las almas en nuestros brazos
 vivan heridas, y estrechas,
 ya con repetidas flechas,
 ya con recíprocos lazos;
 no se tejan con abrazos
 la vid, y el olmo frondoso
 más estrechos que tu esposo
 y tú, Blanca; llega, amor,
 que no hay contento mayor
 que rogar á un deseoso.
 Y aunque no te traigo aquí,
 del sol á la hurtada luz,
 herido con mi arcabuz
 el cerdoso jabalí,
 ni el oso ladrón, que ví
 hurtar del corto vergel
 dos repúblicas de miel,
 y después, á pocos pasos,
 en el humor de sus vasos
 bañar el hocico y piel,
 te traigo para trofeos

de jabalíes y osos,
 por lo bien trabado, hermosos,
 y distintamente feos,
 un alma, y muchos deseos
 para alfombra de tus piés;
 y me parece que es,
 cuando tus méritos toco,
 cuanto os he contado, poco,
 como es poco cuanto ves.
 ¿Teresa allí? vive Dios.
 Pues aquí, ¿quién vive, Bras?
 Aquí vive Barrabás,
 hasta que chante á los dos
 las bendiciones el cura;
 porque un casado, aunque pena,
 con lo que otro se condena,
 su salvación asegura.

BRAS.
 TERESA.
 BRAS.

TERESA.
 BRAS.

TERESA.

D.^a BLANCA.

¿Con qué?
 Con tener amor
 á su mujer, y aumentar.
 Eso, Bras, es trabajar
 en la viña del Señor.
 Desnudaos, que en tanto quiero
 preveniros, prenda amada,
 ropa por mi mano hilada,
 que huele más que el romero,
 y os juro que es más sutil,
 que ser la de Holanda suele;
 porque cuando á limpia huele,
 no há menester al Abril;
 venid los dos.

(Vase.)

BRAS.

Siempre he oído,
 que suele echarse de ver
 el amor de la mujer
 en la ropa del marido.

TERESA.

También en la sierra es fama
 que amor, ni honra no tiene
 quien va á la corte, y se viene
 sin joyas para su dama.

(Vanse.)

DON GARCÍA.

Envídienme en mi estado

las ricas y ambiciosas majestades,
mi bienaventurado
albergue, de delicias coronado.
Y rico de verdades:
envidien las deidades,
profanas y ambiciosas,
mi venturoso empleo,
envidien codiciosas,
que cuando á Blanca veo,
su beldad pone límite al deseo.
¡ Válgame el cielo, qué miro !

Sale DON MENDO abriendo el balcón de golpe, y embózase.

DON MENDO. ¡ Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar ! *(Ap.)*

Valor, corazón, ya es hecho:
quien de un villano confía
no espere mejor suceso.

DON GARCÍA. Hidalgo, si serlo puede
quien de acción tan baja es dueño,
si alguna necesidad
á robarme os ha dispuesto,
decídmelo qué queréis,
que por quien soy os prometo,
que de mi casa volváis
por mi mano satisfecho.

DON MENDO. Dejadme volver, García.

DON GARCÍA. Eso no, porque primero
he de conocer quién sois,
y descubríos muy presto,
ú de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

DON MENDO. Pues advertid no me erréis,
que si con vos igual quedo,
lo que en razón me lleváis,
en sangre, y valor os llevo.
*(Ap. Yo sé qué el conde de Orgaz
lo ha dicho á alguno en secreto,
informándole de mí.)*
La banda que cruza el pecho,
de quien soy testigo sea.

DON GARCÍA *(Ap.; cáesele el arcabuz.)*

El Rey es : ¡ válgame el cielo !
y que le conozco sabe;
honor y lealtad, ¿ qué haremos ?
¿ Qué contradicción implica
la lealtad con el remedio ?

DON MENDO. *(Ap. ¡ Qué propia acción de villano !
temor me tiene ó respeto,
aunque para un hombre humilde
bastaba sólo mi esfuerzo ;
el que encareció el de Orgaz
por valiente, al fin es viejo.)*
En vuestra casa me halláis,
ni huir, ni negarlo puedo,
mas en ella entré esta noche...

DON GARCÍA. Á hurtarme el honor que tengo :
muy bien pagáis á mi fe
el hospedaje por cierto
que os hicimos Blanca y yo ;
ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,
pues yo, ofendido os venero,
y vos, de mi fe servido,
me dais agravios por premios.

DON MENDO. No hay que fiar de un villano
ofendido, pues que puedo,
me defenderé con éste.

DON GARCÍA. ¿ Qué hacéis ? dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid
que os le estorbo, porque quiero
no atribuyáis á ventaja
el fin de aqueste suceso ;
que para mí basta sólo
la banda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla
á cuya luz estoy ciego.

DON MENDO. ¿ Al fin, me habéis conocido ?

DON GARCÍA. Miradlo por los efectos.

DON MENDO. Pues quien nace como yo
no satisface, ¿ qué haremos ?

DON GARCÍA. Que os vais, y rogad á Dios,
que enfrene vuestros deseos;
y al Castañar no volváis,
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirle al cielo.

DON MENDO. Yo lo pagaré García.

DON GARCÍA. No quiero favores vuestros.

DON MENDO. No sepa el conde de Orgaz
esta acción.

DON GARCÍA. Yo os lo prometo.

DON MENDO. Quedad con Dios.

DON GARCÍA. El os guarde,
y á mi de vuestros intentos
y á Blanca.

DON MENDO. Vuestra mujer...

DON GARCÍA. No, señor, no habléis en eso,
que vuestra será la culpa:
yo sé la mujer que tengo.

DON MENDO. ¡Ay Blanca! sin vida estoy:
¡qué dos contrarios opuestos!
¡Este me estima ofendido,
tu adorándote me has muerto!

DON GARCÍA. ¿Adónde vais?

DON MENDO. Á la puerta.

DON GARCÍA. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
por aquí habéis de salir.

DON MENDO. ¿Conocéisme?

DON GARCÍA. Yo os prometo,
que á no conocer quien sois,
que bajáredes más presto;
mas tomad este arcabuz
ahora, porque os advierto,
que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos
si, como yo, no os conocen;
bajad aprisa. (*Ap.* No quiero,
que sepa Blanca este caso.)

DON MENDO. Razón es obedeceros.

DON GARCÍA. Aprisa, aprisa, señor,

remitid los cumplimientos;
y mirad que al descender
no caigáis, porque no quiero
que tropecéis en mi casa,
porque de ella os vais más presto.

DON MENDO. ¡Muerto voy!

(*Vase.*)

DON GARCÍA.

Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.

¡Cansada estabas, fortuna,
de estarte fija un momento!

¡Qué vuelta diste tan fiera!

¡En aqueste mar, qué presto

que se han trocado los aires!

¡En qué día tan sereno,

contra mi seguridad

fulmina rayos el cielo!

Ciertas mis desdichas son,

pues no dudo lo que veo;

que á Blanca, mi esposa, busca

el rey Alfonso encubierto;

¡qué desdichado que soy,

pues altamente naciendo

en Castilla conde, fui

de aquestos montes plebeyo

labrador, y desde hoy

á estado más vil desciendo!

¿Así paga el rey Alfonso

los servicios que le he hecho?

Mas desdicha será mía,

no culpa suya, callemos;

y afligido corazón,

prevengamos el remedio;

que para animosas almas

son las penas y los riesgos.

Mudemos tierra con Blanca,

sagrado sea otro reino

de su inocencia y mi honor;

pero dirán que es de miedo,

pues no he de decir la causa,

y que me faltó el esfuerzo

para ir contra Algecira ;
 es verdad ; mejor acuerdo
 es decir al Rey quién soy ;
 mas no, García, no es bueno,
 que te quitará la vida,
 porque no estorbe su intento ;
 pero si Blanca es la causa,
 y resistirle no puedo,
 que las pasiones de un Rey
 no se sujetan al freno
 ni á la razón: muera Blanca. *(Saca el puñal).*
 Pues es causa de mis riesgos
 y deshonor, y elijamos,
 corazón, del mal lo menos.
 Á muerte te ha condenado
 mi honor, cuando no mis celos,
 porque á costa de tu vida
 de una infamia me preservo.
 Perdóname, Blanca mía,
 que aunque de culpa te absuelvo,
 sólo por razón de estado
 á la muerte te condeno ;
 mas ¿es bien, que conveniencias
 de estado en un caballero,
 contra una inocente vida
 puedan más que no el derecho ?
 Sí, cuando la Providencia,
 y cuando el discurso atento,
 miran el daño futuro
 por los presentes sucesos.
 Mas, ¿yo he de ser, Blanca mía,
 tan bárbaro y tan severo,
 que he de sacar los claveles
 con aqueste de tu pecho
 de jazmines? No es posible,
 Blanca hermosa, no lo creo,
 ni podrá romper mi mano
 de mis ojos el espejo.
 ¿Mas de su beldad ahora,
 que me va el honor me acuerdo?

Muera Blanca, y muera yo ;
 Valor, corazón, y entremos
 en una á quitar dos vidas ;
 en uno á pasar dos pechos ;
 en una á sacar dos almas ;
 en uno á cortar dos cuellos ;
 si no me falta el valor,
 si no desmaya el aliento,
 y si no al alzar los brazos,
 entre la voz y el silencio,
 la sangre falta á las venas
 y el corte le falta al hierro.

JORNADA TERCERA

Sale el CONDE de camino.

CONDE.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
 que á pié quiero gozar del día bello ;
 pues tomó en este monte
 el día posesión de este horizonte.
 ¡Qué campo deleitoso !
 Tú que le vives morirás dichoso,
 pues en él, don García,
 doctrina das á la filosofía,
 y la mujer más cuerda,
 Blanca en virtud, en apellido Cerda ;
 pero si no me miente
 la vista, sale apresuradamente
 con señas celestiales
 de entre aquellos jarales,
 una mujer desnuda ;
 bella será, si es infeliz, sin duda.

*Sale DOÑA BLANCA con algo de sus vestidos en los brazos
 mal puesto*

para ir contra Algecira ;
 es verdad ; mejor acuerdo
 es decir al Rey quién soy ;
 mas no, García, no es bueno,
 que te quitará la vida,
 porque no estorbe su intento ;
 pero si Blanca es la causa,
 y resistirle no puedo,
 que las pasiones de un Rey
 no se sujetan al freno
 ni á la razón: muera Blanca. (*Saca el puñal*).
 Pues es causa de mis riesgos
 y deshonor, y elijamos,
 corazón, del mal lo menos.
 Á muerte te ha condenado
 mi honor, cuando no mis celos,
 porque á costa de tu vida
 de una infamia me preservo.
 Perdóname, Blanca mía,
 que aunque de culpa te absuelvo,
 sólo por razón de estado
 á la muerte te condeno ;
 mas ¿es bien, que conveniencias
 de estado en un caballero,
 contra una inocente vida
 puedan más que no el derecho ?
 Sí, cuando la Providencia,
 y cuando el discurso atento,
 miran el daño futuro
 por los presentes sucesos.
 Mas, ¿yo he de ser, Blanca mía,
 tan bárbaro y tan severo,
 que he de sacar los claveles
 con aqueste de tu pecho
 de jazmines? No es posible,
 Blanca hermosa, no lo creo,
 ni podrá romper mi mano
 de mis ojos el espejo.
 ¿Mas de su beldad ahora,
 que me va el honor me acuerdo?

Muera Blanca, y muera yo ;
 Valor, corazón, y entremos
 en una á quitar dos vidas ;
 en uno á pasar dos pechos ;
 en una á sacar dos almas ;
 en uno á cortar dos cuellos ;
 si no me falta el valor,
 si no desmaya el aliento,
 y si no al alzar los brazos,
 entre la voz y el silencio,
 la sangre falta á las venas
 y el corte le falta al hierro.

JORNADA TERCERA

Sale el CONDE de camino.

CONDE.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
 que á pié quiero gozar del día bello ;
 pues tomó en este monte
 el día posesión de este horizonte.
 ¡Qué campo deleitoso !
 Tú que le vives morirás dichoso,
 pues en él, don García,
 doctrina das á la filosofía,
 y la mujer más cuerda,
 Blanca en virtud, en apellido Cerda ;
 pero si no me miente
 la vista, sale apresuradamente
 con señas celestiales
 de entre aquellos jarales,
 una mujer desnuda ;
 bella será, si es infeliz, sin duda.

*Sale DOÑA BLANCA con algo de sus vestidos en los brazos
 mal puesto*

D.^a BLANCA. ¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura:
y en tanto que me visto,
decid, pues no resisto,
lenguas del corazón sin alegría:
¡Ay dulces prendas, cuando Dios quería!

CONDE. Aunque mal determino,
parece que se viste, y imagino
que está turbada y sola;
de la sangre española
digna empresa es aquesta.

D.^a BLANCA. Un hombre para mí la planta apresta.

CONDE. Parece hermosa dama.

D.^a BLANCA. Quiero esconderme entre la verde rama.

CONDE. Mujer, escucha, tente,
¿Sales como Diana de la fuente
para matar severa
de amor al cazador como á la fiera?

D.^a BLANCA. Mas ¡ay, suerte dichosa!
Este es el Conde.

CONDE. Hija, Blanca hermosa.
¿Dónde vas de esta suerte?

D.^a BLANCA. Huyendo de mi esposo, y de mi muerte.
Ya las dulces canciones,
que en tanto que dormía en mis balcones
alternaban las aves,
no son ¡oh Conde! epitalamios graves;
serán ¡oh dueño mío!
de pájaro funesto agüero impío,
que el día entero, y que las noches todas
cante mi muerte, por cantar mis bodas.
Trocóse mi ventura:
oye la causa, y presto te asegura,
y vé á mi casa, adonde
muerto hallarás mi esposo, muerto, Conde.
Aquesta noche, cuando
le aguardaba mi amor en lecho blando,
último del deseo

término santo, y templo de Himenco,
cuando yo le invocaba
y la familia recogida estaba,
entrar le ví severo
blandiendo contra mí su blanco acero;
dejé entonces la cama,
como quien sale de improvisa llama,
y mis vestidos busco,
y al ponerme me ofusco
esta cota brillante;
mira qué fuerte peto de diamante:
vístome el faldellín, y apenas puedo
hallar las cintas ni salir del ruedo;
pero sin compostura
le aplico á mi cintura,
y mientras le acomodo,
lugar me dió la suspensión á todo.
La causa le pregunto,
mas él casi difunto,
á cuanto vió y á cuanto le decía,
con un suspiro ardiente respondía,
lanzando de su pecho y de sus ojos,
piedades confundidas con enojos,
tan juntos, que dudaba
si eran iras ó amor lo que miraba;
pues de mí retirado
le ví volver más tierno, más airado,
diciéndome entre fiero y entre amante:
tú, Blanca, has de morir, y yo al instante:
mas el brazo levanta,
y abortando su voz en su garganta,
cuando mi fin recelo,
caer le ví en el suelo,
cual suele el risco cano
del aire impulso descender al llano,
y yerto en él, y mudo
de aquel monte membrudo,
suceder en sus labios, y en sus ojos
pálidas flores á claveles rojos;
y con mi boca, y mi turbada mano

busco el calor entre su hielo en vano;
 y estuve de esta suerte
 neutral un rato entre la vida y muerte,
 hasta que ya latiendo,
 oí mi corazón estar diciendo:
 vete, Blanca, infelice,
 que no son siempre iguales
 los bienes y los males,
 y no hay acción alguna
 más vil que sujetarse á la fortuna.
 Yo le obedezco, y dejo
 mi aposento y mi esposo, y de él me alejo,
 y en mis brazos, sin bríos
 mal acomodo los vestidos míos:
 por donde voy no veía,
 cada paso caía,
 y era, Conde, forzoso,
 por volver á mirar mi amado esposo.
 Las cosas que me dijo,
 cuando la muerte me intimó y predijo,
 los llantos, los clamores,
 la blandura, mezclada con rigores,
 los acometimientos, los retiros,
 las disputas, las dudas, los suspiros,
 el verle amante y fiero,
 ya derribarse el brazo, ya severo
 levantarle arrogante,
 como la llama en su postrero instante;
 el templar sus enojos
 con llanto de mis ojos;
 el luchar, y no en vano,
 con su puñal mi mano,
 que con arte consiente
 vencerse fácilmente,
 como amante que niega
 lo que desea dar á quien le ruega;
 el esperar mi pecho
 el crudo golpe en lágrimas deshecho:
 ver aquel mundo breve,
 que en fuego comenzó y acabó nieve:

y verme á mí asombrada,
 sin determinación, sola y turbada,
 sin encontrar recurso
 en mis piés, en mi mano, en mi discurso;
 el dejarle en la tierra,
 como suele en la sierra
 la destroncada encina
 el que oyó de su guarda la bocina,
 que deja al enemigo
 desierto el tronco, en quien buscaba abrigo;
 el buscar de mis puertas,
 con las plantas inciertas,
 las llaves, cuando siento
 (aquí, Señor, me ha de faltar aliento)
 el abrirlas á oscuras,
 el no poder hallar las cerraduras,
 tan turbada y sin juicio,
 que la buscaba de uno en otro quicio;
 y las penas que pasa
 el corazón, cuando dejé mi casa
 por estas espesuras,
 en cuyas ramas duras
 hallarás mis cabellos,
 (pluguiera á Dios me suspendiera en ellos)
 te contaré otro día;
 ahora vé, socorre al alma mía,
 que queda de este modo:
 yo lo perdono todo,
 que no es, señor, posible,
 fuese su brazo contra mí terrible
 sin algún fundamento,
 bástele por castigo el mismo intento,
 y á mí por pena básteme el cuidado,
 pues yace, si no muerto, desmayado.
 Acúdele á mi esposo,
 oh Conde valeroso,
 sucesor, y pariente
 de tanta, con diadema, honrada frente;
 así la blanca plata,
 que por tu grave pecho se dilata,

barra de España las moriscas huellas,
 sin dejar en su suelo señal de ellas,
 que los pasos dirijas
 adonde, si está vivo, le corrijas
 de fiereza tan dura,
 y seas, porque cobre mi ventura
 cuando de mí te informe,
 árbitro entre los dos que nos conforme;
 pues los hados fatales
 me dieron el remedio entre los males;
 pues mi fortuna quiso
 hallase en ti favor, amparo, aviso,
 pues que miran mis ojos
 no salteadores de quien ser despojos,
 pues eres, Conde ilustre,
 gloria de Illán y de Toledo lustre;
 pues que plugo á mi suerte
 la vida hallase quien tocó la muerte.
 Digno es el caso de prudencia mucha;
 este es mi parecer: ¡ah Tello! escucha.

CONDE.

Sale TELLO.

Ya sabes, Blanca, como siempre es justo
 acudas á mi gusto;
 así, sin replicarme,
 con Tello al punto, sin excusas darme,
 en aqueste caballo, que lealmente
 á mi persona sirve juntamente,
 caminad á Toledo;
 esto conviene, Blanca, esto hacer puedo;
 y tú á palacio llega,
 á la Reina la entrega;
 que yo voy á tu casa,
 que por llegar el corazón se abrasa,
 y he de estar de tu parte
 para servirte, Blanca, y ampararte.
 Vamos, señora mía.

TELLO.

D.^a BLANCA. Más quisiera, señor, ver á García.

CONDE. Que aquesto importa advierte.

D.^a BLANCA. Principio es de acertar obedecerte.*(Vanse)**Sale DON GARCÍA con el puñal desnudo.*

DON GARCÍA. ¿Dónde voy, ciego homicida?
 ¿Dónde me llevas, honor,
 sin el alma de mi amor,
 sin el cuerpo de mi vida?
 Á Dios mitad dividida
 del alma, sol que eclipsó
 una sombra; pero no,
 que muerta la esposa mía,
 no tuviera luz el día
 ni tuviera vida yo.
 ¡Blanca muerta! no lo creo,
 el cielo vida la dé,
 aunque esposo la quité
 lo que amante la deseo:
 quiero verla; pero veo
 sólo el retrete, y abierta
 de mi aposento la puerta,
 limpio en mi mano el puñal,
 y, en fin, yo vivo, señal
 de que mi esposa no es muerta.
 Blanca con vida ¡ay de mí!
 ¡cuando yo sin honra estoy!
 Como ciego amante soy,
 esposo cobarde fui.
 Al Rey en mi casa ví
 buscando mi prenda hermosa,
 y aunque noble, fué forzosa
 obligación de la ley,
 ser piadoso con el Rey,
 y tirano con mi esposa.
 ¿Cuántas veces fié al tirano
 acero la ejecución?
 ¿Y cuántas el corazón
 dispensó el golpe á la mano?
 Si es muerta, morir es llano;
 si vive, muerto he de ser:
 Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer?
 ¿Mas qué me puedes decir,
 pues sólo para morir

me has dejado en qué escoger?

Sale el CONDE.

CONDE. Digame vuesañoría,
¿contra qué morisco alfange
sacó el puñal esta noche,
que está en su mano cobarde?
¿contra una flaca mujer,
por presumir ignorante,
que es villana? bien se acuerda,
cuando propuso casarse,
que le dije era su igual,
y menti, porque un Infante
de los Cerdas fué su abuelo,
si Conde su noble padre.
Y con una labradora
se afrentara, como sabe,
que el Rey ha venido á verle,
y por mi voto le hace
capitán de aquesta guerra,
y me envía de su parte
á que le lleve á Toledo.
¿Es bien que aquesto me pague
con su muerte, siendo Blanca
luz de mis ojos brillante?
Pues vive Dios, que le había
de costar al loco, al fácil,
cuanta sangre hay en sus venas,
una gota de su sangre.

DON GARCÍA. Decidme, Blanca ¿quién es?

CONDE. Su mujer, y aquesto baste.

DON GARCÍA. Reportaos, ¿quién os ha dicho,
que quise matarla?

CONDE. Un ángel,
que hallé desnudo en el monte:
Blanca, que entre sus jarales,
perlas daba á los arroyos,
tristes suspiros al aire.

DON GARCÍA. ¿Dónde está Blanca?

CONDE. Á palacio,
esfera de su real sangre,

la envié con un criado,
DON GARCÍA. ¡Matadme, señor, matadme!
¡Blanca en palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿cómo si sois tantos juntos
no me acaban tantos males?
¿Mi esposa en palacio, Conde?
¿y el Rey, que los cielos guarden,
me envía contra Algecira
por capitán de sus haces
siendo en su opinión villano?
Quiera Dios que en otra parte
no desdore con afrentas
estas honras que me hace.
Yo me holgara, á Dios pluguiera,
que esa mujer que criásteis
en Orgaz para mi muerte,
no fuera de estirpes reales,
sino villana, y no hermosa:
y á Dios pluguiera, que antes
que mi pecho enterneciera,
aqueste puñal infame
su corazón con mi riesgo
le dividiera en dos partes,
que yo os excusara, Conde,
el vengarla y el matarme
muriéndome yo primero;
¡qué muerte tan agradable
hubiera sido, y no agora
oir, para atormentarme,
que está sin defensa, adonde
todo el poder la combate!
Haced cuenta que mi esposa
es una bizarra nave,
que por robarla la busca
el Pirata de los mares,
y en los enemigos puertos
se entró, cuando vigilante,
en los propios la buscaba,
sin pertrechos que la guarden,

sin piloto que la rija,
 y sin timón y sin mástil.
 No es mucho que tema, Conde,
 que se sujete la nave
 por fuerza ó por voluntad
 al capitán que la bate.
 No quise por ser humilde
 darla muerte ni fué en balde;
 creed, que aunque no la digo,
 fué causa más importante.
 No puedo decir por qué;
 mas advertid, que más sabe,
 que el entendido en la agena,
 en su casa el ignorante.

CONDE. ¿Sabe quién soy?
 DON GARCÍA. Sois Toledo,

y sois Illán por linaje.

CONDE. ¿Débeme respeto?

DON GARCÍA. Sí,
 que os he tenido por padre.

CONDE. ¿Soy su amigo?

DON GARCÍA. Claro está.

CONDE. ¿Qué me debe?

DON GARCÍA. Cosas grandes.

CONDE. ¿Sabe mi verdad?

DON GARCÍA. Es mucha.

CONDE. ¿Y mi valor?

DON GARCÍA. Es notable.

CONDE. ¿Sabe que presido á un reino?

DON GARCÍA. Con aprobación bastante.

CONDE. Pues confiese lo que siente,

y puede de mí fiarse
 el valor de un caballero

tan afligido y tan grave:

dígame vuesañoría,

hijo, amigo, como padre,

como amigo sus enojos,

cuénteme todos sus males;

refiérame sus desdichas:

¿ teme que Blanca le agravie

que es, aunque noble, mujer?
 DON GARCÍA. Vive Dios, Conde, que os mate
 si pensáis que el sol, ni el oro
 en sus últimos quilates,
 para exagerar su honor
 es comparación bastante.

CONDE. Aunque habla como debe
 mi duda no satisface
 por su dolor regulada;
 solos estamos, acabe;
 por la cruz de aquesta espada
 he de acudirle, amparalle,
 si fuera Blanca mi hija,
 que en materia semejante,
 por su honra depondré
 el amor y las piedades:
 dígame si tiene celos.

DON GARCÍA. No tengo celos de nadie.

CONDE. ¿Pues qué tiene?

DON GARCÍA. Tanto mal,
 que no podéis remedialle.

CONDE. ¿Pues qué hemos de hacer los dos
 en tan apretado lance?

DON GARCÍA. ¿No manda el Rey que á Toledo
 me llevéis, Conde? llevadme;
 mas decid, ¿sabe quién soy
 su majestad?

CONDE. No lo sabe.

DON GARCÍA. Pues vamos, Conde, á Toledo

CONDE. Vamos, García.

DON GARCÍA. Id delante.

CONDE. (Ap.) Tu honor y vida amenaza,
 Blanca, silencio tan grande,
 que es peligroso accidente
 mal que á los labios no sale.

DON GARCÍA. (Ap.) ¿No estás en palacio, Blanca?

¿No te fuiste, y me dejaste?

Pues venganza será ahora

la que fué prevención antes.

(Vanse.)

Salen la REINA y DOÑA BLANCA.

REINA. A vuestro amparo me obligo,
y creedme, que me pesa
de vuestros males, Condesa.

D.^a BLANCA. ¿Condesa? no habla conmigo:
mire vuestra majestad,
que de quien soy no se acuerda.

REINA. Doña Blanca de la Cerda,
prima, mis brazos tomad.

D.^a BLANCA. Aunque escuchándola estoy,
y sé no puede mentir,
vuelvo, señora, á decir,
que una labradora soy,
tan humilde, que en la villa
de Orgaz pobre me crié
sin padre.

REINA. Y padre, que fué
propuesto Rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
sois hija; vuestro marido
es, Blanca, tan bien nacido
como vos; y pues sois cuerda,
y en palacio habéis de estar,
en tanto que vuelve el Conde,
no digáis quién sois, y adonde
ha de ser voy á ordenar.

D.^a BLANCA. ¿Habrá alguna, cielo injusto,
á quién dé el hado cruel
los males tan de tropel,
y los bienes tan sin gusto
como á mí? ¿Ni podrá estar
viva con mal tan exento,
que no da vida un contento,
y da la muerte un pesar?
¡Ay esposo, qué de enojos
me debes! ¿Mas pesar tanto,
como lo dicen sin llanto
el corazón y los ojos?

Pone un lienzo en el rostro, y sale DON MENDO.

DON MENDO. Labradora, que al Abril

florido en la gala imita,
de los bellos ojos quita
ese nublado sutil,
sino es que con perlas mil
bordas, llorando, la Holanda;
¿quién eres? La Reina manda,
que te guarde, y ya te espero.

D.^a BLANCA. Vamos, señor caballero,
el que trae la roja banda.

DON MENDO. Bella labradora mía,
¿conócesme acaso?

D.^a BLANCA. Sí;
pero tal estoy, que á mí
apenas me conocía.

DON MENDO. Desde que te ví aquel día,
cruel para mí, señora,
el corazón que te adora,
ponerse á tus piés procura.

D.^a BLANCA. *(Ap.)* Sólo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.

DON MENDO. Anoche en tu casa entré
con alas de amor por verte,
mudaste mi feliz suerte,
mas no se mudó mi fe;
tu esposo en ella encontré,
que cortés me resistió.

D.^a BLANCA. ¿Cómo? qué dices?

DON MENDO. Que no,
Blanca, la ventura halla
amante que va á buscalla,
sino acaso, como yo.

D.^a BLANCA. Ahora sé, caballero,
que vuestros locos antojos
son causa de mis enojos,
que sufrir y callar quiero.

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA. Al conde de Orgaz espero;
¿mas qué miro!

DON MENDO. Tu dolor
satisfaré con amor.

- D.^a BLANCA. Antes quitaréis primero
la autoridad á un lucero,
que no la luz á mi honor.
- DON GARCÍA. ¡ Ah valerosa mujer !
¡ Oh tirana majestad !
- DON MENDO. Ten, Blanca, menos crueldad.
- D.^a BLANCA. Tengo esposo.
- DON MENDO. Y yo poder,
y mejores han de ser
mis brazos, que honra te dan,
que no sus brazos.
- D.^a BLANCA. Si harán,
porque bien ó mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán.
- DON GARCÍA. ¿ Mas cómo puede sufrir
un caballero esta ofensa ?
Que no le conozco piensa
el Rey, saldréle á impedir.
- DON MENDO. ¿ Cómo te has de resistir ?
- D.^a BLANCA. Con firme valor.
- DON MENDO. ¿ Quién vió
tanta dureza ?
- D.^a BLANCA. Quien dió
fama á Roma en las edades.
- DON MENDO. ¡ Oh qué villanas crueldades !
¿ Quién puede impedirme ?
- DON GARCÍA. Yo,
que esto sólo se permite
á mi estado y desconsuelo,
que contra rayos del cielo
ningún humano compite ;
y sé, que aunque solicite
el remedio que procuro,
ni puedo ni me aseguro,
que aquí, contra mi rigor,
ha puesto el muro el amor,
y aquí el respeto otro muro.
- D.^a BLANCA. Esposo mío, García.
- DON MENDO. (Ap.) Disimular es cordura.

- DON GARCÍA. ¡ Oh malograda hermosura !
¡ Oh poderosa porfía !
- D.^a BLANCA. ¡ Grande fué la dicha mía !
- DON GARCÍA. Mi desdicha fué mayor.
- D.^a BLANCA. Albricias pido á mi amor.
- DON GARCÍA. Venganza pido á los cielos,
pues en mis penas y celos
no halla remedio el honor.
Mas éste remedio tiene ;
vamos, Blanca, al Castañar.
- DON MENDO. En mi poder ha de estar
mientras otra cosa ordene,
que me han dicho que conviene
á la quietud de los dos
el guardarla.
- DON GARCÍA. Guárdeos Dios,
por la merced que la hacéis ;
mas no es justo vos guardéis
lo que he de guardar de vos :
que no es razón natural,
ni se ha visto ni se ha usado,
que guarde el lobo al ganado,
ni guarde el oso el panal.
Antes, señor, por mi mal
será, si á Blanca no os quito,
siendo de vuestro apetito,
oso ciego, voraz lobo,
ó convidar con el robo,
ó rogar con el delito.
- D.^a BLANCA. Dadme licencia, señor.
- DON MENDO. Estás, Blanca, por mi cuenta,
y no has de irte.
- DON GARCÍA. Esta afrenta
no os la merece mi amor.
- DON MENDO. Esto ha de ser.
- DON GARCÍA. Es rigor
que de injusticia procede.
- DON MENDO. (Ap. Para que en palacio quede
á la Reina he de acudir.)
De aquí no habéis de salir,

ved que lo manda quien puede.
 DON GARCÍA. Denme los cielos paciencia
 pues ya me falta el valor,
 porque acudiendo á mi honor
 me resisto á la obediencia.

¿Quién vió tan dura inclemencia?
 Volved á ser homicida;
 mas del cuerpo dividida
 el alma, siempre inmortales
 serán mis penas, que hay males
 que no acaban con la vida.

D.^a BLANCA. García, guárdete el cielo;
 fénix, vive eternamente,
 y muera yo, que inocente
 doy la causa á tu desvelo;
 que llevaré por consuelo,
 pues de tu gusto procede
 mi muerte, tú vive, y quede
 viva en tu pecho al partirme.

DON GARCÍA. ¿Qué en efecto no he de irme?
 «No, que lo manda quien puede.»

D.^a BLANCA. Vuelve, si tu enojo es
 porque rompiendo tus lazos,
 la vida no dí á tus brazos
 ya te la ofrezco á tus piés;
 ya sé quien eres, y pues
 tu honra está asegurada
 con mi muerte, en tu alentada
 mano blasone tu acero,
 que aseguró á un caballero,
 y mató á una desdichada.
 Que quiero que me des muerte
 como lo ruego á tu mano,
 que si te temí tirano
 ya te solicito fuerte.
 Anoche temí perderte,
 y agora llevo á sentir
 tu pena: no has de vivir
 sin honor, y pues yo muero
 porque vivas, sólo quiero

que me agradezcas morir.
 DON GARCÍA. Bien sé que inocente estás,
 y en vano mi honor previenes,
 sin la culpa que no tienes,
 la disculpa que me das;
 tu muerte sentiré más;
 yo sin honra y tú sin culpa,
 que mueras el amor culpa,
 que vivas siente el honor,
 y en vano me culpa amor,
 cuando el honor me disculpa.
 Aquí admiro la razón,
 temo allí la majestad,
 matarte será crueldad,
 vengarme será traición;
 que tales mis males son,
 y mis desdichas son tales,
 que unas á otras iguales
 de tal suerte se suceden
 que sólo impedir se pueden
 las desdichas con los males.
 Y sin que me falte alguno,
 los hallo por varios modos
 con el sentimiento á todos,
 con el remedio á ninguno;
 en lance tan importuno
 consejo te he de pedir,
 Blanca, mas si has de morir,
 ¿qué remedio me has de dar,
 si lo que he de remediar
 es lo que llevo á sentir?

D.^a BLANCA. Si he de morir, mi García,
 no me trates de esa suerte,
 que la dilatada muerte
 especie es de tiranía.

DON GARCÍA. ¡Ay querida esposa mía,
 qué dos contrarios extremos!

D.^a BLANCA. Vamos, esposo.

DON GARCÍA. Esperemos
 á quien nos pudo mandar

no volver al Castañar.
Aparta, y disimulemos.

*Salen EL REY, LA REINA, EL CONDE y DON MENDO,
y los que pudieren.*

REY. ¿Blanca en palacio y García?
Tan contento de ello estoy,
que estimaré tengan hoy
de vuestra mano y la mía
lo que merecen.

DON MENDO. No es bueno
quien por respetos, señor,
no satisface su honor
para encargarle el ajeno:
créame, pues se confía
de mí vuestra Majestad...

REY. *(Ap. Esta es poca voluntad.)*
Mas, allí Blanca y García
están. Llegad, porque quiero
mi amor conozcáis los dos.

DON GARCÍA. Caballero, guárdeos Dios;
dejadnos besar primero
de su Majestad los piés.

DON MENDO. Aquel es el Rey, García.

DON GARCÍA. *(Ap. Honra desdichada mía,
¿qué engaño es este que ves?)*
Á los dos, su Majestad,
nos dad la mano, señor,
pues merece este favor,
que bien podéis...

REY. Apartad,
quitad la mano; el color
habéis del rostro perdido.

DON GARCÍA. *(Ap. No le trae el bien nacido
cuando ha perdido el honor.)*
Escuchad aquí un secreto:
sois sol, y como me postro
á vuestros rayos, mi rostro
descubrió claro el efeto.

REY. ¿Estáis agraviado?

DON GARCÍA. Y ve

mi ofensor, porque me asombre.
¿Quién es?

REY. Ignoro su nombre.

DON GARCÍA. Señaládmele.

REY. Sí haré.

DON GARCÍA. *(Ap. á don Mendo. Aquí fuera hablaros quiero
para un negocio importante,
que el Rey no ha de estar delante.)*

DON MENDO. En la antecámara espero. *(Vase.)*

DON GARCÍA. ¡Valor, corazón, valor!

REY. ¿Á dónde, García, vais?

DON GARCÍA. Á cumplir lo que mandáis,
pues no sois vos mi ofensor. *(Vase.)*

REY. Triste de su agravio estoy;
ver á quién señala quiero.

DON GARCÍA. Este es honor, caballero.

REY. Ten, villano.

DON MENDO. ¡Muerto soy!

DON GARCÍA. *(Sale envainando el puñal ensangrentado.)*

No soy quien piensas, Alfonso;
no soy villano, ni injurio
sin razón la inmunidad
de tus palacios augustos.

Debajo de aqueste traje
generosa sangre encubro,
que no sé más de los montes
que el desengaño y el uso.

Don Fernando el Emplazado
fué tu padre, que difunto,

no menos que ardiente joven
asombrado dejó el mundo;

y á ti de un año, en sazón
que campaba el moro adusto,

y comenzaba á fundar
en Asia su imperio el Turco;

eran en Castilla entonces
poderosos como muchos,

los Laras, y de los Cerdas
cierto el derecho, entre algunos

á tu corona: si bien

rey te juraron los tuyos,
 lealtad que en los castellanos
 solamente haber pudo.
 Murmuraban en la corte
 que el conde Garci Bermudo,
 que de la paz y la guerra
 era señor absoluto,
 por tu poca edad y hacer
 reparo á tantos tumultos,
 conspiraba á que eligiesen
 de tu sangre rey adulto,
 y á don Sancho de la Cerda
 quieren decir que propuso,
 si con mentira ó verdad
 ni lo defendiendo ni arguyo.
 Mas los del gobierno, antes
 que fuese en el fin Danubio,
 el que era apenas arroyo,
 ó fuese rayo futuro
 la que era apenas centella,
 la vara, tronco robusto,
 preso restaron al Conde
 en el alcázar de Burgos.
 Don Sancho, con una hija
 de dos años, huyó oculto,
 que no fió su inocencia
 del juicio de tus tribunales.
 Con la presteza quedó
 desvanecido el oscuro
 nublado, que á tu corona
 amenazaba confuso.
 Su esposa, que estaba cerca,
 vino á la ciudad, y trujo
 consigo un hijo que entraba
 en los términos de un lustro.
 Pidió de noche á las guardas
 licencia de verle, y pudo
 alcanzarla, si no el llanto,
 el poder de mil escudos.
 «No vengo, le dijo, esposo,

cuando te espera un verdugo,
 á afligirte, sino á dar
 á tus desdichas refugio
 y libertad,» y sacó
 unas limas de entre el rubio
 cabello con que limar
 de sus piés los hierros duros;
 y ya libre, le entregó
 las riquezas que redujo
 su poder, y con su manto
 de suerte al Conde compuso,
 que entre las guardas salió
 desconocido y seguro
 con su hijo, y entre tanto
 que fatigaban los brutos
 andaluces, en su cama
 sustituía otro bulto.
 Manifestóse el engaño
 otro día, y presa estuvo,
 hasta que en hombros salió
 de la prisión al sepulcro.
 En los montes de Toledo
 pára el Conde entre desnudos
 peñascos, y de una cueva
 vivía el centro profundo,
 hurtado á la diligencia
 de los que en distintos rumbos
 le buscaron, que trocados
 en abarcas los coturnos,
 la seda en pieles, un día
 que se vió en el cristal puro
 de un arroyo, que de un risco
 era precipicio inundo,
 hombre mentido con pieles,
 la barba y cabello infurto,
 y pendientes de los hombros
 en dos aristas diez juncos;
 viendo su retrato en él,
 sucedido de hombre en bruto,
 se buscaba en el cristal,

y no hallaba su trasunto;
 de cuyas campañas antes
 que á las flores los coluros
 del sol en el lienzo vario
 diesen el postrer dibujo,
 llevaba por alimento
 fruta tosca en ramo inculto,
 agua clara en fresca piel,
 dulce leche en vasos rudos,
 y á la escasa luz que entraba
 por la boca de aquel mustio
 bostezo que dió la tierra
 después del común diluvio,
 al hijo las buenas letras
 le enseñó, y era sin uso,
 ojos despiertos sin luz
 y una fiera con estudio.
 Pasó joven de los libros
 al valor, y al colmilludo
 jabalí opuesto á su cueva
 volvía en humor purpúreo.
 Tenía el anciano padre
 el rostro lleno de sulcos,
 cuando le llamó la muerte
 débil, pero no caduco,
 y al joven le dijo: «Orgaz
 yace cerca, importa mucho
 vayas, y digas al Conde
 que á aqueste albergue nocturno
 con un religioso venga,
 que un deudo y amigo suyo
 le llama para morir.»
 Habló al Conde, y él dispuso
 su viaje sin pedir
 cartas de creencia al nuncio.
 Llegan á la cueva, y hallan
 débiles los flacos pulsos
 del Conde, que al huésped dijo,
 viendo le observaba mudo:
 «Ves aquí, conde de Orgaz,

un rayo disuelto en humo,
 una estatua vuelta en polvos,
 un abatido Nabuco:
 «Este es mi hijo;» y entonces
 sobre mi cabeza puso
 su débil mano: «Yo soy
 el conde Garcí Bermudo,
 en ti y estas joyas tenga
 contra los hados recurso
 este hijo, de quien padre
 piadoso te sustituyo.»
 Y en brazos de un religioso,
 pálido y los ojos turbios,
 del cuerpo y alma la muerte
 desató el estrecho nudo.
 Llevámosle al Castañar
 de noche, porque sus lutos
 nos prestase, y de los cielos
 fuesen hachas los carbunclos;
 adonde con mis riquezas
 tierras compro y casas fundo,
 y con Blanca me casé,
 como á amor y al Conde plugo.
 Vivía sin envidiar,
 entre el arado y el yugo,
 las cortes, y de tus iras
 encubierto me aseguro;
 hasta que anoche en mi casa
 ví aquese huésped perjuro,
 que en Blanca atrevidamente
 los ojos lascivos puso.
 Y pensando que eras tú
 por cierto engaño que dudo,
 le respeté, corrigiendo
 con la lealtad lo iracundo.
 Hago alarde de mi sangre;
 venzo al temor con quien lucho;
 pídemme el honor venganza;
 el puñal luciente empuño;
 su corazón atravieso;

mírale muerto, que juzgo
 me tuvieras por infame
 si á quien de este agravio acuso
 le señalara á tus ojos
 menos, señor, que difunto.
 Aunque sea hijo del sol,
 aunque de tus grandes uno,
 aunque el primero en tu gracia,
 aunque en tu imperio el segundo;
 que esto soy, y este es mi agravio,
 este el ofensor injusto,
 este el brazo que le ha muerto,
 este divida el verdugo;
 pero en tanto que mi cuello
 esté en mis hombros robusto,
 no he de permitir me agravié
 del Rey abajo ninguno.

REINA.

¿Qué decís?

REY.

¡Confuso estoy!

D.^a BLANCA.

¿Qué importa la vida pierda?
 de don Sancho de la Cerda
 la hija infelice soy;
 si mi esposo ha de morir,
 mueran juntas dos mitades.

REY.

¿Qué es esto, Conde?

CONDE.

Verdades,

que es forzoso descubrir.

REINA.

Obligada á su perdón
 estoy.

REY.

Mis brazos tomad:
 los vuestros, Blanca, me dad.
 Y de vos, Conde, la acción
 presente he de confiar.

DON GARCÍA.

Pues truené el parche sonoro,
 que rayo soy contra el Moro
 que fulminó el Castañar.
 Y verás en sus campañas
 correr mares de carmín,
 dando con aquesto fin,
 y principio á mis hazañas.

FIN

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO,

DON LUCAS DEL CIGARRAL

mírale muerto, que juzgo
 me tuvieras por infame
 si á quien de este agravio acuso
 le señalara á tus ojos
 menos, señor, que difunto.
 Aunque sea hijo del sol,
 aunque de tus grandes uno,
 aunque el primero en tu gracia,
 aunque en tu imperio el segundo;
 que esto soy, y este es mi agravio,
 este el ofensor injusto,
 este el brazo que le ha muerto,
 este divida el verdugo;
 pero en tanto que mi cuello
 esté en mis hombros robusto,
 no he de permitir me agravié
 del Rey abajo ninguno.

REINA.

¿Qué decís?

REY.

¡Confuso estoy!

D.^a BLANCA.

¿Qué importa la vida pierda?
 de don Sancho de la Cerda
 la hija infelice soy;
 si mi esposo ha de morir,
 mueran juntas dos mitades.

REY.

¿Qué es esto, Conde?

CONDE.

Verdades,

que es forzoso descubrir.

REINA.

Obligada á su perdón
 estoy.

REY.

Mis brazos tomad:
 los vuestros, Blanca, me dad.
 Y de vos, Conde, la acción
 presente he de confiar.

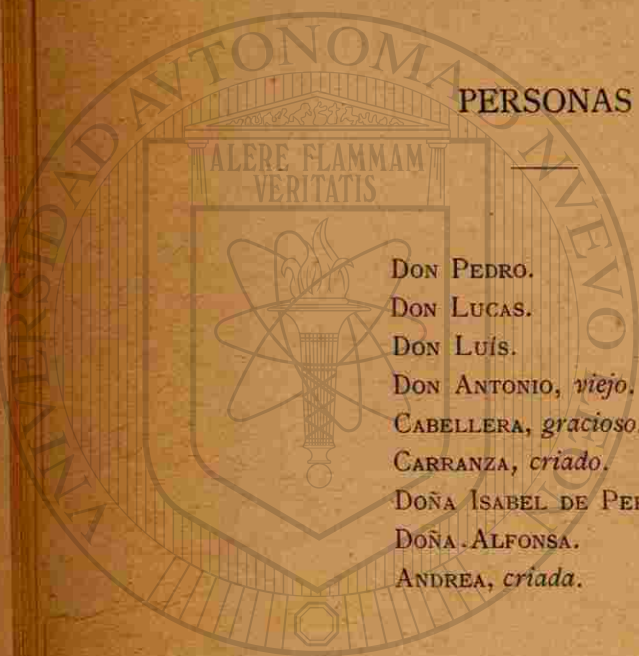
DON GARCÍA.

Pues truené el parche sonoro,
 que rayo soy contra el Moro
 que fulminó el Castañar.
 Y verás en sus campañas
 correr mares de carmín,
 dando con aquesto fin,
 y principio á mis hazañas.

FIN

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO,

DON LUCAS DEL CIGARRAL



PERSONAS

DON PEDRO.
DON LUCAS.
DON LUÍS.
DON ANTONIO, *viejo*.
CABELLERA, *gracioso*.
CARRANZA, *criado*.
DOÑA ISABEL DE PERALTA.
DOÑA ALFONSA.
ANDREA, *criada*.



JORNADA PRIMERA.

Salen DOÑA ISABEL, con bohemio, y ANDREA, criada.

D.^a ISABEL. Llegó el coche?
ANDREA. Es evidente.
D.^a ISABEL. Y la litera?
ANDREA. También.
D.^a ISABEL. ¡Qué perezoso es el bien
y el mal; oh qué diligente!
¡Que mi padre inadvertido
darme tal marido intente!
ANDREA. Marido tan de repente
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo, ¿no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por ti envió;
cierta esta boda será,
según anda el novio listo,
que parece que te ha visto
en la priesa que se da.
D.^a ISABEL. Á obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.

ANDREA. Puede ser que éste lo sea,
 pero no hay marido bueno;
 ver cómo se hacen temer
 á los enojos menores,
 y aquel hacerse señores
 de su perpetua mujer;
 aquella templanza rara
 y aquella vida tan fría,
 donde no hay un, « alma mía, »
 por un ojo de la cara;
 aquella vida también
 sin cuidados ni desvelos,
 aquel amor tan sin celos,
 los celos tan sin desdén;
 la seguridad prolija,
 y las tibiezas tan grandes,
 que pone un requiebro en Flandes
 quien llama á su mujer « hija. »
 ¡ Ah bien haya un amador
 destos que se usan ahora,
 que está diciendo que adora
 aunque nunca tenga amor !
 Bien haya un galán, en fin,
 que culto á todo vocablo,
 aunque una mujer sea diablo,
 dice que es un serafín;
 luégo que es mejor se infiera
 (haya embuste ó ademán),
 aunque más finja un galán
 que un marido, aunque más quiera.

D.^a ISABEL. Lo contrario he de creer
 de lo que arguyendo estás,
 y de mi atención verás
 que el marido y la mujer,
 que se han de tener, no ignoro,
 en tálamo repetido,
 respeto ella á su marido,
 y él á su mujer decoro;
 y éste callando querer,
 mayor voluntad se nombre,

que no ha de tratar un hombre
 como á dama á su mujer;
 y así mi opinión verás
 de mi argumento evidente,
 menos habla quien más siente,
 más quiere quien calla más;
 no esa llama solícito,
 todo lenguas al arder,
 porque un amor bachiller
 tiene indicios de apetito;
 y así tu opinión sentencio
 á mi enojo ó mi rigor,
 que antes es seña de amor
 la cautela del silencio;
 Dígalo el discurso sabio,
 si más tu opinión me apura,
 que no es grande calentura
 la que se permite al labio:
 la oculta es la que es mayor,
 su dolor el más molesto,
 y aquel amor que es honesto
 es el que es perfecto amor:
 no aquel amor siempre ingrato,
 todo sombras, todo antojos,
 que este nació de los ojos,
 y aquel se engendra del trato;
 luego más se ha de estimar,
 porque mi fe se asegure,
 amor que es fuerza que dure
 que amor que se ha de acabar.

ANDREA.

Y dí, ¿ un marido es mejor
 que en casa la vida pasa ?

D.^a ISABEL. ¿ Pues qué importa que esté en casa,
 como yo le tenga amor ?

ANDREA. ¿ Y el que es por fuerza, no es fiera
 pensión ?

D.^a ISABEL. Tampoco me enfada.

ANDREA. Naciste para casada
 como yo para soltera.

D.^a ISABEL. Pues déjame.

ANDREA.

Ya te dejo

pero este chisgaravis,
 éste tu fino don Luis,
 galán de tapa de espejo,
 ese que habla á borbotones,
 de su prosa satisfecho,
 que en una horma le han hecho
 vocablos, talle y acciones,
 ¿qué es lo que de ti ha intentado?

D.^a ISABEL.

Ese hombre me ha de matar,
 ha dado en no me dejar
 en casa, calle ni prado,
 con una asistencia rara;
 si á la iglesia voy, allí
 oye misa junto á mí;
 si pára el coche, él se pára,
 si voy á andar, yo no sé
 cómo allí se me aparece;
 si voy en silla, parece
 mi gentil hombre de á pié;
 y en efecto, el tal señor,
 que mi libertad apura,
 visto, es muy mala figura,
 pero escuchado, es peor.

ANDREA.

¿Habla culto?

D.^a ISABEL.

Nunca entabla

lenguaje disparatado,
 antes por hablar cortado
 corta todo lo que habla;
 vocablos de estrado son
 con los que á obligarme empieza,
 dice crédito, fineza,
 recato, halago, atención;
 y desto hace mezcla tal,
 que aun con amor no pudiera
 digerirlo, aunque tuviera
 mejor calor natural.

ANDREA.

¡Ay, señora mía! Malo;
 no le vuelvas á escuchar,
 que ese hombre te ha de matar

D.^a ISABEL.

con los requiebros de palo.
 Yo admitiré tu consejo,
 Andrea, de aquí adelante.

ANDREA.

Señora, el que es fino amante
 habla castellano viejo,
 el atento y el pulido
 que éste pretende, crearás,
 ser escuchado no más,
 mas no quiere ser querido.

D.^a ISABEL.

Andrea amiga, sabrás
 que tengo amor ¡ay de mí!
 á un hombre que una vez vi.

ANDREA.

¿Dimé, y no lo has visto más?

D.^a ISABEL.

No, y á llorar me provoco
 de un dolor enternecida,
 ¿Y qué le debes?

ANDREA.

La vida.

D.^a ISABEL.

¿No sabes quién es?

ANDREA.

Tampoco.

D.^a ISABEL.

Para que esa enigma crea,
 ¿cómo (te pregunto yo)
 de la muerte te libró?

ANDREA.

Oye, y lo sabrás, Andrea.

D.^a ISABEL.

Para remediarlo falta
 saber tu mal.

ANDREA.

D.^a ISABEL.

Oye.

ANDREA.

Di.

CABELLERA.

Ha de casa; ¿posa aquí
 doña Isabel de Peralta?

(Dentro.)

ANDREA.

Por ti preguntan; ¿quién es?

D.^a ISABEL.

¿Si vienen por mí?

ANDREA.

Eso infiero;

¿quién es?

Sale CABELLERA.

CABELLERA.

Éntrome primero,
 que yo lo diré después.

D.^a ISABEL.

¿Qué queréis?

CABELLERA.

Si hablaros puedo,

si no os habéis indignado,
 ¿podré daros un recado

de don Pedro de Toledo?
 D.^a ISABEL. Hablad, no estéis temeroso.
 CABELLERA. ¡ Buen talle!
 D.^a ISABEL. Hablad.
 CABELLERA. Yo me animo.
 D.^a ISABEL. ¿ Quién es don Pedro?
 CABELLERA. Es un primo
 del que ha de ser vuestro esposo,
 que viene por vos.
 D.^a ISABEL. Sepamos
 ¿ qué es lo que envía á decir?
 CABELLERA. Que es hora ya de partir; *(Dale una carta.)*
 si estáis prevenida, vamos.
 D.^a ISABEL. Si esto que miro no es sueño,
 no sé lo que puede ser.
 ¿ Cómo no me viene á ver
 ese primo de mi dueño?
 ANDREA. ¡ Oh marido apretador!
 D.^a ISABEL. ¿ Yo he de irme con tanta priesa?
 CABELLERA. Señora, es orden expresa
 de don Lucas, mi señor;
 y para él delito fuera
 no llegarle á obedecer;
 manda que aun no os venga á ver
 cuando entréis en la litera.
 D.^a ISABEL. ¿ Quién ese don Lucas es?
 CABELLERA. Quien ser tu esposo previene.
 D.^a ISABEL. ¡ Excelente nombre tiene
 para galán de entremés!
 ¿ Vos le servís?
 CABELLERA. No quisiera,
 mas sírvole.
 ANDREA. ¡ Buen humor!
 CABELLERA. Nunca le tengo peor.
 D.^a ISABEL. ¿ Cómo os llamáis?
 CABELLERA. Cabellera.
 D.^a ISABEL. ¡ Qué mal nombre!
 CABELLERA. Pues yo sé
 que á todo calvo aficiona.

D.^a ISABEL. ¿ No me dirás qué persona
 es don Lucas?
 CABELLERA. Sí diré.
 D.^a ISABEL. ¿ Hay mucho que decir?
 CABELLERA. Mucho,
 y más espacio quisiera.
 ANDREA. Tiempo hay harto, Cabellera.
 CABELLERA. Pues atended.
 ISABEL. Ya os escucho.
 CABELLERA. Don Lucas del Cigarral,
 (cuyo apellido moderno
 no es por su casa, que es
 por un Cigarral que ha hecho)
 es un caballero flaco,
 desvaído, macilento,
 muy cortísimo de talle,
 y larguísimo de cuerpo;
 las manos de hombre ordinario,
 los piés un poquillo luengos,
 muy bajos de empeine y anchos,
 con sus Juanetes y Pedros;
 zambo un poco, calvo un poco,
 dos pocos verdimoreno,
 tres pocos desaliñado,
 y cuarenta muchos puerco.
 Si canta por la mañana,
 como dice aquel proverbio,
 no sólo espanta sus males,
 pero espanta los ajenos;
 si acaso duerme la siesta
 da un ronquido tan horrendo,
 que duerme en su Cigarral
 y le escuchan en Toledo;
 come como un estudiante,
 y bebe como un tudesco,
 pregunta como un señor,
 y habla como un heredero;
 á cada palabra que habla
 aplica dos ó tres cuentos;
 verdad es que son muy largos,

mas para eso no son buenos ;
 no hay lugar donde no diga
 que ha estado, ninguno ha hecho
 cosa que le cuente á él
 que él no la hiciese primero ;
 si uno va corriendo postas
 á Sevilla, dice luégo :
 «Yo las corrí hasta el Perú,
 con estar el mar en medio : »
 Si hablan de espadas, él sólo
 es quien más entiende desto,
 y á toda espada sin marca
 la aplica luégo el Maestro ;
 tiene escritas cien comedias,
 y cerradas con su sello,
 para si tuviere hija
 dárselas en dote luégo ;
 pero ya que no es galán,
 mal poeta, peor ingenio,
 mal músico, mentiroso,
 preguntador sobre necio,
 tiene una gracia no más,
 que con esta le podremos
 perdonar esotras faltas :
 que es tan mísero y estrecho,
 que no dará, lo que ya
 me entenderán los atentos ;
 que come tan poco el tal
 don Lucas, que yo sospecho
 que ni aun esto podrá dar,
 porque no tiene excrementos.
 Estas, damas, son sus partes,
 contadas *de verbo ad verbum* ;
 esta es la carta que os traigo,
 y este el informe que he hecho ;
 quererle es cargo del alma,
 como lo será del cuerpo ;
 partiros, no haréis muy bien ;
 casaros, no os lo aconsejo ;
 meteros monja es cordura ;

apartaros dél, acierto ;
 hermosa sois, yo lo admiro ;
 discreta sois, no lo niego ;
 y así estimaos como hermosa,
 y pues sois discreta, os ruego
 que antes que os vais á casar
 miréis lo que hacéis primero.
 ¡ Buen informe !

D.^a ISABEL.

ANDREA.

D.^a ISABEL.

Razonable.

ANDREA.

CABELLERA.

D.^a ISABEL.

CABELLERA.

D.^a ISABEL.

CABELLERA.

Pero dime, ¿ cómo siendo
 su criado hablas tan mal
 de las partes de tu dueño ?
 Como quien come su pan.
 ¿ Yo le como ? Ni aun le almuerzo ;
 sirvo por mi devoción,
 que hice un voto muy estrecho
 de servir á un miserable,
 y estoile ahora cumpliendo.
 ¿ Pues os pasáis sin comer ?
 Si no fuera por don Pedro,
 su primo, fuera criado
 de vigilia.

Y dinos esto.

Don Pedro; ¿ quién es ?

¿ Quién es ?

Es el mejor caballero,
 más bizarro y más galán
 que alabar puede el exceso ;
 y á no ser pobre, pudiera
 competir con los primeros.
 Juega la espada y la daga
 poco menos que el Pacheco
 Narváez, que tiene ajustada
 la punta con el objeto ;
 si torea es Cantillana,
 es un Lope si hace versos,
 es agradable, cortés,
 es entendido, es atento,
 es galán sin presunción,
 valiente sin querer serlo.

queriendo serlo, bien quisto,
liberal, tan sin estruendo
que da y no dice que ha dado,
que hay muy pocos que hagan esto.

ANDREA. ¿Es posible que tu padre
eligiese tal sujeto,
pudiéndote dar estotro?

CABELLERA. No me espanto, que en efeto
éste no tiene un ochavo,
y esotro tiene dinero.

ANDREA. ¿Pues qué importa que lo tenga,
si lo guarda?

DOÑA ISABEL. Yo no quiero
sin el gusto la riqueza;
decidme, ¿y ese don Pedro,
tiene amor?

CABELLERA. Yo no lo sé;
mas trátanle casamiento
con la hermana de don Lucas,
doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas, y os prometo
que se espanta de un araña,
aunque esté cerca del techo;
vió un ratón el otro día
entrarse en un agujero,
y la dió de corazón
un mal con tan grave aprieto
que entre siete no podimos
abrirlo siquiera un dedo;
pero son ellas fingidas,
como yo criado vuestro;
él viene ya á recibiros.

D.^a ISABEL. No vendrá, que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre...

Sale DON ANTONIO, viejo.

DON ANTONIO. Doña Isabel, ¿qué es aquesto?

D.^a ISABEL. Es, que yo no he de casarme,
mándenlo ó no tus preceptos,
con don Lucas.

DON ANTONIO. ¿Por qué, hija?

D.^a ISABEL. Porque es miserable.

DON ANTONIO. Eso
no te puede á ti estar mal
siendo su mujer, supuesto
que vendrás á ser más rica,
cuando él fuere más atento.

D.^a ISABEL. Es porfiado.

DON ANTONIO. No porfiar
con él y te importa menos.

D.^a ISABEL. Es necio.

DON ANTONIO. Él te querrá bien,
y el amor hace discretos.

D.^a ISABEL. Es feo.

DON ANTONIO. Isabel, los hombres
no importa que sean feos.

ANDREA. Señor, es puerco.

DON ANTONIO. Limpiarle;
sea lo que fuere, en efeto,
yo os he casar con él;
¿será mejor un mozuelo
que gaste el dote en tres días,
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
¿Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y hacéis pucheros?
¿Qué carta es esa?

D.^a ISABEL. Una carta
de mi esposo.

DON ANTONIO. ¿Y yo no tengo
carta alguna?

CABELLERA. No señor;
voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve orden para hacerlo;
guárdeos el cielo. (Vase.)

DON ANTONIO. Él os guarde.

D.^a ISABEL. Quitadme la vida, cielos.

DON ANTONIO. Veamos; ¿qué dice la carta?

D.^a ISABEL. Dice así.

DON ANTONIO. Ya estoy atento.

D.^a ISABEL. *(Lee.)* «Hermana: Yo tengo seis mil y cuarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo si no tengo hijos; hanme dicho que vos y yo podemos tener los que quisiéremos; veníos esta noche á tratar del uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo va por vos, poneos una mascarilla para que no os vea, y no le habléis, que mientras yo viviere no habéis de ser vista ni oída. En las ventas de Torrejoncillo os espero; veníos luégo, que no están los tiempos para esperar en Ventas. Dios os guarde, y os dé más hijos que á mí.»

ANDREA. ¡Hay tal bestia!

D.^a ISABEL. Dime ahora

bien de aqueste majadero,

DON ANTONIO. Sí haré, que no es disparate

el que viene dicho á tiempo;

don Lucas es hoy marido,

y para empezar á serlo,

ha dicho su necedad

como tal, porque, en efeto,

no es marido quien no dice

un disparate primero. *(Dale una mascarilla.)*

D.^a ISABEL. La mascarilla está aquí.

ANDREA. Y está en el zaguán don Pedro.

DON ANTONIO. Pues pónitela antes que suba.

D.^a ISABEL. Si esto ha de ser, obedezco.

(Pónese la mascarilla.)

ANDREA. Llamaron.

D.^a ISABEL. Llegó mi muerte.

DON ANTONIO. Abre la puerta.

ANDREA. Esto es hecho.

Sale DON PEDRO y CABELLERA.

Sea usted muy bien venido.

DON ANTONIO. Don Pedro, guárdeos el cielo.

DON PEDRO. Seáis, señor don Antonio,

bien hallado.

DON ANTONIO. ¿Venís bueno?

DON PEDRO. Salud traigo. ¿Y vos?

DON ANTONIO. Sentaos.

DON PEDRO. Perdonadme, que no puedo, que me ha ordenado don Lucas que llegue y no tome asiento, que os pida su esposa á vos, y que se la lleve luégo.

D.^a ISABEL. *(Ap. ¡Cielos, qué es esto que miro! ¿Este no es el caballero á quién le debí la vida?)*
Andrea.

ANDREA. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?

D.^a ISABEL. Este es el que te contaba que tengo amor.

ANDREA. No te entiendo.
¿Éste es quién te dió la vida, como me dijiste?

D.^a ISABEL. El mismo.

ANDREA. ¿Y éste á quién quieres?

D.^a ISABEL. También.

ANDREA. Si este es primo de tu dueño, ¿qué has de hacer?

D.^a ISABEL. Morir, Andrea.

DON PEDRO. Aunque no merezca veros, si las conjeturas ven, divina Isabel, yo os veo, más sois vos, que vuestra fama; mal haya el que lisonjero, yendo á pintaros perfecta, aun no os retrató en bosquejo; hermoso enigma de nieve, que el rostro habéis encubierto para que no os adivinen ni los ojos ni el ingenio; geroglífico difícil, pues cuando voy á entenderos, cuanto solicito en voces, tanto acobardo en silencios; permitid vuestra hermosura... mas no hagáis tal, que más quiero ver esa pintura en sombras, que haber de envidiarla en lejos;

claro cielo, sol y rayo
 que está esta nube tejiendo,
 venid á Toledo á ser
 el más adorado objeto
 que supo lograr Cupido
 en los brazos de Himeneo;
 la voz de don Lucas habla
 en mi voz, yo soy quien ciego
 á ser intérprete vine
 de aquel amor extranjero;
 y pues sois rayo, alumbrad
 entre sombras y reflejos;
 pues sois cielo y sol, usad
 de vuestros claros efectos;
 geroglífico, explicáos:
 enigma, dad á entenderos,
 pues descubriéndoos seréis
 con una causa y á un tiempo,
 el geroglífico, el rayo,
 el sol, la enigma y el cielo.
 Discreto parece el primo.

ANDREA.

D.^a ISABEL.

Advertid, señor don Pedro,
 que se ha ido vuestra voz
 hacia vuestro sentimiento;
 doña Isabel es mi nombre,
 no doña Alfonso, y no quiero
 que allá le representéis
 y ensayéis en mí el requiebro;
 y aunque el favor me digáis
 por el que ha de ser mi dueño,
 no os estimo la alabanza
 que me hacéis, vedme primero,
 y creeré vuestras lisonjas
 creyendo que las merezco;
 pero sin verme, alabarme,
 es darme á entender con eso,
 ó que yo soy presumida
 tanto, que pueda creerlo,
 ó que don Lucas y vos
 tenéis un entendimiento.

DON PEDRO. Pues el sol, aunque se encuentra
 entre nubes, no por eso
 deja de mostrar sus rayos
 tan claros, si no serenos;
 el iris, ceja del sol,
 más hermoso está y más bello
 cuando entre negros celajes
 es círculo de los cielos;
 más sobresale una estrella
 con la sombra; los luceros,
 porque esté oscura la noche,
 no por eso alumbran menos;
 perfume el clavel del prado
 en verde cárcel cubierto,
 por las quiebras del capillo
 da á leer sus hojas luégo;
 ¿pues qué importa que esa nube
 ahora no deje veros,
 si habéis de ser como el iris,
 clavel, estrella y lucero?

DON ANTONIO. Doña Isabel, ¿qué esperamos?
 Á la litera.

DON PEDRO. Teneos,
 que vos no habéis de salir
 de Madrid.

DON ANTONIO. ¿Por qué, don Pedro?

DON PEDRO. Porque no quiere mi primo.

DON ANTONIO. Pues decidme, ¿cómo puedo
 dejar de ir á acompañar
 á mi hija? Demás deso,
 que si yo no se la doy,
 y lo que ordena obedezco:
 ¿cómo me podrá dar cuenta
 de lo que yo no le entrego?

DON PEDRO. Todo eso está prevenido;
 ved ese papel que os dejo,
 con que no necesitáis
 de partiros.

DON ANTONIO. Ya le leo.

¿Qué es esto? papel sellado.

(Abre un pliego de papel sellado.)

ANDREA. ¿Qué será?

CABELLERA. Yo no lo entiendo.

DON ANTONIO. (Lee.) «Recibí de don Antonio de Salazar una mujer, para que lo sea mía, con sus tachas buenas ó malas, alta de cuerpo, pelimorena, y doncella de facciones, y la entregaré tal, y tan entera, siempre que me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo, á 4 de Setiembre de 638 años.—Don Lucas del Cigarral. Toledo.»

D.^a ISABEL. ¿Para mí carta de pago?

DON ANTONIO. Don Pedro, ¿este caballero piensa que le doy mujer, ó piensa que se la vendo?

CABELLERA. Pues yo sé que va vendida doña Isabel.

ANDREA. Yo lo creo.

DON ANTONIO. Yo quiero ver á don Lucas en las Ventas; vamos luégo. Ven, Isabel.

D.^a ISABEL. Á morir.

DON PEDRO. ¡Valedme, piadosos cielos! Aunque esté vuestra pintura en borrón, tiene unos lejos dentro, que el alma retrata, que casi son unos mismos.

D.^a ISABEL. ¡Quién pudiera descubrirse!

DON PEDRO. ¡Quién viera su rostro!

D.^a ISABEL. ¡Cielos, qué nave halló la tormenta en las bonanzas del Puerto!

DON ANTONIO. Ea, Isabel, á la litera.

ANDREA. Vé delante.

CABELLERA. Allá te espero.

DON ANTONIO. Yo lo erré; vamos.

D.^a ISABEL. Ya voy.

DON ANTONIO. ¿Qué esperáis?

DON PEDRO. Ya os obedezco.

D.^a ISABEL. ¿Si fuese yo la que quiere?

DON PEDRO. ¡Si éste es mi perdido sueño!

DON ANTONIO. Mas si don Lucas es rico,

¿qué importará que sea necio? (Vanse.)

Salen DON LUÍS y CARRANZA, criado.

CARRANZA. ¿No me dirás, don Luís, adónde vamos? ya en las Ventas estamos del muy noble señor Torrejoncillo, ú del otro segundo Peralvillo, pues aquí la hermandad mesonitante asaetea á todo caminante; don Luís, habla, conmigo te aconseja, ¿no me dirás qué tienes?

DON LUÍS. Una queja. (Paséase.)

CARRANZA. ¿Á qué efecto has salido de la Corte? ¿en estas Ventas, dí, qué habrá que importe para tu sentimiento? ¿dí, qué tienes, señor?

DON LUÍS. Desvalimiento.

CARRANZA. Deja hablar afeitado; y dime, ¿á qué propósito has llegado á estas Ventas? refiéreme, en efeto: ¿qué vienes á buscar?

DON LUÍS. Busco mi objeto.

CARRANZA. ¿Qué objeto? habladme claro, señor mío.

DON LUÍS. Solicito á mi llama mi albedrío.

CARRANZA. ¿No acabaremos, y dirás qué tienes?

DON LUÍS. ¿Quieres que te procure á mis desdenes?

CARRANZA. Á oírlos en tu proa me sentencio.

DON LUÍS. ¿Y, en fin, han de salir de mi silencio?

CARRANZA. Dílos, señor.

DON LUÍS. Pues á mi voz te pido que hagas un agasajo con tu oído: Carranza, amigo, yo me hallé inclinado, costóme una deidad casi un cuidado; mentalmente la dije mi deseo, aspiraba á los lazos de Himeneo, y ella viendo mi amor enternecido, se dejó tratar mal del dios Cupido; su padre, que colige mi deseo, en Toledo la llama á nuevo empleo, y hoy sale de la Corte para lograr, indigno, otro consorte;

por aquí ha de venir, y aquí la espero,
convalecer á mi esperanza quiero,
dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver qué hacen sus ojos con mis voces;
Isabel es el dueño,
verdad del alma y alma deste empeño,
la que con tanto olvido
á un amante ferió por un marido;
suspiraré, Carranza, vive el cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo;
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera de haberle declarado;
culparé aquel desdén, que el pecho indicia,
aunque destemple airada la caricia;
mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza;
mis ansias, irritado, airado y fiero,
trasladaré á las iras del acero,
que es descrédito hallarme yo corrido,
quedándose mi amor tan desvalido.
Esta es la causa, por qué de esta suerte
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte, que corrido, amante y necio
vengo á entrar por las puertas del desprecio:
con vuelo que la luz penetrar osa
galanteó mi muerte mariposa;
porque en este desdén, que amante extraño,
me suelte mi albedrío el desengaño,
y en este sentimiento
mi elección deje libre mi tormento,
y para que Isabel desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

CARRANZA.

Oí tu relación, y maravilla
que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes.

DON LUÍS.

Gente cursa el camino, ¿si ha llegado?

CARRANZA.

¿Qué es cursa? ¿este camino está purgado?

UNO. (Dentro.)

¡Ha de la venta!

TODOS. (Dentro.)

¡Hala!

UNO. (Dentro.)

¡Ha, seor ventero!

¿Hay qué comer?

DOS. (Dentro.)

No faltará carnero.

UNO. (Dentro.)

¿Es casado vusted?

DOS. (Dentro.)

Mas há de treinta.

UNO. (Dentro.)

Según eso, carnero hay en la venta.

TRES. (Dentro.)

Huésped, así su nombre se celebre,
véndame un gato que parezca liebre.

TODOS. (Dentro.)

¡Hala!

UNO. (Dentro.)

¿Qué hay?

DOS. (Dentro.)

¡Mentecato!

Compra al huésped, que es liebre y tira á gato.

CARRANZA.

Una dama, y un hombre miro.

DON LUÍS.

Quedo,

Espérate, que vienen de Toledo.

CARRANZA.

Nada, pues, te alborote.

UNO. (Dentro.)

¿Dónde van Dulcinea y don Quijote?

DOS. (Dentro.)

Dónde han de ir, al Toboso por la cuenta.

DON LUCAS. (Dentro.)

Voy al infierno.

UNO. (Dentro.)

Eso es, voy á la Venta.

DON LUÍS. (Dentro.)

¡Raro sujeto es este que ha llegado!

CARRANZA.

Aqueste es un don Lucas, un menguado
de Toledo.

UNO. (Dentro.)

¡Ah! seor huésped, si le agrada,
écheme ese fiambre en ensalada.

DOS. (Dentro.)

Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
en la calle del Lobo hay aposento.

TRES. (Dentro.)

Pues á fe que es mujer de gran trabajo.

DON LUCAS. (Dentro.)

Pues ¡voto á Jesucristo! si me bajo,
que han de entrar en la venta por la posta.

TODOS. (Dentro.)

Gual gual

UNO. (Dentro.)

Que la ha tendido don Langosta.

DON LUCAS. (Dentro.)

Mentís, canalla.

CARRANZA.

Ahora ha echado el resto.

DON LUCAS. (Dentro.)

Apeaos, doña Alfonsa, acabad presto,
porque quiero reñir.

D.^a ALFONSA. (Dentro.)

Detente, espera,

que me dará un desmayo, que me muera.

UNO. (Dentro.)

Doña Melindre, déjele.

DON LUCAS. (Dentro.)

¿Qué espero?

matarélos á fe de caballero.

D.^a ALFONSA. (*Dentro.*) Detente, hermano.

DON LUCAS. (*Dentro.*) Vínomé la gana.

Salen DON LUCAS y DOÑA ALFONSA.

Téngame cuenta usted con esta hermana.

DON LUÍS. ¿No ve usted, que es vaya?

CARRANZA. Uced se tenga.

DON LUCAS. Conmigo no ha de haber, vaya ni venga.
Gentecilla...

TODOS. (*Dentro.*) Gual gual

DON LUÍS. Tened templanza.

UNO. (*Dentro.*) Envaine vuesarced, señor Carranza.

DON LUCAS. ¿Á mí Carranza, villanchón malvado?

CARRANZA. Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado.

(*Empuña la espada Carranza.*)

Que yo también me atufó y me abochorno.

DON LUCAS. Mientes tú, y cinco leguas en contorno.

CARRANZA. Sáquela. (*Saca la espada.*)

DON LUÍS. Téngase, que ya me enfada.

DON LUCAS. Déjeme darle sólo esta estocada.

DON LUÍS. Tened.

DON LUCAS. Yo he de tirarle este altibajo.

DON LUÍS. No me desperdiciéis este agasajo.

DON LUCAS. No os entiendo.

D.^a ALFONSA. Señor, mira.

DON LUÍS. Repara

que es mi sirviente.

DON LUCAS. Fuera.

DON PEDRO. (*Dentro.*) Pára.

TODOS. (*Dentro.*) Pára.

DON LUÍS. Una litera entró, y podéis templaros.

DON LUCAS. Aunque éntre un coche tengo de mataros.

Sale DON PEDRO, DON ANTONIO, CABELLERA,

ANDREA y DOÑA ISABEL, con mascarilla.

DON PEDRO. ¿Qué es esto?

D.^a ALFONSA. Tente, hermano,

detente.

DON LUCAS. No me vayan á la mano.

DON ANTONIO. ¿Con quién riñe?

DON LUÍS. Con este mi criado.

DON ANTONIO. ¿Con un pobre criado así indignado?

Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.

DON LUCAS. Yo pensé que reñía con Carranza.

DON LUÍS. Envainad, pues os logro tan templado.

DON LUCAS. Primero ha de envainar vuestro criado.

CARRANZA. La espada desempuño, (*Envainen.*)
y obedezco.

DON LUCAS. Yo envaino la de Ortuño.

D.^a ISABEL. Andrea, ¡qué mal hombre!

ANDREA. ¡Qué osco y negro!

DON LUCAS. Por mi cuenta, señor, ¿vos sois mi suegro?

DON ANTONIO. Vuestro padre seré.

DON PEDRO. Muero abrasado.

D.^a ALFONSA. Don Pedro, ¿qué será que no me ha hablado?

Mas también puede ser que no me vea.

D.^a ISABEL. Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.

DON LUÍS. Esta es doña Isabel.

CARRANZA. Callar intenta.

ANDREA. Don Luisillo también está en la venta.

DON LUÍS. No puedo resistirme.

D.^a ISABEL. ¡Que hasta aquí haya venido á perseguirme!

DON LUCAS. ¿Y hala visto mi hermano?

DON ANTONIO. Ni la ha hablado.

DON LUCAS. ¿Vino siempre cubierta?

DON ANTONIO. Así ha llegado.

DON LUCAS. ¿Y en fin, me quiere bien?

DON ANTONIO. Por vos se muere.

DON LUCAS. ¿Y la puedo decir lo que quisiere?

DON ANTONIO. Sí, podéis.

DON LUCAS. ¿Puedo?

DON PEDRO. Sí, obligarla intenta.

DON LUCAS. Pues así os guarde Dios, que tengáis cuenta.

Un amor, que apenas osa

á hablaros, dice fiel,

que una de dos, Isabel,

ó sois fea, ó sois hermosa.

Si sois hermosa, se acierta

en cubrir cara tan rara,

que no ha de andar vuestra cara

con la cara descubierta.

Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda,
puesto que estando tapada,
nadie sabrá si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,
con vos, si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, también
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así por Dios,
aunque os parezca importuno,
que no se ha de holgar ninguno,
ni conmigo, ni con vos.

D.^a ISABEL. ¿Qué hombre es éste, Andrea?

ANDREA. El peor

que he visto, señora mía.

DON ANTONIO. ¡Qué necesidad!

DON LUÍS. Grosería.

DON LUCAS. ¿No me habláis?

D.^a ISABEL. Digo, señor,

que debo agradecimiento
á ansias, y pasiones tales,
pues en vos admiro iguales
el talle, y entendimiento.

La fama que vos tenéis,
por ser quien sois, os aclama;
pero no dijo la fama
tanto como merecís.

Y así la muerte resisto
tarde, pues quiero decir,
que en viéndoos pensé morir,
y ya muero habiéndoo visto.

DON LUCAS. ¡Lindo ingenio!

DON ANTONIO. Así lo crea
vuestra pasión prevenida.

DON LUCAS. ¿Qué decís?

DON PEDRO. Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

D.^a ALFONSA. Haz que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

DON LUCAS. Dejádmela brújular,

que pinta bien.

D.^a ALFONSA. ¿Á qué esperas?

DON LUCAS. Isabel, hacedme gusto
de descubrirlos, y sea
la máscara el primer velo
que corráis á la modestia,
que están aquí debatiendo
si sois fea ó no sois fea.
Y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazón,
porque no tengáis vergüenza.
D.^a ISABEL. Los que son en vos preceptos,
han de ser en mí obediencias.
Yo me descubro. *(Quítase la mascarilla.)*

DON LUCAS. Lenóme:

don Antonio, á fe de veras,
que hacéis excelentes caras.

DON ANTONIO. Era su madre muy bella.

DON PEDRO. *(Ap.)* Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares, un día
libré de la muerte fiera.

DON LUCAS. ¿Qué os parece la fachada,
primo mío? hablad.

DON PEDRO. Que es buena.

D.^a ISABEL. *(Ap.)* Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

DON PEDRO. ¿Y á ti qué te ha parecido,
doña Alfonso?

D.^a ALFONSA. Que es muy fea.

DON PEDRO. Eres mujer, y no quieres
que alaben otra belleza.

DON LUCAS. Pensando estoy qué deciros,
después que os ví descubierta,
que no sé lo que me diga.
Pedro.

DON PEDRO. Señor.

DON LUCAS. Oyes, llega,
y dí por la boca verbos,

ó lo que á ti te parezca :
háblala del mismo modo
como si yo mismo fuera ;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dejarla muy tierna ;
que cubierta, yo me atrevo
á hablar como una manteca ;
pero en mi vida he sabido
hablar tierno á descubiertas.

DON PEDRO. ¿ Yo he de llegar ?

DON LUCAS. Sí, primillo,
con mi propio poder llegas.

DON PEDRO. ¿ Con qué alma la he de decir
los requiebros y ternezas,
si es fuerza que haya de hablar
con la tuya ?

DON LUCAS. Con la vuestra :
señora, allá va Perico,
no hay sino teneos en buenas,
y advertid, que los requiebros
que os dijere, los requiebra
con mi poder, respondedle
como si á mí propio fuera :
empezad.

DON PEDRO. Ya te obedezco.

D.ª ISABEL. Déme mi dolor paciencia.

ANDREA. Lindo empleo hizo Isabel.

DON PEDRO. Amor alas tiene, vuela,
surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa,
salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron el sol las nieblas,
rompió el capillo la flor,
encontró el olmo la yedra.
Tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera,

que esto y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
Bien haya ese velo ó nube,
que piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perpleja.
Yo he visto nacer el día
con clara luz y serena
para castigar el prado,
ó ya en sombras ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta ;
para engañarme con sombras,
y herir con luz, es destreza
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois más, que aquello más
que cupo en toda mi idea,
y aun más que aquello que miro,
si hay más en vos, que más sea.
Que tan iguales se anudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donaire tan uno
se ha unido con la modestia,
que si rendirme no más
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer
que del ingenio me venza.
Si del donaire y recato
es quien igual me sujeta,
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza
que ó no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

DON LUCAS. (Ap.) Aprieta la mano, Pedro,
que esto es poco.

DON PEDRO. Hermosa hiena,
que halagaste con voz blanda

para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia
quién me ha pagado una vida
con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví,
se rindieron mis potencias
de suerte...

D.^a ISABEL. Mirad, señor,
que es grosería muy necia,
que me vendáis un desprecio
á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente;
por la vista amor se engendra
del trato, y no he de creer
que amor que entra con violencia
deje de ser, como el rayo,
luz luégo y después pavesa.

DON PEDRO. No engendra el amor al trato,
Isabel, que si eso fuera,
fuera querida también,
siendo discreta una fea.

D.^a ISABEL. El trato engendra al amor,
y para que la experiencia
lo enseñe, si no hay agrado
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura,
para el agrado es de esencia
que haya trato: luego el trato
es el que el amor engendra.

DON PEDRO. Con trato amor, yo confieso,
que es perfecto; mas se entienda,
que amor puede haber sin trato.

D.^a ISABEL. Pero en fin, amor se acendra
en el trato.

DON PEDRO. Decís bien.

D.^a ISABEL. Pues si es así, luego es fuerza
que os quede más que quererme
si más que tratarme os queda.

DON LUCAS. (Ap.) No me agradan estos tratos.

DON PEDRO. Concedo esa consecuencia,
mas ya os trata amor, si os oye,
ya os quiere amor.

DON LUCAS. (Ap.) Mucho aprieta.

D.^a ISABEL. ¿Y me queréis?

DON PEDRO. Os adoro;
sólo falta que yo vea
vuestro amor.

D.^a ISABEL. Diráale el tiempo.

DON PEDRO. No le déis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

D.^a ISABEL. Pues como á mi esposo es fuerza
quereros.

DON PEDRO. Seré dichoso.

D.^a ISABEL. Esta mano, qué lo es vuestra
lo dirá.

DON LUCAS. No es sino mía;
(Tómala la mano don Lucas.)

y es muy grande desvergüenza
que os toméis la mano vos
sin dármela á mí en la iglesia;
primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.

DON PEDRO. Si yo hablaba aquí por vos...

DON LUCAS. Sois un hablador, y ella
es también otra habladora.

D.^a ISABEL. Si vos me disteis licencia...

DON LUCAS. Sí, pero sois licenciosa.

DON PEDRO. Como tú dijiste que era
poco lo que la decía...

DON LUCAS. Poco era, ¿quién os lo niega?
mas ni tanto ni tan poco.

D.^a ALFONSA. (Ap.) ¡Que ella le hablase tan tierna
y que él la adore tan fino!

DON LUCAS. Doña Alfonso.

D.^a ALFONSA. ¿Qué me ordenas?

DON LUCAS. Lleváos con vos esta mano.
(Dala la mano de doña Isabel.)

D.^a ALFONSA. Sí haré, y pido que me tengas
por tu amiga y servidora.

(Ap.) Y tu enemiga.

DON LUCAS. En Illescas

me he de casar esta noche.

D.^a ALFONSA. Hasta ir á Toledo espera,
para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mía juntas.

D.^a ISABEL. (Ap.) Antes quiera Amor que muera.

DON LUCAS. Señora mía, no estoy
para esperaros seis leguas.

DON LUÍS. Muerto estoy; á acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda;
yo soy don Luís de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

DON LUCAS. No os conozco en mi conciencia.

DON LUÍS. Y amigo de vuestro padre.

DON LUCAS. Sed su amigo, norabuena;
pero no habéis de ir conmigo.

CABELLERA. Llega el coche.

ANDREA. La litera.

DON LUÍS. Yo he de ir con vos.

DON LUCAS. Voto á Dios,
que me quede en esta Venta.

DON LUÍS. Ya me quedo.

DON LUCAS. ¡Gran favor!

D.^a ISABEL. Muerta voy.

CABELLERA. ¡Hermosa bestia!

D.^a ALFONSA. Muriendo de celos parto.

DON PEDRO. ¡Que esto mi dolor consienta!

DON ANTONIO. ¡Que esto mi prudencia sufra!

D.^a ISABEL. ¡Que esto influyese mi estrella!

DON LUCAS. Alfonso, ¿guardas la mano?

D.^a ALFONSA. Sí, señor.

DON LUCAS. Pues tened cuenta,
entre bobos anda el juego;
Pedro, entrad.

DON PEDRO. ¡Cielos, paciencia!

DON LUCAS. Guárdeos Dios, señor don Luís.

DON LUÍS. Allá he de ir, aunque no quiera.

JORNADA SEGUNDA.

Sale DON PEDRO en jubón, con sombrero, capa y espada, y
CABELLERA medio desnudo, por el patio del mesón.

CABELLERA. ¿Á dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

DON PEDRO. Calla, Cabellera.

CABELLERA. Á las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
dónde ahora me llevas.

DON PEDRO. Habla quedo.

CABELLERA. Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada
la puerta principal de la posada.

DON PEDRO. No ha sido ese mi intento.

CABELLERA. ¿Pues á dónde hemos de ir?

DON PEDRO. Á este aposento.

CABELLERA. Don Lucas aquí duerme recogido,
que se oye en todo Illescas el ronquido;
doña Alfonso su hermana
duerme en otra alcobilla á él cercana.

DON PEDRO. ¿Y el padre de Isabel?

CABELLERA. Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

DON PEDRO. ¿Está cerrado?

CABELLERA. Cerrado está; dí lo que quieres, ea.

DON PEDRO. ¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

CABELLERA. En esta sala están.

DON PEDRO. Ven poco á poco,
que la tengo de hablar.

CABELLERA. Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado;
¿qué es esto? tú, señor, enamorado
de una mujer, que serlo presto espera
de don Lucas?

(Ap.) Y tu enemiga.

DON LUCAS. En Illescas

me he de casar esta noche.

D.^a ALFONSA. Hasta ir á Toledo espera,
para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mía juntas.

D.^a ISABEL. (Ap.) Antes quiera Amor que muera.

DON LUCAS. Señora mía, no estoy
para esperaros seis leguas.

DON LUÍS. Muerto estoy; á acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda;
yo soy don Luís de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

DON LUCAS. No os conozco en mi conciencia.

DON LUÍS. Y amigo de vuestro padre.

DON LUCAS. Sed su amigo, norabuena;
pero no habéis de ir conmigo.

CABELLERA. Llega el coche.

ANDREA. La litera.

DON LUÍS. Yo he de ir con vos.

DON LUCAS. Voto á Dios,
que me quede en esta Venta.

DON LUÍS. Ya me quedo.

DON LUCAS. ¡Gran favor!

D.^a ISABEL. Muerta voy.

CABELLERA. ¡Hermosa bestia!

D.^a ALFONSA. Muriendo de celos parto.

DON PEDRO. ¡Que esto mi dolor consienta!

DON ANTONIO. ¡Que esto mi prudencia sufra!

D.^a ISABEL. ¡Que esto influyese mi estrella!

DON LUCAS. Alfonso, ¿guardas la mano?

D.^a ALFONSA. Sí, señor.

DON LUCAS. Pues tened cuenta,
entre bobos anda el juego;
Pedro, entrad.

DON PEDRO. ¡Cielos, paciencia!

DON LUCAS. Guárdeos Dios, señor don Luís.

DON LUÍS. Allá he de ir, aunque no quiera.

JORNADA SEGUNDA.

Sale DON PEDRO en jubón, con sombrero, capa y espada, y
CABELLERA medio desnudo, por el patio del mesón.

CABELLERA. ¿Á dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

DON PEDRO. Calla, Cabellera.

CABELLERA. Á las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
dónde ahora me llevas.

DON PEDRO. Habla quedo.

CABELLERA. Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada
la puerta principal de la posada.

DON PEDRO. No ha sido ese mi intento.

CABELLERA. ¿Pues á dónde hemos de ir?

DON PEDRO. Á este aposento.

CABELLERA. Don Lucas aquí duerme recogido,
que se oye en todo Illescas el ronquido;
doña Alfonso su hermana
duerme en otra alcobilla á él cercana.

DON PEDRO. ¿Y el padre de Isabel?

CABELLERA. Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

DON PEDRO. ¿Está cerrado?

CABELLERA. Cerrado está; dí lo que quieres, ea.

DON PEDRO. ¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

CABELLERA. En esta sala están.

DON PEDRO. Ven poco á poco,
que la tengo de hablar.

CABELLERA. Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado;
¿qué es esto? tú, señor, enamorado
de una mujer, que serlo presto espera
de don Lucas?

DON PEDRO. Sí, amigo Cabellera.
 CABELLERA. Ten, señor, más templanza;
 ¿tú faltar de tu primo á la confianza?
 cómo, ¿tú enamorado de repente?
 DON PEDRO. Más anciano es el mal de mi accidente;
 siglos há que padezco un mal eterno.
 CABELLERA. Yo tuve tu accidente por moderno;
 pero si tiene tanta edad, más sabio
 quiero saber tu pena de tu labio;
 dime tu amor, que ya quiero escucharle.
 DON PEDRO. ¿Qué intentas con oírle?
 CABELLERA. Disculparle.
 DON PEDRO. ¿Me ayudarás después?
 CABELLERA. Soy tu criado.
 DON PEDRO. ¿Óyenos álguien?
 CABELLERA. Todo está cerrado.
 DON PEDRO. ¿Tendrás secreto?
 CABELLERA. Ser leal intento.
 DON PEDRO. Pues escucha mi amor.
 CABELLERA. Ya estoy atento.
 DON PEDRO. Era del claro julio ardiente día:
 Manzanares al soto presidía,
 y en clase, que la arena ha fabricado,
 lecciones de cristal dictaba al prado,
 cuando al morir la luz del sol ardiente,
 solícito bañarme en su corriente;
 en un caballo sendas examino,
 y á la Casa del Campo me destino.
 Llego á su verde falda,
 elijo fértil sitio de esmeralda,
 del caballo me apeo,
 creo la amenidad, el cristal creo,
 y apenas con pereza diligente
 la templanza averiguo á la corriente,
 cuando alegres también como veloces,
 á un lado escucho femeniles voces.
 Guió á la voz los ojos prevenido,
 y sólo la logré con el oído;
 piso por las orillas, y tan quedo,
 que pensé que pisaba con el miedo:

mas la voz me encamina, y más me llama,
 voy apartando la una y otra rama,
 y en el tibio cristal de la ribera
 á una deidad hallé de esta manera.
 Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
 fuera el rostro, y en roscas el cabello,
 deshonesto el cristal que la gozaba,
 de vanidad al soto la enseñaba;
 mas si de amante el soto la quería,
 por gozársela él todo, la cubría.
 Quisieron mis deseos diligentes
 verla por los cristales transparentes,
 y al dedicar mis ojos á mi pena,
 estaba al movimiento de la arena,
 ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
 ¿quién con esta deidad no ha de estar ciego?
 Turbio el cristal estaba,
 y cuanto más la arena le enturbiaba,
 mejor la ví, que al no ver la corriente,
 sólo era su deidad lo transparente;
 no el río, que al gozar tanta hermosura,
 él es quien se bañaba en su blancura.
 Cubría, para ser segundo velo,
 túnica de Cambray todo su cielo,
 y sólo un pié movía el cristal blando,
 sin duda imaginó que iba pisando;
 pero cuando sin verse se mostraba,
 un plumaje del agua levantaba,
 del curso propio con que se movía,
 vialé entre el cristal, y no le vía,
 que distinguir no supo mi albedrío
 ni cuándo era su pié, ni cuando el río.
 Procuraban ladrones mis enojos
 robar sus perfecciones con los ojos,
 cuando en pié se levanta toda hielos,
 cubre el cristal lo que descubre el velo:
 recátome en las ramas dilatadas,
 prevenidas la esperan sus criadas;
 dícenla todas que á la orilla pase,
 y nada se dejó que yo robase;

y en fin, al recogerla,
 tiritando salió perla con perla;
 y yo dije abrasado:
 ¡Oh qué bien me parece el fuego helado!
 Sale á la orilla, donde verla creo,
 pónenseme delante y no la veo:
 enjúgala el halago prevenido
 la nieve que ella había derretido;
 cuando un toro con ira y osadía
 (que era día de fiestas este día)
 descende de Madrid al río; y luégo
 más irritado, sí, que no más ciego,
 quiere cruel é impío
 de coraje beberse todo el río:
 bebe la blanca nieve,
 bebe más, y su misma sangre bebe.
 El pecho, pues, herido, el cuello roto,
 parte á vengar su injuria por el soto,
 las cortinas de ramas desabrocha,
 sacude con la cox á la garrocha,
 y á mi hermosa deidad vencer procura,
 que se quiso estrenar en la hermosura.
 Huyen, pues, sus criadas con recelo,
 y ella se honesta con segundo velo;
 que aunque el temor la halló desprevenida,
 quiso más el recato que la vida.
 Yo, que miro irritarse el toro airado,
 de amor y de piedad á un tiempo armado,
 indigno la pasión, librarla espero,
 y dándole advertencias al acero,
 (osadía y pasión á un tiempo junta)
 el corazón le paso con la punta,
 con tan felice suerte,
 que ni un bramido le costó la muerte.
 Conoce que á mi amor debe la vida,
 honestamente la hallo agradecida;
 menos, viéndola más, mi amor mitigo,
 entra dentro del coche y yo la sigo;
 cierra luégo la noche:
 entre otros, con lo oscuro pierdo el coche;

búscala y no la encuentra mi cuidado:
 vóyme á Toledo, donde enamorado
 le dije mis finezas con enojos
 á aquel retrato que copié en los ojos.
 Quéjome solo al viento;
 procúrame mi primo un casamiento;
 la ejecución de sus preceptos huyo:
 voy á Madrid á efectuar el suyo;
 vuelvo con Isabel (nunca volviera)
 cubre el rostro Isabel (nunca le viera)
 pues dice mi esperanza, hoy más perdida,
 que es Isabel á la que di la vida;
 por valor ó por suerte,
 que es Isabel la que me da la muerte.
 y en fin, amante sí, y no satisfecho,
 de la sombra esta noche me aprovecho;
 á vengar con mis voces este agravio,
 salga esta calentura por el labio:
 sepa Isabel de mi cruel tormento,
 asusten mis suspiros todo el viento;
 sean ahora que Isabel me deja,
 intérpretes mis voces de mi queja;
 suceda todo un mal á todo un daño,
 válgame un riesgo todo un desengaño;
 ahora la he de hablar, verla porfío,
 déjame que use bien de mi albedrío:
 deja que á hablarla llegue,
 para que esta tormenta se sosiegue;
 déjame que la obligue,
 para que este cuidado se mitigue,
 y porque al referir pena tan fiera,
 mi gloria dure y mi tormento muera.
 CABELLERA. Tu relación he escuchado,
 y por Dios que me lastimo
 que se enamore quien tiene
 tan lindos cinco sentidos.
 ¿Tú, señor, enamorado?
 DON PEDRO. Es el sujeto divino.
 CABELLERA. Y tú muy lindo sujeto;
 pero puesto que has venido

á hablar con doña Isabel,
llega falso y habla fino ;
pero no andarás muy falso
con don Lucas, que es tu primo,
pues tú la amabas primero,
y él hasta ayer no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
un hombre á todo albedrío,
no hay hermano para hermano,
ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parentesco de negros?
Todos están recogidos
los huéspedes del mesón ;
¿llamaré?

DON PEDRO.
CABELLERA.

Llama quedito.

No sea que el huésped nos sienta,
que es el huésped más cocido
que hay en Illescas, y siente
dentro en su casa un mosquito.

DON PEDRO.

Oyes, ¿viste anoche entrar,
á un don Luís, que se hizo amigo
de don Lucas?

CABELLERA.

Embozado

tras la litera se vino,
y anoche tomó posada
en el mesón.

DON PEDRO.

¿Y has sabido
á qué viene?

CABELLERA.

Galantea

á Isabel, que así lo dijo
su criado á otro criado,
y aqueste criado mismo
á otro criado después
como criado fidedigno
se lo contó, y él á mí:
yo ahora á ti te lo aviso,
que no sirve quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

DON PEDRO. Pues con amor y con celos
á un tiempo me determino
á hablar á Isabel.

CABELLERA. Pues manos
al amor: Amo y amigo,
¿llego?

DON PEDRO. No llegues, espera,
que están abriendo el postigo
por de dentro.

CABELLERA. Dices bien.

DON PEDRO. ¿Qué será?

CABELLERA. No lo he entendido.

Sale DOÑA ISABEL medio desnuda, y ANDREA por otro
apuesto.

D.^a ISABEL. No me detengas, Andrea.

ANDREA. ¿Dónde vas?

D.^a ISABEL. Á dar suspiros
á los cielos de mis quejas.
Téplate.

ANDREA. No espero alivio.

D.^a ISABEL. ¿Qué intentas?

ANDREA. Buscar mi padre.

D.^a ISABEL. Está ahora recogido.

ANDREA. Ven á despertarle, Andrea,
que no ha de ser dueño mío
don Lucas.

ANDREA. Resuelta estás.

DON PEDRO. Arrímate.

CABELLERA. Ya me arrimo.

ANDREA. ¿Y si no quiere tu padre?

D.^a ISABEL. No es dueño de mi albedrío.

ANDREA. Pues ¿quién ha de ser tu esposo?

D.^a ISABEL. Don Pedro ha de serlo mío,
ó ninguno lo ha de ser ;
si no es que desconocido
á Alfonso quiere.

DON PEDRO. (Ap.) ¡Pedirme
albricias, alma y sentidos!

ANDREA. Vuélvete á dormir.

D.^a ISABEL. No puedo.

CABELLERA. *(Ap.)* Cenó poco, no me admiro.

D.^a ISABEL. ¿En qué aposento hallaré á mi padre?

ANDREA. No le he visto recoger, yo no lo sé: en habiendo amanecido podrás hablarle.

D.^a ISABEL. No alargues plazos á un dolor prolijo; don Pedro ha de ser...

(Encuentra con don Pedro.)

DON PEDRO. Don Pedro, infelice dueño mío, ha de ser el que te adore tan amante y tan rendido, que han de ser alma y potencias lo menos que os sacrifico.

D.^a ISABEL. ¿Quién es?

DON PEDRO. Quién no os ha ganado, cuando ya os hubo perdido: el que os ha granjeado á penas, el que os mereció á suspiros, el que os solicita á riesgos, el que os procura á cariños.

D.^a ISABEL. Hablad quedo, y ved que estamos...

DON PEDRO. Templar la voz no resisto, que ésta es la voz de mi amor, y está mi amor encendido.

D.^a ISABEL. Señor don Pedro, si oísteis la verdad del dolor mío, si aún no os ha costado un ruego la compasión de un cariño, no os llaméis tan infeliz como decís, pues no he dicho acaso que tengo amor, y ya vos lo habéis sabido. Dejad para el desdeñado la queja, llámese el digno feliz, é infeliz se llame el que nunca ha merecido.

Yo sí que soy desdichada, pues os quiero, y lo repito, y estando vivo el amor tengo á los celos más vivos. Ya habréis templado con verme el mal de no haberme visto; este sí es mal, pues que tiene, viéndoos más, menos alivio. Doña Alfonso ha de ser vuestra, con que viene á ser preciso que no lo pueda yo ser ni pueda llamaros mío.

Ella es quien dice que os quiere, con que yo naturalizo á mis bastardos temores, que son de mis celos hijos. Mirad, pues, cuál de los dos el más infeliz ha sido, pues vos lográis un amor y yo unos celos concibo.

DON PEDRO. ¿Yo, Isabel, no tengo celos, yo, decís vos, que me libro de una verdad, que la cubro con la sombra de un indicio? ¿No es la flor Clicie, don Luís, que constante á los peligros está acechando los rayos de vuestro Oriente vecino? ¿No viene á amaros, señora? ¿No viene tras vos? ¿No he visto que os quiere?

D.^a ISABEL. ¿Y quién es el sol?

No con falsos silogismos me arguyáis, cuando estáis vos respondiéndoo á vos mismo. Si es la Clicie flor don Luís, ¿cuándo el sol la Clicie quiso? ¿Cuándo para desdeñarla no es cada rayo un aviso? Si soy sol, como decís,

¿cuándo mis rayos no han sido
para desdeñarle ardientes,
y para abrasarle tibios?
¿Qué os daña á vos que él me quiera,
pues veis que yo no le estimo?
Mucho más florece el premio
de la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
y él está desvanecido
de ver que le hayan premiado
en competencias del lirio.
Olmo que abrazó á la yedra,
está más agradecido
de ver que siendo él distante
se olvidase del vecino.
Así, ¿qué importa que amante,
constante, atento y activo,
me quiera don Luís á mí,
si con ver un amor mismo
en los dos, con ser á un tiempo
tan constantes como finos,
sois el preferido vos,
y es él el aborrecido?
DON PEDRO. Luego aunque me quiera á mí
doña Alfonso, no hay indicio
para celos.

D.^a ISABEL. Sí le hay;
porque vos no me habéis dicho
que no la queréis; y yo,
que aborrezco á don Luís, digo.

DON PEDRO. Pues yo sólo os quiero á vos.

D.^a ISABEL. Que no me halaguéis os pido
con el amor, si después
me matáis con el olvido;
que mucho peor será,
si no le tenéis, fingirlo,
que si le tenéis, callarle;
pues por más decente elijo
que me ocultéis vuestra llama
y os halle después más fino,

que no hallarme aborrecida
pensando que me han querido.

DON PEDRO. Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
haréis claras experiencias
del fondo del dolor mio.

D.^a ISABEL. Pues elijase un remedio
para evitar los designios
de mi padre.

ANDREA. Cé, señores.

DON PEDRO. ¿Qué es lo que dices?

ANDREA. Que miro
abrir aquel aposento.

DON PEDRO. ¿Cuyo es?

ANDREA. El de don Luisillo.

DON PEDRO. ¿Dónde irá?

ANDREA. Habrá madrugado
para tomar el camino
antes que amanezca.

CABELLERA. Es cierto.

D.^a ISABEL. Pues, señor, yo me retiro,
no me vea.

DON PEDRO. Bien eliges.

D.^a ISABEL. Quédate á Dios, dueño mio.

DON PEDRO. ¿En fin, me querrás?

D.^a ISABEL. Soy tuya.

DON PEDRO. ¿Y don Luís?

D.^a ISABEL. Es mi enemigo:

¿y Alfonso?

DON PEDRO. Mátela amor.

CABELLERA. Acabad, cuerpo de Cristo,
que está don Luís en el patio.

D.^a ISABEL. Pues yo me voy, ven conmigo.

CABELLERA. Señor, entra tú también,
porque don Luís ha salido,
y puede verte al pasar
á tu aposento, y colijo
que no puede juzgar bien
de verte á esta hora vestido.

D.^a ISABEL. Mirad, don Pedro...

DON PEDRO. ¿Qué importa
que esté un instante contigo
en tanto que este don Luís
sale fuera?

ANDREA. Bien ha dicho:
luz tienes, y eres honrada,
que él te quiere bien he oído,
y los que son más amantes
son los menos atrevidos.

D.^a ISABEL. Pues cierra.

ANDREA. La puerta cierro.

DON PEDRO. Tú quédate aquí escondido,
pues no importa que te vea.

CABELLERA. Obedecerte es preciso.

ANDREA. Lo dicho dicho, lacayo.

CABELLERA. Fregona, lo dicho dicho.
*(Éntranse en el aposento de doña Isabel los tres, y queda
Cabellera fuera.)*

Salen DON LUÍS y CARRANZA.

CARRANZA. Á media noche, señor:
¿dónde vas?

DON LUÍS. Nada te espante,
voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.

CARRANZA. No alcanzo tu pensamiento.

DON LUÍS. Huella quedo.

CARRANZA. ¿No dirás
dónde á estas horas vas?

DON LUÍS. Solicito su aposento.

CARRANZA. Ten cordura, ten templanza;
¡que esto un hombre cuerdo intente!
¿Y si don Lucas te siente?

DON LUÍS. No me aconsejes, Carranza.

CARRANZA. Durmiendo á todos ahora
con un mismo sueño igualo,
no seas Arias Gonzalo
si está hecho el mesón Zamora.
De verla no es ocasión,
y esta en que la vas á hablar,
sólo es hora de buscar

á la moza del mesón.

DON LUÍS. Á dedicar almas mil
vengo á la luz por quien veo,
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.

CARRANZA. Si ello ha de ser, vamos, pues,
mitiga tu sentimiento.

DON LUÍS. ¿Sabes cuál es su aposento,
Carranza amigo?

CARRANZA. Este es;
anoche se recogió
en este aposento.

DON LUÍS. Y dí,
¿estás cierto en eso?

CARRANZA. Sí.

DON LUÍS. Pues llama.
*(Llame Carranza á otro aposento que esté enfrente del de
Isabel.)*

¿Responden?

CARRANZA. No.

DON LUÍS. Otra vez puedes volver
á llamar por si despierta.

CARRANZA. Llamo.

D.^a ALFONSA *(Dentro.)* ¿Quién anda en la puerta?

DON LUÍS. ¿Esta no es voz de mujer?
¿Quién será?

CARRANZA. Isabel sería.

DON LUÍS. ¡Si es Andrea!

CARRANZA. No, señor,
que yo conozco mejor
su voz que la propia mía.

DON LUÍS. Dudoso en la voz estoy.

CARRANZA. No es Andrea, señor.

DON LUÍS. Pues
si no es Andrea, ella es.
Sale DOÑA ALFONSA medio desnuda.

D.^a ALFONSA. ¿Quién llamaba aquí?

DON LUÍS. Yo soy.

D.^a ALFONSA. ¿Quién sois?

CARRANZA. Abrieron la puerta.

- DON LUÍS. Dueño hermoso de mi vida,
quien os procuró dormida
y os ha logrado despierta;
soy quien con fuego veloz...
- D.^a ALFONSA. *(Ap.)* Que es don Pedro he imaginado:
como habla disimulado
no le conozco en la voz.
- DON LUÍS. Trocar procura en caricias
halagos de un solo Dios,
soy el que viene tras vos.
- D.^a ALFONSA. *(Ap.)* Don Pedro es: amor, albricias.
- DON LUÍS. Soy quien os quiere tan fiel...
- D.^a ALFONSA. ¿Pues cómo (si eso es así)
no me hablasteis cuando os ví?
- DON LUÍS. *(Ap.)* Tiene razón Isabel.)
No hagáis desatenta enojos
las que obré finezas sabio,
pues lo que dictaba el labio
representaban los ojos.
- D.^a ALFONSA. Perdonad, que recele
(que es desconfiada quien ama)
que mirabais á otra dama.
- DON LUÍS. Es verdad que la miré;
pero puesto su arrebol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.
- D.^a ALFONSA. Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca,
mas como yo os lo parezca
no quiero ser más hermosa;
creer quiero lo que decís,
y valerme del consuelo.
- CABELLERA. *(Ap.)* Doña Alfonso, vive el cielo,
es la que habla con don Luís;
¡buena es la conversación!
Que es este don Luís ignora;
¡cosa que le diese ahora
algún mal de corazón!
- DON LUÍS. Sola una ocasión deseo

- en que yo pueda mostrar...
- D.^a ALFONSA. Don Lucas ha de estorbar
nuestro amor.
- DON LUÍS. Así lo creo;
pero podéis estar cierta
que no ha de lograr su intento,
pues cuando este casamiento...
- DON LUCAS. *(Dentro.)* ¿Hola, quién anda en la puerta?
- DON LUÍS. ¿Quién es?
- D.^a ALFONSA. Don Lucas, ¿qué haré?
- CABELLERA. Sentido los ha por Dios.
- DON LUÍS. ¿Don Lucas está con vos?
- D.^a ALFONSA. ¿Pues dónde queréis que esté?
- DON LUÍS. Daré quejas á los cielos;
¿así premiásteis mi amor?
¿Como...
- D.^a ALFONSA. ¿Qué es esto, señor?
¿De don Lucas tenéis celos?
Yo he de ver...
- DON LUÍS. Tened templanza.
- D.^a ALFONSA. No es tiempo de hacer extremos,
vente.
- D.^a ALFONSA. Adiós, luego hablaremos. *(Vase.)*
- DON LUÍS. ¿Qué es esto, amigo Carranza?
- CARRANZA. En la ceniza hemos dado
con el amor.
- DON LUÍS. Ven tras mí.
- CARRANZA. ¿Sale ya don Lucas?
- DON LUÍS. Sí.
- CARRANZA. Por Dios que se ha levantado.
- DON LUÍS. Perdí famosa ocasión. *(Vanse los dos.)*
- CABELLERA. Pulgas lleva el don Luisillo,
pero no me maravillo,
que hay muchas en el mesón.
A dormir de buena gana
me fuera; señor, no hay gente,
(Llama á la puerta por donde entró don Pedro.)
sal presto; pero detente.
- Sale DON LUCAS, medio vestido ridículamente, con espada
y una luz, por el aposento de Alfonso.

DON LUCAS. El diablo está en Cantillana;
¿quién está aquí?
(Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.)

CABELLERA. Ya me vió;
á mi fortuna maldigo.

DON LUCAS. Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?

CABELLERA. Yo.
(Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.)

DON LUCAS. ¿Qué es yo? con eso no salva
una cuchillada; fuera,
diga, ¿quién es?

CABELLERA. Cabellera,
al servicio de tu calva.

DON LUCAS. ¿Qué haces aquí?

CABELLERA. *(Ap. Qué diré?)*
Digo, estaba, porque yo...

DON LUCAS. ¿Llamaste á mi puerta?

CABELLERA. No.

DON LUCAS. ¿Pues quién llamó?

CABELLERA. No lo sé.

DON LUCAS. ¿Viste abrir la puerta?

CABELLERA. Sí.

DON LUCAS. ¿Y á quién era conociste?

CABELLERA. No, señor.

DON LUCAS. ¿Y á qué saliste?

CABELLERA. Señor, á tu voz salí.

DON LUCAS. ¿Era hombre el que llamaba?

CABELLERA. Sí, señor.

DON LUCAS. ¿Vístele?

CABELLERA. No.

DON LUCAS. ¿Á dónde entró?

CABELLERA. ¡Qué sé yo!

DON LUCAS. Esto está peor que estaba
discurro; ¿no puede ser
que quien fué, con mal intento,
por llamar á mi aposento
llamase al de mi mujer?
¿Y que el que á llamar se atreve,
luégo que abriesen la puerta,

dijese, en viéndola abierta,
acójome acá que llueve?
Pues si puede ser, yo intento
con gallardas osadías
entrar á hacer de las mías
y visitar su aposento;
y darle presumo un zás
de buen modo si le encuentro.

(Va á la puerta don Lucas por donde entró don Pedro.)

CABELLERA. Por Cristo que va allá dentro;
ah, señor, ¿á dónde vas?

DON LUCAS. Á visitar mi mujer.

CABELLERA. ¿Cómo lo podré impedir?
Mira que nos hemos de ir,
y que quiere amanecer.

DON LUCAS. ¿Qué importa eso? *(Va á la puerta.)*

CABELLERA. Allá se arroja,
asi le he de divertir;
señor, ¿quiéresme decir
de qué maestro es mi hoja?
Que no hay desde aquí á Sevilla
quien la sepa conocer. *(Saca la espada.)*

DON LUCAS. ¿Ahora?

CABELLERA. Ahora la has de ver.

DON LUCAS. De Francisco Ruíz Portilla.

CABELLERA. *(Ap. ¡Que ahora no salga el asnazo
de don Pedro!) Es un espejo
la espada; diz que es del viejo.*

DON LUCAS. Del mozo es este recazo;
quédate aquí.

(Dale la espada y va á la puerta.)

CABELLERA. No remedia
nada, y su intento no evito;
¡ah, de las que has escrito,
¿quieres leerme una comedia?

DON LUCAS. ¿A media noche?

CABELLERA. Es verano.

DON LUCAS. ¿Pues á dónde la oirás?

CABELLERA. En aquel pozo, y serás
poeta samaritano;

la que se ha de hacer cien días,
según dices.

DON LUCAS. Hela aquí; *(Saca una comedia.)*

oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodías.

CABELLERA. ¡Será famoso!

DON LUCAS. Sí á fe;
pero ver primero intento
quién llamaba á mi aposento.
(Hace que va al aposento.)

CABELLERA. Señor, yo fui el que llamé.
DON LUCAS. Si eras tú, yo me concluyo;

¿y á qué llamaste si eras?

CABELLERA. Llamaba á que me leyeras
algún trabajillo tuyo
si no dormías acaso;
*(Ap. Don Pedro así me ha de oír,
ahora es tiempo de salir.)*

(Dice recio este verso.)

DON LUCAS. ¿Quién ha de salir?

CABELLERA. El paso;
dí los versos.

DON LUCAS. Son valientes.

CABELLERA. Lope es contigo novel.

DON LUCAS. Sale Herodes, y con él
cuatrocientos inocentes.

(Asómanse Andrea y don Pedro á la puerta.)

DON PEDRO. Ahora á salir me obligo,
aunque allí está.

ANDREA. ¿Sales?

DON PEDRO. Sí.

CABELLERA. Vaya, señor.

DON LUCAS. Dice así:
¿quién anda en aquel postigo?
(Velos don Lucas, y cierran la puerta.)

DON PEDRO. Él me vió, cierra la puerta;
cierra. *(Cierran y tórnanse á entrar.)*

ANDREA. Nací desdichada.

DON LUCAS. ¿Connmigo la hacen cerrada?
Pues yo la he de hacer abierta.

CABELLERA. Vive Dios que no salió.

DON LUCAS. Cabellera.

CABELLERA. Él ha de hallarle;
¿quieres entrar á matarle?
Responde.

DON LUCAS. No, sino no;
llama á la puerta. *(Llame Cabellera.)*

ANDREA. *(Dentro.)* ¿Quién llama?

DON LUCAS. ¿Esta es la criada?

CABELLERA. Sí.

DON LUCAS. Hola, criada, abre aquí
al marido de tu ama.

ANDREA. Entrad. *(Abre.)*

DON LUCAS. Entra tú primero,
morirá á fe de cristiano.

CABELLERA. Pon la daga en la otra mano
y dame ese candelero,
que yo he de morir contigo.
(Dale don Lucas la luz á Cabellera.)

DON LUCAS. Esa luz puedes llevar.

CABELLERA. *(Ap. Así lo he de remediar:)*
¿no me sigues?

DON LUCAS. Ya te sigo.

CABELLERA. Voy enojado.

DON LUCAS. Voy ciego.

CABELLERA. Adelante, industria mía.

DON LUCAS. ¡Adulterio el primer día!
Entre bobos anda el juego.

Éntranse, y salen DON PEDRO y DONA ISABEL turbados.

D.^a ISABEL. ¿Entró don Lucas?

DON PEDRO. Entró,
desnudo el airado acero.

D.^a ISABEL. Detrás de aquella cortina
te esconde.

DON PEDRO. Yo me resuelvo.
Diré que tu esposo soy.

D.^a ISABEL. Échame á perder con eso;
escóndete, dueño mío.

DON PEDRO. Advierte...

D.^a ISABEL. Escóndete presto,

que llegan.

DON PEDRO. No me porfies.

D.^a ISABEL. Mira, señor...

DON PEDRO. Estoy ciego.

D.^a ISABEL. Haz esto, señor, por mí.

DON PEDRO. Isabel, ya te obedezco.

Escóndese detrás de una cortina, y salen DON LUCAS y

CABELLERA con el candelero.

DON LUCAS. Alumbra, mozo.

CABELLERA. Ya alumbro.

DON LUCAS. ¿Quién está en este aposento?

D.^a ISABEL. ¿Qué es esto, señor don Lucas?

¿Cómo vos tan descompuesto

alteráis de mi quietud

el recatado silencio?

DON LUCAS. ¿Qué hacéis, Isabel, vestida
á estas horas?

D.^a ISABEL. En el lecho
desvelada, y no desnuda,
estaba esperando el tiempo
de partir, y vos airado
y ciego, ¿cómo resuelto
os entráis desta manera?

DON LUCAS. ¿Y qué hombre estaba aquí dentro?

D.^a ISABEL. ¿Estáis en vos?

DON LUCAS. Sí, señora,

y estoy en vuestro aposento,

y le he de ver de pe á pa;

alumbra, hermano, miremos

detrás de aquella cortina.

CABELLERA. Has dicho muy bien, yo llevo;

(Cae en el suelo Cabellera fingiendo que tropezó y mata la luz.)

¡Jesús!

DON LUCAS. ¿Qué ha sido?

CABELLERA. Caer

y matar la luz á un tiempo.

DON LUCAS. Trae otra.

CABELLERA. Tengo quebrado

un pié; sal, señor.

Sale DON PEDRO detrás de la cortina con la mano delante.

DON PEDRO. Yo pruebo
á salir puesto que ahora
no hay luces.

DON LUCAS. Ha señor Nieto,
pues es huésped, traiga luces;
ponerme á la puerta quiero,
no sea que estando á oscuras
se salga el que está acá dentro.

*(Vase á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza
con él y ásele don Lucas.)*

D.^a ISABEL. ¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?

DON LUCAS. ¿Quién anda aquí?

DON PEDRO. *(Ap.)* ¡Vive el cielo,
que he topado con don Lucas!

DON LUCAS. Topé un hombre.

CABELLERA. *(Ap.)* Peor es esto,
porque al salir es sin duda
que ha topado con don Pedro;
quiero decir que soy yo,
y llegarme.

(Llégase cara con cara con su amo.)

DON LUCAS. Diga luégo

quién es.

CABELLERA. Yo, que voy por luces.

DON LUCAS. Mentís, que es de mejor pelo
á quien yo tengo.

CABELLERA. Señor,

yo soy.

DON LUCAS. Ahora lo veremos;

¡Lucés!

MESONERO. *(Dentro.)* ¿Andan los demonios
en el mesón?

(Hace fuerza don Pedro para soltarse.)

DON LUCAS. Estaos quedo.

Salen DON LUÍS y DOÑA ALFONSA con luces.

D.^a ALFONSA. Luz hay aquí.

DON LUÍS. Y aquí hay luz.

D.^a ISABEL. ¿Qué miro? ¡válgame el cielo!

DON LUCAS. *Verbum caro factum est:*

¿Pues qué hacéis aquí, don Pedro?

DON PEDRO. Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo:
mirar que tú eres mi sangre.

DON LUCAS. Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué hacéis aquí?

DON LUÍS. Ea, responded, don Pedro.

DON LUCAS. ¿Quién os mete en eso á vos?
¿sois mi sombra, caballero?

DON LUÍS. Soy vuestra luz, pues la traigo.

DON LUCAS. Pues llevaos la luz, os ruego,
que yo no la he menester.
¿Á dónde vais?

DON LUÍS. Á Toledo.

DON LUCAS. Pues yo me vuelvo á Madrid
solamente por no veros.

DON LUÍS. Sois ingrato, vive Dios!
yo me voy. *(Vase.)*

DON LUCAS. No soy más desto,
Válgate el diablo el don Luís.

D.^a ALFONSA. Don Lucas, decid, ¿qué es esto?

DON LUCAS. Don Pedro está aquí encerrado.

D.^a ALFONSA. ¿Vos le encerrasteis?

DON LUCAS. Yo mesmo.

D.^a ALFONSA. ¿Pues á qué entró?

DON LUCAS. Qué sé yo?

D.^a ALFONSA. ¿Quiere á Isabel?

DON LUCAS. Lo sospecho,
pues yo le he hallado escondido
ahora.

D.^a ALFONSA. ¡Válgame el cielo!
(Finge que le da el mal de corazón, y cae sobre un taburete.)

CABELLERA. Dióle el mal.

DON LUCAS. Tenla esa mano,
y tírala bien del dedo
del corazón. ¿No hay quien traiga
manteca?

D.^a ISABEL. Sí, yo la tengo.

DON LUCAS. Pues id por ella.

D.^a ISABEL. Yo voy.
(Ap. Llamaré de allí á don Pedro.) (Vase.)

CABELLERA. ¡Qué gran mal! pobre señora.

DON LUCAS. ¿Veis, primo, lo que habéis hecho?
Tenedla esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.
(Vase, y don Pedro tómalala la mano.)

CABELLERA. Ponga su uña, que es lo mesmo.

DON PEDRO. ¿Fuése?

CABELLERA. Sí.

DON PEDRO. ¿Qué hemos de hacer?

CABELLERA. Luégo trataremos deso;
requiebra á la desmayada
(si entra don Lucas) más tierno
porque crea que la quieres,
que esto importa.

DON PEDRO. Y eso intento.

CABELLERA. Él viene ya.

DON PEDRO. Doña Alfonso,
mi luz, mi divino cielo,
no le disfracéis turbado
si he de gozarle sereno.
Á vos os quiero, señora.
Sale DOÑA ISABEL.

D.^a ISABEL. ¿Qué es lo que escucho?

DON PEDRO. Creed esto,
que sólo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.
El alma sois por quien vivo,
vos sois la luz por quien veo.
Pues traidor, falso, atrevido,
viven mis ardientes celos,
dioses que hoy en mi coraje
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas
cuanto cobro en escarmientos.
Don Luís ha de ser mi esposo,
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de ti solo
vengarme en mí misma apruebo.
Quédate.

DON PEDRO. Espera, señora.
(Deja á la desmayada.)

y advierte que esos requiebros
los pronuncio con el labio
y los finjo con el pecho.
Dijelos porque don Lucas
entendiese que la quiero,
no porque á ti no te adoro;
escúchame.

D.^a ISABEL. No te creo,
que no estando aquí no vienen
esas disculpas á tiempo.

CABELLERA. (Ap.) Si aqueste desmayo fuera
fingido, estábamos buenos.

DON PEDRO. Señora, sólo eres tú
el alma por quien aliento,
la muerte por quien yo vivo,
y la vida por quien muero.
Escucha.

D.^a ISABEL. No tengo oídos.

DON PEDRO. Repara bien...

D.^a ISABEL. Ya te dejo.

DON PEDRO. Que sólo te adoro á ti,
que á doña Alfonsa aborrezco...
(Levántase doña Alfonsa del desmayo fingido.)

D.^a ALFONSA. Pues vive el cielo, cruel,
falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir de las dos
á cuál adoras, supuesto
que á ella le mientes finezas,
y á mí me finges requiebros.

CABELLERA. (Ap.) El desmayo era fingido,
todo el infierno anda suelto.

D.^a ALFONSA. ¿Dí á quien quieres?

D.^a ISABEL. Eso aguardo.

DON PEDRO. Mirad...

D.^a ALFONSA. ¿En qué estás suspenso?

D.^a ISABEL. ¿Me quieres?

DON PEDRO. (Ap.) ¿Qué la diré?

D.^a ALFONSA. ¿Me aborreces?

DON PEDRO. (Ap.) ¿Qué haré, cielos?

D.^a ISABEL. ¿Qué, te elevas?

D.^a ALFONSA. ¿Qué, te turbas?

D.^a ISABEL. ¿Quién merece tu desprecio?

D.^a ALFONSA. ¿Quién es dueño de tu amor?

DON PEDRO. (Ap.) Si digo...

CABELLERA. (Ap.) Buena la ha hecho.

DON PEDRO. (Ap.) Quien quiero, á la una agravio
si la otra favorezco.

D.^a ALFONSA. ¿Estas eran las finezas
con que anoche en mi aposento
dijiste que me adorabas?

DON PEDRO. ¿Yo en tu aposento? ¿qué es esto?

D.^a ISABEL. Á Alfonsa quieres, traidor.

D.^a ALFONSA. Doña Isabel es tu dueño.

D.^a ISABEL. Hoy has de probar mis iras.

D.^a ALFONSA. Hoy has de ver tu escarmiento.

DON PEDRO. Doña Alfonsa...

D.^a ALFONSA. No te escucho.

DON PEDRO. Doña Isabel...

D.^a ISABEL. Soy de fuego.

DON PEDRO. Mirad...

Sale DON LUCAS.

DON LUCAS. Ya está aquí la uña.

CABELLERA. La bestia ha llegado á tiempo.

DON LUCAS. ¿Estás sosegada?

D.^a ALFONSA. No.

DON LUCAS. ¿Pues qué sientes?

D.^a ALFONSA. Un desprecio.

DON LUCAS. ¿Qué es esto, Isabel?

D.^a ISABEL. No sé.

DON LUCAS. Tú dí tu mal.

D.^a ALFONSA. Soy de hielo.

DON LUCAS. Tú dime tu pena.

D.^a ISABEL. Es grande.

DON LUCAS. ¿No hay remedio?

D.^a ISABEL. Es sin remedio.

DON LUCAS. Don Pedro, dime, ¿qué sientes?

DON PEDRO. No tiene voz mi tormento.

DON LUCAS. ¿No lo he de saber?

D.^a ALFONSA. Sabráslo.
 DON LUCAS. ¿No me lo dirás?
 D.^a ISABEL. No puedo.
 DON LUCAS. Isabel, á la litera.
 Alfonso, el coche está puesto;
 Pedro, el rucio está ensillado,
 en Cabañas nos veremos.
 D.^a ALFONSA. Quejas, que muero de amor.
 D.^a ISABEL. Iras, que rabio de celos.
 DON LUCAS. Honra, que andáis titubeando.
 DON PEDRO. Dudas, que andáis discurriendo.
 DON LUCAS. Pero yo lo sabré todo,
 que entre bobos anda el juego.

JORNADA TERCERA

Salen DON ANTONIO y DON LUCAS.

DON LUCAS. *(Dentro.)* Ten ese macho, mulero,
 que es un poquillo mohíno. *(Salen los dos.)*
 DON ANTONIO. ¿Dónde fuera del camino
 me sacáis?
 DON LUCAS. Hablaros quiero.
 DON ANTONIO. ¿Pues á qué nos apartamos
 del camino? ¿Qué queréis?
 DON LUCAS. Suegro, ahora lo veréis.
 DON ANTONIO. Ya estamos solos.
 DON LUCAS. Sí estamos.
 ¿Viene el coche?
 DON ANTONIO. Se quedó
 más de una legua de aquí.
 DON LUCAS. ¿Queréis escucharme?
 DON ANTONIO. Sí.
 DON LUCAS. ¿Habéis de enojaros?
 DON ANTONIO. No.

DON LUCAS. ¿Oís bien?
 DON ANTONIO. ¿No lo sabéis?
 DON LUCAS. Quiero hablar quedo.
 DON ANTONIO. Hablad quedo
 DON LUCAS. Últimamente, ¿puedo
 hablar á bulto?
 DON ANTONIO. Podéis;
 ¿tenéis que hablar mucho?
 DON LUCAS. Mucho.
 ¿Replicaréis cuando yo
 estuviere hablando?
 DON ANTONIO. No.
 DON LUCAS. Pues escuchad.
 DON ANTONIO. Ya os escucho.
 DON LUCAS. Yo soy (señor don Antonio
 de Contreras) un hidalgo
 bien entendido, así, así,
 y bien quisto, tanto cuanto:
 soy ligero, luchador,
 tiro una barra de á cuatro,
 y aunque pese cuatro y libra,
 á más de cuarenta pasos.
 Soy diestro como el más diestro,
 espléndidamente largo,
 por el principio atrevido
 y valiente por el cabo.
 De la escopeta en las suertes
 salen mis tiros en blanco,
 y puedo tirar con todos
 cuantos hay del rey abajo.
 Canto, bailo y represento,
 y si me pongo á caballo,
 caigo bien sobre la silla,
 y della mejor si caigo.
 Si en Zocodover toreo,
 me llaman el secretario
 de los toros, porque apenas
 llegan cuando los despacho.
 Conozco bien de pinturas,
 hago comedias á pasto,

D.^a ALFONSA. Sabráslo.
 DON LUCAS. ¿No me lo dirás?
 D.^a ISABEL. No puedo.
 DON LUCAS. Isabel, á la litera.
 Alfonso, el coche está puesto;
 Pedro, el rucio está ensillado,
 en Cabañas nos veremos.
 D.^a ALFONSA. Quejas, que muero de amor.
 D.^a ISABEL. Iras, que rabio de celos.
 DON LUCAS. Honra, que andáis titubeando.
 DON PEDRO. Dudas, que andáis discurriendo.
 DON LUCAS. Pero yo lo sabré todo,
 que entre bobos anda el juego.

JORNADA TERCERA

Salen DON ANTONIO y DON LUCAS.

DON LUCAS. *(Dentro.)* Ten ese macho, mulero,
 que es un poquillo mohíno. *(Salen los dos.)*
 DON ANTONIO. ¿Dónde fuera del camino
 me sacáis?
 DON LUCAS. Hablaros quiero.
 DON ANTONIO. ¿Pues á qué nos apartamos
 del camino? ¿Qué queréis?
 DON LUCAS. Suegro, ahora lo veréis.
 DON ANTONIO. Ya estamos solos.
 DON LUCAS. Sí estamos.
 ¿Viene el coche?
 DON ANTONIO. Se quedó
 más de una legua de aquí.
 DON LUCAS. ¿Queréis escucharme?
 DON ANTONIO. Sí.
 DON LUCAS. ¿Habéis de enojaros?
 DON ANTONIO. No.

DON LUCAS. ¿Oís bien?
 DON ANTONIO. ¿No lo sabéis?
 DON LUCAS. Quiero hablar quedo.
 DON ANTONIO. Hablad quedo
 DON LUCAS. Últimamente, ¿puedo
 hablar á bulto?
 DON ANTONIO. Podéis;
 ¿tenéis que hablar mucho?
 DON LUCAS. Mucho.
 ¿Replicaréis cuando yo
 estuviere hablando?
 DON ANTONIO. No.
 DON LUCAS. Pues escuchad.
 DON ANTONIO. Ya os escucho.
 DON LUCAS. Yo soy (señor don Antonio
 de Contreras) un hidalgo
 bien entendido, así, así,
 y bien quisto, tanto cuanto:
 soy ligero, luchador,
 tiro una barra de á cuatro,
 y aunque pese cuatro y libra,
 á más de cuarenta pasos.
 Soy diestro como el más diestro,
 espléndidamente largo,
 por el principio atrevido
 y valiente por el cabo.
 De la escopeta en las suertes
 salen mis tiros en blanco,
 y puedo tirar con todos
 cuantos hay del rey abajo.
 Canto, bailo y represento,
 y si me pongo á caballo,
 caigo bien sobre la silla,
 y della mejor si caigo.
 Si en Zocodover toreo,
 me llaman el secretario
 de los toros, porque apenas
 llegan cuando los despacho.
 Conozco bien de pinturas,
 hago comedias á pasto,

y como todos también
 llamo á los versos trabajos.
 No soy nada caballero
 de ciudad, soy cortesano,
 y nací bien entendido
 aunque nací mayorazgo.
 Pues mi talle no es muy lerdo,
 soy delgado sin ser flaco,
 soy muy ancho de cintura,
 y de hombros también soy ancho.
 Los piés así me los quiero,
 piernas así me las traigo,
 con su punta de lo airoso,
 y su encaje de estebado.
 Yo me alabo, perdonad,
 que esto importa para el caso,
 y no he de hallar quien me alabe
 en un campo despoblado.
 En fin, discreto, valiente,
 galán, airoso, bizarro,
 diestro, músico, poeta,
 jinete, toreador, franco;
 y sobre todo teniendo
 de renta seis mil ducados,
 que no es muy mala pimienta
 para estos veinte guisados;
 salgo á que Isabel merezca
 estas gracias en sus brazos,
 que nunca pensé por Dios
 venderme yo tan barato;
 y hallo que con vuestra hija
 me distes por liebre gato.

DON ANTONIO. Advertid, que sois un necio.

DON LUCAS. ¿No me oiréis?

DON ANTONIO. No he de escucharos;
 mataros era más justo.

DON LUCAS. Señor mío, no lo hagamos
 pendencia; escuchad ahora,
 y vamos al cuento.

DON ANTONIO. Vamos.

DON LUCAS. Lo primero envié á decir,
 que saliese con cuidado
 de Madrid, y se pusiese
 una máscara al recato.
 Y ella se puso por una
 media mascarilla, tanto,
 que se le vió media cara
 desde la nariz abajo.
 Lo segundo os supliqué,
 que no viniérais, enviando
 de que á Isabel admitía
 un recibo ante escribano.
 Y os vinisteis no sabiendo
 que yo he de vestirme llano,
 pues la tela de mujer
 no há menester suegro al canto.
 Lo tercero, luégo al punto
 que me vió, se fué de labios,
 y me dijo mil requiebros
 por mil rodeos extraños.
 Y una mujer, cuando es propia
 ha de andar camino llano,
 que no ha de ser hablador
 el amor que ha de ser casto.
 Más, arguyó con mi primo,
 daca el trato, toma el trato,
 con que se le echa de ver
 que es tratante á treinta pasos.
 Luégo le dijo y le daba,
 sin haberla nunca hablado,
 los requiebros en mi nombre,
 y en causa propia la mano.
 Mas un don Luís se ha venido
 amante zorrero al lado
 por vuestra señora hija,
 muy modesto, aunque muy falso.
 Y en Illescas esta noche
 hallé á mi primo encerrado
 en la sala de Isabel,
 y hoy, que á examinarle aguardo,

pregunto, ¿qué fué la causa
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo,
y vos nombraréis sagrado?
Y díjome, que allí oculto
estuvo, por ver si acaso
don Luís hablarla intentara,
para que su acero airado
feriara á venganzas nobles
aquellos celos villanos.

DON ANTONIO. ¿Y habló con don Luís?
DON LUCAS. No habló;
pero es caso temerario,
que haya de andar un marido
si la ha hablado ó no la ha hablado.
¿Por una mujer, y propia,
he de andar yo vacilando,
pudiendo por mi persona
tener mujeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí;
mujer que se haya criado
en Toledo es lo que quiero,
y aunque naciese en mi barrio.
Mujer criada en Madrid,
para mí, propia, descarto,
que son de revés las unas,
y las otras son de Tajo.
Y, en efecto, don Antonio,
sólo vengo á suplicaros
que os volváis á vuestra hija
á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella
aunque me hicieran pedazos:
solos estamos los dos,
nadie nos oye en el campo.
Volveos á misa Isabel
á Madrid, sin enojarnos,
que esto es entre padres y hijos,
que es algo más que entre hermanos.
Y en llegando las sospechas

á andar tan cerca del casco,
en siendo los suegros turbios
han de ser los yernos claros.

DON ANTONIO. Por cierto, señor don Lucas,
que un poco antes de escucharos
os tuve por majadero;
pero no os tuve por tanto.
¿Sabéis con quién habláis?

DON LUCAS. Sí;
dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

DON ANTONIO. Con ella habéis de casaros
ú os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra cuántos
digan que á casar se vino?

DON LUCAS. ¿Y qué dirán los criados
que han sabido que don Luís
la anda siguiendo los pasos?

DON ANTONIO. Don Luís camina á Toledo.
DON LUCAS. ¿Pues cómo van tan de espacio,
yendo Isabel en litera
y él en mula?

DON ANTONIO. ¿No está claro
que es por llevar compañía,
y no ir solo?

DON LUCAS. Ese es el caso,
que por no ir solo á Toledo
quiere ir acompañado.

DON ANTONIO. ¿No decís que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

DON LUCAS. Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor si hablaba
con él.

DON ANTONIO. Pues desengañaos,
y logre esta diligencia
quietudes á vuestro engaño.
¿Si no es cómplice en su amor,
por qué queréis indignado

pagarla en vilés castigos
cuánto debéis en halagos?
Don Luís está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado,
y yo quedo con la queja
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente,
que, vive Dios, que me espanto,
que no tengáis entre esotras
la falta de ser confiado.

DON LUCAS. ¿Cómo no? si tengo tal,
que no soy tan mentecato,
que no sepa que merezco
más que él esto y otro tanto;
pero dícame mi primo,
que es un poco más cursado,
que las mujeres escogen
lo peor.

DON ANTONIO. Pues consolaos,
que no tenéis mal partido
si es verdadero el adagio.

DON LUCAS. Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir que estoy llano
á casar con vuestra hija,
ya yo estoy desengañado;
pero si acaso don Luís,
amante dos veces zaino,
vuelve á hacerse encontradizo
con nosotros, no me caso.

DON ANTONIO. Pues yo admito este partido.

DON LUCAS. Yo vuestro precepto abrazo.

DON ANTONIO. Pues esperemos el coche
en este camino.

DON LUCAS. Vamos.

Así, don Antonio, aviso,
que si hubiere algún engaño
en el amor de don Luís,
que si él entra por un lado
á medias, como sucede
con otros más estirados,

me habéis de volver al punto
cuanto yo hubiera gastado
en mulas, coche, litera,
gastos de camino y carros,
que no es justicia ni es bien,
cuando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto y yo del gasto.

DON ANTONIO. Dios os haga más discreto.

DON LUCAS. No haga más, que ya ha hecho hartó. (*Vanse.*)
(*Dentro ruido de cascabeles y campanillas, y representan todo lo que se sigue dentro.*)

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Arre rucia de un puto, arre beata.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Dale, dale, Perico, á la reata.

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Oiga la parda, cómo se atropella.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Arre mula de aquel, hijo de aquella.

CABELLERA. (*Dentro.*) Va una carrera, cocherillo ingrato.

CAMIN. 1.º (*Dentro.*) ¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

CABELLERA. (*Dentro.*) ¿Á dónde va el patán en el matado?

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Á buscar voy á tu mujer, menguado.

CABELLERA. (*Dentro.*) Dígame, ¿si va á vella,
cómo va tan espacio?

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) Tal es ella.

DON ANTONIO. (*Dentro.*) ¿Y él no deja á sus hijos con el cura?

OTRO CAMIN. (*Dentro.*) Pára, que aquí hay montón.

CABELLERA. (*Dentro.*) ¿Pues qué hay?

TODOS. Basura.

MÚSICA. (*Dentro.*) *Moñuelas de la Corte, todo es caminar,
unas van á Hueté y otras á Alcalá.*

CABELLERA. (*Dentro.*) Pára, cochero, el coche se ha volcado.

CAMINANTE 1.º (*Dentro.*) El cibicón del coche se ha quebrado.

CAMINANTE 2.º (*Dentro.*) Pues, ¿qué importa?

ANDREA. (*Dentro.*) ¡Qué lindo desahogo!

D.ª ALFONSA. (*Dentro.*) ¡Sáquenme á mi primero, que me
[ahogo!

CABELLERA. (*Dentro.*) Paren esa litera.

COCHERO. (*Dentro.*) Pára, pára.

ANDREA. (*Dentro.*) Quebróse la redoma de la cara.

Salen DOÑA ISABEL Y ANDREA.

D.ª ISABEL. Volcóse el coche.

ANDREA. En hora mala sea.
 D.^a ISABEL. Don Pedro saca á doña Alfonso, Andrea:
 ¿Qué espero? ya su amor se ha declarado.
 ANDREA. ¿Si la dará otro mal como el pasado?
 D.^a ISABEL. ¿Cómo mis iras se hallan más templadas?
 ANDREA. Previniéndola están dos almohadas,
 en tanto que aderezan una rueda.
 D.^a ISABEL. ¿Queda más que saber?
 ANDREA. Aún más te queda.
 D.^a ISABEL. Ya doña Alfonso en ella se ha sentado.
 ANDREA. Don Pedro en la litera te ha buscado,
 y como no te halla yo recelo
 que te viene á buscar.
 D.^a ISABEL. Pues vive el cielo,
 que yo no le he de hablar.
Salen DON PEDRO y CABELLERA.
 DON PEDRO. Oye, detente.
 no quieras...
 D.^a ISABEL. Déjame.
 DON PEDRO. Tan impaciente
 malograr mi verdad.
 D.^a ISABEL. No hay quien la crea.
 DON PEDRO. Ruégala que me escuche, amiga Andrea.
 Abona tú mi fe.
 D.^a ISABEL. Nada te abona.
 CABELLERA. ¡Enternécete, dura Faraona!
 DON PEDRO. Iras y pasos detén.
 D.^a ISABEL. Cruel, diestro engañador,
 que amagas con el amor
 para herir con el desdén:
 ¿quién es tan ingrato, quién?
 ¿quién fué tan desconocido,
 que por haber conseguido
 una tan fácil victoria
 resucite una memoria
 con la muerte de un olvido?
 Y pues tus engaños veo,
 delincuente el más atroz,
 ¿para qué hiciste á tu voz
 cómplice de tu deseo

si sabes que no te creo,
 si conoces mi razón?
 ¿por qué quiso tu pasión
 (viendo que es mayor agravio)
 hacer delincuente al labio
 de lo que erró el corazón?
 Y ya que tan falso eras,
 y ya que no me querías,
 dí, ¿para qué me fingías?
 ¿pidote yo que me quieras?
 Tu amor hicieras, y fueras
 poco fino; sólo un daño
 sintiera mi desengaño;
 mas tal mis ansias me ven
 que mucho más que el desdén
 vengo á sentir el engaño.
 No me hables, y mis enojos
 menos airados verás,
 que se irritan mucho más
 mis oídos que mis ojos;
 quiero vencer los despojos
 de mi amor, si te oigo á veces,
 y tanto al verte mereces,
 que aunque has fingido primero,
 sólo miro que te quiero,
 y no oigo que me aborreces.
 Mas vete, que he de argüir,
 cuando me quiera templar,
 que á mí no me puede amar
 quien á otra sabe fingir;
 ya yo te he llegado á oír,
 que á tu prima has de querer,
 y aquel que llegare á ser
 en mi amor el preferido
 aun no ha de decir fingido
 que procura otra mujer.
 Á Alfonso dices que quieres,
 á mí dices que me adoras,
 por una, fingiendo, lloras,
 y por otra, amando, mueres;

¿pues cómo, si no prefieres
tu voluntad declarada,
creerá mi pasión errada,
cuando la tuya es fingida,
que soy yo la preferida
y es Alfonsa la olvidada?
Pues témplese este accidente,
que no es justicia que acuda
á una tan difícil duda
un amor tan evidente;
porque es muy fácil que intente,
menos airado y más sabio,
siendo tan grande el agravio
á vista de mis enojos,
dar lágrimas á mis ojos
que evidencias á tu labio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,
y sea yo la olvidada,
porque ya estoy bien hallada
con tu olvido y con mi estrella.
Yo soy la infelice, y ella
quien te merece mejor,
y pues tuve yo el error
de haberte querido, es bien
que pague con el desdén
lo que erré con el amor.
Y vete ahora de aquí,
porque no es justicia, no,
que tenga la culpa yo
y te dé la queja á ti.

DON PEDRO. Hermosa luz por quien vi
alma por quien animé,
deidad á quien adoré,
no hagas con ciega venganza
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fe.
Deja esa pasión que dura
en tus sentidos inquieta,
y no seas tan discreta
que no creas tu hermosura;

tú misma á ti te asegura,
imagínate deidad,
y creerás mi verdad,
usa bien de tus recelos,
y cría para estos celos
por hijo á la vanidad.
Á doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa,
¿mas qué importa ser hermosa
si no presumes lo que eres?
Sé como esotras mujeres,
ten contigo más pasión,
haz de ti satisfacción,
sé divina más humana,
que á ti para ser más vana
te sobra más perfección.

D.^a ISABEL.

Esa prudente advertencia
con que tu pasión me ayuda,
es buena para la duda,
mas no para la evidencia:
ella dijo en mi presencia
que tú en su cuarto has estado
anoche, que la has hablado;
¿pues cómo, si esto es verdad,
con toda mi vanidad
sosegaré á mi cuidado?
¿Y cuando eso fuera, di,
di, cuando con ella estabas,
no te oí decir que amabas
á doña Alfonsa?

DON PEDRO.

Es así.

D.^a ISABEL.

¿Tú no lo confiesas?

DON PEDRO.

Sí;

D.^a ISABEL.

mas fingido mi amor fué.
¿Y cuando te pregunté
á cuál de las dos querías,
por qué no me respondías?

DON PEDRO.

Oye por qué.

D.^a ISABEL.

Dí por qué.

DON PEDRO.

Porque es grosería errada,

nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada;
bástela verse olvidada
sin que oyese aquel desdén,
bástela quererte bien
sin que al ver desprecio tal
la venga á pagar tan mal
porque me quiso tan bien.

D.^a ISABEL. Pues galán no quiero ahora
que por no dejar corrida
á aquella de quien se olvida,
no hace un gusto á la que adora;
vete.

DON PEDRO. Escúchame, señora,
que agradezca, no te espante,
ver que me ame tan constante;
pero á ti te he preferido.

D.^a ISABEL. Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

DON PEDRO. Oye, señora, y verás.

D.^a ISABEL. No he de oírte.

DON PEDRO. Aguarda, espera.

CABELLERA. Don Luís abrió la litera,
y mira si en ella estás.

DON PEDRO. ¿Y ahora también dirás
que no te tiene afición?

D.^a ISABEL. Daré la satisfacción.

DON PEDRO. Tampoco te he de creer.

D.^a ISABEL. ¿Quieres echarme á perder
con los celos mi razón?

Pues no ha de valerte, no,
despreciarle pienso aquí.

DON PEDRO. ¿Yo he de escucharle?

D.^a ISABEL. Si.

Don Luís.

DON LUÍS. (*Dentro.*) ¿Quién me llama?

D.^a ISABEL. Yo.

ANDREA. Él viene acá, ya te oyó.

D.^a ISABEL. Escóndete entre esos ramos.

CABELLERA. La satisfacción oigamos.
D.^a ISABEL. Yo he de quedar con recelos,
y tú has de quedar sin celos.

CABELLERA. Ven, señor, que llega.

DON PEDRO. Vamos.

Escóndense, y sale DON LUÍS.

DON LUÍS. Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,
como otras veces solía,
á consagrar vida y alma:
á ser escarmiento vengo
de mi amor, á ser venganza
de tu desdén, á ser duda
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruel, al paso que blanda,
que me matas con los celos,
y con el desdén me halagas;
yo soy el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso,
y aquel soy á quien agravias,
el que como el girasol
aspiró tus luces tardas,
el que anoche en tu aposento
logró, nunca los lograra,
de tu labio más favores
que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
á tan fingidas palabras,
encubridora la noche
secretamente mediaba,
cuando un sí llegó á mi oído,
llegó un premio á mi esperanza,
recójome á mi aposento,
y cuando pensé que estaba
don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,

oigo en otro cuarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo (¡ay Dios!) que con don Pedro
tu fe y mi lealtad agravia;
¿para esto me diste un sí?
¿para esto, dime, premiabas
un amor que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
no quiero ya tus favores,
logre don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra;
bastan tres años de enigmas,
tres años de dudas bastan,
desengañenme los ojos
con ser ellos quien me engañan;
ya el sí que me diste anoche
no le estimaré.

D.^a ISABEL.

Repara
que yo no te he hablado anoche;
¿dónde ó cómo?

DON LUÍS.

Ya no falta
sino que también me niegues
que me diste la palabra
de ser mi esposa; si piensas
que la he de admitir te engañas.

D.^a ISABEL.

¿Yo te hablé anoche?

DON LUÍS.

¿Eso niegas?

D.^a ISABEL.

Mira...

DON LUÍS.

¿Mis celos, qué aguardan?

Sólo vengo á despedirme
de mi amor: quédate, falsa;
tus voces ya no las creo,
tu amor ya me desengaña:
á Madrid vuelvo corrido,
vuélvase el alma á la patria;
del desengaño hallé el puerto:
¿quién navegó en la borrasca?
Razón tengo, ya lo sabes,
celos tengo, tú los causas,

y si dudosos obligan
averiguados agravian.

D.^a ISABEL. Espera...

DON LUÍS. Voyme.

DON PEDRO. ¡Ah cruel!

D.^a ISABEL. Mira...

DON LUÍS. Déjame, traidora.

(Vase.)

Salen DON PEDRO y CABELLERA.

DON PEDRO. Pídeme celos ahora
de doña Alfonsa, Isabel;
habla ¿qué te has suspendido?
no finjas leves enojos,
dí que no han visto mis ojos;
dí que está incapaz mi oído,
resuelto á escucharte estoy;
¿qué puedes ya responder?
¿con qué has de satisfacer
mis celos?

D.^a ISABEL.

Con ser quien soy.

DON PEDRO.

¿Pues cómo puedes negar
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luís en tu aposento?
Respóndeme.

D.^a ISABEL.

Con callar.

DON PEDRO.

Isabel ingrata, dí,
(¡fuego en todas las mujeres!)
¿cómo niegas que le quieres?

D.^a ISABEL.

Con decir que te amo á ti.

DON PEDRO.

¿No entró?

D.^a ISABEL.

Á callar me sentencio,
un bronce obstinado labras.

DON PEDRO.

¿No crees tú mis palabras,
y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intenta
mar que embozó la tormenta
con la quietud de la calma:
ingrata la más divina,
divina más rigurosa,
purpúrea á la vista rosa,

y al tacto cruel espina,
ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.

Á dejarte me sentencia
una verdad tan desnuda,
que al caminar por la duda
encontró con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
ya no quiere arrepentido
sufrir á tu voz mi oído;
ya te dejo, ya me voy.

D.^a ISABEL. Pues falso, aleve, infiel,
ingrato, como enemigo,
¿si estuve anoche contigo,
cómo pude estar con él?
¿cuándo había de hablarle (espero
saber) cuándo yo quisiera?
respóndeme.

DON PEDRO. ¿No pudiera
haberte hablado primero?

D.^a ISABEL. No pudiera, y ese es
el indicio más impropio:
¿no sabes tú, que tú propio
le viste salir después
de su aposento?

DON PEDRO. Es así.

D.^a ISABEL. ¿Luego el castigo mereces?

DON PEDRO. ¿No pudo salir dos veces?

D.^a ISABEL. Sí pudo salir; mas dí,
¿cuando estabas escondido,
que yo te amaba no oíste?

DON PEDRO. Sí; pero también pudiste
habérme ya conocido.

D.^a ISABEL. Ya que en esos celos das,
dime, don Pedro, por Dios,
¿puedo yo querer á dos?

DON PEDRO. Á don Luís quieres no más.

D.^a ISABEL. Y si eso pudiere ser,

que no lo he de consentir,
¿por qué había de fingir
contigo?

DON PEDRO. Por ser mujer.

D.^a ISABEL. Tú eres la luz de mi vida,
sólo á ti te adoro yo.

DON PEDRO. ¿No lo haces de amante?

D.^a ISABEL. No.

DON PEDRO. ¿Pues de qué?

D.^a ISABEL. De agradecida:

deja esa duda, señor,
no te cueste un sentimiento,
que no hay agradecimiento
á donde no hay fino amor.

DON PEDRO. Las finezas son agravios.

D.^a ISABEL. Mi bien, templa esos enojos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.

DON PEDRO. No he de creerte, cruel.

D.^a ISABEL. Advierte...

DON PEDRO. No estoy en mí.

Salen DON LUCAS y DOÑA ALFONSA, cada uno por su
puerta.

D.^a ALFONSA. Don Pedro, ¿qué hacéis aquí?

DON LUCAS. ¿Qué es esto, doña Isabel?

CABELLERA. (Ap.) Cayeron en ratonera.

DON LUCAS. ¿Qué era el caso?

D.^a ISABEL. Señor, fué...

DON PEDRO. Fué, señor... (Ap. ¿qué le diré?)

D.^a ISABEL. Era estar quejosa...

DON PEDRO. Era,
reñirme ahora también
porque entré con el intento
que te dije en su aposento
esta noche.

DON LUCAS. Hizo muy bien.

D.^a ISABEL. (Ap. Esforcemos la salida.)
¿Y á vuestro amor corresponde,
que éntre otro que vos, adonde
yo estuviere recogida?

CABELLERA. Ya deste rayo escapamos.
 D.^a ISABEL. ¿Vos dudáis, siendo quien soy?
 Nadie entra adonde yo estoy.
 DON LUCAS. Porque no éntre nadie andamos.
 D.^a ALFONSA. ¿Qué así este engaño creyó?
 Don Lucas, advierte ahora,
 que no entró.
 DON LUCAS. Callad, señora,
 yo sé si entró ó si no entró.
 D.^a ALFONSA. Que creáis, me maravillo
 este enojo que fingió;
 él la quiere.
 DON LUCAS. Ya sé yo
 que la quiere don Luisillo;
 mas yo lo sabré atajar.
 D.^a ALFONSA. No es sino...
 DON LUCAS. Callad, señora,
 que os habéis hecho habladora.
 D.^a ALFONSA. Mirad...
 DON LUCAS. No quiero mirar.
 D.^a ALFONSA. Advierte, señor, que es él.
 DON LUCAS. Calla, hermana, no me enfades,
 háganse estas amistades:
 dadle un abrazo, Isabel.
 D.^a ISABEL. No me lo habéis de mandar,
 que ha dudado en mi opinión.
 DON LUCAS. Digo que tenéis razón,
 pero le habéis de abrazar.
 D.^a ISABEL. Por vos hago este reparo.
 DON LUCAS. Sois muy honesta, Isabel.
 D.^a ISABEL. ¿Querrá él?
 DON LUCAS. Si querrá él,
 ¿no está claro?
 DON PEDRO. No está claro.
 DON LUCAS. ¿Cómo no? viven los cielos...
 DON PEDRO. Si aun no tengo satisfecha
 una evidente sospecha...
 DON LUCAS. ¿Qué sospecha?
 DON PEDRO. (Ap.) De unos celos.
 D.^a ALFONSA. ¿No lo has entendido?

DON LUCAS. No;
 ¿pues hay otra causa?
 D.^a ISABEL. Si,
 que está doña Alfonso aquí.
 DON LUCAS. ¿Y estoy en las Indias yo?
 Habéis de darla un abrazo
 por mí; acabemos por Dios.
 D.^a ISABEL. Voy á dárselo por vos.
 CABELLERA. (Ap.) Que te clavás, bestionazo.
 D.^a ALFONSA. Siendo ciertos mis recelos,
 ¿cómo mis iras reprimo?
 DON PEDRO. Agradecedlo á mi primo. (Abrazanse.)
 D.^a ISABEL. Agradécelo á mis celos.
 DON LUCAS. Esto me parece bien.
 D.^a ALFONSA. Mira, hermano...
 DON LUCAS. Ya es enfado;
 ¿está el coche aderezado?
 ANDREA. Sí, señor.
 DON LUCAS. Isabel, ven.
 D.^a ALFONSA. (Ap.) Diréle que me engañó
 luego que salga de aquí.
 DON LUCAS. ¿Eres su amiga?
 D.^a ISABEL. Yo sí.
 DON LUCAS. ¿Y tú eres su amiga?
 DON PEDRO. Aún no.
 ANDREA. Hazlos amigos, ¿qué esperas?
 DON LUCAS. Vuelvan acá, ¿dónde van?
 CABELLERA. Déjalos, que ellos se harán
 más amigos que tú quieras. (Vanse.)
 Salen DON LUÍS y CARRANZA.
 CARRANZA. Éste es Cabañas, señor.
 DON LUÍS. ¡Desaliñado lugar!
 CARRANZA. La primer pulga, se dice,
 que fué de aquí natural;
 aquí han de parar el coche
 y la litera.
 DON LUÍS. Es verdad,
 y aquí he de hablar á don Lucas.
 CARRANZA. Yo pienso que llegan ya.
 ¿Pero qué intentas decirle.

si le hablas?

DON LUÍS. Tú lo sabrás.

CARRANZA. ¿Tienes celos de Isabel?

DON LUÍS. He llegado á imaginar que si anoche, como viste, habló conmigo, será poner manchas en el sol, buscarla en su honestidad; demás, que aquel aposento en que la hallamos, está poco distante del otro, y se pudo acaso entrar en él oyendo la voz de don Lucas.

CARRANZA. Es verdad, que él la sintió cuando tú la hablabas.

DON LUÍS. Tente, que ya llegan todos á la puente.

CARRANZA. ¿Qué intentas?

DON LUÍS. Tú has de llamar á don Lucas, y decirle, que un caballero, que está por huésped deste aposento dice que le quiere hablar.

CARRANZA. Voy á hacer lo que me ordenas.

DON LUÍS. Con silencio.

CARRANZA. Así será.

DON LUÍS. Sepa don Lucas de mi mi amor, sepa la verdad de mi dolor, que no es bien, donde tantas dudas hay, ocultar el accidente pudiendo sanar el mal.

Sale DON LUCAS.

DON LUCAS. ¿Está un caballero aquí que me quiere hablar?

DON LUÍS. Sí está.

DON LUCAS. ¿Vos sois?

DON LUÍS. Sí, señor don Lucas.

(Vase.)

DON LUCAS. ¿Todavía camináis?
¿Vais en mula ó en camello?
porque desde ayer acá,
cuando os presumo delante,
os vengo á encontrar atrás.
¿Qué me queréis, caballero,
que un punto no me dejáis?
Quiero hablaros.

DON LUÍS. Yo no quiero
que me habléis.

DON LUÍS. Esperad,
que os importa á vos.

DON LUCAS. ¿Á mí
me importa? Pues perdonad,
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar.

DON LUÍS. ¿Y si toca á vuestro honor?

DON LUCAS. Á mi honor no toca tal,
que yo sé más de mi honra,
que vos ni que cuantos hay.

DON LUÍS. ¿Dos palabras no me oiréis?

DON LUCAS. ¿Dos palabras?

DON LUÍS. Dos no más.

DON LUCAS. Como no me digáis tres,
lo admito.

DON LUÍS. Pues dos serán.

DON LUCAS. Decidlas.

DON LUÍS. Doña Isabel
me quiere á mí solo.

DON LUCAS. Zas;
más habéis dicho de mil
en dos palabras no más;
pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media,
y hablad más; ¿pero qué más?

DON LUÍS. Señor, yo miré á Isabel...

DON LUCAS. Bien pudiérais excusar
haberla mirado.

DON LUÍS. El sol,

cuando con luz celestial
sale al Oriente divino
dorando la tierra y mar,
alumbra la más distante
flor, que en capillo fugaz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azar.

DON LUCAS. No os andéis conmigo en flores;

señor don Luís, acabad...

DON LUÍS. Digo que adoré sus rayos
con amor tan pertinaz...

DON LUCAS. ¿Pertinaz don Luís? ¿queréis
que me vaya ahora a echar
en el pozo de Cabañas,
que en esta plazuela está?

DON LUÍS. Quísome Isabel, que yo
lo conocí en un mirar
tan al descuido, que era
cuidado de mi verdad,
que quien los ojos no entiende...

DON LUCAS. Oculista ó Barrabás,
que de Isabel en los ojos
hallastes la enfermedad,
decidme, ¿cómo os premió?
que aquesto es lo principal,
y no me habléis tan pulido.

DON LUÍS. Premióme con no me hablar;
pero en Illescas anoche
con ardiente actividad
la solicité en su lecho,
salió á hablarme hasta el zaguán,
y en él me explicó la enigma
de toda su voluntad.

Dice que ha de ser mi esposa,
y que violentada va
á daros la mano á vos;
pues si esto fuese verdad,
¿por qué dos almas queréis
de un mismo cuerpo apartar?
Yo os tengo por entendido,

y os quiero pedir...

DON LUCAS. Callad,
que para ésta, y para estotra
que me la habéis de pagar.

D.^a ALFONSA. (Dentro.) ¿Está mi hermano aquí dentro?

DON LUCAS. Á esta alcoba os retirad,
que quiero hablar á mi hermana.

DON LUÍS. Decidme, ¿en qué estado está
mi libertad y mi vida?

DON LUCAS. Idos, que harto tiempo hay
para hablar de vuestra vida
y de vuestra libertad.

Sale DOÑA ALFONSA.

D.^a ALFONSA. ¡Hermano!

DON LUCAS. ¿Qué hay, doña Alfonso?

D.^a ALFONSA. Yo vengo á hablaros.

DON LUCAS. ¡Hay tal,
que dellos hablarme quieren!
Mas si yo me dejo hablar,
hacen muy bien en hablarme,
y hago en oírlos muy mal.

D.^a ALFONSA. ¿Estamos solos?

DON LUCAS. Sí, hermana.

D.^a ALFONSA. Di, señor, ¿te enojarás
de mis voces?

DON LUCAS. ¡Qué sé yo!

D.^a ALFONSA. ¿Sabes, señor...

DON LUCAS. No sé tal.

D.^a ALFONSA. Que soy mujer...

DON LUCAS. No lo sé.

D.^a ALFONSA. Yo, señor...

DON LUCAS. Acaba ya:
este don Luís, y esta hermana
pienso que me han de acabar.

D.^a ALFONSA. Tengo amor...

DON LUCAS. Ten norabuena.

D.^a ALFONSA. A don Pedro.

DON LUCAS. Bien está.

D.^a ALFONSA. Pero él no me quiere á mí,
porque, amante desleal,

á doña Isabel procura
contra mi fe y tu amistad.

DON LUCAS. Digo que no he de creerlo.

D.^a ALFONSA. Ya sabes que me da un mal
de corazón...

DON LUCAS. Sí, señora.

D.^a ALFONSA. ¿Y también te acordarás
que en Illescas me dió anoche
un mal destes?

DON LUCAS. ¿Pues qué hay?

D.^a ALFONSA. Sabrás que el mal fué fingido.

DON LUCAS. ¿Y ahora quién te creará
si te da el mal verdadero?

D.^a ALFONSA. Importó disimular,
porque don Pedro, traidor,
juzgando que era verdad,
dijo á Isabel mil ternezas :
yo entonces quise estorbar
su amor con mi indignación,
y tan adelante está
su amor, que aun en tu presencia
la requebró.

DON LUCAS. Bueno está.

D.^a ALFONSA. Anoche estuvo con ella
en su aposento, y pues ya
llegan mis celos á ser
declarados, tú podrás
tomar venganza en los dos ;
solicita, pues, vengar
esta traición que te ha hecho
contra la fidelidad
don Pedro.

DON LUCAS. ¡ Buena la hice !

¿ Mas quién puede examinar
si quiere á don Luís ó á Pedro ?
Pero á entrambos los querrá,
porque la tal Isabel
tiene gran facilidad.
Mas de lo que estoy corrido
más que de todo mi mal

es, que riñendo por celos
los hiciese yo abrazar ;
pero á cuál de los dos quiere
ahora he de averiguar :
y si es don Pedro su amante,
por vida desta, y no más,
que he de tomar tal venganza,
que he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida
aunque vivan más que Adán,
que darles muerte á los dos
es venganza venial.

D.^a ALFONSA. ¿ Pues qué intentas ?

DON LUCAS. ¿ Don Antonio ?

D.^a ALFONSA. Sentado está en el zaguán.

DON LUCAS. ¿ Don Pedro ?

D.^a ALFONSA. Ya entra don Pedro.

DON LUCAS. ¿ Doña Isabel ?

D.^a ALFONSA. Allí está.

Salen DON ANTONIO, DOÑA ISABEL, DON PEDRO,
ANDREA Y CABELLERA.

DON ANTONIO. ¿ Qué me mandas ?

D.^a ISABEL. ¿ Qué me quieres ?

DON PEDRO. ¿ Qué me ordenas ?

DON LUCAS. Esperad ;
Cabellera, entra acá dentro.

CABELLERA. Como ordenas entro ya.

DON LUCAS. Cerrad la puerta.

CABELLERA. Ya cierro.

DON LUCAS. Dadme la llave.

CABELLERA. Tomad.

DON LUCAS. Don Luís, salid.

DON LUÍS. Yo ya salgo.

D.^a ISABEL. Di, ¿ qué intentas ?

DON ANTONIO. ¿ Qué será ?

DON PEDRO. ¿ Á qué me llamas ?

DON LUÍS. ¿ Qué es esto ?

D.^a ALFONSA. ¿ Qué pretendes ?

DON LUCAS. Escuchad :
El señor don Luís, que veis,

me ha contado que es galán de doña Isabel; y dice que con ella ha de casar, porque ella le dió palabra en Illescas, y...

CABELLERA.

No hay tal, que yo en Illescas anoche le vi á una puerta llamar, y con doña Alfonsa habló por Isabel: ¿no es verdad que tú la sentiste anoche? ¿Tú no saliste á buscar un hombre con luz y espada? pues él fué.

DON LUÍS.

¿Quién negará que tú saliste, y que yo me escondí? pero juzgad que yo hablé con Isabel, no con Alfonsa.

D.^a ALFONSA.

Aguardad, yo fui la que allí os hablé; pero yo os llegaba á hablar pensando que era don Pedro.

DON PEDRO.

(Ap.) Amor, albricias me dad. ¿Lo entendiste?

D.^a ISABEL.

DON PEDRO.

DON LUCAS.

Sí, Isabel. Esto está como ha de estar, ya está este galán á un lado, con esto me dejará: pues vamos al caso ahora, porque hay más que averiguar: doña Alfonsa me ha contado, que, traidor y desleal, queréis á Isabel.

DON PEDRO.

DON LUCAS.

Señor... Decidme en esto lo que hay: vos me dijisteis anoche que entrasteis sólo á cuidar por mi honor en su aposento; con que colegido está

que de la parte de afuera le pudiéades mirar; mas os ha escuchado Alfonsa tiernísimo requebrar y satisfacerla amante.

DON ANTONIO. Don Lucas, no lo creáis.

DON LUCAS. Yo creeré lo que quisiere, dejadme ahora y callad; más, os hablasteis muy tiernos en Torrejoncillo; más, cuando el coche se quebró (esto no podéis negar) tuvisteis un quebradero de cabeza.

CABELLERA.

¡ Hay tal pesar!

DON LUCAS.

Más, al llegar á Cabañas (esto fué sin más ni más) la sacasteis en los brazos de la litera al zaguán. Más, desde ayer á estas horas os miráis de par á par, cantando en coro los dos el tono del ay, ay, ay; más, aquí os hicisteis señas, más, no lo pueden negar; pues muchos mases son estos, digan luego el otro más.

D.^a ISABEL.

Padre y señor...

DON ANTONIO.

¿ Qué respondes?

D.^a ISABEL.

Don Pedro...

DON ANTONIO.

Remisa estás.

D.^a ISABEL.

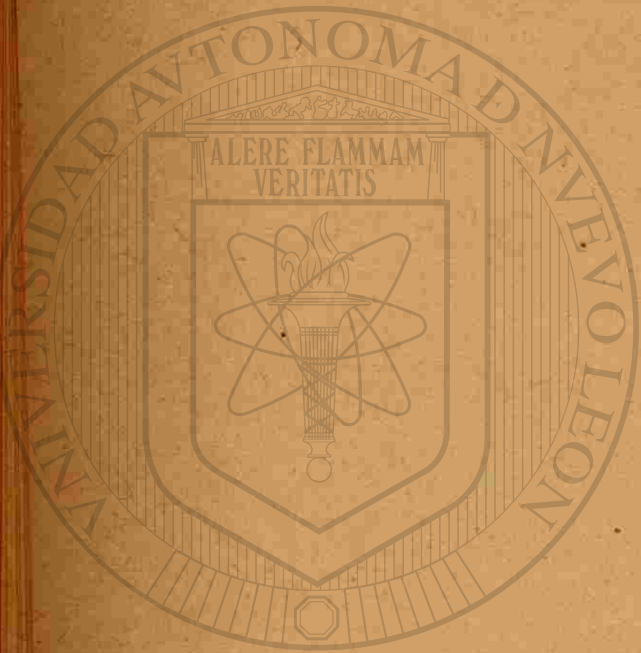
Es el que me dió la vida en el río.

DON PEDRO.

Y el que ya no puede ahora negarte una antigua voluntad; antes que tú la quisieras la adoré, no es desleal quien no puede reprimir un amor tan eficaz.

- DON LUCAS. Calla, primillo, que vive...
pero no quiero jurar,
que he de vengarme de ti.
- DON PEDRO. Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.
- DON LUCAS. Eso no,
yo no os tengo de matar :
eso es lo que vos queréis.
- DON PEDRO. ¿Pues qué intentas ?
- ANDREA. ¿Qué querrá ?
- DON ANTONIO. Entre bobos anda el juego.
- DON ANTONIO. ¿Qué haces ?
- DON LUCAS. Ahora lo verás :
vos sois, don Pedro, muy pobre,
y á no ser porque en mi halláis
el arrimo de pariente,
pereciérais.
- DON PEDRO. Es verdad.
- DON LUCAS. Doña Isabel es muy pobre,
por ser hermosa no más
yo me casaba con ella ;
peró no tiene un real
de dote.
- DON ANTONIO. Por eso es
virtuosa y principal.
- DON LUCAS. Pues dadla la mano al punto,
que en esto me he de vengar ;
ella muy pobre, vos pobre,
no tendréis hora de paz.
El amor se acaba luégo,
nunca la necesidad ;
hoy con el pan de la boda
no buscaréis otro pan.
De mí os vengáis esta noche ;
y mañana á más tardar,
cuando almuercen un requiebro,
y en la mesa, en vez de pan,
pongan una fe al comer,
y una constancia al cenar,
y en vez de galas se pongan

- un buen amor de Milán,
una tela de «mi vida,»
aforrada en «me querrás :»
echarán de ver los dos,
cuál se ha vengado de cuál.
- DON PEDRO. Señor...
- DON LUCAS. Ello has de casarte.
- CABELLERA. Cruel castigo le das.
- DON LUCAS. Entre bobos anda el juego :
presto me lo pagarán,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.
- DON PEDRO. (Ap. Hacerme de rogar quiero.)
Señor...
- CABELLERA. La mano la da,
no se arrepienta.
- DON PEDRO. Esta es
mi mano. (Danse las manos.)
- D.^a ISABEL. El alma será
quien solo ajuste este lazo.
- DON LUCAS. Don Luis, si os queréis casar,
mi hermana está aquí de nones,
y haréis los dos lindo par.
- DON LUIS. En Toledo nos veremos.
- DON LUCAS. Iréme dél si allá vais.
- CABELLERA. Y don Francisco de Rojas
á tan gran comunidad
pide el perdón, con que siempre
le favorecéis y honráis.

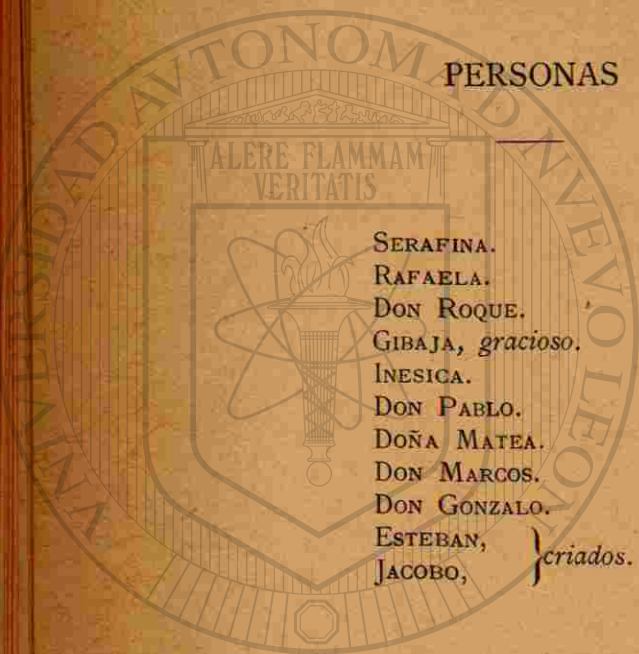


LO QUE SON MUJERES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAS

SERAFINA.
RAFAELA.
DON ROQUE.
GIBAJA, *gracioso*.
INESICA.
DON PABLO.
DOÑA MATEA.
DON MARCOS.
DON GONZALO.
ESTEBAN,
JACOBO, } *criados*.



JORNADA PRIMERA.

Salen SERAFINA y RAFAELA.

SERAFINA. Llévenla luego á un convento,
no ha de estar en casa un hora.

RAFAELA. Yo te confieso, señora,
que es justo tu sentimiento ;
pero aunque es doña Matea
con los hombres tan humana,
es, en efecto, tu hermana.

SERAFINA. ¿ Enamoradita y fea ?
¿ Qué es esto ?

RAFAELA. Templanza ten.
SERAFINA. ¿ No quieres tú que me asombre
si en la vida ha visto hombre,
que no le parezca bien ?
El chico, por lo donoso ;
el grande, por lo entallado ;
el puerco, por descuidado ;
el limpio, por cuidadoso ;
porque guarda, el miserable ;
por arrojado, al valiente ;
al que habla, por elocuente ;

al que calla, por loable ;
al cobarde, por templado ;
al hablador, por chistoso ;
al tibio, por vergonzoso ;
por discreto, al mesurado ;
al vano, por presunción ;
por constante, al importuno ;
jamás ha visto hombre alguno
que no le cobre afición.

Pues en un convento vea
su humanidad reprimida.
Señora...

RAFAELA.
SERAFINA.

No vi en mi vida
más malas gracias de fea ;
lindas partes de adorada
tiene mi tal hermanita ;
segundita, pobrecita,
feíta y enamorada ;
en un convento, es notorio
que templará este deseo.

RAFAELA.

Señora, yo no la veo
con hambre de reñitorio ;
cásala con un garzón
casero, y lo mismo has hecho,
que tiene un marido estrecho
mil cosas de religión.

SERAFINA.

No hay que replicarme en nada ;
convento, quiera ó no quiera.

RAFAELA.

Advierte...

SERAFINA.

Echadme acá fuera
esa bienaventurada.

RAFAELA.

No te quiero replicar,
pero no se ha levantado.

(Llaman.)

SERAFINA.

¿ Quién es ?

RAFAELA.

Un hombre que ha dado
todo hoy en quererte hablar.

SERAFINA.

No éntre hombre á hablarme.

RAFAELA.

Yo creo

que te agrade si le ves.

SERAFINA.

¿ Parécete á ti que es

sujeto de galanteo ?

RAFAELA.

Cada pié de á media vara,
las piernas de caña y media ;
pues la cara lo remedia
que es semicapón de cara
el hombre desmadejado.

SERAFINA.

Nadie hombre entero me nombre.

RAFAELA.

Señora no éntre por hombre
éntre por acaponado ;
mira que ser tan cruel
con los hombres es error.

SERAFINA.

Ahora estoy de buen humor,
éntre por reirnos dél.

Sale GIBAJA.

GIBAJA.

El cielo guarde, señora,
ese traslado del mismo :
ese espacio, donde atento
con rasgos negros ha escrito,
de que sois su hermosa copia,
la perfección tan al vivo,
que porque todos la atiendan
á la margen poner quiso
dos ojos, como quien dice,
ojo á sus labios divinos,
donde el sangriento coral
le viene como nacido.

También ojo á sus mejillas
de nácar, no por arbitrio
de la beldad, que están rojas
de vergüenza de haber visto
vuestros dientes tan iguales,
tan perfectos, tan unidos,
que os están todos de perlas ;
que viendo igualmente fino,
ya el nácar, y ya el jazmín
de dientes y labios limpios,
cuanto corren á encenderse,
dicen lo que se han corrido.
También ojo á las pestañas,
que en blanco raso, aunque liso,

al canto de sus dos cejas
el párpado han guarnecido.
Y *ojo* también á esos ojos
que dan muerte. ¿Quién ha visto
que aquello mismo que mata
sea lo que dé el aviso?

SERAFINA. Al caso, por vida mía,
que tengo ya los oídos
cansados de estar oyendo
de jazmín mil desvarios,
mil vergüenzas de coral,
de nácar dos mil delirios,
y de aljófares y perlas
mil sartas de desatinos.

¿Quién sois?

GIBAJA. Señora, yo soy
hombre tan espantadizo,
que ando haciendo sacramentos
de cualquier cosa que estimo.

SERAFINA. No os entiendo.

GIBAJA. Soy un hombre,
que por dar á mis amigos
un buen día con su noche,
doy muy malas de continuo.

RAFAELA. ¿Ese oficio es cosi-cosa?

SERAFINA. Explicaos ya.

GIBAJA. Ya me explico.

Yo soy...

SERAFINA. ¿Qué?

GIBAJA. Casamentero.

SERAFINA. Alcahuete á lo divino,
¿qué queréis en esta casa?

GIBAJA. Casaros, porque me han dicho
que tenéis sobre lo hermoso,
sobre lo airoso y lo lindo,
cuatro mil y más de renta.

RAFAELA. Sin joyas, sin ajuar rico,
sin más de tres mil ducados
de deudas.

GIBAJA. Pues yo os afirmo,

que está en manos el pandero
que los hará veinte y cinco.
¿Y cómo os llamáis?

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

Gibaja.
Silla á Gibaja. (*Ap.* Imagino
con el tal casamentero
divertirme un rato.)

(*Siéntanse.*)

GIBAJA.

Digo,
que podéis dar cuatro echadas
de blancura al mismo armiño.
¿Á qué novio os he de dar?
Aquí tengo treinta escritos
que los he escogido á moco
de candil.

SERAFINA.

No escogéis limpio;
¿y este oficio es provechoso?

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

Este año no se ha corrido.
¿Cásanse agora mujeres?
Algunos casamientillos
hay de viudas.

RAFAELA.

¿De doncellas
no hay también?

GIBAJA.

Halos habido;
pero hay pocos, como hay pocas.
¿Casáis muchos?

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

De continuo.
¿Y cómo los engañáis?
Casándolos.

Yo no os digo
sino ¿cómo los casáis?

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

SARAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

Fácilmente.
¿Cómo?

Oidlo.

¿Mentiréis?

No os caso agora.
Pues proseguid.

Ya prosigo:
primeramente, yo tengo
una memoria en que escribo
cuantos en San Sebastián

son de fiesta y de domingo ;
 los de la comedia nueva ;
 los que sin pleito ni oficio
 en el patio de palacio
 suelen estar de continuo ;
 los del Prado, los de Atocha ;
 y á cada cual en mi libro
 para entenderme con ellos
 les pongo por seña un signo.
 Al que es valiente, á la margen
 del mismo nombre le pinto
 el signo León ; y si es
 cobarde el Piscis le pinto ;
 si es sufrido, el signo Tauro ;
 y el de Aries, si es muy sufrido ;
 si es de mala condición,
 el Escorpión ; si es bien quisto,
 el Géminis ; y al que no es
 para hombre, el signo Virgo ;
 si está buboso le pongo
 el Cáncer ; y si es muy rico
 y ha venido de las Indias,
 el Acuario ; mas si es hijo
 de algún tendero ó tratante
 el signo Libra le aplico ;
 si es muy feo ó contrahecho,
 el Sagitario ; y si ha sido
 casado con dama hermosa,
 y fué pobre, pongo el signo
 Capricornio, que lo es
 de pobres, aunque maridos.
 Éntrome en cualquiera casa
 de soltero, y en mi estilo
 de casar propongo luégo
 novias como Dios las hizo.
 Si es medianamente hermosa,
 hermosa la significo ;
 de manera, que no puede
 pensarse de hito en hito
 que su hermosura es el dote,

y que en Madrid he sabido
 que adorarla por su sol
 hallara mil novios indios.
 Si es pobre, que es hijodalga,
 y luégo cuento que he visto
 su ejecutoria con tanta
 letra de oro en pergamino.
 Si es rica, y no es bien nacida,
 le doy con el refrancillo :
 «Dineros son calidad» ;
 y le digo : Señor mío,
 sepa usted, que don tener
 es caballero castizo.
 Si es muy fea, y hallo luégo
 mi novio un poco remiso,
 digo, que la mujer propia
 ha de picar un poquito
 en fea, que desa suerte
 anda un hombre con descuido.
 Si el novio dice que es gorda
 de ahogar, luégo le digo :
 ¿ Ha de hacer randas con ella
 que la quiere de palillos ?
 Si le propongo una flaca
 y la desecha, le riño,
 que una mujer por arrobas
 debe encerrar para siglos.
 Si es larga, le digo luégo,
 muñecas para los niños ;
 si es chica, de la mujer
 lo menos es lo más lindo.
 Si la novia es algo puerca,
 que el matrimonio hace limpio,
 que es agua de calabobos
 que la coge sobre aviso ;
 si entra algún señor á verla,
 que entra á hablar un ratillo
 en buena conversación,
 aunque otra cosa hayan dicho,
 que es un santo el buen señor

y el mal pueblo es un maldito;
y, en fin, dejando á mi novio
puesto este mal durativo,
á mentir más á la novia
que elige voy, llamo y digo:
—Ea, señora, su remedio.
¡Oh, gracias á Dios, que quiso
que haya hallado para uced
un novio como nacido!
¡Ah qué hombre, señora mía!
Quién es digo; y de camino,
misterios y más misterios
hago cuando al hombre intimo;
porque como el matrimonio
es Sacramento, es preciso
que tenga dentro de sí
mil misterios escondidos.
Si no agrada el que propongo
á su elección y á mi arbitrio,
como esto es para la mano,
le voy dando novios ripios.
Al que me culpan de viejo,
aseguro que le elijo
porque es hombre ya de hecho,
y las novias, por lo mismo
le desechan, que no quieren
novio de hecho; porque han visto
que el novio de hacer, es sólo
bueno para ser marido.
Si traigo un mozo galán
y le culpan por mocito,
les digo que el matrimonio
hace viejos infinitos;
si de jugador le culpan,
que está cansado la afirmo
de ser perdido y de andar
ya de garito en garito,
y desea una señora
que traiga algún caudalillo
para poder con descanso

quitarse deste mal vicio.
Si en alguna desdichada
dicen que tiene algún hijo
que llaman, en buena guerra,
con gran llaneza replicó:
ansí será para hombre;
y si es corcovado, digo
que se cargó de razón
riñendo en un desafío,
y se le ha quedado toda
seis dedos del cerviguillo.
Si es feo, que así han de ser
los hombres; si es atadito
la digo, que así podrá
hacer dél cera y pabilo;
si es valiente, arrufianado,
crudo y temerón, la digo:
la casa siempre ha de oler
á hombre, cuerpo de Cristo.
Si no tiene pantorrillas,
y muypreciado de lindo
trae dos verdades por piernas,
que están mal hechas, replico:
no tiene razón, que entrambas
están cortadas al hilo.
Y, en fin, haciendo á los dos,
á ella rica y á él más rico,
contando gracias de entrambos
y diciendo á un tiempo mismo
á ella que él muere por ella,
aunque nunca la haya visto,
y á él que esto está de Dios,
juez de los dos, sin delito
les pongo á cuestión de novios,
y al instante que se han visto,
á dos vueltas que les doy
confiesan el sí, y yo pido
joya que luégo la vendo,
tela que la hago vestido;
y ya dejando á los dos

sacramentados, me guño muy soltero, y ellos quedan casados y arrepentidos.

SERAFINA. Amigo, reñiros quiero que hagáis esta narración, que implican contradicción verdad y casamentero.

RAFAELA. Serafina, aunque te admira que te hable con claridad, á vueltas de la verdad se introduce la mentira.

¿No echas de ver que esta es treta del juego, señora? Dícete verdad agora para mentirte después.

SERAFINA. Dices bien; mas como sé que mentirme sólo quieres, cuando la verdad dijeres tampoco la creeré.

GIBAJA. Casarte sin trampa intento, y hemos de ir otros los dos.

SERAFINA. Mi abuelo (que tenga Dios) dejó por su testamento un mayorazgo fundado, que heredó con mejor suerte mi padre, y yo, por su muerte, como mayor le heredado; que no se reparta y venda entre otras hijas mandó, y no puedo serlo yo por no ser libre mi hacienda, y la he de dejar perder por no casarme.

GIBAJA. Eso es dar sólo en quererse casar.

RAFAELA. ¿Con quién?

GIBAJA. Con su parecer.

¿Tú no has de casarte?

SERAFINA. Sí.

GIBAJA. ¿Hombre ha de ser?

RAFAELA. No le nombre.
SERAFINA. ¿Adónde hallaré yo un hombre que parezca así, así? No hallo uno que bueno sea; todos me parecen mal; ¡oh fuego en todos!

RAFAELA. Igual los quiere doña Matea, tu hermana.

SERAFINA. Los viles modos de sus traiciones ignora.

GIBAJA. Pues dime, ¿qué hace, señora?

RAFAELA. No hace más de que hace á todos. Para que contenta estés, te daré muy afamado un excelente letrado.

GIBAJA. ¿Muy espeso?

SERAFINA. Un si es no es.

GIBAJA. Á poca paz me convida si con él me he de casar hombre con quien he de andar en pleitos toda la vida.

SERAFINA. Un peinado me promete mil doblas si le queréis.

GIBAJA. Gibaja, no le toquéis, que se le ajará el copete.

SERAFINA. Que no he de hallar, averiguo, novio que haga la razón.

GIBAJA. ¡No topara yo un hombrón de aquellos del tiempo antiguo! Un hombrón extraordinario.

SERAFINA. ¿De qué manera me has dicho?

GIBAJA. Quiero un hombre de capricho y no del uso ordinario.

SERAFINA. Aquel de Toledo es bueno; pero con la edad tiene cierta enfermedad.

GIBAJA. ¡Ah! ¿queréis un montañés, que es excelente figura?

SERAFINA. ¿Queréis otro, aunque algo viejo,

natural de Jaraizejo,
un lugar de Extremadura?
El regidor de la Mora
es mejor, si rico fuera;
ansi, á aquel de Talavera
le tengo de hablar ahora,
que es el modo y traza toda
á vuestro capricho igual;
hombres son, que cada cual
os viene á pedir de boda,
y por si alguno os agrada
haré que á servir empiecen.

SERAFINA. Todos cuatro me parecen
sujetos de carcajada:
traeldos.

GIBAJA. Por ellos iré.
Pero decidme, señora,
¿para atraerlos agora
á esta casa, qué diré?

SERAFINA. Que es para tomar estado;
mas la risa se asegura,
de ver entrar un figura
de novio muy espetado,
que á todo se contradice
cuanto me quiere fingir,
intentando no decir
los disparates que dice;
que va de sí muy pagado
cuando en la calle se ve,
sólo de que le miré
tres veces de medio lado.
Vengan, que á tiempo oportuno
vendrán si vienen ahora.

GIBAJA. ¿Cómo los traeré, señora?

SERAFINA. Todos juntos, y uno á uno.

GIBAJA. Antes que esta ocasión pase,
¿cómo dárseme no intenta
una alhaja á buena cuenta?

SERAFINA. Gibaja, cuando me case.

GIBAJA. Advertid, que dar no es

dar promesas semejantes:
la que no florece antes
nunca da fruto después;
mas si un novio os persuade,
que os he de vencer espero.
Daros cien doblones quiero
por un hombre que me agrade.
Como esa promesa lleve
no pienso que irá contento.
¿No tomaré por los ciento?...
¿Cuánto?

SERAFINA.

RAFAELA.

GIBAJA.

RAFAELA.

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

GIBAJA.

SERAFINA.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

D.^a MATEA.

Los noventa y nueve.
Yo soy firme.

Como todas;
y eso el tiempo lo dirá.

Idos, que me cansáis ya,
perrito de todas bodas.
Por esos desaires paso,
Serafina; mas por Dios
que me he de vengar de vos.
¿De qué manera?

Si os caso.
Aunque como Adonis sea,
ninguno me satisface.
Doña Matea ¿qué hace?
Sale DONA MATEA.

Aquí está doña Matea.

¿Era hora de levantarte,
señora hermana?

¿Ya empieza
vuesa merced á reñirme?

Son ya las diez.

Quando sean;
¿también como los vestidos
me cuenta las horas?

Tenga
la muy... mucha cortesía.

¿La qué?

La muy escudera.

En nada soy yo segunda

(Vase.)

- como en lo roto.
- SERAFINA. ¿Que quiera una nacida después hablar como una primera? Yo os entraré en un convento.
- D.^a MATEA. ¿Que religión más estrecha que su casa?
- SERAFINA. Y religión, en que vos sois una lega.
- D.^a MATEA. Vuesarced es la entendida.
- SERAFINA. Y vos lo parecéis.
- D.^a MATEA. Esa fué una palabra mayor dicha en mi cara.
- SERAFINA. Y que sea; ¿qué?
- D.^a MATEA. Que no es vuesarced tan hermosa como piensa: si no fuera un poco vana, ¿qué valía?
- SERAFINA. ¿Que se atreva á manchar esta blancura?
- D.^a MATEA. Es verdad, ¿quién se lo niega? pero advierta que las blancas se usan, porque son monedas.
- SERAFINA. ¿Pero cuándo se ha de usar lo feo?
- D.^a MATEA. ¿Uced no pondera que no tengo gracia?
- SERAFINA. Sí.
- D.^a MATEA. ¿Pues cómo puedo ser fea?
- SERAFINA. Como ninguno la quiere, aunque de todos se prenda.
- D.^a MATEA. Por ahí también soy hermosa, por desdichada en finezas.
- SERAFINA. ¡Ay, que quiere ser también, como una persona mesma infeliz!
- D.^a MATEA. ¿Si ella es mi hermana, no quiere que infeliz sea?

- SERAFINA. La de todos, no responda.
- D.^a MATEA. La de nadie, déjeme ella.
- SERAFINA. ¿Todos los hombres no dice que le agradan?
- D.^a MATEA. ¿Quién lo niega?
- Cada uno por algo es bueno; yo los quiero desde afuera por inclinación, y hasta ahora no ha habido quien me merezca.
- SERAFINA. Esa es gran falta.
- D.^a MATEA. Señora, ¿no hay algunas que se afeitan? ¿Otras no hay que hablan fruncido? ¿Otras no hacen reverencias de saltillo? ¿No hay algunas que hablan culto? ¿No hay doncellas que la noche de San Juan escuchan lo que es vergüenza? ¿Hago yo estas candideces? ¿Incurro yo en falta dellas? Querer á hombres es falta de mujeres. Que yo tenga, adonde hay otras con tantas, una, es algo llevadera. Ser inclinada á los hombres ni es liviandad ni flaqueza; este es un buen natural, y aunque algunos riesgos tenga de pesarle á una mujer que no la estimen ni quieran, aunque pesa el desdén tanto, vale el amor lo que pesa.
- SERAFINA. ¿Negarásme que los hombres son traidores?
- D.^a MATEA. Que lo sean, que no han de ser mis vasallos.
- SERAFINA. ¿Que son falsos?
- D.^a MATEA. Malos fueran, si á los hombres que estimara los quisiera por moneda.

SERAFINA. ¿Y que no tienen palabra?

D.^a MATEA. ¡Ay, hermana, así tuvieran las obras!

SERAFINA. ¿Podrás negarme, hermana, que en cuánto intentan son todos los hombres dobles?

D.^a MATEA. Así durarán por peñas.

SERAFINA. ¿Negarásme...

D.^a MATEA. ¿Negarásme que nos buscan, nos requiebran, que se arriesgan al desaire y que á la muerte se arriesgan? ¿Por algún hombre habrá muerto mujer alguna en pendencias? ¿Cuántos por ellas murieron? Sus honras, vidas y haciendas, todas son de las mujeres.

SERAFINA. Y todas son de cualquiera.

D.^a MATEA. Yo los quiero por la parte que me toca, que obedezca mi planeta me permite; benévolo es el planeta que á los hombres me ha inclinado; benévola fué la estrella cuyos influjos en mí me fuerzan.

SERAFINA. Callad, Matea, que un convento ha de quitaros toda esa benevolencia.

D.^a MATEA. Yo me he de casar, señora.

SERAFINA. ¿Con qué dote? ¿Habrá quién quiera la nobleza por ajuar? ¿Pensáis con vuestra belleza casaros? ¿Ó es que esperáis la ventura de...

D.^a MATEA. La fea

es sólo la presumida, la hermosa es la que no piensa.

SERAFINA. Hola, llevadme esta hermana al segundo estrado.

D.^a MATEA. Hoy fuera tan hermosa como tú.

SERAFINA. ¿Cómo?

D.^a MATEA. Si fuera primera.

Salen GIBAJA y RAFAELA.

(*Vanse.*)

GIBAJA. ¿No puedo ahora entrar?

RAFAELA. Espera,

y á mi ama avisaré;

Gibaja, ¿qué la diré?

GIBAJA. Dila que salga acá fuera.

RAFAELA. Famosa tarde ha de ser.

¿Los novios?

GIBAJA. Tú los verás.

RAFAELA. ¿Cuántos son?

GIBAJA. No traigo más

de cuatro para escoger.

RAFAELA. ¿Cuatro? pues voy á decillo.

GIBAJA. Dila tú que estoy aquí.

RAFAELA. ¿Así no habrá para mi un novio del baratillo?

GIBAJA. ¿Eres algo honesta?

RAFAELA. Poco.

GIBAJA. ¿Eres hacendosa?

RAFAELA. ¿Yo?

GIBAJA. ¿Eres bien nacida?

RAFAELA. No.

GIBAJA. ¿Tienes dinero?

RAFAELA. Tampoco.

GIBAJA. ¿Limpia?

RAFAELA. Con sólo un vestido.

GIBAJA. ¿Doncella podré decir?

RAFAELA. Ya eso es mucho pedir.

GIBAJA. No te faltará marido.

RAFAELA. Di, ¿cómo?

GIBAJA. De buena masa.

¿Quieres más?

RAFAELA. Si puede ser,

que tenga mucho qué hacer,

y todo fuera de casa.

GIBAJA. Rafaela, como ahora

anda la malicia lista,
todos son novios de vista.

Salen DOÑA MATEA y SERAFINA.

SERAFINA. ¿Es Gibaja?

RAFAELA. Sí, señora.

D.^a MATEA. Ver estos novios espero.

SERAFINA. ¿Viene esa cuadrilla toda
de novios?

GIBAJA. Como á una boda.

SERAFINA. Pues entren.

GIBAJA. Oye primero.

El que á visitarte agora
entra, el primer pretensor,
sabe que es un regidor
de la ciudad de Zamora,
que en el semblante y el modo
extraño de su opinión,
le verás la condición.

SERAFINA. ¿Qué hace?

GIBAJA. Se pudre de todo

SERAFINA. Será muy entretenido.
Verle y hablarle quisiera.

GIBAJA. En esa antesala espera.

SERAFINA. Venga ese tonto podrido.

GIBAJA. Lo podrido en el color
de la cara se le ve.

SERAFINA. Llámale, acaba.

GIBAJA. Sí haré.

¡Señor don Marcos!

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. ¡Señor!

RAFAELA. ¡Jesús, qué hombre!

GIBAJA. La gran doña

Serafina es la que veis.

DON MARCOS. ¿Y es bien hecho que se llame
una entendida mujer
Serafina? Busque nombre
que en la Letanía esté,
confírmese Serafina,
que yo no he de hablar ni ver

á quien por el nombre extraño
la conozcan en Argel.

SERAFINA. Confirmaréme por vos.

DON MARCOS. Eso sí, confírmese.

SERAFINA. Una silla al seor don Marcos.

(Van á llegarle la silla.)

DON MARCOS. Esperad, no la lleguéis.

SERAFINA. Pues ¿por qué no queréis silla?

DON MARCOS. Linda pregunta: porque
primero que me la arrastren,
y primero que os ponéis
en el estrado, y primero
que estamos ¿cuál ha de ser
el que antes ha de sentarse?
Primero que os componéis
las faldas, y yo me aplano,
pongo la espada al revés,
podrá otro hacer, muy cumplidas,
cuatro visitas ó seis.

Úsese, cuerpo de Cristo,
cuando no sea menester,
que el que no quiere sentado
haga su visita en pié.

SERAFINA. No os sentéis.

DON MARCOS. Así lo hago.

SERAFINA. ¿Cómo estáis?

DON MARCOS. Otra vez.

Que vean á uno sano y bueno
y gordo, y aunque le ven
colorado, le pregunten:

—¿Cómo está vuestra merced?—
y que le pregunte el otro:

—¿Y usted cómo está?— Después
hasta preguntarse luégo
por sus hijos y mujer.

Majadero, no preguntes
lo que no quieres saber,
que si es cortesano uso,
es prolijidad cortés.

SERAFINA. No os he topado la nuca

- de la lisonja.
- DON MARCOS. Tal vez hallo alguna que me agrade.
- SERAFINA. ¿No soy vuestra?
- DON MARCOS. No podéis; yo soy claro, perdonad.
- SERAFINA. Pues ¿no me diréis por qué?
- DON MARCOS. ¿Qué os desagrada de mí?
- DON MARCOS. Toda vos.
- SERAFINA. Grosero es.
- DON MARCOS. Señora mía, no quiero yo para propia mujer una mujer muy hermosa; porque siempre pensaré que aunque ella mirar no quiera, habrá quien la quiera ver. El matrimonio se toma para el descanso, no es para cuidado; yo quiero traer para mi traer mujer de casa, ni fea de manera que yo esté solicitando vecinas, ni hermosa tanto, que dén en mirarla mis vecinos; porque mi propia ha de ser para el gusto algo que fea, también hermosa algo que, que yo solamente busco mujer para mi mujer.
- SERAFINA. ¿Luego yo soy muy hermosa?
- DON MARCOS. Ya os entiendo; agora queréis que os alabe, y yo no alabo lo que yo no he menester. Guárdeos el cielo. *(Vase.)*
- SERAFINA. Esperad.
- GIBAJA. ¡Ha, don Marcos!
- D.ª MATEA. Este hombre me viene á mí cortado. Ya se fué.

- RAFAELA. Pruébatele.
- SERAFINA. ¿Hay tal modo de pudrirse?
- RAFAELA. No ví tal.
- SERAFINA. Pudriérame con sólo oírle: los hombres muy joviales han de ser, y han de ser poco podridos.
- GIBAJA. Oyes, yo te traeré un contrario dese.
- SERAFINA. ¿Cómo?
- GIBAJA. En el zaguán le dejé de aquella casa: es un hombre que de cuanto escucha y ve se le da otro tanto, como á ti se te ha de dar dél: ni de la hambre se aflige, ni le fatiga la sed, y es para él todo uno el tener y no tener. No agradece á la fortuna lo que le sucede bien, pero ni della tampoco se queja aunque no le dé.
- SERAFINA. Será un Demócrito éste, si fué un Heráclito aquél. Llámele.
- GIBAJA. Por la ventana una seña le he de hacer. Ya sube.
- SERAFINA. ¿Es el extremeño aqueste hombre?
- GIBAJA. El mismo es.
- SERAFINA. ¿De dónde es?
- GIBAJA. De Jaraicejo.
- RAFAELA. ¿Hidalgo?
- GIBAJA. ¿No lo ha de ser?
- SERAFINA. ¿Puntual?
- GIBAJA. Es extremeño.
- RAFAELA. ¿Y no es chorizo?
- GIBAJA. También.

SERAFINA. ¿No sube?
 GIBAJA. Ya entra en la sala.
 ¿Don Roque?
 Sale DON ROQUE.
 ¿Quién ha de ser?
 DON ROQUE. Silla á don Roque. *(Vale á llegar silla.)*
 SERAFINA. Sentado
 DON ROQUE. hablará un hombre á placer.
 SERAFINA. Pero no lleguen la silla.
 DON ROQUE. Muy bien dice; ¿para qué?
 sentado habla un hombre más
 de aquello que es menester.
 SERAFINA. Vuestra merced, ¿cómo está?
(Ap. Este es algo más cortés.)
 Estoy á vuestro servicio,
 con poca salud; y usted,
 ¿cómo se halla?
 DON ROQUE. Yo estoy
 como quisiéreis que esté.
 Mi señora, el buen Gibaja
 dice que me quiere bien,
 y á vuestra casa me trae
 á ver qué me pareéis.
 Hermosa sois, vive Dios,
 y en el alma estimaré
 que me deis luégo la mano,
 si ha de ser mía después.
 Yo he querido en este mundo,
 yo he sabido amar, y sé
 que es andar galanteando
 andar por el A, B, C.
 Contento estaré de amaros,
 y de que luégo me améis,
 mi Serafina, pagado,
 sobre contento, estaré,
 con que á un tiempo dos finezas
 juntas podré agradecer:
 que me deis la vida presto,
 y que también me la deis.
 SERAFINA. Poco habláis, y compendioso

en lo que habláis; pero ¿quién
 puede conseguir el premio,
 sin costarle el merecer?
 El servir y esperar cría
 el mérito: ¿vos no veis
 que no merece mi amor
 quien no probó mi desdén?
 Eso es juzgarme posible,
 señor don Roque; idos, pues,
 que no quiero yo por dueño
 á quien...

DON ROQUE. Al punto me iré.
 ¿Hase un hombre de morir
 porque vos no le queréis?
 Aun tanto como premiarme
 os debiera agradecer.
 SERAFINA. Finezas, no.
 DON ROQUE. ¿Y no es fineza?...
 SERAFINA. ¿Qué?
 DON ROQUE. Que me desengañéis.
 SERAFINA. Sólo el que espera merece.
 DON ROQUE. Pues digo que esperaré,
 como yo os merezca luégo.
 SERAFINA. ¿Cuánto?
 DON ROQUE. Un hora, dos y tres.
 SERAFINA. No hay quien me merezca á mí.
 ¿No os vais ya?
 DON ROQUE. Razón tenéis:
 ¿he de andar queriendo yo
 á quien no me quiere bien? *(Hace que se va.)*
 SERAFINA. Sois un grosero.
 DON ROQUE. Es verdad.
 SERAFINA. Sois un prolijo.
 DON ROQUE. También.
 SERAFINA. *(Ap. ¿Que se vaya y no lo sienta!)*
 ¿No os vais? Oíd.
 DON ROQUE. No me iré.
 SERAFINA. ¿Yo soy hermosa?
 DON ROQUE. Sí sois.
 SERAFINA. ¿Y os parezco bien?

DON ROQUE. Muy bien.
 SERAFINA. ¿Y me querréis si os premiare?
 DON ROQUE. Como á mi vida os querré.
 SERAFINA. ¿Seréis constante?
 DON ROQUE. Sí soy.
 SERAFINA. Pues agora que yo sé
 que me queréis, idos luégo.
 DON ROQUE. Hacéisme mucha merced.
 SERAFINA. No ví hombre tan desahogado.
 GIBAJA. Es como yo le pinté.
 D.^a MATEA. La pachorra deste hombre
 para mí vale, pardiez.
 SERAFINA. ¡Jesús, qué malos dos hombres!
 GIBAJA. Si al tercero quieres ver
 espérate.
 SERAFINA. ¿Y es de dónde?
 GIBAJA. Natural de Cangas es,
 un lugar de la montaña
 y hijodalgo, como el Rey,
 del hábito de Santiago.
 SERAFINA. ¿Es galán?
 GIBAJA. No, pero aun bien
 que es viejo.
 SERAFINA. ¿Y es entendido?
 GIBAJA. Échalo todo á perder
 con saber latín.
 SERAFINA. ¿Qué hace?
 GIBAJA. Cuando te éntre agora á ver,
 la mitad de lo que diga
 no lo entenderás.
 SERAFINA. ¿Por qué?
 GIBAJA. Estudió Filosofía,
 y Teología también,
 ha estudiado en Salamanca,
 y sin que sepa por qué,
 hará en latín y romance
 una mezcla á dos por tres:
 y cuando está muy en ello,
 trae, sin qué ni para qué,
 un lugar de la Escritura,

(Vase.)

que venga ó no venga bien.
 SERAFINA. Tonto sin saber latín
 nunca es gran tonto.
 GIBAJA. Está bien.
 SERAFINA. Llámale.
 GIBAJA. ¿Verle deseas?
 SERAFINA. Para reir le quiero ver.
 GIBAJA. ¿Seor don Pablo?
 Sale DON PABLO.
 DON PABLO. *Ecce quem amas.*
 SERAFINA. ¡Raro hombre!
 RAFAELA. Un prodigio es.
 DON PABLO. Aunque en esa cuadra há un hora
 que ha esperado mi deseo
 que vuestros justos desdenes
 diesen castigo á mi ruego,
 los doy por bien empleados:
 pues tan grande fué el acierto,
 que sola vuestra hermosura
 es más que fué mi deseo.
 Agradezco, hermosa dama,
 la dilación, y agradezco
 que salgáis tan desdenosa,
 cuéstemé siquiera el veros
 el deseo de esperaros;
 ni el pastor, ni el marinero
 agradecen que el sol salga,
 sólo porque ven que presto
 ha de salir á alumbrar
 tierra, mar y aire sereno,
 que ellos le estimaran más
 como el sol saliera menos.
 RAFAELA. Mientes, Gibaja, que este hombre
 es muy prudente y discreto.
 GIBAJA. Vese ahora la labor,
 lo fondo es en majadero.
 DON PABLO. Miedo tengo á vuestros ojos,
 y estimo lo que los temo,
 porque así espero alcanzar
 ser de vuestros ojos dueño.

SERAFINA. Niego que con el temor pueda alcanzarlo, supuesto que no puede el temeroso declarar sus sentimientos.

DON PABLO. Cuando se da la triaca para que sane el enfermo, porque obre eficaz, disponen que lleve el tósigo dentro, y es que se va al corazón el tósigo, y aunque es cierto que él destruye, porque lleva á la triaca á hacer su efecto, á la parte donde va da la vida, y así hay tiempo, que para la vida suele ser medicina el veneno; asentada esta experiencia agora escucha el ejemplo. El tósigo es el amor que mata al merecimiento, mas como lleva consigo la triaca del respeto, la atención, la desconfianza, que son del mérito efectos, él no inficiona, ellos obran, él cesa, y merecen ellos; que aunque traía el temor de aquel tósigo, en él mesmo estaba por ingrediente el mismo contraveneno, pues si del temor suceden atenciones y respetos, luego es sólo aquel que teme quien tiene merecimiento. Bien habla.

SERAFINA.

GIBAJA. Para la postre debe de dejar lo bueno.

D.^a MATEA. Mucho sabé para ser de capa y espada.

SERAFINA. Cierto

que es lástima, y que ese talle, esa ciencia, ese despejo, con tal sangre hayan estado tantos años sin empleo.

¿De dónde sois?

DON PABLO. Soy de Cangas.

RAFAELA. ¿Qué hacienda?

DON PABLO. Poca, por cierto; pero soy muy bien nacido por el hábito que tengo.

SERAFINA. ¿Por el hábito se sabe?

DON PABLO. ¿Quis est ista?

GIBAJA. Volayerunt.

SERAFINA. Es mi hermana.

DON PABLO. ¿Y es doncella?

SERAFINA. Y lo será.

DON PABLO. Más es eso; luego conocí que era vuestra hermana.

SERAFINA. ¿En qué?

DON PABLO. Eso es bueno, en que se parece á vos.

SERAFINA. ¿Sois corto de vista?

DON PABLO. Nego.

SERAFINA. Miradme bien.

DON PABLO. Se os parece.

SERAFINA. Sois un grande majadero.

DON PABLO. Domina, nescio quid dicis.

SERAFINA. Mejor decís, sois un necio; ¿por qué habéis de comparar conmigo, siendo yo objeto de vuestro amor, otra luz?

DON PABLO. Verbi gratia.

SERAFINA. Ya no quiero oír ejemplo ninguno.

GIBAJA. Óyele.

SERAFINA. Decidle presto.

DON PABLO. ¿La luna no se parece al sol? ¿El sol no es más bello que la luna? ¿Pues qué importa

que ella le imite, supuesto
que ha de arder con luces tibias
cuando él con rayos serenos?

Matea, *ergo quid interest,
ut sit tuæ lucis exemplum,
si sunt tuæ radia solis
et sunt lunæ radia ejus?*

Doña Matea, ¿qué importa
qué sea de tu luz ejemplo,
si son sus rayos de luna
y son los del sol los vuestros?

SERAFINA. ¿Y qué dirán las estrellas
de Madrid, de que consiento
que sea luna?

D.^a MATEA. ¿No me basta
la infelicidad que tengo
de ser ejemplo de luna,
sino que aun no lo merezco?
SERAFINA. Por ser luna llena, sólo
queréis ser luna.

D.^a MATEA. Yo apruebo
serlo, siquiera en menguante.

DON PABLO. *Bene dixit.*
SERAFINA. Yo padezco
con esta hermana segunda
lo que no es posible, y pienso
poner orden.

D.^a MATEA. Orden no;
matrimonio es lo que quiero.
SERAFINA. No lo esperéis.

DON PABLO. De san Pablo
viene aquí un lugar á pelo.

SERAFINA. Échame de aquí, Gibaja,
este hombre.

GIBAJA. Oye primero
el lugar que es de san Pablo.

DON PABLO. Y en la epístola *ad ephesios*.

SERAFINA. Adefesios lo habláis todo;
idos de aquí.

DON PABLO. *Iam obedior.*

¿Un lugar de la obediencia
no me oiréis?

SERAFINA. ¡Viven los cielos!
Si no os vais...

DON PABLO. *Airata est.*

SERAFINA. Que os dé muerte.

DON PABLO. *Timeo et eo.*

¿Me querréis?

SERAFINA. Si me dejáis.

DON PABLO. ¿Y cuándo volveré á veros?

SERAFINA. En estudiando romance.

DON PABLO. Mirad...

SERAFINA. Ni escucharos quiero.

DON PABLO. *¿Quare, cur, quoniam vel quia?*

SERAFINA. ¿Qué hombre es éste, santo cielo?

Idos, don Pablo, por Dios.

DON PABLO. Voyme, pues.

SERAFINA. Presto.

DON PABLO. *Laus Deo.* (Vase.)

SERAFINA. Mareada quedo, Gibaja.

GIBAJA. Yo te pondré en tierra presto.

D.^a MATEA. ¡Lo que este hombre enseñaría
á su mujer!

SERAFINA. Muerta quedo.

¿Es el que queda como éste?

GIBAJA. Antes es destotro extremo,
que ni sabe hablar latín
ni romance.

RAFAELA. ¿Qué sujeto
es él?

GIBAJA. Oye, por tu vida,
la pintura.

SERAFINA. Díla.

GIBAJA. Empiezo:

el que en ese patio espera
á visitarte el postrero,
sabe que es un caballero
natural de Talavera,
principal y de buen pelo,
abultado de persona,

y trae lenguaje y valona
 dos ó tres dedos del suelo.
 El talle un poco grosero,
 cintura de tomo y lomo;
 lo que es el zapato, romo,
 pero aguileño el sombrero.
 Trae daga larga después,
 muy puesta á lo de Sevilla,
 cortos brahón y ropilla
 y el ferreruelo á los piés.
 Postura de hacer desdenes,
 crudeza de dar enojos,
 el bigote hasta los ojos,
 y la oreja hasta las sienas.
 Asustado de color,
 crudo un lado, otro cocido;
 esto es cuanto á lo vestido,
 mas lo parlado es peor.
 ¿Cómo habla?

SERAFINA.

GIBAJA.

Por varios modos
 te hablará si le escuchares,
 con estribillos vulgares
 dél solo, con ser de todos.

SERAFINA.

GIBAJA.

¿Son refranes?
 No lo son,
 estribillos son no más.

SERAFINA.

GIBAJA.

Dí como.
 ¿No le oirás?
 El talle y conversación
 te ha de dar gran gusto.

RAFAELA.

GIBAJA.

Y dí,
 ¿son las que habla necedades?
 Son unas vulgaridades
 destas que hablan por ahí;
 y si el estilo te agrada,
 el sujeto no es muy malo.

SERAFINA.

GIBAJA.

Entre.
 ¡Ha, señor don Gonzalo!

Sale DON GONZALO, vestido como se pinta.

DON GONZALO. Como quien no dice nada. (Mírala.)

¡Oiga el diablo!

RAFAELA.

¡Gran figura!

(Vase).

DON GONZALO. Mi señora, por Dios santo,
 que sois esto y otro tanto
 más que ninguna hermosura;
 matante de las del ampa
 sois con vuestro rostro bello;
 pues vuestra blancura, es ello,
 pues vuestro talle ¡ya escampa!
 Señora (vaya conmigo)
 a fe, á fe, que por lo airosa
 sois para mí mucha cosa;
 pues ¡qué ojos!... no sé si digo;
 la frente, por lo serena,
 no la puede hacer cerrada;
 ¿pues la boquilla? no es nada;
 ¿pues la nariz? la ha hecho buena;
 las manos, como cristiano,
 que si igualar las quisiera,
 han de ganar á cualquiera
 por diez dedos y las manos;
 es para volverse loco
 si un hombre á veros comienza:
 la honestidad, es vergüenza;
 ¿será malo el pié? ¡y qué poco!
 El cabello, lo primero,
 cosa de admirarlo grave;
 pero lo que no se sabe
 cuál será, así me lo quiero.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

DON GONZALO.

SERAFINA.

DON GONZALO.

SERAFINA.

Discreto es; en todo toca.

¡Los desaliños que entabla!

¡Oigan! Vive Dios, que el habla
 la tiene á pedir de boca.(Ap.) En su genio, he de intentar
 despedirle.

Hablad, por Dios.

Señor don Gonzalo, vos
 habláis, que no hay más que hablar;
 genio tal, y de tal casta,
 ¿ahí se topará en quien quiera?

mas para la vez primera,
ya habéis dicho lo que basta;
yo os doy palabra, que cuando
un dueño, un amante nombre,
procuraré haceros hombre.

DON GONZALO. ¿Me queréis?

SERAFINA. Eso burlando;
y voyme mientras se guisa
la boda.

DON GONZALO. En fin, dueño bello,
¿qué me queréis tanto dello?

SERAFINA. Todo eso es cosa de risa.—
Ven, Gibaja.

GIBAJA. Aquí te espero.
¿Qué te parece?

SERAFINA. Muy malo.
D.^a MATEA. ¿Ves? pues tiene el don Gonzalo
gracia por lo majadero.

DON GONZALO. Ahí se topará en la calle
moza como vos.

SERAFINA. No á fe.

DON GONZALO. ¿Y mi talle es algo que...
Responded.

SERAFINA. ¿Qué lindo talle!

D.^a MATEA. Digo que se da á querer.

SERAFINA. Todos serán mis despojos,
nada habéis dicho á mis ojos.

DON GONZALO. Los ojos son para ver.

SERAFINA. ¿Cómo os sentís?

DON GONZALO. Como ciego.

SERAFINA. ¿Es de mirarme?

DON GONZALO. ¿Pues no?

SERAFINA. ¿Qué os aflige?

DON GONZALO. Un qué sé yo.

SERAFINA. ¿Es dentro del alma?

DON GONZALO. ¡Fuego!

El rostrillo es de matar.

SERAFINA. ¿Vais enamorado?

DON GONZALO. ¡Pus!

SERAFINA. Idos, y vedme.

DON GONZALO. Ahora ¡sus!
SERAFINA. Ven, Matea, adiós.
DON GONZALO. ¡Andar!

JORNADA SEGUNDA.

Sale DON ROQUE.

DON ROQUE. Esta es la Cava Baja,
y esta ha de ser la casa de Gibaja;
á las ocho me ha dicho que me espera
dentro en su casa, y preguntar quisiera,
puesto que hablarle espero,
si es el suyo este cuarto; llamar quiero;
¡Ha de casa! *(Dentro una criada.)*

¿Quién es?
CRIADA. Ya han respondido;—
DON ROQUE. ¿posa aquí el seor Gibaja?

Ya ha salido.

CRIADA. ¿Dónde, señora mía?

DON ROQUE. A la plaza, y ya dijo que volvía.

CRIADA. ¿Ya ha salido á casar tan de mañana?

DON ROQUE. Entre, y siéntese usted.

CRIADA. De buena gana.

DON ROQUE. *(Entra por una puerta y sale por otra.)*

El cuarto es por cierto acomodado,
si no estuviera tan desmantelado;
sillas, bufete y cama; mal lo pasa,
debe de dar su ajuar á los que casa.

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. Según soy desgraciado,
sin duda que Gibaja me ha casado:
que madrugue y le vea me ha pedido

mas para la vez primera,
ya habéis dicho lo que basta;
yo os doy palabra, que cuando
un dueño, un amante nombre,
procuraré haceros hombre.

DON GONZALO. ¿Me queréis?

SERAFINA. Eso burlando;
y voyme mientras se guisa
la boda.

DON GONZALO. En fin, dueño bello,
¿qué me queréis tanto dello?

SERAFINA. Todo eso es cosa de risa.—
Ven, Gibaja.

GIBAJA. Aquí te espero.
¿Qué te parece?

SERAFINA. Muy malo.
D.^a MATEA. ¿Ves? pues tiene el don Gonzalo
gracia por lo majadero.

DON GONZALO. Ahí se topará en la calle
moza como vos.

SERAFINA. No á fe.

DON GONZALO. ¿Y mi talle es algo que...
Responded.

SERAFINA. ¿Qué lindo talle!

D.^a MATEA. Digo que se da á querer.

SERAFINA. Todos serán mis despojos,
nada habéis dicho á mis ojos.

DON GONZALO. Los ojos son para ver.

SERAFINA. ¿Cómo os sentís?

DON GONZALO. Como ciego.

SERAFINA. ¿Es de mirarme?

DON GONZALO. ¿Pues no?

SERAFINA. ¿Qué os aflige?

DON GONZALO. Un qué sé yo.

SERAFINA. ¿Es dentro del alma?

DON GONZALO. ¡Fuego!

El rostrillo es de matar.

SERAFINA. ¿Vais enamorado?

DON GONZALO. ¡Pus!

SERAFINA. Idos, y vedme.

DON GONZALO. Ahora ¡sus!
SERAFINA. Ven, Matea, adiós.
DON GONZALO. ¡Andar!

JORNADA SEGUNDA.

Sale DON ROQUE.

DON ROQUE. Esta es la Cava Baja,
y esta ha de ser la casa de Gibaja;
á las ocho me ha dicho que me espera
dentro en su casa, y preguntar quisiera,
puesto que hablarle espero,
si es el suyo este cuarto; llamar quiero;
¡Ha de casa! *(Dentro una criada.)*

CRIAIDA. ¿Quién es?
DON ROQUE. Ya han respondido;—
¿posa aquí el seor Gibaja?

CRIAIDA. Ya ha salido.

DON ROQUE. ¿Dónde, señora mía?

CRIAIDA. Á la plaza, y ya dijo que volvía.

DON ROQUE. ¿Ya ha salido á casar tan de mañana?

CRIAIDA. Entre, y siéntese usted.

DON ROQUE. De buena gana.

(Entra por una puerta y sale por otra.)

El cuarto es por cierto acomodado,
si no estuviera tan desmantelado;
sillas, bufete y cama; mal lo pasa,
debe de dar su ajuar á los que casa.

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. Según soy desgraciado,
sin duda que Gibaja me ha casado:
que madrugue y le vea me ha pedido

dentro en su casa, doyme por marido ;
 porque á llamarme no se atrevería
 sabiendo que me visto á mediodía ;
 pero agora sabremos lo que pasa
 si está en casa Gibaja.

DON ROQUE. No está en casa,
 agora ha de venir.

DON MARCOS. Pues yo le espero.

Sale DON PABLO.

DON PABLO. *Pax Christi*, ¿posa aquí un casamentero ?

DON ROQUE. Señor, sí.

DON PABLO. ¿ Para qué me habrá llamado ?

DON MARCOS. Mucho tarda, ¿ qué va que se ha mudado ?

Sale DON GONZALO.

DON GONZALO. El me dijo que aquí venga á esperalle ;
 este el cuarto ha de ser, no hay sino dalle.

DON ROQUE. Pues sillas hay, se siente el que quisiere.

(Siéntanse.)

DON PABLO. *Sede apud mihi.*

DON MARCOS. ¿ Que haya quien espere ?

DON ROQUE. ¡ Lindo tiempo !

DON PABLO. Gustoso para todos.

DON MARCOS. ¡ Oigan esto, y Madrid lleno de lodos !
 ¡ Que no habiendo que hablar, se haya dado
 en que lo pague el tiempo de contado !

DON ROQUE. ¡ Cuál ha estado la plaza hoy de gente,
 y hecha un jardín de fruta diferente !

DON MARCOS. Llegue á comprar de una frutera astuta,
 y verá lo que lleva de la fruta.

DON ROQUE. ¡ Oh gran Madrid !

DON MARCOS. Este hombre se endemonia.

DON PABLO. Todo el *Tu autem es, eso per omnia.*

DON ROQUE. Lo que alabar querría
 de Madrid, sólo es la ropería,
 donde por su dinero,
 á cualquier forastero
 de roperos le viste una cuadrilla,
 desde las medias hasta la golilla ;
 y lo que es más, como dinero tenga,
 se lo ajustan, que venga que no venga.

DON MARCOS. No está muy bien cortado el tal vestido ;
 pero lo que es cosido, ni cosido.

DON GONZALO. La opinión que yo llevo,
 es que á uno le ponen como nuevo.

DON ROQUE. Oigan otro prodigio.

DON PABLO. ¿ *Quid* ?

DON GONZALO. No es nada.

DON ROQUE. En la plaza verán de la Cebada,
 sin otras cosas que por raras dejo,
 unas tiendas que hay de hierro viejo,
 que son tiendas movibles que allí vienen
 y no vale seis reales cuanto tienen ;
 y el mercader desta cerrajería
 almuerza, come y cena cada día,
 aunque muy poco venda,
 él, su mujer é hijos, con la tienda.

DON PABLO. Siempre veo estas tiendas, á fe mía,
 corrientes con igual mercadería ;
 siempre están con lo mismo cuando llego.

DON MARCOS. Lo que se compra allí se arroja luego.

DON ROQUE. Y es fuerza que uno destos se lo halle.

DON MARCOS. Á la noche lo buscan por la calle.

DON ROQUE. Pues en los ojos no hay engaño alguno,
 mire bien lo que compra cada uno.

DON MARCOS. Pues eso es lo que á mí me trae podrido ;
 que no hay cosa que sea lo que ha sido.
 Panecillos de suela fregenales
 en las tiendas los venden por candeales ;
 y en todas las tabernas de continuo
 agua de espuma con color de vino.

En el figón un par de gorriones
 empanados en forma de pichones.

¡ Y que no pueda un hombre
 comprar las cosas todas por su nombre ?
 que si para sacar un vestidillo
 pide en la tienda tafetán sencillo,
 para que el mercader no se me inquiete,
 he de llamarle tafetán doblete ;
 y como sufro al tafetán sencillo,
 si pido esparragón, es rayadillo,

que la quieren hacer tela más noble,
y ha de ser ormesí el tafetán doble.
Si pido guarnición un poco extraña,
dicen: ¿Quiere llevar pata de araña?
y á un pasamano que hay del tiempo viejo
dicen: ¿Quiere de diente de conejo?
En oyendo estos nombres en su prosa
yo pienso que me venden otra cosa.

DON ROQUE. Eso es muy fácil cosa remediallo.

DON MARCOS. Diga cómo y lo haré.

DON ROQUE. Con no comprarlo.

DON GONZALO. Ande en pelota.

DON MARCOS. Harto mejor sería
por no vestirse un hombre cada día.

DON ROQUE. Miren qué linda criatura
va por la calle. *(Miran á la calle.)*

DON GONZALO. Allá va.

DON MARCOS. Abobadilla es un poco,
y yo para mi caudal,
algo entendida quisiera
y no hermosa de matar.

DON PABLO. No decís bien.

DON MARCOS. Bien arguye.

DON PABLO. *Sic argumentor.*

DON MARCOS. Hablad.

DON PABLO. La hermosa cuatro sentidos
aprovecha, pues verán
que el tacto, la vista, el gusto,
y el olfato, cada cual
agradece cuanto logra;
y es muy grande necesidad
dejar á cuatro por sólo
un sentido corporal,
pues es la entendida y fea
para el oído no más.

DON MARCOS. La hermosura de una vez
se goza; mas nadie ha
gozado al entendimiento
de una vez sola no más;
el oído es un sentido

del alma, y por ella van
las pasiones de la lengua
á hacerse en ella lugar.
Él siempre es otro, y ella es
siempre una, ¿pues quién querrá
con diferente apetito
comer siempre de un manjar?

DON PABLO. Quien ama, por conseguir
es por lo que ama, que no hay
quien adore por oír
aquello que amando está.
Los deseos son los hijos
del amor: quien sabe amar
solicita merecer,
y quien merece querrá
conseguir, que el conseguir
es premio del desear.

¿No son decentes los ruegos?
La esperanza, ¿quién dirá
que no es lícita? pues ambas
aspiran á la beldad.
Con oírla solamente,
ninguno conseguirá
una belleza, que es otros
sentidos la han de gozar.
Luego no habiendo belleza,
no habrá amor. Luego será
mejor, necia, la hermosura,
que discreta la fealdad.

DON ROQUE. ¡Qué bien dice!

DON GONZALO. Concluyóle.

DON MARCOS. Sólo esto me ha de enterrar;
¿que haya tantos que se paguen
sólo del ruido no más,
sin entender la razón?

DON ROQUE. Dice bien.

DON MARCOS. Pues escuchad.
Aquél que ama una belleza,
si la desea gozar,
no ama la misma hermosura

que á sí se quiere no más.
 Por conseguir quiere sólo ;
 quien sólo por adorar
 quiere á su dama, éste quiere
 con fineza y con verdad ;
 el que todos los sentidos
 solicita aprovechar,
 quiere el interés del gozo ;
 el que con amor mental
 del oído se aprovecha,
 ama sólo por amar ;
 pues si la hermosa ha de hacerme
 grosero en el desear,
 será mejor la entendida,
 pues tiene más calidad
 amor que será por ella
 que amor que por mí será.

DON PABLO. ¿Luego no puede quererse
 gozando ?

DON ROQUE. Sí puede tal.

DON MARCOS. Mas se debe á aquel que quiere
 por querer.

DON ROQUE. No dice mal.

DON PABLO. ¿ Á cuál quisiérades vos ?

DON GONZALO. Yo á la hermosa, voto á san !

DON MARCOS. ¿ Y vos á cuál estimarais ?

DON ROQUE. Yo á entrambas, por variar.

DON PABLO. Querer lo que se ha gozado
 es más fineza.

DON ROQUE. Es verdad.

DON MARCOS. Más firmeza es que yo adore
 lo que es imposible.

DON ROQUE. Más.

DON MARCOS. Don Demócrito del diablo,
 ¿ quiérenos usted dejar ?

DON PABLO. *Taceas* por amor de Dios.

DON GONZALO. Déjelos usted allá
 decir verbos.

DON ROQUE. Muy bien dicen.

DON MARCOS. ¡ Fuego en hombre temporal !

DON ROQUE. Yo soy un...

Sale GIBAJA.

Paz sea en mi casa.

GIBAJA.

DON MARCOS. ¿ Y en otras no quiere paz ?

GIBAJA. Señor don Roque...

DON ROQUE. Gibaja.

GIBAJA. Don Gonzalo...

DON GONZALO. Pesia tal.

GIBAJA. Don Pablo...

DON PABLO. *Idem per idem.*

GIBAJA. Don Marcos...

DON MARCOS. ¿ Era hora ya ?

Dos pesadumbres me hicisteis
 á un tiempo.

GIBAJA. ¿ No sé yo cuál ?

DON MARCOS. Hacerme que madrugase,
 y hacerme luego esperar.

GIBAJA. De los cuatro necesito.

DON MARCOS. Aquí están todos, hablad.

DON PABLO. Decid, si hablar nos queréis,
insolidum, ó á la par.

GIBAJA. Todos juntos.

DON ROQUE. Sea á espacio.

DON MARCOS. Sea aprisa.

DON ROQUE. Mejor será.

GIBAJA. Ya os acordáis de aquel día
 en que con tranquilidad
 quisisteis de una belleza
 todo el piélagosondar ;
 y que os volvisteis los cuatro
 huyendo de un huracán
 que levantó el desengaño
 de la hermosura en el mar.

DON MARCOS. Es así.

GIBAJA. También sabéis,
 que de por sí á cada cual
 le llevé á pesar el sol
 de Serafina.

DON MARCOS. Acabad,
 y saltemos á la orilla,

GIBAJA. que yo me empiezo á marear.
Volví á la India de amor
con intento de doblar
de Buena Esperanza el cabo
y hallé borrascoso el mar,
porque la gran Serafina...

DON GONZALO. Yo he sabido días há...

GIBAJA. ¿Qué?

DON GONZALO. Que es cruel por el cabo.

DON ROQUE. ¿Hay más de no navegar?

DON PABLO. ¿Qué dijo de mí?

GIBAJA. De ti
dijo bien poco, no más
de que eras tonto en latín,
y que, cómo sufrirá
sin propósito y sin tiempo
un lugar sin más ni más,
y que te buscara quien
te supiese acepillar,
que estabas un poco basto,
y que no se ha de prender
de un hidalgo de Asturias,
y que, quien sazonará,
amor, especie en Corito,
con su puntas de patán.

DON GONZALO. ¿Y de mí?

GIBAJA. De ti algo menos;
dijo, que el oírte hablar
era cosa muy molesta
en términos de rufián;
mas también volvió por ti
en una cosa.

DON GONZALO. ¿Dí cuál?

GIBAJA. Dijo que si te pusieran
un hombro con otro igual,
te bajarán la cabeza
cuatro dedos más atrás;
si te bajarán el talle
un palmo, y al rematar
te le adelgazasen otro,

si te pudiesen trocar
los piés donde están las piernas,
y ellas donde ellos están,
dijo que en toda la corte
no habría hombre más cabal.

DON ROQUE. ¿Y de mí?

GIBAJA.

De ti me dijo,
que eras hombre temporal,
¿y que para qué son buenos
hombres de tanta bondad?
Que por qué se ha de dar ella
con toda su voluntad
á quien no se le da nada
de aquello que se le da.
Pero del señor don Marcos
me dijo, que estaba el tal
muy podrido, y que se fuese
á Antón Martín á curar.

DON MARCOS. ¿Tanto me pudri por ella?

¿Dije yo, pesía la tal,
que por qué trae las pechugas
abiertas de par en par?
¿Lo escotado de la espalda
pudríselo con mirar
por la espalda hasta la punta
que era dama de canal?

¿Pudríme de verla blanca,
con que para mí no hay
tela que menos me vista
que se mancha con mirar?
¿Pues de qué me pudro? Oh pesía,
quien la ve desengañar
si me pudrí de lo menos,
y si he llamado lo más.

DON ROQUE. Cúlpame á mí de que sólo

no me pudrí, y os quejáis;
si supiera que no hice
más caso de su deidad
que hice de su desdén,
¿qué pudiera decir más?

¿Qué dijera si supiera
que no se me diera un real
de hallarla agradable, hermosa,
ó fea y perjudicial?
Y, en fin, de que no me quiera
¿qué dijera, á saber ya
de que hoy se me daba aquí
lo que ayer se me dió allá?

DON GONZALO. Culpame también á mí
mi estilo por más vulgar,
con que la dije: Señora,
premiad mi deseo, y zas;
y viendo la sal con que hablo,
acaso dijera más

de que era para mí todo
cuanto hablaba un papasal.
Pues diga lo que dijere,
que yo lo he pensado mal,
ó es querer roer el lazo
el no quererse casar.

DON PABLO. ¿Pues yo que la hablé en latín?
Si la dijere un lugar
de los *Cantares*, que casi
se le estuve por cantar;
si la dijera también,
cuando la ví titubear,
el *nescitis quid petatis*,
que era cosa natural;
pero un lugarcillo ó dos
despoblados, que serán
como los de la montaña,
lugares sin vecindad.
¿qué le hacen á esta señora,
pregunto á cuántos están
oyéndome? ¿Dios no dijo
por su boca, si en Dios la hay,
crescite et multiplicamini,
creced y multiplicad?
Para que se multiplique
se casa uno, y para más.

Pues pregunto, ¿los latines
causan esterilidad?
Y cuando venga á ser vieja,
diga ¿cuánto estimará
saber un par de latines
que yo la podré enseñar?
¿Llévola alguna ventaja
en saber latín? dirá
que hablándola en esta lengua
no me entenderá jamás.
Yérrase, que una ventaja
he llegado á confesar,
que al más entendido lleva
la mujer que es más bozal;
que aunque un hombre le hable idiomas
el que quisiere inventar,
le entenderá una mujer;
pero él no la entenderá
si ella no quiere, aunque hable
en su idioma natural.

GIBAJA. Á gran daño, gran remedio;
Ea, señores, amolad
los ingenios, que por Dios
que ha de haber bien que cortar.
Sabed que en otra locura
ha dado esta perenal.

DON MARCOS. Decid qué es.

GIBAJA. Dar cada día
de audiencia una hora cabal.
Cuantos amantes vinieren
á pretender, la tendrán
audiencia; pero el despacho
de todos siempre es igual.
Agora de nueve á diez
en la antesala estará
de su casa despachando
lindos á todo juzgar;
¿Está alguno de los cuatro
herido del Dios rapaz,
que es lenguaje de poeta?

¿Diganme vustedes cuál
está enamorado, ó quién
bien hallado está no más,
que es lenguaje de quien no
quiere decir que lo está?
Ea, ¿no me respondéis?
¿Entre los cuatro no hay
amante? que agradecido
yo sé bien que no le habrá.
En la lengua de Gonzalo
lo diré, ¿pues no me habláis?
¿Diganme cuál de los cuatro
tiene...

DON GONZALO.

Decidlo.

GIBAJA.

Pañal.

DON MARCOS.

¿Quién? el que tuviere amor;
pues es niño, le tendrá,
que yo la quiero por tema.

DON PABLO.

Ego quoque.

DON GONZALO.

Yo no más
de porque ella no me quiere
doy suspiros cual y cual.

DON ROQUE.

Yo si me ama la querré,
si no, no me he de matar.

GIBAJA.

¿Queréis los cuatro...

DON ROQUE.

Queremos.

GIBAJA.

¿Todos de conformidad
ir á la audiencia de amantes?

DON MARCOS.

¿Y qué hemos de hacer allá?

GIBAJA.

Ahora lo diré: los cuatro,
si es que pretendéis triunfar
con el ruego y con el tiempo
desta dama pertinaz,
habéis de mudar estilo.
Vos, señor, aunque os pudráis,
os pudrid hacia allá dentro,
sufrid y disimulad
por lo que bien os parece
lo que os pareciere mal.
Seis mil y seiscientas leguas

tiene el mundo, imaginad
que por mucho que enmendéis,
os queda más que enmendar.
Y vos, mi señor don Roque,
que seáis importará
ni tan Demócrito en todo
que os riáis de cuanto hay,
ni tan don Marcos tampoco,
que un Heráclito seáis;
vos, don Gonzalo, mi amigo,
el bajo estilo dejad,
dejad estos estribillos
en quien naide se vendrá;
y pues sois de Talavera,
donde hablan tan bien, hablad
un poco más vidriado,
y pintado un poco más.
Y vos, el señor don Pablo,
cuando vais á enamorar
á las damas, no en latín,
porque no os entenderán,
ni aun en romance, sino
hay en el lenguaje, real;
y así mudando el estilo
todos cuatro faz á faz,
delante de Serafina
os aconsejo que vais;
porque un ardid he pensado
con que la he de hacer andar
tras los cuatro, sin saber
más de qué quiere, y no á cuál.
¿Dáisme palabra los cuatro
de dejaros gobernar,
y hacer lo que yo os dijere?

DON MARCOS. Yo la ofrezco.

DON PABLO.

¿No contáis
el ardid?

GIBAJA.

Veréisle presto;

que la he de vencer fiad.

DON MARCOS. No por amor, por venganza

he de hacer lo que ordenáis,
sin pudrirme exteriormente;
pero interior, perdonad.

DON ROQUE. Yo ofrezco no contentarme
si no es de verla penar.

DON GONZALO. Y yo ofrezco dar un corte
en el modo de mi hablar.

DON PABLO. Yo hablaré como en desierto,
por no tocar en lugar.

GIBAJA. ¿Mudaréis de estilo?

DON GONZALO. Sí.

GIBAJA. Pues á esta sala os pasad,
que ha de escribir cada uno.

DON MARCOS. Decidnos qué.

GIBAJA. Un memorial.

DON ROQUE. ¿Para Serafina?

GIBAJA. Sí,

ninguno se ha de enojar
de ver al otro premiado.

DON GONZALO. Yo lo ofrezco así.

GIBAJA. Jurad.

DON MARCOS. Yo lo ofrezco.

DON ROQUE. Y yo lo juro.

DON PABLO. *¡Oh quam jocundum será
fratres habitare in unum!*

GIBAJA. ¿Qué es esto, no lo dejáis?

DON ROQUE. ¡Qué bien dijo!

GIBAJA. Vos tampoco.

DON GONZALO. ¿Era barro?

GIBAJA. ¡Hay tal porfiar!

DON MARCOS. ¡Que no sean consistentes!
¿Quién se ha de querer juntar
con hombres para tan poco?

GIBAJA. ¿Y esa no es pudrirse?

DON MARCOS. ¿Hay tal?

Tú verás la enmienda.

DON PABLO. Tú

otro hombre has de ver.

GIBAJA. Entrad;

guerra contra Serafina.

DON MARCOS. Tú nos has de acaudillar.

DON ROQUE. ¿Eres soldado?

GIBAJA. Helo sido.

DON PABLO. ¿Dónde?

GIBAJA. Luégo lo sabrán.

DON GONZALO. Los casamenteros sirven
en la guerra del casar.

(Vanse.)

Salen SERAFINA, DOÑA MATEA y RAFAELA.

RAFAELA. ¿Tu recato y tu prudencia,
en esta locura dió?

SERAFINA. ¿Han dado las nueve?

D.^a MATEA. No.

SERAFINA. No es hora de hacer audiencia.

D.^a MATEA. No haces mayor tu deidad
con caprichos semejantes;
dar una audiencia de amantes
es cosa nueva.

SERAFINA. Es verdad;

si mi desdén los condena
no quiero mayor victoria,
pues vengo á lograr la gloria
de verles sufrir la pena.
En esta contienda y lid
de amantes, triunfar espero,
y por el capricho quiero
hacerme rara en Madrid.

RAFAELA. Con mal trato y peores modos,
habrá alguna por constante
que engañe uno y otro amante;
mas no quien los burle todos.

SERAFINA. ¿Qué es ver unos figurones
requebrar muy ponderados,
con vocablos estudiados,
afectando las razones!
Cuando me asomo al balcón,
¡qué es ver al que me se inclina,
requebrar desde una esquina
tentándose el corazón!
¿Á quién mil canas no quita,
ver, cuando está enamorado,

á uno muy tierno y barbado
 echar una lagrimita?
 Ríome con gran consuelo,
 cuando sus ternezas miro,
 de otros que aman de suspiro,
 con mirada de cielo.
 Pues si voy á lo parlado,
 tendremos materia harta:
 ¡las necedades que ensarta
 uno que está enamorado!
 Ayer un amante orate
 mi mano alabó por bella;
 pero á cada dedo della
 le dijo su disparate.
 Otro á la mano otra vez
 dijo, fingiendo pasiones,
 que en el picar corazones
 era mano de almirez.
 Á mi boca otro menguado
 dijo (con frialdad no poca):
 «cada labio desa boca
 es un bocaci encarnado».
 Á mi pelo, sin recelo,
 dijo un calvo muy de veras,
 que para hacer cabelleras
 tenía extremado pelo.
 Díjome otro con pasión:
 «guardad esos dientes bellos,
 Serafina, que con ellos
 me mordéis el corazón».
 Y aun éstos son los mejores,
 si á oírlos te persuades,
 los que no hablan necedades
 son quien las dicen mayores;
 cuando alguno me contente,
 si le procuro escuchar,
 al punto empieza á llamar
 campo del amor mi frente.
 Luégo un divino arrebol
 mi cabello da en despojos,

luégo que mis negros ojos
 le dan dos higas al sol.
 Que porque no le hagan mal,
 cuando competirlos ves,
 dicen, que mi nariz es
 un montante de cristal.
 Mis cejas, si este ha alabado,
 son instrumento de un Dios
 desde cuyos arcos dos
 dispara, flechas, vendido.
 Si dientes, y boca aquel,
 verá el que quiera cogerla,
 suelta tanta de la perla,
 listo tanto del clavel.
 La garganta no es cuestión
 que es pasadizo de nieve
 por donde á subir se atreve
 por la boca el corazón.
 Y así, Rafaela, sabrás,
 que mi constancia te avisa
 que el que habla mal, me hace risa,
 y el que habla bien, me hace más.
 Con verlos, de su amor luégo
 se hace dueño mi desdén,
 y con oírlos, también
 vengo á triunfar de su ruego.
 No viene á ser castigarlos
 no oírlos, ni verlos jamás;
 sólo es castigarlos más
 oírlos, verlos y dejarlos.
 Daránte eternos renombres;
 ¡lindo gusto de mujer!
 D.^a MATEA. ¿Qué gusto puede tener,
 quien quiere mal á los hombres?
 Á un hombre de lindo talle,
 dí, ¿quién sabe hacer desprecio
 de verle pisar tan recio
 que desempiedra la calle?
 Con recato y con decoro,
 cuando empuñan el rejón,

¿quién no cobrará afición
 á un hombre que mata á un toro?
 ¿Qué mujer no cobra amor
 á aquel que en lid concertada
 obra con la negra espada,
 y con la blanca mejor?
 Si el oírlos te da enojos,
 ¿por qué ha de ser permitido
 que eche á perder el oído
 el crédito de los ojos?
 Que mientan es más blasón
 de la que quiere y suspira,
 cuando pasa la mentira
 plaza de satisfacción.
 Al que no teme, también
 le puedes recompensar
 lo que le llega á costar
 fingir que te quiere bien.
 Los que son falsos amantes
 que no han de vengarse ves
 por mucho que hagan después
 de lo que sufrieron antes.
 Quien no te quiere ofender,
 y contigo está contento,
 de uso, y no aborrecimiento
 solicita otra mujer.
 ¿Pues por qué se ha de enojar
 el que tuyo llega á ser,
 si es una cosa querer
 y es otra cosa variar?
 El que á otra quiere después,
 que no la querrá te arguyo
 por el desmérito tuyo,
 que por su inconstancia es.
 Pero ¡cuán agradecido
 vendrá, y con mayor deseo
 el que después otro empleo
 vuelve amante arrepentido!
 Hermana, de errores tales
 ni te admires ni te asombres;

créeme, y quiere á los hombres,
 que son bellos animales.
 Y de celos el dolor,
 ¿á quién no causa recelos?
 Si no se usaran los celos,
 ¿de qué sirviera el amor?
 ¡Qué! ¿tanto los quieres?
 Sí.

SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 D.^a MATEA.
 SERAFINA.
 RAFAELA.
 SERAFINA.
 RAFAELA.
 GIBAJA. (*Dentro.*)
 RAFAELA.
 DON ROQUE.

De ti me vengo á cansar
 tanto, que te he de casar,
 porque me venguen de ti.
 Agradecerte debiera
 la venganza que merezco.
 Digo que casarte ofrezco;
 ¿pero hallarás quién te quiera?
 Para que yo tome estado
 y porque vengada estés,
 bastará que tú me des
 un amante desechado.
 El que adoró mi beldad,
 ¿cómo ha de poder quererte?
 Dos mil cosas desa suerte
 suele hacer la variedad.
 Ya os tomáis mucha licencia,
 y no sé cómo se atreve
 una...
 Señora, las nueve.
 Ya es hora de dar audiencia:
 abre, ya pueden entrar.
 Ruido en la antesala escucho.
 Señores, la audiencia.
 Mucho
 tienes hoy que despachar.
 Sale DON ROQUE.
 Ya el sol riendo hace salva
 al alba,
 puesto que trae su arrebol
 luz del sol;
 la aurora que el campo dora
 ríe y llora;

y yo en tiniebla esto ahora
en vuestra luz salgo á ver,
reír, llorar y amanecer
al sol, al alba y la aurora.

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. Ya produce matizado
el prado;
ya corre más diligente
clara fuente;
brotó la rosa olorosa
más golosa;
y yo, Serafina hermosa,
sólo en veros, salgo á ver
producir, brotar, correr
la fuente, el prado y la rosa.

Sale DON GONZALO.

DON GONZALO. Ya más sonora y suave
canta el ave;
sin nubes, sin niebla fría
nace el día;
calma el viento más atento
en su elemento;
yo, que ni uno ni otro siento,
salgo á veros por mirar
cantar, nacer y calmar,
el ave, el día y el viento.

RAFAELA. ¡ Otro estilo desde ayer!
Amor los va mejorando.

SERAFINA. Señores amantes, ¿ cuándo
acabó de amanecer?
Ya es mediodía y querría
ver tan agudos talentos:
troven esos pensamientos
si pueden al mediodía.

Sale DON PABLO.

DON PABLO. Abrásase haciendo salva,
el alba;
vencido con tu arrebol,
huye el sol;
la aurora herida se ignora

dónde llora;
y aunque es mediodía ahora,
abráseme ó no, he de ver.

TODOS CUATRO. Herir, abrasar, vencer
al sol, al alba y aurora.

Sale GIBAJA.

GIBAJA. *(Ap.)* Digo que la licioncilla
ha sido extremada cola,
y que están otros los cuatro;
así quiera ella estar otra.

SERAFINA. Llegad, don Pablo.

GIBAJA. *(Ap.)* Valor;
habladla muy descollado,
sin lugar.

DON PABLO. Yo soy soldado
de la milicia de amor;
que me embarqué signífico,
rompiendo espumas y famas
por el Golfo de las damas,
á la India de Puerto-ríco.
No merecí que admitieras
los deseos de servirte,
aunque para persuadirte
tomé puerto en las Terceras;
mal herido en tu escuadrón,
donde me llevé la palma,
saqué una herida en el alma

y ótras en el corazón.
Otros mil servicios dejo,
y sólo que estimes pido
el tiempo que te he servido.

SERAFINA. Retiraos, que estáis muy viejo.

DON PABLO. Siempre esperé premio igual.

SERAFINA. Oigan, ¿ que ha hablado en romance?

DON PABLO. Señora, el favor alcance
que pido en el memorial,
pues ya no soy de provecho.

SERAFINA. El memorial se verá.

DON PABLO. Vedlo luégo.

SERAFINA. Bien está.

GIBAJA. *(Ap.)* Famosamente lo has hecho.
SERAFINA. Este amante lo habla bien,
con más prudencia y respeto.

GIBAJA. El desdén le ha hecho discreto
SERAFINA. Enseña mucho el desdén;
y vendrá á parar su ruego
en que le haga algún favor.

GIBAJA. Ea, llegad sin temor.
RAFAELA. Llegad, don Marcos.

DON MARCOS. Ya llego;
no huye quien de vos espera
lograr felices trofeos.
que el despedir los deseos
es soberbia muy grosera.
No quise amar, pero amé;
vencer quise, y me rendí;
para ver la luz nació:
yo vi la luz, y cegué.
Agradeced al que muere,
quejoso, aunque no ofendido,
que es la queja del herido
lisonja para el que hiere.
Ya contenta el alma llega
á no ver lo que miró,
quien la luz examinó
victoriosamente ciega;
mas para templar mi mal,
sólo pido...

SERAFINA. ¿Qué queréis?
DON MARCOS. Que el premio sólo me deis
que pide este memorial.

SERAFINA. Ya le veré.

GIBAJA. *(Ap.)* No va malo.

RAFAELA. Otro hombre el podrido está.

SERAFINA. Esperanzas pedirá.

RAFAELA. Llegad, señor don Gonzalo.

DON MARCOS. ¿Hablé á vuestro gusto?

GIBAJA. Sí;

DON MARCOS. bien lo dijistes los dos.
Dadme licencia, por Dios,

para pudrirme de mí.

DON GONZALO. Pues yo, hermosa Serafina...

GIBAJA. En hablar culto trabajo.

DON MARCOS. Mas que se le va el lenguaje...

GIBAJA. ¿Dónde?

DON MARCOS. Á la jacarandina.

DON GONZALO. Un amor tengo que es mengua.

GIBAJA. *(Ap.)* De que hable bien desconfío.)
que lo errasteis.

DON GONZALO. *(Ap.)* Señor mío,
no me vayan á la lengua.)

Digo, que estaba fiado,
quien adora el que confía...

(Turbado.)

Perdonadme, reina mía,
que esto es poco y mal hablado.

SERAFINA. De ver á un hombre me espanto,
que tenga turbación tal.

DON GONZALO. Señora, este memorial
dirá esto y otro tanto,
pensamientos como el hilo
de delgados os dirá.

SERAFINA. ¿Aún dura?

RAFAELA. Amor no podrá
enmendar un bajo estilo.

DON GONZALO. En él veréis el empeño
en que entra mi amor fiel;
todo lo que digo en él,
cierto que es cosa de sueño.

SERAFINA. Esta noche, sin enojos,
sobre él espero soñar.

DON GONZALO. Eso es querer acertar
mi deseo á cierra ojos.

DON MARCOS. *(Ap.)* Que no puede más recelo.

GIBAJA. Mil necedades ensartas.

DON GONZALO. Callen barbas y hablen cartas.

SERAFINA. Pues venga el memorial.

DON GONZALO. Helo.

(Dale el memorial.)

DON MARCOS. Una y otra necedad
habéis dicho, vive Dios.

GIBAJA. Don Roque, enmendadlo vos.
 RAFAELA. Señor don Roque, llegad.
 DON ROQUE. Llegue mil veces felice,
 aunque temeroso llegue,
 amante, que á conquistar
 un imposible se atreve.
 Yo hui del fuego que arrojan
 dos dulces ojos ardientes;
 ¿cuándo no logró centellas
 aquel que en la piedra hiere?
 Pero el osado y amante
 dificultades emprende,
 no se vence lo rendido,
 lo inexpugnable se vence.
 Bueno va.

GIBAJA. Demonio es.
 DON GONZALO. No se perderá por este.
 SERAFINA. Verdad dice mi deseo,
 DON ROQUE. no finge amor, porque teme
 que á filos de una mentira,
 una verdad se ensangrienta.
 ¡Oh, si el dueño á quien adoro
 el alivio permitiese
 del llanto á los ojos míos,
 porque en líquidos corrientes
 destile mi sentimiento!
 Que porque le oigas decente,
 es la lengua muy grosera
 y son ellos muy corteses.
 SERAFINA. ¿Quién os quita que lloréis?
 DON ROQUE. Á mí nadie.
 GIBAJA. (Ap.) Que se pierde;
 enmendadlo vos, don Marcos.
 SERAFINA. Pues llorad.
 DON MARCOS. Si le sucede
 lo que á mí, ¿cómo podrá,
 pues mi dueño ingrato quiere,
 que sangriento su desdén
 en todo mi amor se cebe?
 SERAFINA. ¿Pues cómo os impide el llanto

lo que queréis?
 DON MARCOS. Desta suerte:
 del agua del llanto es
 el corazón arca débil
 de tres llaves, y desta arca
 son los dos ojos dos fuentes.
 Una llave tiene amor,
 y otra llave el dolor tiene,
 y como es tesoro real
 el llanto, para que quede
 con seguridad, se da
 otra á la crueldad más fuerte.
 La llave de la crueldad
 tenéis vos, y cuando quiere
 abrir el dolor, procura
 abrirla, pero no puede.
 No puede tampoco amor
 abrir, aunque abrir pretende;
 pues dolor y amor, ¿qué importa
 que una y otra llave prueben,
 si no quiere la crueldad,
 siempre obstinada y rebelde,
 ni que mi dolor se alivie
 ni que mi amor se consuele?
 DON GONZALO. (Ap.) En el pico de la lengua
 lo tuve.
 DON ROQUE. (Ap.) El hombre es prudente
 GIBAJA. (Ap.) Remediólo.
 DON ROQUE. El memorial
 os ofrece un pretendiente (Dale el memorial.)
 del amor; y así, si habéis
 de consultalle, leelde.
 SERAFINA. Una cosa por los cuatro
 hé de hacer.
 DON ROQUE. ¿Qué?
 SERAFINA. Que no os cueste
 desvelos la dilación,
 y estando todos presentes,
 todos cuatro memoriales
 despacharé de una suerte.—

Lee tú este memorial, *(Dale uno á doña Matea.)*
 Matea; y tú lee éste, *(Dale otro á Rafaela.)*
 Rafaela; y tú, Gibaja,
 lee este. *(Dale otro á Gibaja.)*

RAFAELA. ¿Qué es lo que quieres?
 SERAFINA. Leerlos todos á un tiempo
 y que á un tiempo los decrete.
 Leed.

Todos. *(Leen.)* «Don Marcos desea,
 puesto que no le queréis,
 que por esposa le deis
 á vuestra hermana Matea.»

SERAFINA. ¿A Matea?

DON MARCOS. Sí, señora.

SERAFINA. ¿Y ese?

RAFAELA. Lo mismo pretende
 don Pablo.

D.ª MATEA. Y don Gonzalo
 pide lo mismo por éste.

SERAFINA. Y ese ¿qué pide?

GIBAJA. Lo mismo.

SERAFINA. No es posible.

MATEA. Lee.

RAFAELA Y GIBAJA. Lee.

SERAFINA. ¡Qué equívocos eran todos
 los fingimientos corteses!

DON PABLO. Yo dije que el memorial
 diría lo que pretende
 mi deseo.

DON MARCOS. Al memorial
 trasladé voces decentes.

DON GONZALO. Yo fundé en mi memorial
 mi pretensión.

DON ROQUE. No te ofende,
 quien herido del desdén
 la medicina apetece.

SERAFINA. *(Ap.)* Eslabones sus palabras
 en mi corazón ardiente
 sacan menudas centellas;
 muchas son, pero aún no prenden.

GIBAJA. *(Ap.)* Aún no ha obrado la purguilla,
 mas polvos de celos tiene.

SERAFINA. ¿De suerte, señor soldado
 de amor, que servisteis siempre
 de Matea en la milicia,
 y que era aquella prudente
 metáfora por mi hermana?

DON PABLO. Perdonad que lo confiese.

SERAFINA. ¿La aurora, el alba y el sol,
 el prado, la rosa y fuente,
 el arca del corazón
 con las tres llaves que tiene
 amor, dolor y crueldad,
 y otros requiebros más verdes,
 ¿por ella eran?

DON MARCOS. Sí, señora.

SERAFINA. ¿Es así?

DON ROQUE. No hay quien lo niegue.

DON GONZALO. Yo testigo.

SERAFINA. ¿Vos, don Marcos,
 no confesasteis mil veces
 que adorabais mi hermosura?

DON MARCOS. Y porque yo la confiese,
 ¿cuándo oyó vuestra constancia
 de mi amor ruegos decentes?

Mil veces confesaré,
 que el que á esas manos se atreve,
 toma el cielo con las manos;

y el que esas mejillas viere,
 bien verá que no podéis,

por tristeza ó accidente,
 poner sobre la mejilla

la hermosa mano de nieve,
 porque ella no se derrita

ó porque ellas no se hielen.
 Pero como yo he dejado

que mi inclinación me fuerce,
 me lleva mi inclinación

á otro dueño; haced que premie
 vuestra hermana mi deseo,

porque no será decente
que se descubra el dolor
y la herida se cautele.

SERAFINA. Vos, Matea, ¿qué decís?

D.^a MATEA. Que me ofrecistes dos veces
darme esposo y darme dueño
como haya quien me desee;
y puesto que hay quien me quiera,
qué cumplas lo que prometes.

SERAFINA. ¿Y á cuál eliges?

DON GONZALO. Si acaso,
don Gonzalo te merece...

(Todos ruegan á Matea.)

DON MARCOS. Si agradeces mi elección...

DON ROQUE. Si una constancia agradeces...

DON PABLO. Si una inclinación se premia...

D.^a MATEA. Los memoriales...

RAFAELA. ¿Qué quieres? *(Pónese grave Matea.)*

D.^a MATEA. Decretarlos.

RAFAELA. *(Ap.)* Ya se entona.

GIBAJA. Estos son.

D.^a MATEA. ¡Gran paso es este!

Don Marcos, oíd.

SERAFINA. Primero,

dejad que yo los decrete. *(Quítaselos.)*

¿Cómo, villanos?

DON MARCOS. Señora...

SERAFINA. ¿Segundo dueño prefieren

delante de mi hermosura

vuestras pasiones alevés?

¿Cómo, traidores...

GIBAJA. *(Ap.)* Pegó.

SERAFINA. ¿En la corte de amor puede,

si amor se pierde por niño

vuestra urbanidad perderse?

Idos, don Marcos.

DON MARCOS. No sea

mi dueño quien me desdène,

que no me ofende tu enojo.

D.^a MATEA. Don Marcos, volved á verme.

SERAFINA. Idos, don Roque.

DON ROQUE. ¿Y qué hará

quien adora y quien padece?

D.^a MATEA. Yo haré que no padezcáis.

SERAFINA. ¿Qué aguardáis?

DON PABLO. Á que me dejes...

DON GONZALO. Que consientas...

SERAFINA. Idos luégo.

DON PABLO. Que el que ama...

DON GONZALO. Que el que padece...

D.^a MATEA. Yo me acordaré de entrambos.

SERAFINA. ¡Que esto escuche!

DON PABLO. Si te ofende...

SERAFINA. No me habléis más.

DON GONZALO. Si te agravia...

SERAFINA. Calla ó te daré la muerte.

D.^a MATEA. Señora, el ser más dichosa
no te hace...

SERAFINA. Traidora, vete.

RAFAELA. Mira bien...

SERAFINA. Calla, villana.

GIBAJA. Advierte...

SERAFINA. Todos me dejen.

DON MARCOS. *(Ap.)* Mejoróse mi fortuna.

DON GONZALO. *(Ap.)* Ándallo.

DON MARCOS. *(Ap.)* Padezca.

DON ROQUE. *(Ap.)* Pené.

SERAFINA. Criad segundas en casa.

D.^a MATEA. No hay belleza como suerte.

GIBAJA. Salte el huevo.

DON PABLO. Pague en celos

lo que ofendió con desdenes.

SERAFINA. Presto los hombres olvidan.

DON MARCOS. Presto las mujeres quieren.

SERAFINA. ¡Mujeres, lo que hombres son!

DON MARCOS. ¡Hombres, lo que son mujeres!

D.^a MATEA. De hoy más he de ser feliz.

GIBAJA. Salió mi ardid como siempre.

SERAFINA. Á morir me voy de enojo.

DON MARCOS. Voy á podirme dos meses.

D.^a MATEA. Á estimar mi suerte voy.
 DON ROQUE. Voy á consolarme adrede.
 DON GONZALO. Voy á hacer lo que yo sé.
 DON PABLO. ¡Ah, qué lugar se me ofrece!
 SERAFINA. Mujeres, todos los hombres
 son unos.
 DON PABLO. Unas son siempre
 todas las mujeres, hombres.
 SERAFINA. Son traidores.
 RAFAELA. Son alevés.
 DON MARCOS. Adoran aborrecidas.
 DON PABLO. Adoradas aborrecen.
 SERAFINA. ¡Mujeres, lo que son hombres!
 DON GONZALO. ¡Hombres, lo que son mujeres!

JORNADA TERCERA.

*Salen RAFAELA y SERAFINA, medio desnuda, el cabello
 tendido.*

SERAFINA. En fin, ¿no quieres dejarme,
 Rafaela?

RAFAELA. Señora, no,
 que estás con el crecimiento.

SERAFINA. Vete, y déjame, por Dios,
 morir á solas.

RAFAELA. Señora,
 yo te he cobrado afición, *(Paseándose las dos.)*
 aunque criada, y no quiero
 que te mueras sin doctor.

SERAFINA. Vete, que sólo en mi queja
 tiene alivio mi dolor.

RAFAELA. Mira que te puede dar
 sobre una imaginación

un suspiro; ¡Dios nos libre!
 ¿Y mataráme?

SERAFINA.
 RAFAELA. ¡Pues no!

¿Pues de qué murió la amante
 de Teruel? Deso murió.

SERAFINA. Pues mis suspiros escucha.
 RAFAELA. Así hablarás.

SERAFINA. Es error,
 porque nunca fué palabra
 el suspiro, con ser voz.

RAFAELA. Los suspiros nunca supe
 de la calidad que son;
 porque á unos causan alivio,
 pero á otros desazón.

Uno muere de un suspiro,
 otro dél convaleció,
 es triaca y es veneno,
 es alivio y es pasión.

SERAFINA. Yo no entiendo á los suspiros.
 ¿No has visto á una misma flor
 que un viento la reverdece
 y que otro la marchitó?

Es que aquel viento que sopla
 las calidades tomó
 de la tierra donde nace;

y así, aquel viento ó vapor,
 si es seco, abrasa la rosa;
 y si es húmedo, la oreó.

El suspiro que del cuerpo
 se origina, ¿quién dudó
 que el corazón nuestro alienta?

Pero aquella exhalación
 que se levanta del alma,
 como es su fuego veloz,
 obra con las calidades
 de fuego en el corazón.

Corazón y flor, ejemplo
 te darán, pues son los dos:
 ella, un corazón del campo
 y él, de la vida una flor.

D.^a MATEA. Á estimar mi suerte voy.
 DON ROQUE. Voy á consolarme adrede.
 DON GONZALO. Voy á hacer lo que yo sé.
 DON PABLO. ¡Ah, qué lugar se me ofrece!
 SERAFINA. Mujeres, todos los hombres
 son unos.
 DON PABLO. Unas son siempre
 todas las mujeres, hombres.
 SERAFINA. Son traidores.
 RAFAELA. Son alevés.
 DON MARCOS. Adoran aborrecidas.
 DON PABLO. Adoradas aborrecen.
 SERAFINA. ¡Mujeres, lo que son hombres!
 DON GONZALO. ¡Hombres, lo que son mujeres!

JORNADA TERCERA.

*Salen RAFAELA y SERAFINA, medio desnuda, el cabello
 tendido.*

SERAFINA. En fin, ¿no quieres dejarme,
 Rafaela?
 RAFAELA. Señora, no,
 que estás con el crecimiento.
 SERAFINA. Vete, y déjame, por Dios,
 morir á solas.
 RAFAELA. Señora,
 yo te he cobrado afición, *(Paseándose las dos.)*
 aunque criada, y no quiero
 que te mueras sin doctor.
 SERAFINA. Vete, que sólo en mi queja
 tiene alivio mi dolor.
 RAFAELA. Mira que te puede dar
 sobre una imaginación

un suspiro; ¡Dios nos libre!
 ¿Y mataráme?
 RAFAELA. ¡Pues no!
 ¿Pues de qué murió la amante
 de Teruel? Deso murió.
 SERAFINA. Pues mis suspiros escucha.
 RAFAELA. Así hablarás.
 SERAFINA. Es error,
 porque nunca fué palabra
 el suspiro, con ser voz.
 RAFAELA. Los suspiros nunca supe
 de la calidad que son;
 porque á unos causan alivio,
 pero á otros desazón.
 Uno muere de un suspiro,
 otro dél convaleció,
 es triaca y es veneno,
 es alivio y es pasión.
 Yo no entiendo á los suspiros.
 ¿No has visto á una misma flor
 que un viento la reverdece
 y que otro la marchitó?
 Es que aquel viento que sopla
 las calidades tomó
 de la tierra donde nace;
 y así, aquel viento ó vapor,
 si es seco, abrasa la rosa;
 y si es húmedo, la oreó.
 El suspiro que del cuerpo
 se origina, ¿quién dudó
 que el corazón nuestro alienta?
 Pero aquella exhalación
 que se levanta del alma,
 como es su fuego veloz,
 obra con las calidades
 de fuego en el corazón.
 Corazón y flor, ejemplo
 te darán, pues son los dos:
 ella, un corazón del campo
 y él, de la vida una flor.

RAFAELA. Pues ahora estás tan moral
y yo tu gusano soy,
permíteme que hebra á hebra
te hile toda la pasión;
la verdad me dí, señora.
¿Tienes amor? Dilo.

SERAFINA. No.

RAFAELA. Mira, el amor y los celos
unas calenturas son
que hasta que salen al labio
no las ve el que las pasó;
mas por sola la experiencia
te diré tu mal, que yo
he estado muy achacosa
destos males, gloria á Dios.
Dí, ¿aborreces algún hombre?
SERAFINA. Ninguno de mi afición
es dueño.

RAFAELA. No te pregunto
sino ¿si aborreces hoy
á aquel que ayer no querías?
SERAFINA. Yo aborrezco á quien me amó;
¿pero cómo saber puedes,
de mí este fuego veloz
preguntando por el odio
y no por la inclinación?

RAFAELA. Ahora lo verás. ¿Por qué
le aborreces?

SERAFINA. ¿No es razón
que aborrezca á quien me quiso
si á otra adora y á mí no?

RAFAELA. Pues si aborreces á quien
te olvida, porque te amó,
si por eso le aborreces,
le tienes por eso amor.

SERAFINA. ¿Cuándo has visto amor sin celos?
Pues no teniéndolos yo,
es cierto que amor no tengo.

RAFAELA. Celos tienes.

SERAFINA. Es error.

RAFAELA. ¿De tu hermana no los tienes?
¿No me lo dijo tu amor?

SERAFINA. Yo de mi hermana los tengo,
no de quien la ama en rigor;
y una cosa es tener celos
della, porque fué elección
de quien me quiso, y es otra
celos de quien la eligió;
della, y no de quien la quiere
son mis celos; luego son
celos de ira los que tengo
y no celos del amor.

RAFAELA. ¿Qué más tiene tener celos
de quien es adoración
del amante, ó tener celos
del mismo que la adoró?
Los della son unos celos
de sentir que granjeó
el amante que la olvida;
los de aquel que se mudó
á adorar otro sujeto,
¿no nacen de una pasión?
¿No son de una causa efectos?
Luego no habrá distinción
en celos della por él
si él fué aquel que los causó,
ó en los celos dél por ella
si unos mismos celos son.

SERAFINA. ¿Quieres ver que tengo celos
della y de quien me ama no?
Cuatro son los que la quieren,
y si yo tuviera amor,
á uno quisiera no más;
es asentada opinión
que no es amor verdadero
el que se reparte en dos.
Luego, si á cuatro no puedo
tener amor, ¿no es cuestión
que de los cuatro tampoco
tendré celos? Pues si doy

que tengo celos, mis celos
serán (si es que celos son)
della, por querida sí,
dellos, por amantes no.

RAFAELA. Á eso respondo que tú
querrás á alguno.

SERAFINA. El dolor
que tengo en el alma es ese.

RAFAELA. ¿Pues qué es?

SERAFINA. Una obstinación
de no amar con el deseo
de amar á quien me olvidó.

RAFAELA. ¿Luego es amor?

SERAFINA. ¿Pues di á quien
quiero, si quiero?

RAFAELA. El mejor
es don Marcos.

SERAFINA. Moriréme
si sufro su condición.

RAFAELA. Don Gonzalo, el extremeño,
es bueno, porque es hombrón.

SERAFINA. ¿Qué importa que sea diamante,
si es bruto?

RAFAELA. Tienes razón.
¿Y don Pablo?

SERAFINA. ¿Quién podrá
sufrir su conversación?

RAFAELA. ¿Don Roque?

SERAFINA. No quiero amante
que tiene tan raro humor,
que no me quiere por mí
sino por su condición.

RAFAELA. ¿Qué sientes?

SERAFINA. Siéntome arder.

RAFAELA. ¿Dónde está el mal?

SERAFINA. ¿Qué sé yo?

RAFAELA. Mira si es dentro del alma.

SERAFINA. No, como el doliente soy
que el dolor tiene, y no sabe
adónde tiene el dolor.

RAFAELA. Señora, y esta academia
que has dispuesto para hoy,
¿á qué efecto?

SERAFINA. Hoy cumple años
Matea, y con ocasión
de festejarla, he dispuesto,
por disimular mejor
mi pena y dar á entender
cuán poca es la estimación
que hago de uno y otro amante
que uno y otro me olvidó,
celebraré una academia
donde el asunto peor
es mi asunto, que ha de ser
de mi disimulación.

Y porque viendo mi ingenio,
quiero que el que se cegó
de mis ojos, y no quiso
penetrar la luz del sol,
que adore el entendimiento,
pues la luz desperdició.

RAFAELA. Y desta regla creída
verán tan nueva excepción,
que siendo Matea y tú,
hermosa tú y ella no,
contra el uso habéis de ser
en la academia las dos,
fea ella con ignorancia,
tú hermosa con discreción;
pero ella sale, señora,
á esta sala.

SERAFINA. Yo me voy.

RAFAELA. Háblala por vida tuya,
y muy á lo socarrón;
si te da lugar la pena
haz burla de la elección
de sus amantes, y á ellos
la puedes hacer mayor,
porque sienta por agravio
el que tuvo por blasón.

SERAFINA. Bien me aconsejas, si pueden
risa y llanto con valor
calmar el llanto en los ojos
y herir la risa en la voz.

Sale DOÑA MATEA.

D.^a MATEA. La música viene aquí,
todo prevenido está.

SERAFINA. ¿Enviaste á llamar ya
los académicos?

D.^a MATEA. Sí.
Mis años has celebrado
como tuyos.

RAFAELA. Y mejor.

SERAFINA. Siempre te he tenido amor.

D.^a MATEA. Algo lo has disimulado.

SERAFINA. Pero hoy te trae mi afición
á quien te ama, hermana mía,
porque celebren tu día
los que aman tu perfección.

D.^a MATEA. ¿Perfección? No soy hermosa,
que el espejo no me engaña;
feliz sí.

SERAFINA. Desde mañana
te tuve por venturosa;
ninguno que te ama aquí
te ha llegado á merecer.

D.^a MATEA. Claro está; ¿qué pueden ser
los que no te aman á ti?

SERAFINA. Un podrido te ha querido,
y es ajar tu pundonor
que te amé.

D.^a MATEA. No es lo peor
lo que le agrada á un podrido.

SERAFINA. Busque un lugar el señor
montañés, muy ponderado
para el amor.

D.^a MATEA. En mí ha hallado
un lugar para el amor.

SERAFINA. Que te ama un contento, ví
que á todas quiere igualmente.

¿No es verdad?

D.^a MATEA. Y solamente
no se contenta de ti.

SERAFINA. Si te aman á ti es porque
mis desdenes han sentido:
todos á mí me han querido,
y á todos los desdeñé.
Pero conmigo no ignoras
que son con malicia clara
traidores.

D.^a MATEA. Muy á cara á cara
te hablan para ser traidores.

SERAFINA. Pero si yo los quisiera,
en qué me amaran te funda.

D.^a MATEA. Siempre viste la segunda
desechos de la primera.

SERAFINA. Tan aburrida estoy, sí,
que por no escucharte, intento
irme desde aquí...

D.^a MATEA. ¿Al convento
que tenías para mí?

SERAFINA. ¿Y no estarás sin decencia
pobre tú y pobre tu amante
en religión mendicante?

D.^a MATEA. Yo quiero esta penitencia.

SERAFINA. Si á responderme te pones,
vencerásme, es cosa clara.

D.^a MATEA. ¿Por qué?

SERAFINA. Porque tienes cara
de alcanzarme de razones. *(Vase.)*

RAFAELA. La hermosa sólo merece
del amor el interés.

D.^a MATEA. No es hermosa la que lo es,
sino la que lo parece.

Sale SERAFINA.
Cansada de oírte estoy;

SERAFINA. ruidos en la antesala he oído.
entra á ver quien ha venido.

RAFAELA. Por medio la abre. Yo voy.

(Vase por una parte.)

Sale GIBAJA.

- GIBAJA. Años mil (si darlos puedo)
cumpláis, Matea divina,
en vida de Serafina...
- D.^a MATEA. (Ap.) Maldiciones, que la heredo.
- GIBAJA. Y con finezas constantes,
que amor en ti vinculó,
goces, casándote yo,
el mejor de tus amantes.
- SERAFINA. No habla conmigo.
- D.^a MATEA. En efeto,
¿no dirás á qué has venido?
- GIBAJA. Á la academia he traído
mis catorce de soneto.
- SERAFINA. ¿Qué tal es?
- GIBAJA. ¡Gran pensamiento!
- D.^a MATEA. La verdad, escrito á medias.
- GIBAJA. ¡Bueno! Yo hago las comedias
que acaban en casamiento.
Ya hago una.
- SERAFINA. ¿Poeta eres?
- D.^a MATEA. ¿Buena traza?
- GIBAJA. Singular,
- SERAFINA. ¿Y cómo se ha de llamar?
Dílo.
- GIBAJA. *Lo que son mujeres.*
- D.^a MATEA. ¿Y tiénesla ya acabada?
- GIBAJA. No.
- SERAFINA. Pues yo la iré leyendo.
- D.^a MATEA. ¿Qué, tanto hay?
- GIBAJA. Voy escribiendo
en la tercera jornada.
- SERAFINA. ¿Qué figuras del tablado
son las que has introducido?
- GIBAJA. Un contento y un podrido,
un montañés y-un menguado.
- SERAFINA. Serán papeles valientes.
- GIBAJA. Y ha de tener cada uno
su capricho.
- D.^a MATEA. Uno por uno

- son mis cuatro pretendientes.
¿Mujeres?
- SERAFINA. Una que adora
á cuantos viere y no viere,
y otra que á ninguno quiere.
- GIBAJA. ¿Mi hermana y yo?
- SERAFINA. Sí, señora.
- GIBAJA. ¿Silbaránla?
- SERAFINA. No lo sé;
como en el patio mandaren.
- D.^a MATEA. ¿Te enojarás si silbarem?
- GIBAJA. Si lo merece, ¿por qué?—
Los que más me han aplaudido,
que una y otra han vitoriado,
me miran cuando la he errado
como á privado caído.
Si entro aplaudido aquel día,
y no me habla bien Apolo,
dejárame venir solo
la gente que me seguía.
- SERAFINA. Esa comedia es segura,
al aplauso te preven.
- GIBAJA. La que á nadie quiere bien
ha de cansar por figura.
- SERAFINA. Lo más bien visto ha de ser.
- D.^a MATEA. Ese capricho remedia.
- GIBAJA. (Ap.) Contándola la comedia
la digo mi parecer;
mas tengo trazado ya
que aunque es entendida y bella,
ninguno la quiera á ella.
- SERAFINA. Eso es lo que ella querrá.
- GIBAJA. Pero he pensado también
que el amante que la viere
quiera á la que á todos quiere.
Eso quiere ella.
- SERAFINA. Hace bien.
- D.^a MATEA. La constante, yo he pensado,
que viéndola sin amor,
ha de ser la que mejor

parecerá en el tablado.

D.^a MATEA. La que ama con viva llama
es más extraña mujer:
al pueblo ha de parecer
mejor la que á todos ama.

SERAFINA. La fácil no es más excusa.

D.^a MATEA. Á la constante condena.

SERAFINA. La facilidad no es buena

D.^a MATEA. La constancia no se usa.

SERAFINA. Cuando á los fines esté.

D.^a MATEA. Si á la traza conviniere,
casa á la que nadie quiere.

GIBAJA. ¿Con quién?

D.^a MATEA. Yo lo pensaré.

SERAFINA. Á la que no supo amar
deja sin casar.

D.^a MATEA. Sea así.

SERAFINA. Sea.

GIBAJA. Silbaránme á mí
si la dejo sin casar.

D.^a MATEA. ¿Pues qué trazas?

GIBAJA. Sin recelos
de silbo, en un paso extraño
trazo á la una un engaño,
y doy á la otra unos celos,
y otros diferentes ramos
el patio celebrará.

Sale UNA CRIADA.

CRIADA. Todos han venido ya
á la academia.

SERAFINA. Pues vamos.

GIBAJA. ¿No es linda traza?

SERAFINA. Extremada.

GIBAJA. ¿Qué te parece?

D.^a MATEA. Famosa.

SERAFINA. No seré yo la celosa.

D.^a MATEA. No seré yo la burlada;
contenta estoy.

SERAFINA. Muerta vivo.

GIBAJA. Voy á la academia.

SERAFINA. Ven.

GIBAJA. Una academia hay también
en la comedia que escribo. (Vanse.)

Sale RAFAELA con una sobremesa.

RAFAELA. Á esta sala han de venir,
y puesto que aquí ha de ser,
los bancos quiero poner
y el recado de escribir;
pero sola no podré
si no me ayudan á mí;
mas Gibaja viene allí,
á Gibaja llamaré.
¿Gibaja?

Sale GIBAJA.

¿Quién me ha llamado?

GIBAJA. Yo.

RAFAELA. ¿Qué quieres?

GIBAJA. ¿Qué ha de ser?

RAFAELA. ¿Qué ha de ser?

GIBAJA. Que me ayudes á tender...

RAFAELA. Habla presto.

GIBAJA. Aquel estrado.

RAFAELA. Quien tus partes estimó,
justo es que á servirte acuda,
desde hoy he de ser tu ayuda,
pero de cámara no.

GIBAJA. Tiende esa alfombra.

RAFAELA. ¿Trae lodos? (Tiéndenla.)

GIBAJA. ¿No es soberbia alfombra esta?

RAFAELA. Antes de puro modesta
se deja pisar de todos.

GIBAJA. Tiende igual.

RAFAELA. Sí tenderé.

GIBAJA. El bufete.

RAFAELA. Mucho pesa. (Pónenle.)

GIBAJA. Cásame esta sobremesa
con el bufete.

RAFAELA. Sí haré; (Tiéndenla.)

GIBAJA. pero el bufete se ensancha.

RAFAELA. Cásele.

GIBAJA. No le conviene,

que la sobremesa tiene
por un cuarto una gran mancha.
RAFAELA. ¿Pues el bufete quién es
que desa mancha se enfada?
¿No es una bestia pesada
que anda siempre en cuatro piés?
GIBAJA. Dices bien, no mire en nada:
cátese, cuerpo de tall
RAFAELA. Córtala.
GIBAJA. Pues ponla igual,
no sea corta y mal echada.
RAFAELA. Pluma y tinta venga aquí.
GIBAJA. Y los polvos vengan presto. *(Pónenlo todo.)*
RAFAELA. Muchos hacen mangas desto.
GIBAJA. ¿De polvos de cartas?
RAFAELA. Sí.
GIBAJA. Dime necedades hartas,
que escuchártelas me alegra.
RAFAELA. Las mangas de lana negra,
¿no son de polvos de cartas?
GIBAJA. Poner los bancos intento.
RAFAELA. Pardiez que ha de ser gran día.
GIBAJA. ¿Ves esto de la poesía?
Pues todo es cosa de viento
RAFAELA. Ya bien pueden empezar.
GIBAJA. Parlando están allá fuera.
RAFAELA. En tanto, saber quisiera
yo cuándo me he de casar;
¿no me lo ofreciste?
GIBAJA. Digo
que á darte un novio me allano;
¿mas quiéresle de mi mano?
RAFAELA. Sí.
GIBAJA. Pues cástate conmigo.
RAFAELA. ¿Juegas?
GIBAJA. Sí, gracias á Dios.
RAFAELA. ¿Gastas?
GIBAJA. Á todo rozar.
RAFAELA. ¿Viéneste tarde á acostar?
GIBAJA. Á la una ó á las dos.

RAFAELA. ¿Callarás?
GIBAJA. ¿Pues qué he de hacer?
RAFAELA. ¿Verás?
GIBAJA. No veré, á fe mía.
RAFAELA. ¿Y en casa estarás de día?
GIBAJA. Á las horas del comer.
RAFAELA. ¿Vivirás muy confiado?
GIBAJA. Y desconfiado también.
RAFAELA. ¿Y á mí me tratarás bien?
GIBAJA. Como ande yo bien tratado.
RAFAELA. ¿No me dejarás mandar?
GIBAJA. Mucho puede la razón.
RAFAELA. ¿Irás á una comisión?
GIBAJA. Si tú me la hicieres dar.
RAFAELA. ¿Sabrásme amar y querer?
GIBAJA. Cuando me toques á mí.
RAFAELA. ¿Estás firme en eso?
GIBAJA. Sí.
RAFAELA. No te faltará mujer.
GIBAJA. De tu ama saber quisiera
qué tahir de amor le agrada.
RAFAELA. Ella está ya tan picada
que jugará con cualquiera.
GIBAJA. ¿Picada está?
RAFAELA. ¿No lo ves?
GIBAJA. Pero la academia toda
viene ya.
RAFAELA. Esto y la boda
se quede para después.
Salen ESTEBAN, JACOBO y todos los demás ACADÉMICOS
y MÚSICOS.
MÚSICO 1.º Hoy cumple quince años
Matea divina,
pero sólo con ellos
no es muy cumplida.
MÚSICO 2.º Esto de los años,
yo no lo entiendo;
que aunque es bueno cumplirlos,
no lo es tenerlos.
RAFAELA. *(Canta.)* Por cortés no he tenido

*sino por viejo
al que anda con sus años
en cumplimientos.*

DON MARCOS. ¡Que se usen academias,
y que muy necio y confiado
de mis versitos me venga
con mi locura en la mano!

SERAFINA. El fiscal sea Rafaela;
Matea, á quien celebramos,
presidirá, y yo he de hacer
oficio de secretario.

RAFAELA. La música á cada asunto
que se lea, está trazado
que cante.

DON MARCOS. Pero ha de ser
lo que se cante, glosando
el mismo asunto.

DON ROQUE. Está bien.

GIBAJA. Cada académico ha dado
una letra al mismo asunto
que trae.

RAFAELA. Ea, ¿no empezamos?

DON PABLO. La oración.

GIBAJA. ¿Á quién le toca?

RAFAELA. Á la que preside.

DON MARCOS. Al caso;
y no haya oración muy larga
de un grave sueño, que al cabo
de una hora larga, nos diga
mil disparates soñados.

GIBAJA. Es sueño con pesadilla.

DON ROQUE. Háganse en lenguaje claro,
proposición de la fiesta.

DON PABLO. Pues *propositio est oratio*.

SERAFINA. Á los años de Matea,
que cumpla felices años,
¡oh milicia de las letras!
en día festivo os llamo.

RAFAELA. Diósele el primero asunto:
¿á quién se le dió?

GIBAJA. Á don Pablo,

y es la que á doña Matea
pida que elija, de cuatro
que la quieren, un sujeto.

RAFAELA. Pero se le ha ordenado,
que sea en cuatro redondillas,
y han de tener todas cuatro
los tres versos en romance,
y en latín el verso cuarto.

GIBAJA. En redondillas parece
que es difícil.

DON GONZALO. Para mancos.

DON PABLO. Pues canten la seguidilla
que hice á mi Matea.

DON ROQUE. Oigamos.

MÚSICA. *Mira que en la corte
dicen algunos
que por querer á cuatro
no eliges uno.*

DON PABLO. Cuatro aspiran á tu mano,
pero en ninguno te empleas,
si hombre de valor deseas,
diré *Arma virumque cano*.
Si yo no vengo á ser sólo
á quien el premio se dé,
que no te quiero diré
sed nolendo dico volo.

Piadoso tu desdén mire
esta mi ardiente pasión,
ábrreme tu corazón,
si forte vis aperire.

Cuatro somos, pues por Dios,
que á uno solo el premio dés,
que desengañes los tres,
te rogamus audi nos.

RAFAELA. Diósele el segundo asunto
de la academia á don Marcos.

D.^a MATEA. Á que en doce redondillas
nos diga, por no ser largo,
doce cosas solamente

de las que se pudre.

DON GONZALO. ¿Es chasco?

DON MARCOS. Canten mi letra primero.

SERAFINA. Famoso asunto!

RAFAELA. Ajustado.

MÚSICA. *No están todos
en la casa de los locos.*

DON MARCOS. Púdrome de lo siguiente:
porque este asunto escribí
a esta academia, de mí
me pudro primeramente.
Item más: pudrir me debo
de que echen todos el mal
á quien por no tener sal
no ha echado sal en el huevo.
El que se teme del rayo
sin haberle hecho por qué,
¿para qué quiere que dé
en la casa de Tamayo?
Que el que en un lodo ó pantano
cayó de torpe ó de ciego,
se levante y vaya luego
á la nariz con la mano.
Que un reloj compre un menguado
y á todos ande después
preguntando, ¿qué hora es?
para traerle ajustado.
Aquel, que sin resistillo,
con un servidor ha andado,
¿por reñir en colorado
limpiase de lo amarillo?
Que se azote un majadero
no me causa pesadumbre;
¿pero que haya quien le alumbre,
costándole su dinero?
¿Que ande un hidalgo añejo
con aire y hielo á porfia
por los montes todo un día
para coger un conejo?
¿Que haya puercos mentecatos,

que aunque sea de buen pelo,
ensucien un ferreruero
por limpiar unos zapatos?
¿Y que ahorre el mosquetero
seis cuartos de su caudal,
y que se venga al corral
á silbarse su dinero?
¿Que por ruar un peinado
día de Ángel y san Blas,
alquile un coche no más
á estar seis horas parado?
¿Que envíe un hombre á comprar
un caballo á Andalucía,
y le preste el mismo día
que llega para torear?
¿Que haya quien vaya á porfia
á los toros de Alcalá,
no más de pasar allá
dos noches malas y un día?
Pues los músicos digan á coros
*No están todos
en la casa de los locos.*

MÚSICOS.

D.^a MATEA.

Bien escrito está el asunto.
El tercero se le ha dado
á don Roque; es á que diga
ocho coplas, ponderando
por qué no se le da nada
de todos.

DON ROQUE.

Empiecen cantando
los músicos mi letrilla.

RAFAELA.

Es vieja.

DON ROQUE.

Pero es del caso.

GIBAJA.

Ea, canten, por vida mía
la letrilla.

RAFAELA.

Ya cantamos.

MÚSICOS.

*Que se caiga la torre
de Valladolid,*

como á mí no me coja,

¿qu: se me da á mí?

DON ROQUE.

Un disparate es morirse,

el pudrirse más de mil;
 luego el pudrirse es lo mismo
 que irse dejando morir.
 Traiga ó no traiga mi dama
 la pollera ó faldellín,
 ¿por qué la he de pedir cuenta
 de lo que yo no la di?
 La fama que el abogado,
 tiene sin saber latín,
 ¿qué me importa que la tenga,
 si no ha de abogar por mí?
 Que un caballero novicio
 salga á torear en Madrid,
 pregunto yo: ¿rueda él
 por entrambos ó por sí?
 Que no pague á los criados
 un señor, ¿qué importa, en fin,
 si há menester lo que tiene
 para echallo por ahí?
 ¿Qué me importa que don Diego,
 don Andrés ó don Martín
 no tengan para comer,
 si lo gastan en vestir?
 Hacerse uno caballero,
 saberlo obrar y fingir,
 ¿qué le quita á mi solar,
 si echa la culpa al del Cid?
 La mujer que me ha admitido,
 aunque mire aquí y allí,
 el favor que á mí me hace
 ¿por qué se le he de reñir?
 Pues los músicos vuelvan á decir:

MÚSICOS. *Que se caiga la torre
 de Valladolid, etc.*

GIBAJA. Así habían de ser todos
 los hombres.

D.^a MATEA. Asunto cuarto,
 que se le dió en seguidillas
 doce, al señor don Gonzalo.
 Explique de qué manera

quiere á la dama.

DON GONZALO. Escuchadlo;
 pero yo no he dado letra;
 mas todo el coro muy claros
 todos los últimos versos
 me los pespuntan al canto.
 Jesús, María y José,
 seguidillas, ¿digo algo?

DON ROQUE. No hay más que decir.

DON GONZALO. Principio
 de la obra.

GIBAJA. Bien pensado.

DON GONZALO. *La dama que yo adoro
 quiero que tenga
 una cara, que todos
 digan bellezas.*

MÚSICOS. *Una cara, etc.*

DON GONZALO. *Sea pequeña ó grande,
 me parece bien,
 que á la larga ó la corta
 la pienso querer.*

MÚSICOS. *Que á la larga ó la corta, etc.*

DON GONZALO. *Aunque sea habladora,
 también la quiero,
 que la mujer del chisme
 me viene á cuento.*

MÚSICOS. *Que la mujer, etc.*

DON GONZALO. *Flaca no me la quiero,
 porque es vergüenza
 tener un hombre dama
 que haga flaquezas.*

MÚSICOS. *Tener, etc.*

DON GONZALO. *Á la gorda es un tonto
 quien no la adora;
 pues vale lo que pesa
 cualquiera gorda.*

MÚSICOS. *Vale, etc.*

DON GONZALO. *Pero fea ó hermosa
 no la despido,
 que el quererlas á todas*

cierto que es vicio.

MÚSICOS.

Pero fea, etc.

(Repiten.)

DON GONZALO. Fin de la obra. En Madrid:
y lo firmo: «don Gonzalo.»

RAFAELA. El quinto y último asunto.

GIBAJA. Quedo, que aunque no me han dado
asunto, traigo un soneto
de don Juan, el Valenciano,
que en juegos de la poesía
fué gran tahir de vocablos.

RAFAELA. Vaya el soneto.

DON MARCOS. ¿Y sin letras?

GIBAJA. No, que á la letra le traigo.

Á tus amantes (ninfa vil) repáсталos,
y en regalada cama incasta, acuéstalos,
búscalos, enamóralos, recuéstalos,
preténdelos, escóndelos y engástalos.

Á todos castos con fervor descástalos,
á todos peros en tu cesta encástalos;
aunque no te molesten, tú moléstalos;
aunque no te embanásten, tú embanástalos.

Por cuatro ó cinco endrinas, Dina, endrinalos;
en ocho ó nueve cubas, Cuba, enmóstelos;
con doce ó trece sustos, Dama, asústalos;

llámalos, amonéstalos, inclínalos,
abrásalos, enciéndelos y tóсталos,
enfráudalos, engáñalos y embústelos.

RAFAELA.

El último y sexto asunto
manda que representando

Matea con Serafina,
hagan entrambas un lazo
de dos asuntos; pero ellas
los han de elegir entrambos.

GIBAJA.

Metro y asunto son libres.

D.^a MATEA.

Á obedecer me levanto,
y á representar mi asunto.

SERAFINA.

Yo, lo que se me ha ordenado
por la academia obedezco.

D.^a MATEA.

Mi asunto es este, escuchadlo;
á una dama que quería

cuantos via; pero cuando
se ve querida, aborrece
los mismos que antes ha amado.
Pues mi asunto es á una dama,
que siempre aborreció cuantos
la quisieron; pero hoy quiere
sólo porque la olvidaron.

SERAFINA.

En décimas es mi asunto.
También lo es el mio.

D.^a MATEA.

SERAFINA.

RAFAELA.

¡ Raros
asuntos!

GIBAJA.

Pues cante el coro
lo mismo con que acabaron
la audiencia de los amantes.
Y tanto á mi me ha agradado
el estribillo, que todos
á mi ruego le estudiaron.

RAFAELA.

MÚSICOS.

*Si aborrecidas adoran,
si adoradas aborrecen,
¡lo que son mujeres!*

D.^a MATEA.

Cuando á los hombres amaba
mi obstinación y porfía,
no pensé que merecía
lo mismo que deseaba;
que como desconfiaba
de mis méritos, también
por tenerlos quise bien;
mas como veo mi error,
me desnudo del amor
por estrenar el desdén.

SERAFINA.

Cuando una y otra pasión
desechó mi voluntad,
lo hacía mi vanidad
aun más que mi inclinación;
pero ¡ay! que mi presunción
se llegó á desengañar;
al contrario debo obrar:
luego forzoso ha de ser
que yo busque á quien querer
si no hallo á quien desdeñar.

- D.^a MATEA. Ya dentro del alma siento
mi dolencia remediada,
pues de un achaque de amada
creció un aborrecimiento:
la llama de aquel violento
fuego está desvanecida;
convalecí de querida
y sané de aborrecer,
si no vuelvo á recaer
en viéndome aborrecida.
- SERAFINA. Parece (si mi dolor
junto mi desconfianza)
que es quien quiere mi venganza,
no quien se queja mi amor:
amo de ira y cria el ardor
verme olvidar y ofender;
¿de ofendida he de querer?
¡Oh, amor errado y impropio!
¡que quiera yo por lo propio
que había de aborrecer!
- DON PABLO. Pues decláranos tu mal.
- DON MARCOS. Dinos tu odio también.
- SERAFINA. Quiero sin saber á quién.
- D.^a MATEA. Yo aborrezco y no sé á cuál.
- DON PABLO. Yo no lo entiendo.
- DON GONZALO. Ni yo.
- DON PABLO. Tales extremos no ví.
- DON MARCOS. ¿Amas de venganza?
- SERAFINA. Sí.
- DON ROQUE. ¿Aborreces de odio?
- D.^a MATEA. No.
- GIBAJA. Serafina, y si supieras
que todos cuatro te adoran,
que aman, suspiran y lloran,
por tu amor, ¿cuál eligieras?
- SERAFINA. Por vencer esta tirana
pasión, que arder no se ve,
á uno eligiera; mas sé
que tiene amor á mi hermana.
- D.^a MATEA. Desde que amada me ví

- GIBAJA. los empecé á aborrecer.
Pues bien los puedes querer,
que no te quieren á ti;
sólo á ti te aman de veras. (A Serafina.)
- D.^a MATEA. Según eso...
- GIBAJA. Te han mentido.
- SERAFINA. Luego era su amor...
- GIBAJA. Fingido.
- SERAFINA. ¿Por qué?
- GIBAJA. Porque los quisieras.
- SERAFINA. No perder la ocasión quiero,
no se puede, amor tirano;
don Marcos, esta es mi mano.
- DON MARCOS. Una palabra primero:
Serafina, aunque ahora das
esa mano á mi esperanza,
¿por qué me amas?
- SERAFINA. Por venganza,
¿y tú?
- DON MARCOS. Por tema no más.
Yo porque en tus celos vea
repetido tu dolor,
fingi que tenía amor
sólo á tu hermana Matea.
- SERAFINA. ¿Tú me has amado y servido?
- DON MARCOS. Yo (aunque me arriesgue á quererte)
serví por sólo vencerte.
- SERAFINA. ¿Pues qué intentas? ya has vencido.
- DON MARCOS. Qué más fina y más constante
ames al que te quisiere,
que para mí no es quien quiere
de picada, y no de amante.
Así la ira mitigo
de tu obstinado desdén,
y á tu vanidad también
le vengo á dar un castigo.
No es justo que quiera yo,
aunque seas tan hermosa,
una dama caprichosa
que hoy quiere y mañana no.

¿Pues con qué seguridad
ha de gozar tu favor
el que sabe que es tu amor
hijo de tu vanidad?

DON ROQUE. Y yo, Serafina hermosa,
digo lo mismo, por Dios.

DON GONZALO. Pues la que no es para vos,
tampoco para mí es cosa.

DON PABLO. *Nec mihi.*

SERAFINA. Á ti te he elegido,

ESTEBAN. Esteban.

ESTEBAN. Eso me agrada,
¿pues cuándo fué una dejada
alhaja de un presumido?

SERAFINA. Tú alcanzaste la victoria,
merecerás por constante.

JACOBO. Acordaráislo adelante,
para que tenga memoria.

SERAFINA. Pues si estos son los hombres...

DON MARCOS. Pues si éstas son las mujeres...

GIBAJA. Si esto es ser casamentero,
pues no hay quien se case adrede...

SERAFINA. Pues aman aborrecidos...

JACOBO. Pues queridas aborrecen...

D.ª MATEA. Para que escarmienten todas...

DON MARCOS. Porque todos escarmienten...

ESTEBAN. Canten uno y otro á coro...

GIBAJA. Repitan una y mil veces...

TODOS Y MÚSIC. *¡Mujeres, lo que son hombres!
¡hombres, lo que son mujeres!*

GIBAJA. Y don Francisco de Rojas
un vitor sólo pretende
porque escribió esta comedia
sin casamiento y sin muerte.

DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY CELOS

Y AMO CRIADO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Pues con qué seguridad
ha de gozar tu favor
el que sabe que es tu amor
hijo de tu vanidad?

DON ROQUE. Y yo, Serafina hermosa,
digo lo mismo, por Dios.

DON GONZALO. Pues la que no es para vos,
tampoco para mí es cosa.

DON PABLO. *Nec mihi.*

SERAFINA. Á ti te he elegido,

ESTEBAN. Esteban.

ESTEBAN. Eso me agrada,
¿pues cuándo fué una dejada
alhaja de un presumido?

SERAFINA. Tú alcanzaste la victoria,
merecerás por constante.

JACOBO. Acordaráislo adelante,
para que tenga memoria.

SERAFINA. Pues si estos son los hombres...

DON MARCOS. Pues si éstas son las mujeres...

GIBAJA. Si esto es ser casamentero,
pues no hay quien se case adrede...

SERAFINA. Pues aman aborrecidos...

JACOBO. Pues queridas aborrecen...

D.ª MATEA. Para que escarmienten todas...

DON MARCOS. Porque todos escarmienten...

ESTEBAN. Canten uno y otro á coro...

GIBAJA. Repitan una y mil veces...

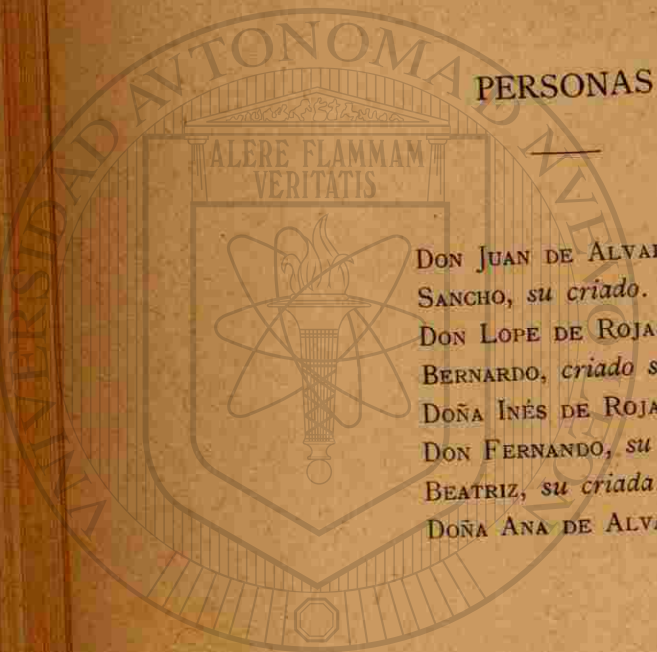
TODOS Y MÚSIC. *¡Mujeres, lo que son hombres!
¡hombres, lo que son mujeres!*

GIBAJA. Y don Francisco de Rojas
un vitor sólo pretende
porque escribió esta comedia
sin casamiento y sin muerte.

DONDE HAY AGRAVIOS, NO HAY CELOS

Y AMO CRIADO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAS

DON JUAN DE ALVARADO.
SANCHO, *su criado*.
DON LOPE DE ROJAS.
BERNARDO, *criado suyo*.
DOÑA INÉS DE ROJAS.
DON FERNANDO, *su padre*.
BEATRIZ, *su criada*.
DOÑA ANA DE ALVARADO.



JORNADA PRIMERA

Salen SANCHO y DON JUAN, *de camino, con botas y espuelas*.

SANCHO. Ó es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras;
en la corte y á estas horas,
¿qué buscas recién llegado?
¿Dónde tu discurso va?
¿Qué es lo que intentas hacer?

DON JUAN. Calla, necio; esta ha de ser
la gran calle de Alcalá,
que turbada mariposa
buscó mi llama ó mi estrella.

SANCHO. ¿Qué quieres hacer en ella?

DON JUAN. Aquí ha de vivir mi esposa.

SANCHO. El juicio hemos de perder
si hay alguno que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapón mujer?
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado.
¿Tan llanos han caminado

mi morlón y tu frontina?
Volvernos, por Dios, podremos
á dormir á la posada
que ya dejamos tomada.

DON JUAN. En tanto que no sabemos
cuál de aquestas casas es
(sea amor ó sea desvelo)
adonde se oculta el cielo
de mi hermosa doña Inés,
bien puedes tener por cierto
que no habrá descanso igual.
SANCHO. Acuérdate, hombre mortal,
que hoy hemos pasado el Puerto,
y por el bendito Dios
que te acuerdes de por sí,
que hay desde Burgos aquí
muy largas cuarenta y dos;
y no seas tan reacio,
sobre novio, que me pesa,
que tomes hoy tan de priesa,
lo que ha de ser tan despacio.

DON JUAN. ¡Ay, Sancho! que su hermosura
aun pintada, me ha abrasado.

SANCHO. Hombre que se ha enamorado
no más que por la pintura,
porque á castigar se empiece
su amorosa desvergüenza,
ser sacada á la vergüenza
del desengaño merece.
Dime, señor, por tu vida,
engáñete ó no el primor,
¿ha de pintarte el pintor
si es tu mujer presumida,
si es necia ó es recatada?
Advertírate fiel
muy solícito el pincel
si es sucia ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(por más que avise elegante),
si tiene dientes delante,

si guarda corcova atrás?
¿Advertiráte el retrato
con curiosa perfección,
lo que hay en su inclinación,
lo que hallarás en su trato?
Porque esto solo ha de ser,
aunque más quieras culpar,
lo que se ha de examinar
en una propia mujer;
pues si no has averiguado
(de tus celos enemigo),
nada de esto que te digo,
¿de qué te has enamorado?

DON JUAN. Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

SANCHO. Oyes, la propia mujer
no ha de ser más de bonita,
y que ha de tener, sabrás,
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no más.

DON JUAN. Amigo Sancho, no sé,
dejando lo discurrido,
¿cómo le habré parecido
en el retrato que envié?
Porque de mi original
no ví más cierto traslado.

SANCHO. Yo sí, señor.

DON JUAN. ¿Qué has pensado?

SANCHO. Que le has parecido mal.

DON JUAN. Pues ¿no me dirás por qué?

¿La copia, dí, no es igual
con mi propio original?
Pues dí, ¿por qué?

SANCHO. Yo lo sé.

DON JUAN. Acaba ya, mentecato;
dime la causa en rigor.

SANCHO. ¿Quiéreslo saber mejor?

DON JUAN. Sí.

SANCHO. No está acá tu retrato

DON JUAN. De tu necesidad me río,
¿mi retrato no te dí?
¿Y no hiciste el pliego?

SANCHO. Sí.

DON JUAN. ¿Pues cuál enviaste?

SANCHO. El mío.

DON JUAN. Vive Dios, borracho, loco,
que á ser lo que dices cierto,
pienso que te hubiera muerto.

SANCHO. Señor, vete poco á poco.

DON JUAN. Dime, ¿cómo ha sido?

SANCHO. Espera,

y yo te lo contaré.

DON JUAN. Acaba, dí, ¿cómo fué?

SANCHO. ¿Cómo fué? de esta manera:
ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme)

que en Flandes dió en retratarme
por fuerza cierto pintor;

pues por extraña y ajena
pintó mi cara endiablada,

que es mejor para pintada
la mala que no la buena.

Y después de aquella hazaña
que España observa triunfante,
que nos dió el señor Infante
dos licencias para España.

DON JUAN. En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apenas conocimos
los mismos que antes tratamos.

SANCHO. Que de tu desdicha incierto,
siendo tu esperanza vana,
menos hallaste á tu hermana
y á tu hermano hallaste muerto:
sin que te avise cruel
pena que tu honor profana.

ni quien se llevó á tu hermana,
ni quien le dió muerte á él.

DON JUAN. No acuerdes tan inhumana

pena sin darme sosiego.

¡Ay, mi hermano! ¡ay, mi don Diego!

¡Ay, mal nacida doña Ana!

Mas si no sé mi enemigo,
¿por qué comunico al labio
sin mi venganza mi agravio?
Prosigue, Sancho.

SANCHO. Prosigo.

También sabes, que después
por cartas de cumplimiento
trataste tu casamiento
en Madrid con doña Inés;
y que será dama fío
de honor, prudencia y recato;

que ella te envió su retrato.

DON JUAN. Y que yo le he enviado el mío.

SANCHO. Eso es fuerza que prosiga.

DON JUAN. No dices cosa que importe.

SANCHO. Ya hemos llegado á la corte
y es fuerza que te lo diga,
pues ahora al retrato llevo;
ya sabes, si te acordaste,
que la noche que le enviaste
me hiciste cerrar el pliego,
y fué porque...

DON JUAN. Sancho, acaba:

que todo es verdad te digo,
porque me llamó un amigo
al tiempo que le cerraba.

SANCHO. Pues díome gana, señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato
por ver cuál era mejor;
y viendo en los dos pinceles
la propiedad y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles,
pues envueltos...

DON JUAN. Dilo.

SANCHO. Espera;

los troqué tan torpe y ciego,
que el mío puse en tu pliego
y el tuyo en mi faltriquera.

DON JUAN. Yo te escucho y no lo creo.

SANCHO. ¿Pues eso á mi qué me inquieta?

DON JUAN. ¿Y lo echaste en la estafeta?

SANCHO. No, señor, en el correo.

DON JUAN. ¿Qué dirá mi Inés, repara,
con tu cara?

SANCHO. No te asombres;

dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.

DON JUAN. ¿Y qué dirá de tu talle
y de tu presencia, dí?

SANCHO. Si Dios me la ha dado así,
¿tengo de echarla en la calle?

DON JUAN. ¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber que importe,
si habiendo entrado en la corte
está cerca el desengaño?

SANCHO. Ea, pues, señor, acaba
de cumplir con tu pensión.

DON JUAN. Estas presumo que son
las monjas de Calatrava,
y no se cómo sabremos
cuál de aquestas casas es
la casa de doña Inés.

SANCHO. Por su padre preguntemos;
tu prudencia comedia
así lo intento saber,
que no es segura mujer
la mujer que es conocida.

DON JUAN. Él se llama don Fernando
de Rojas.

SANCHO. Quiero llegar.

DON JUAN. ¿Y á quién lo has de preguntar?

SANCHO. Un hombre se va acercando.

Sale BERNARDO.

BERNARDO. Sobre tener gran recelo,
no tengo poco cuidado

que mi amo salga tan tarde
y que entrase tan temprano;
las doce y más de la noche
son ya, y estando cerrados
los postigos de la calle,
mas dudo, y menos alcanzo;
amante ciego de Inés,
de la belleza milagro,
fénix de amor, mi señor,
vive y muere de sus rayos;
pero siendo Inés su prima,
y su tío don Fernando,
los que entraren en sospechas
son discursos temerarios,
pero aquí le he de esperar
en tanto que el sol dorado
al alba que los avisa
manda recoger sus astros.
Ea, preguntalo, acaba.
Aquí he de esperar.

DON JUAN.
BERNARDO.
SANCHO.

Hidalgo:

¿dónde posa un caballero
que se llama don Fernando
de Rojas? Si es vuested
curial en aqueste barrio.

BERNARDO. Vive en esta propia casa.

SANCHO. Dígame usted en qué cuarto.

BERNARDO. En toda la casa vive.

SANCHO. Guárdele el cielo mil años,
cuatro ó cinco más ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
tu mujer; mas siendo propia
fuera no hallarla milagro.

DON JUAN. Ya lo escuché.

BERNARDO. (Ap.) Vive Dios,

que pienso que lo he errado
en haber dicho la casa;
que estando dentro mi amo,
para esperarle y salir,
no ha de ser poco embarazo.

SANCHO. Ea, manos á la boda.
 DON JUAN. Ea, ¿no llamas?
 SANCHO. Ya llamo.
 BERNARDO. ¿Oye vusted, caballero?
 SANCHO. ¿Caballero? más abajo
 tengo mi alcuña, ¿qué quiere?
 BERNARDO. Que hay enfermos en el barrio,
 y es tarde, y mañana hay día.
 SANCHO. Los dos que ve se han criado
 en la Noruega; y así,
 por la noche negociamos.
 BERNARDO. ¿Tanta prisa traen los dos?
 SANCHO. Nunca traemos espacio.
 BERNARDO. Diga, ¿por qué?
 SANCHO. Porque quieren
 muy apriesa los soldados.
 BERNARDO. No lo entiendo.
 SANCHO. Dios me entiende.
 BERNARDO. ¿Has cenado?
 SANCHO. Sí he cenado;
 mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
 y tu alma, son los borrachos.
 BERNARDO. To, to, to, valiente me es.
 DON JUAN. ¿Ahora la tiendes, Sancho?
 SANCHO. Yo la doblaré después.
 BERNARDO. ¿Oye?
 SANCHO. Bien oigo.
 BERNARDO. Aquí, al lado
 de los padres Recoletos,
 pues quiere reñir, le aguardo.
 SANCHO. Pícaro, yo nunca riño,
 siendo Sancho y siendo el Bravo,
 al lado de Recoletos,
 sino al lado de los diablos.
 BERNARDO. (Ap. Así lo pienso sacar
 de la calle.) Ya me canso
 de sus cosas, y otra vez
 digo que espero en el Prado. (Vase.)
 SANCHO. Más se cansará vusted
 si me espera; por san Pablo

que le he de matar.
 DON JUAN. Aguarda,
 escúchame, Sancho.
 SANCHO. Aguardo.
 DON JUAN. Entremos á ver á Inés,
 y al instante que salgamos
 le irás á buscar.
 SANCHO. Bien dices.
 ¿Ha de esta casa? En lo alto
 han abierto un postiguillo.
 DON JUAN. Si responden...
 SANCHO. No está claro.
 BAJA DON LOPE por un balcón al tablado.
 DON JUAN. Un hombre, ¡viven los cielos!
 ó la vista me ha engañado,
 descende por un balcón.
 SANCHO. La grande llaneza alabo.
 DON LOPE. ¿Quién es quien está en la calle?
 ¿No es Bernardo?
 DON JUAN. No es Bernardo.
 Diga, ¿quién es?
 DON LOPE. No es posible.
 (Ap. Aquí hay gran riesgo si aguardo,
 y si me voy, doy indicios
 de cobarde ó de villano;
 este es el medio mejor
 si no dejan libre el paso;
 así lo intento cobrar.) (Saca la espada.)
 DON JUAN. Hay valor y tengo manos.
 DON LOPE. (Ap.) La oscuridad de la noche
 y lo importante del caso,
 y ver que al ruido que hacemos
 ha de salir don Fernando,
 me da ocasión de volver
 al riesgo de honor los pasos;
 ya yo he cobrado la calle,
 y puesto que la he cobrado
 y que no soy conocido,
 por dama y honor volvamos. (Vase.)
 DON JUAN. Si no me dices quién eres,

no has de pasar.

SANCHO. ¡Oiga el diablo!

¿Mi amo riñe conmigo?

DON JUAN. Dígame, ¿quién es?

SANCHO. Soy Sancho.

DON JUAN. ¿Qué dices?

SANCHO. Lo que te digo;
si no hablas recio, te mato.

DON JUAN. ¿Luego se fué?

SANCHO. ¿No lo ves?

DON JUAN. ¿El que bajó?

SANCHO. ¿No está claro

que dará mejor carrera
quien supo dar tan buen salto?

DON JUAN. Sigámosle.

SANCHO. ¿Tienes postas?

DON JUAN. ¡Que se fuese!

SANCHO. *Verbum caro*

factum est. ¡Y qué de cosas
en un instante han pasado!

DON JUAN. No creas que era cobarde
el que bajó.

SANCHO. ¿Pues yo cuándo
pienso que nadie es gallina?

Todos para mí son gallos.

DON JUAN. Si has visto lo que nos pasa,
¿qué te parece que hagamos?

SANCHO. Lo que á ti te pareciere.

DON JUAN. Discurramos.

SANCHO. Discurramos,

que ya amanece, y tendremos
los entendimientos claros.

DON JUAN. ¡Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi rey
serví más de catorce años,
cuando con su propia hija
me envía á rogar don Fernando;
ella en Madrid y yo en Burgos;
ella hermosa y yo rogado;

ella muy rica y yo pobre;
y que me buscasen!

SANCHO. Malo;

Aristóteles contigo
discurrió como muchacho.

DON JUAN. ¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
cuando un criado á estas puertas
(que debió de ser criado
del que estaba dentro), intenta
que de la calle salgamos,
y para sacarnos finge
que nos desafiaba!

SANCHO. Malo.

DON JUAN. ¡Ser ya las dos de la noche,
estar los cuartos cerrados,
ser casa en que viven solos
doña Inés y don Fernando,
desde el balcón principal
bajar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente
y acuchillarnos á entrambos,
y por no ser conocido
irse tan apriesa!

SANCHO. Malo.

DON JUAN. ¡Casarme yo con Inés,
siendo los indicios claros!

SANCHO. Peor.

DON JUAN. ¿Pues qué hemos de hacer?

SANCHO. Discurramos.

DON JUAN. Discurramos.

Ahora bien, yo tengo un medio
extremado.

SANCHO. Ya le aguardo.

DON JUAN. Y es averiguar yo mismo
mis celos y mis agravios.
Bien puede ser que este hombre
no éntre por Inés, y en tanto
que averiguo con la vista
lo que tan ciego idolatro,

tú has de hacer por mí una cosa que importa.

SANCHO. Vamos al caso.

DON JUAN. ¿No es verdad que por el mío, vino á Madrid tu retrato?

SANCHO. Es verdad.

DON JUAN. ¿Y hay en la corte quien te conozca?

SANCHO. No hallo, con ser tordo de tu higuera quien pueda llamarme Sancho. Pues desde hoy te has de fingir mi amo y yo tu criado; yo tu nombre he de llamarme, y tú el mío, con que allano ser espía de mi honor en este contrario campo; fingete don Juan ahora con doña Inés, porque entrando tú en mi nombre y yo en el tuyo en su casa disfrazados, ladrón de casa, procuro averiguar este encanto.

SANCHO. Señor, ¿y si me conocen y me dan quinientos palos, si es que no me den dos mil por novio de contrabando?

DON JUAN. Estando yo allí no hay riesgo.

SANCHO. Y dime, señor, ¿si acaso me cobrase doña Inés afición, y entrase el diablo y me tentase, que yo soy mortal, y fui soldado en Flandes?

DON JUAN. ¿Cómo es posible con ese talle, menguado?

SANCHO. Porque siempre las mujeres quieren lo peor.

DON JUAN. Pues Sancho, esto ha de ser.

SANCHO. En efeto, ¿estás ya determinado?

DON JUAN. Sin remedio.

SANCHO. ¿No hay remedio?

Pues ahora bien; yo me armo de punta en necio, que son las armas de los casados.

DON JUAN. ¿Si te vendrán mis vestidos?

SANCHO. Si, seor don Juan, porque ¿cuándo á un pobre no le ha venido cualquier vestido pintado?

DON JUAN. Desde hoy Sancho he de llamarme.

SANCHO. Y yo don Juan de Alvarado.

¿Estás resuelto?

DON JUAN. Sí estoy.

Sancho, vamos.

SANCHO. Don Juan, vamos.

DON JUAN. ¿Sabrás fingir?

SANCHO. Como dama.

DON JUAN. ¿Si te turbas?

SANCHO. Soy bellaco.

DON JUAN. Así sabré quién me injuria.

SANCHO. Así estaré regalado.

DON JUAN. Hoy veré á mi Inés hermosa.

SANCHO. Yo pienso engordar á palos.

DON JUAN. Pero si Inés no es quien es...

SANCHO. Mas si caen en el engaño...

DON JUAN. Tomaré venganza en todos.

SANCHO. Muera Sancho y muera harto.

DON JUAN. Ea, don Juan, á vestiros.

SANCHO. Ea, Sancho, á desnudaros.

DON JUAN. Bien empezas.

SANCHO. Sí, señor,

que soy, por ser tu criado,

tu criado Pericón,

que me haces de todos palos.

(Vanse.)
Sale BEATRIZ con manto y DOÑA INÉS sin él.

BEATRIZ. En fin, tú me has despedido.

D.^a INÉS. Beatriz, no repliques más.

BEATRIZ. Injusto pago me das

del tiempo que te he servido.
¿ Con tanta ira y rigor
premas mi antigua lealtad ?

D.^a INÉS. Antes que mi voluntad
tiene su lugar mi honor.

BEATRIZ. Sólo te pido que acabes,
puesto que me has despedido,
de decir, en qué he ofendido
tu decoro.

D.^a INÉS. Tú lo sabes.

BEATRIZ. Mi ánima sea maldita
y por Dios excomulgada
por toda mi santiguada
y por esta cruz bendita,
señora, que yo no sé
por qué te hayas enojado.

D.^a INÉS. Pues si no me he declarado,
escucha y te lo diré.

BEATRIZ. Dílo, pues que sin razón
me riñes á troche moche.

D.^a INÉS. Pues dime, Beatriz, ¿ anoche
á qué abriste mi balcón
á más de las diez ?

BEATRIZ. Repara
que en eso no hay que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

D.^a INÉS. ¿ No hablaste al abrir ?

BEATRIZ. No hablaba.
(Ap. Ella ha de cogerme aquí.)

D.^a INÉS. Mientes, Beatriz, yo te oí.

BEATRIZ. Es verdad, pero rezaba.

D.^a INÉS. Pues dime, ¿ por qué razón,
cuando en la ventana estabas
ya que rezabas, rezabas
tan recio ?

BEATRIZ. Es más devoción.

D.^a INÉS. ¡ Oh, qué bien sabes tener
la respuesta prevenida !
Y dí, ¿ á qué estabas vestida

antes del amanecer ?
Y si acaso sueño fué
y vestida te dormiste,
¿ cómo no me respondiste
al tiempo que te llamé ?
¿ Cómo habiendo alborotado
la casa, no respondías ?
Dirásme que no me oías.

BEATRIZ. Tengo el sueño muy pesado.
(Ap. Yo he de escaparme, por Dios.)

D.^a INÉS. ¿ Dormías desta manera
cuando echaste un hombre fuera
por el balcón á las dos ?

BEATRIZ. ¿ Yo eché un hombre fuera ?

D.^a INÉS. Si.

Tú, Beatriz, en conclusión,
Fuiste quien abrió el balcón.

BEATRIZ. ¿ Quién lo dice ?

D.^a INÉS. Yo lo ví.

BEATRIZ. Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo...

D.^a INÉS. No me le nombres.

BEATRIZ. Don Lope.

D.^a INÉS. Irritarme intentas.

BEATRIZ. Anoche, á primera noche,
hallando la puerta abierta,
se acogió acá, porque dijo
que llovía, en la escalera
dijo que hablarte quería,
y entrando con tanta priesa,
apenas empezó á darme
el hábito de tercera
y apenas yo le tomaba
para ser criada buena,
cuando el viejo de tu padre
por esa cuadra atraviesa ;
yo que lo sentí, ¿ qué hago ?
Porque á tu primo no sienta
al banasto de un balcón

le zampuzé con presteza ;
 cerré el balcón por de dentro,
 y al dejarle por defuera,
 todos sus deseos puse
 al sereno como velas ;
 pero como soy tan pia
 que soy parienta de Eneas,
 y esto de hacer bien á todos
 lo tengo desde pequeña,
 apenas senti que estabas
 sosegada, aunque despierta,
 y apenas ví que tu padre
 no escupió una vez siquiera
 ni dijo esta tos es mía,
 con ser la tos su perpetua,
 cuando abriéndole el balcón
 le saqué porque se fuera,
 tan quedito, que pensó
 que íbamos pisando yemas ;
 pero como el buen don Lope
 miró la casa tan quieta,
 dió en decir erre que erre,
 cuando yo fuera que fuera ;
 y yéndose á tu aposento
 ó por amor ó por tema,
 oliendo hacia donde estabas,
 porque es amante de muestra,
 te alborotó, y diste en esto
 voces tales, como buenas ;
 él á este tiempo asustado,
 como silbado poeta,
 recelando que tu padre
 ó le conozca ó le vea,
 antes que haga de las tuyas
 dispuso hacer de las nuestras ;
 volvióse al señor balcón,
 y, en efecto, por la reja
 saltó á la calle, en la cual
 hubo no sé qué pendencia.
 Este, señora, es el caso

para que mejor lo sepas,
 contado al pié de la boca,
 ya que no al pié de la letra ;
 y supuesto que tu padre
 no lo sintió, no consientas
 dar un castigo tan grande
 á una culpa tan pequeña.
 Así tu novio don Juan,
 que por instantes esperas,
 no tu marido, señora,
 sino tu amante parezca ;
 así le goces tu...

D.^a INÉS.

Calla,

si no quieres que sangrienta,
 antes que á don Juan pronuncies
 te despedace la lengua.

¿Yo casarme con don Juan?

No lo permitan adversas
 con violencias mi fortuna
 ni con influjos mi estrella ;
 antes el mar de mis ojos
 rompa cuando airado crezca
 el margen de las mejillas,
 que son sus blancas riberas.
 Y á ti, porque has irritado,
 ó desconocida ó necia,
 con tu ruego mi piedad,
 mi obligación con tu queja,
 pues con don Lope traidora,
 pues con don Juan halagüena,
 más que me obligas me irritas,
 me enojas más que me empeñas,
 porque á don Juan me nombraste...

Sale DON FERNANDO.

D. FERNANDO. Inés, ¿qué voces son estas?

¿Qué ha sido?

D.^a INÉS.

No sé, señor.

D. FERNANDO. Beatriz, ¿por qué estás cubierta?

BEATRIZ. Señor, estoy despedida.

D. FERNANDO. ¿Por qué?

BEATRIZ. Decirlo quisiera;
mas aunque lo intento hacer
no me deja la vergüenza.

D. FERNANDO. ¿Qué es el caso?

BEATRIZ. Mi señora,
que ha dado en aquesta tema.

D. FERNANDO. ¿Qué es?

BEATRIZ. En que no ha de casarse
con don Juan, aunque tú quieras;
y porque la dije ahora
sólo que te obedeciera...

D. FERNANDO. ¿Qué hizo?

BEATRIZ. Me despidió.

D. FERNANDO. ¿Esa fué la causa?

BEATRIZ. Esta.

D. FERNANDO. Quitate el manto, Beatriz.

BEATRIZ. Oh, vivas más que una suegra,
cuando es rica y tiene yerno
que desea que se muera.

D. FERNANDO. Ahora me llegó á hablarla.
¿Inés?

D.ª INÉS. Señor, ¿qué me ordenas?

D. FERNANDO. ¿No dirás qué novedad
ha irritado tu obediencia?
¿De qué tan triste estos días,
ó de airada ó de suspensa
le trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua?
¿No es don Juan gran caballero?
¿Por qué neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fe esta diligencia?
¿No quieres á don Juan?

D.ª INÉS. No.
Y ya que entre tantas penas
á lo secreto del alma
rompió el recato la nena,
no me he de casar con él;
y porque la causa sepas,
repara en este retrato

(Vase.)

si es justa mi inobediencia.
(Dale un retrato, y miralo.)

D. FERNANDO. ¿Qué tiene?

D.ª INÉS.

Que no es posible,
aunque tú me lo encarezcas,
que sea hombre principal
un hombre de esta manera.
¿Esta es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena
quien tiene este talle? ¿Este arte,
es arte de hombre de prendas?

D. FERNANDO. Pues dí, ¿quién ha conocido

por el rostro la nobleza?

¿Dice el talle calidades?

Las obras son las que enseñan

la buena sangre; el valor

es la más hermosa muestra.

D.ª INÉS.

Sí, pero la buena sangre,

aunque se oculte en las venas,

puede hacer que las facciones

participen de su influencia.

Bien así como el cristal

que es la sangre de la tierra,

que cuanto más puro y limpio

en sus entrañas se hospeda,

tanto más la tierra misma,

que es más noble la demuestra.

D. FERNANDO. No sofisticas procures

convencer con experiencias

verdades que en su valor

seguras experimentan.

Tú has de casarte con él

aunque...

D.ª INÉS.

Suspende la lengua,

porque mi albedrío es mío,

y no es justicia que quieras

sujetarme, por ser padre,

lo que aun Dios no me sujeta.

D. FERNANDO. Advierte, Inés, que don Juan,

aunque es pobre, ahora espera

- heredar de un tío anciano
dos mil ducados de renta.
D.^a INÉS. Antes si tiene don Juan
parte por donde le quiera
es por ser pobre, que amor
no se paga con riquezas;
si yo hubiera de elegir
uno en dos hombres, y fuera
uno rico y otro pobre,
y fueran de iguales prendas,
porque me quisiera más
al que es más pobre eligiera.
D. FERNANDO. Mira, Inés, yo no te pido
que te cases.
- D.^a INÉS. ¿Pues qué intentas?
D. FERNANDO. Que veas sólo á don Juan,
porque puede ser que sea
mucho mejor la persona
que la pintura.
- D.^a INÉS. No creas
que falten á la malicia
las antiguas experiencias;
porque el más recto pincel
es el que más lisonjea,
que como ya el interés
lisonja y pinturas premia,
se han hecho de un mismo modo
los pinceles y las lenguas;
pero por obedecerte,
y porque no te parezca
que es mi desdén por impulso
ni mi enojo por estrella,
yo esforzaré mi deseo
á quererle cuanto pueda;
venga don Juan á mis ojos,
que porque bien me parezca,
á mis motivos presumo
reconvenir con violencias;
y porque quiero también,
que aborreciéndole veas

- que por su amor contra el mío
haga la mayor fineza.
Sale DOÑA ANA.
¿Pero quién se ha entrado aquí?
D.^a ANA. Una mujer es, que intenta
hablar con vos, don Fernando.
- D. FERNANDO. ¿Á solas?
D.^a ANA. Sí.
D. FERNANDO. Vete afuera.
D.^a INÉS. Ya te obedezco. (Vase.)
D. FERNANDO. ¿Quién sois?
D.^a ANA. Una infelice, que espera
vuestro amparo.
- D. FERNANDO. Descubríos.
D.^a ANA. Aunque mi propia vergüenza
me aconseja que me oculte,
mi honor también me aconseja
que os hable más mi semblante
de lo que os dirá mi pena. (Descúbrese.)
- D. FERNANDO. ¿Qué es vuestro mal?
D.^a ANA. Un agravio.
D. FERNANDO. ¿Quién le ha causado?
D.^a ANA. Mi estrella.
D. FERNANDO. ¿Y después?
D.^a ANA. Un hombre aleve.
D. FERNANDO. Y puesto que yo le sepa,
¿lo puedo yo remediar?
D.^a ANA. Á eso vengo.
D. FERNANDO. ¿Dí, qué intentas?
D.^a ANA. Oye mi mal.
D. FERNANDO. Ya le espero.
D.^a ANA. Pues óyeme atento.
D. FERNANDO. Empieza.
D.^a ANA. Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Burgos mi patria: Burgos, que ha intentado
con sus agujas y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas:
nací de sangre noble y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa;
crióme con recato y con cuidado

mi padre, don Alonso de Alvarado.
 D. FERNANDO. Parad ahora, que el dolor mitigo:
 el que nombráis fué mi mayor amigo,
 y obligaciones grandes os confieso.
 D.^a ANA. A ampararme de vos vengo por eso,
 que en vos tiene fundada mi esperanza
 ó la satisfacción ó la venganza.
 Viví tan sin amor, tan sin cariño,
 que no temí las flechas del Dios niño,
 pues me halló, cuando quiso darme enojos,
 muy atento el sentido de los ojos;
 mas no hay quien á sus iras se resista
 que no venga á quedar con menos vista:
 en fin, rayó el amor con más violencia,
 obró más, donde halló más resistencia.
 Vi una tarde en el campo un forastero,
 habló amante, creíle lisonjero,
 creíle; mas loaba mi hermosura,
 que la lisonja tiene esa ventura.
 Dejóle, despidióse, fuése luego,
 inquietóseme todo mi sosiego,
 y aunque estaban entonces divertidos
 llamé á junta potencias y sentidos,
 y porque amor ganase la victoria
 la voluntad dispuso á la memoria:
 obró el discurso torpe y poco atento,
 la memoria engañó al entendimiento:
 los ojos, si no ciegos, suspendidos
 se dejaron guiar de los oídos.
 Díle entrada en mi casa con recato,
 ardió el amor, que le atizaba el trato;
 salimos á un jardín, él me rogaba,
 yo lloré, sin saber por qué lloraba;
 consolóme, admiti grata el consuelo,
 y el temor le guardé para el recelo:
 con pasiones procuro convencerle;
 dijo más, tuve gana de creerle,
 y como fuentes, árboles y flores
 apadrinan mejor al Dios de amores,
 como la noche estaba tan oscura,

cuanto después lo ha estado mi ventura,
 dándome una palabra incierta y vana
 que el deseo creyó de buena gana,
 sin rienda la pasión, que mi amor llama,
 ya sin temor la nave de mi fama,
 sin móvil este cielo de mis ojos,
 ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
 me aparté de una fuente pura y fría,
 que por vecina murmurar podía.
 Y, al fin, señor (¡oh si para tal mengua
 la voz se deslizara de la lengua!)
 Y, al fin, señor (¡oh si por más enojos
 se saliera mi ofensa por los ojos!);
 mas si digo que dijo que me amaba,
 que amena soledad nos convidaba,
 que porque mi desdicha me convenza
 le dió sombra la noche á mi vergüenza,
 que las flores mediaban mi cuidado,
 ¿qué te cuento, si ya te la he contado?
 Fuese por una suerte desdichada
 en que fué mi fortuna interesada,
 supo mi padre tan preciso agravio,
 y el corazón se le negaba al labio:
 enterneció los montes y los vientos,
 murióse de llorar dos sentimientos;
 y, en fin, oculta de él, con tantos daños,
 viendo que se pasaban cuatro años
 en que por mitigar tantos enojos
 regaba mi esperanza con mis ojos,
 viendo mi honor perdido,
 y juzgando que aquel que me ha ofendido,
 en Madrid disimula su cuidado,
 vine á Madrid, adonde no le he hallado,
 porque de su traición he prevenido
 que fingiéndome el nombre me ha mentido;
 pero aunque mi discurso intentó sabio
 no verte, por callarte aqueste agravio,
 hallo por mejor medio
 buscar en tus consejos el remedio;
 y así, si la amistad del padre mio,

si mi delirio acaso ó desvario
te obligan como noble y como anciano,
hoy me rindo al amparo de tu mano,
y en tu casa, por ver mi fama honrada,
ampara una mujer tan desdichada,
no andé mi deshonor tan peregrino,
porque ganes...

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Don Lope tu sobrino,
todo el color turbado,
de algún riesgo su aliento embarazado,
quiere hablarte.

D. FERNANDO. Di que éntre: vos, señora,
(*Vase Beatriz.*)

con mi hija estaréis oculta ahora,
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.

D.^a ANA. Así lo espero.

D. FERNANDO. El mismo honor de vuestro padre es mío.

D.^a ANA. Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

D. FERNANDO. En mi fe no pongáis vano recelo,
entrad presto.

D.^a ANA. Ya voy. (*Vase.*)

Sale DON LOPE con un papel.

DON LOPE. Guárdeos el cielo.

D. FERNANDO. ¿Qué es esto, amigo don Lope?

¿Qué turbaciones han sido

las que atentamente cuerdo

en vuestro rostro averiguo?

DON LOPE. ¿Mi sangre es vuestra?

D. FERNANDO. Sí, Lope.

DON LOPE. ¿No somos los dos amigos?

D. FERNANDO. Y ese es para entre los dos

el parentesco más fino.

DON LOPE. ¿Me aconsejaréis?

D. FERNANDO. Los viejos

no tenemos otro oficio.

DON LOPE. ¿Estamos solos?

D. FERNANDO. Sí estamos;

ea, declaraos, sobrino.

DON LOPE. Pues oid este papel.

D. FERNANDO. Empezadle.

DON LOPE. Ya le digo.

(*Lee.*) «Amigo don Lope: el hermano de el caballero que
»disteis muerte en esta ciudad, ha partido hoy á esa villa: yo
»no sé lo que en ella intente, sólo sé, que á mí me toca dar
»este aviso, y á vos el cuidado de tan grande enemigo. Guár-
»deos el cielo.—Burgos.»

DON LOPE. ¿Habéis oído el papel?

D. FERNANDO. Sí, don Lope, ya le he oído.

DON LOPE. ¿Es grande el empeño?

D. FERNANDO. Sí;

pero decidme, sobrino,

¿fué justa la muerte?

DON LOPE. No.

D. FERNANDO. ¿Á quién matasteis? Decidlo.

DON LOPE. Dí la muerte sin querer,
al mayor amigo mío.

D. FERNANDO. ¿Cómo fué?

DON LOPE. Para el remedio

quiero decir el delito:

por celebrar de Isabel

el fruto esperado opimo,

primero botón del árbol

del gran monarca Philipo,

Burgos, esa gran ciudad

cuyos altos edificios

á vencer al sol gigante

compiten consigo mismos,

dispuso toros y fiestas

al popular regocijo,

en su plaza, que en España

es antiquísimo circo;

y un caballero que en ella

era el mejor ó el más visto,

muy galán sin presunción,

discreto sin artificio,

muy airoso sin cuidado,

sin ser prolijo muy limpio;

y, sobre todo, sin ser

lisonjero, el más bien quisto,
 me envió á llamar á esta corte,
 porque con mi lado quiso
 dar novedad á su patria,
 y á su atención un amigo.
 Obedecíle, y apenas
 el aparato festivo
 del pimpollo Baltasar,
 disfraz vistoso corrimos,
 cuando después que valiente,
 llevándome por padrino,
 á la cerviz de seis fieras
 fijó penachos de pino,
 salímonos á pasear
 por el margen cristalino
 de Arlanzón, á cuyo espejo
 el sol se mira Narciso;
 y entre las muchas bellezas,
 que al prado ajado y marchito
 le hermosearon más fragante,
 ó le hicieron más florido,
 ví una belleza embozada,
 cuyos ojos fueron, vistos,
 para el yerro de mi amor
 dos imanes atractivos;
 y excusando el referirte,
 por no usado y por prolijo,
 las antiguas novedades
 que usa Amor en los principios,
 digo, que á su casa fui,
 después de algunos avisos,
 que me tuvieron de costa
 esperanzas y suspiros.
 Llegué y ví en ella una dama
 tan bella (mas si es preciso
 que á mi honor dudoso busque
 las veredas y caminos,
 no embaracemos mi labio
 y tu atención al decirlos),
 que si de amor los efectos

con los del honor unimos,
 se equivocarán de suerte
 gloria y dolor respectivos,
 que ni unos serán de pena,
 ni otros servirán de alivio.
 Dentro en su casa una noche,
 yo y el dueño, que fué mío,
 con ruegos muy de la pena,
 con voces muy del oído,
 nos decíamos amores
 no hablados y ya entendidos,
 cuando alborotó mi amor,
 que, en efecto, Amor es niño.
 un golpe, que de una puerta
 rompió bisagras y quicios.
 Mató mi dama una luz,
 entró un hombre: yo, atrevido,
 doy la defensa á la espada
 y la indignación al filo.
 Á escuras, pues, me buscaba
 y á escuras le solícito,
 cuando á mis piés desangrado,
 por mi suerte ó su destino,
 cae mortal, y tan mortal
 le fingió la idea herido
 que aun no le costó la muerte
 la propiedad de un suspiro.
 Saca la luz asustada
 mi dama, el suceso miro,
 y hallo que el que estaba muerto,
 (aquí la memoria aflijo)
 era ¡qué grave dolor!
 era aquel amigo mío
 por quien fui á Burgos, aquel
 Fernando, que he referido,
 que, como de mis deseos,
 fué dueño de mi albedrío;
 mas preguntárame ahora,
 ¿cómo siendo tan amigos,
 cómo paseando juntos,

ambos á dos no supimos
ni él, que yo amaba á su hermana
ni yo el amor que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
por enojos muy antiguos,
apartada de su padre
con recato y con retiro,
en casa de una parienta,
viéndose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste:
mi amor, ya le has entendido.
Fuíme, sin entender nadie
ser dueño de este delito,
porque también á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado este amor,
y llegando á lo preciso,
sabe que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses y más,
que á Burgos de Flandes vino,
y aunque no sabe quién es
su ofensor, he presumido
que á Madrid viene á buscarme
por sospecha ó por indicio;
y aunque á mí no me conoce,
puesto que nunca me ha visto,
al consejo de esas canas
prudente y osado aspiro:
que viene á Madrid, es cierto;
que ha de buscarme, imagino;
huir de él es cobardía;
querer matarle, es delito;
no esperarle, es gran desdoro;
solicitarle, es delirio;
y así... á la puerta han llamado.

D. FERNANDO. ¿Quién es?

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Albricias te pido:
el novio de ti esperado
más galán que diez Narcisos,
más hueco que un guardainfante,
en este instante ha venido.

D. FERNANDO. Pues á Inés llama, Beatriz,
y abre de paso el postigo
de esa antesala, y harás
que todo esté prevenido.

BEATRIZ. Voy al punto. (Vase.)

DON LOPE. ¿Qué es aquesto?
¿Habéis casado, decidlo,
á doña Inés?

D. FERNANDO. Sí, don Lope.

DON LOPE. ¿Cómo, siendo deudo mío,
no me avisastes?

D. FERNANDO. Porque
fué no avisaros preciso.

DON LOPE. ¿Quién es?

D. FERNANDO. Luégo lo veréis.

DON LOPE. (Ap.) ¡Qué desdicha!

D. FERNANDO. (Ap.) ¡Mortal vivo!

DON LOPE. (Ap.) ¿Yo sin Inés?

D. FERNANDO. (Ap.) ¡Vive Dios,
que don Juan es su enemigo!

DON LOPE. (Ap.) Pero yo lo evitaré.

D. FERNANDO. (Ap.) Mas remediarlo imagino.

Sale DOÑA INÉS por una puerta, y BEATRIZ; y por otra
SANCHO, DON JUAN y BERNARDO, y Sancho vestido
de galán con joyas.

BEATRIZ. ¿Ea, no llegas, señora?

DON JUAN. Ea, no llegues tan tibio.

D.^a INÉS. Vas á la muerte.

SANCHO. Allá voy.

D.^a INÉS. Muerta vengo.

DON LOPE. Estoy perdido.

D. FERNANDO. Él llega.

D.^a INÉS. Bien satisface
su talle á lo imaginado.

D. FERNANDO. Seáis, don Juan, bien llegado

á esta casa.

- SANCHO. Que me place.
 D. FERNANDO. Mucho de veros me alegro.
 SANCHO. Desgraciado vengo á ser :
 antes de ver mi mujer
 me han pegado con mi suegro.
 DON JUAN. (Ap.) No dirás cosa que importe.
 SANCHO. (Ap.) Yo lo he de echar á perder.)
 Decid, ¿no podremos ver
 un poco de la consorte?
 D. FERNANDO. Es obligación forzosa.
 DON JUAN. En lo que dices repara.
 D.^a INÉS. ¡Qué talle! ¡qué mala cara!
 D. FERNANDO. Esta es, don Juan, vuestra esposa.
 SANCHO. Á vuestra luz peregrina
 fallezca el alma envidiosa,
 que antes os juzgaba hermosa,
 y ahora os hallo divina ;
 sois de notable hermosura,
 y sois, en fin, (fuera miedos),
 más de aquestos cuatro dedos
 mejor que vuestra pintura.
 Dais quince á cuantas beldades
 intentan...
 DON JUAN. Necesidad fué.
 SANCHO. Señora, en estando en pié
 diré dos mil necesidades.
 D. FERNANDO. Sillas ¡hola!
 BERNARDO. Él ha empezado
 con lindo estilo, en efeto. (Siéntase.)
 D.^a INÉS. Por sólo oiros discreto
 procuro veros sentado.
 DON LOPE. (Ap.) De rabia y de enojo muero :
 ¿hay hombre más desdichado?
 D. FERNANDO. (Ap.) El tal don Juan de Alvarado
 parece gran majadero.
 D.^a INÉS. Decid, ¿cómo habéis venido?
 SANCHO. Como quien os viene á ver,
 bueno ; mas quiero saber,
 ¿qué tal os he parecido?

- D.^a INÉS. (Ap. ¡ Que esto pregunte don Juan !).
 Vuestro mismo talle abona
 que no habrá en Madrid persona
 que os compita en ser galán ;
 porque vuestro talle, creo,
 que es el más raro que ví.
 SANCHO. Todos lo dicen así,
 y yo también me lo creo.
 DON LOPE. Pues saber también espero,
 pues lo más preciso es,
 ¿qué os parece doña Inés?
 SANCHO. ¿Quién es este caballero?
 D.^a INÉS. Es mi primo á quien estimo,
 y que es mi sangre atended.
 SANCHO. Conózcame vuesarced
 por su hermano y menor primo.
 D. FERNANDO. Esto es lo más importante,
 y aún no lo habéis respondido :
 ¿Inés, qué os ha parecido?
 decidmelo.
 SANCHO. Lo bastante.
 (Riense.)
 ¿Rien ? ¡ Qué ! ¿ fué necesidad ?
 Yo he de perder el sentido.
 D.^a INÉS. Por mi vida, ¿ qué ? ¿ que ha sido
 disparate la verdad ?
 SANCHO. Una ignorancia, en rigor,
 de un novio, no hay que admirarse.
 DON LOPE. Primo, para mi el casarse
 es la necesidad mayor ;
 que es muerte el casarse infiero ;
 y así debéis de advertir
 que se va un novio á morir,
 pues que le lloran primero.
 (Llégase Bernardo á don Juan.)
 BERNARDO. Por una sospecha incierta
 que saber mi enojo intenta,
 si él ó su amo llamó
 esta noche á aquesta puerta,
 porque le he desafiado,

y quiero que sepa, que
cuerpo á cuerpo le diré
lo que allá verá en el Prado.

DON JUAN. *(Ap.)* El criado es, vive Dios,
que anoche en la calle estaba,
y el que á su amo esperaba
cuando llegamos los dos.

BERNARDO. *(Ap.)* Y para tan grande empeño,
que he de castigarle digo.

DON JUAN. Hidalgo, no habla conmigo,
(Ap.) Este es sin duda su dueño.)

BERNARDO. *(Ap.)* La voz, el aire y el talle
todo junto me engañó.

DON JUAN. *(Ap.)* Y el que á deshora bajó
desde el balcón á la calle.

BERNARDO. *(Ap.)* ¿De qué sirve hacer extremos,
pues lo niega?

DON JUAN. *(Ap.)* ¡Hay tal dolor!
¡hay más infelice amor!
Sospechas, averigüemos.

D. FERNANDO. Decid.

SANCHO. Saber he querido,
supuesto que ya ha llegado,
si es la novia de contado
y el dote de prometido.

D. FERNANDO. Vos habéis hecho un reparo
que parece desvario;
esto es presto.

SANCHO. Señor mío,
cuanto más yerno más claro.

DON LOPE. Como habéis sido soldado,
os preciáis de desparcido.

SANCHO. No tengo más que haber sido
que ser don Juan de Alvarado.

DON LOPE. *(Ap.)* Don Juan de Alvarado dijo,
ó el oído me engañó;
y pues de Burgos llegó,
que es el hermano colijo
de don Diego, aquesto es cierto,
á quien yo la muerte dí.)

¿Vos no sois de Burgos?

Si.

SANCHO.

DON LOPE.

SANCHO.

¿Tenéis un hermano?

Es muerto,

que le dieron muerte fiera,
mas no por valor, por suerte.

DON LOPE.

DON JUAN.

Y sabéis quién le dió muerte?

Si mi dueño lo supiera,
sangriento en airados lazos,
porque su ofensa vengara,
¿del pecho no le arrancara
el corazón á pedazos?

Y cuándo á su muerte aspira,
¿tuviera en otra balanza
vida para su venganza
ni objeto para su ira?

Porque si de ser cruel
se redujera templado,
yo, que nací su criado,
le diera muerte por él.

DON LOPE.

¿Y á vos quién os mete aquí
en hablar ni responder?

SANCHO.

Téngole dado poder
para enojarse por mí.

DON LOPE.

¿De haberme así replicado,
decid, cuál la causa fué?

DON JUAN.

Perdonad, que me llevé
del afecto de criado.

D. FERNANDO. De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

DON JUAN.

D. FERNANDO.

SANCHO.

Y muy leal.

Sancho se ha criado en casa,
como á hermano le he tenido,
y que es bizarro advertís.

D.^a INÉS.

SANCHO.

D.^a INÉS.

SANCHO.

Señor don Juan...
¿Qué decís?

Buen criado habéis traído.

Supuesto que á escuchar llego
que le alabas sin compás,

no he de ponérmele más,
servíos de él desde luego.

BERNARDO. *(Ap.)* Ser quiero su amigo fiel. •

DON JUAN. Saber vuestro nombre aguardo:
¿cómo os llamáis?

BERNARDO. Yo, Bernardo.

DON JUAN. ¡Viven los cielos, que es él!

D. FERNANDO. Ea, ¿qué es lo que aguardamos?

D.ª INÉS. ¿Qué es, cielos, lo que me pasa?

D. FERNANDO. Venid, veréis vuestra casa.

SANCHO. Vamos, Inés.

D.ª INÉS. Don Juan, vamos.

DON JUAN. *(Ap.)* Pues esta fortuna sigo,
celos, sufrid y callad.

DON LOPE. *(Ap.)* ¡Que se viniese á casar
con mi dama mi enemigo!

D. FERNANDO. *(Ap.)* ¡Hay duda y pena mayor!
¡el hijo que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

D.ª INÉS. *(Ap.)* ¡Que mi estrella en este empeño
dueño me haya señalado
tan malo, que aun el criado
es mucho mejor que el dueño!

SANCHO. *(Ap.)* ¡Que tenga yo dama honrada,
ave de gusto y primor,
y me parezca mejor
la vaca de la criada!

DON JUAN. *(Ap.)* ¡Que mi mal sin esperanza,
halle para más dolor
recelos en el amor
y dudas en la venganza!

DON LOPE. *(Ap.)* ¡Que para tantos desvelos
haya, en igual recompensa,
de callar aquí una ofensa,
y sufrir aquí unos celos!

D. FERNANDO. *(Ap.)* Pues penas, ¿cómo más bien
he de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
y el que la ofendió también.

DON JUAN. *(Ap.)* Pero ya preciso es
dar mi silencio á mi labio.

DON LOPE. *(Ap.)* Pero cauteloso y sabio
pienso pretender á Inés.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Pues fuerza es que medio halle
para poderlo atajar.

D.ª INÉS. *(Ap.)* Pero no me he de casar
con hombre de tan mal talle.

SANCHO. *(Ap.)* Pero vivir regalado
me ha de sacar de este susto.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Más mal me ha de andar el gusto,
ó he de apurar el criado.

DON JUAN. *(Ap.)* Pues ea, indicios, callar.

DON LOPE. Ea, intentos, proseguid.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Ea, cuidados, á morir.

D.ª INÉS. *(Ap.)* Afectos, á adivinar.

DON JUAN. Y que halle, quieran los cielos,
mi dilatada esperanza
el camino á mi venganza,
y el desengaño á mis celos.

JORNADA SEGUNDA.

Salen DON LOPE y BERNARDO, criado.

DON LOPE. En fin, ¿no quieres dejarme?

BERNARDO. Contradecirte me pesa;
pero en los juegos de amor,
para que mejor lo sepas,
aciertan más los que miran
que aquellos propios que juegan.

DON LOPE. Yo he de entrar á hablar á Inés.

BERNARDO. Mira lo que haces.

DON LOPE. No quieras

no he de ponérmele más,
servíos de él desde luego.

BERNARDO. *(Ap.)* Ser quiero su amigo fiel. •

DON JUAN. Saber vuestro nombre aguardo:
¿cómo os llamáis?

BERNARDO. Yo, Bernardo.

DON JUAN. ¡Viven los cielos, que es él!

D. FERNANDO. Ea, ¿qué es lo que aguardamos?

D.ª INÉS. ¿Qué es, cielos, lo que me pasa?

D. FERNANDO. Venid, veréis vuestra casa.

SANCHO. Vamos, Inés.

D.ª INÉS. Don Juan, vamos.

DON JUAN. *(Ap.)* Pues esta fortuna sigo,
celos, sufrid y callad.

DON LOPE. *(Ap.)* ¡Que se viniese á casar
con mi dama mi enemigo!

D. FERNANDO. *(Ap.)* ¡Hay duda y pena mayor!
¡el hijo que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

D.ª INÉS. *(Ap.)* ¡Que mi estrella en este empeño
dueño me haya señalado
tan malo, que aun el criado
es mucho mejor que el dueño!

SANCHO. *(Ap.)* ¡Que tenga yo dama honrada,
ave de gusto y primor,
y me parezca mejor
la vaca de la criada!

DON JUAN. *(Ap.)* ¡Que mi mal sin esperanza,
halle para más dolor
recelos en el amor
y dudas en la venganza!

DON LOPE. *(Ap.)* ¡Que para tantos desvelos
haya, en igual recompensa,
de callar aquí una ofensa,
y sufrir aquí unos celos!

D. FERNANDO. *(Ap.)* Pues penas, ¿cómo más bien
he de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
y el que la ofendió también.

DON JUAN. *(Ap.)* Pero ya preciso es
dar mi silencio á mi labio.

DON LOPE. *(Ap.)* Pero cauteloso y sabio
pienso pretender á Inés.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Pues fuerza es que medio halle
para poderlo atajar.

D.ª INÉS. *(Ap.)* Pero no me he de casar
con hombre de tan mal talle.

SANCHO. *(Ap.)* Pero vivir regalado
me ha de sacar de este susto.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Más mal me ha de andar el gusto,
ó he de apurar el criado.

DON JUAN. *(Ap.)* Pues ea, indicios, callar.

DON LOPE. Ea, intentos, proseguid.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Ea, cuidados, á morir.

D.ª INÉS. *(Ap.)* Afectos, á adivinar.

DON JUAN. Y que halle, quieran los cielos,
mi dilatada esperanza
el camino á mi venganza,
y el desengaño á mis celos.

JORNADA SEGUNDA.

Salen DON LOPE y BERNARDO, criado.

DON LOPE. En fin, ¿no quieres dejarme?

BERNARDO. Contradecirte me pesa;
pero en los juegos de amor,
para que mejor lo sepas,
aciertan más los que miran
que aquellos propios que juegan.

DON LOPE. Yo he de entrar á hablar á Inés.

BERNARDO. Mira lo que haces.

DON LOPE. No quieras

apagar con tus consejos
de mis pasiones el Etna;
permite que al labio salga
esta calentura lenta,
que es sanidad en el labio
lo que en el pecho es dolencia.

BERNARDO.

Si ha de casarse mañana
doña Inés, ¿no consideras,
que con decirle tu amor,
siendo Inés cuerda y honesta,
si no aprovechas la voz,
que echas á perder la queja?
Acostúmbrate á sufrir,
un mal á otro mal suceda,
amortígüe á ese dolor
tu recato y tu prudencia:
pon de tu parte el silencio,
que callando, aunque más sientas,
en breve tiempo estarás
bien hallado con tus penas.

DON LOPE.

Ya sólo en mi voz mi mal,
si hay alivio, alivio espera:
con fuego de amor ayer,
con ser fuego sin materia,
ardí buscando la llama
y teniéndola encubierta;
pues si porque sufra más,
ó para que más padezca,
celos hoy han avivado
de mi incendio esta violencia;
y si con sólo mi amor
ardí con llama violenta,
hoy, que á este amor se le añaden
de mis celos las sospechas,
¿cómo quieres que me sufra,
cuando es fuerza que más sienta?

BERNARDO.

Y dime, señor, ¿es justo
que tercera vez ofendas
á don Juan, cuando le debes
satisfacer dos ofensas?

Á su hermano diste muerte,
y á su hermana, noble y bella,
burlaste, fingiendo el nombre,
aunque en hombre de tus prendas
viene á ser mayor traición
saber fingir las finezas;
y hoy tercera vez procura
con ruegos tu inadvertencia
que elija ser prenda tuya
la que serlo suya espera.

DON LOPE.

Yo no le ofendí, sabiendo
quien era el que ofendo; y deja
los consejos, pues que has visto
tan incapaz mi prudencia.

BERNARDO.

Ea, pues, obra, señor,
si sacar el premio esperas
de tus deseos, conforme
al influjo de tu estrella.

DON LOPE.

Hasta la propia antesala
hemos entrado, y quisiera
hablar á Beatriz.

BERNARDO.

Ahora
por otra sala atraviesa.
¡Ha, Beatriz!

DON LOPE.

¡Ha, Beatricilla!
Sale BEATRIZ.

BEATRIZ.

¿Quién llama? ¿quién me cecea?

DON LOPE.

Yo soy.

BEATRIZ.

¿Es don Lope?

DON LOPE.

Sí.

BEATRIZ.

Abrazame antes que venga
mi señora.

DON LOPE.

¿Qué hay de nuevo?

BEATRIZ.

Téngote famosas nuevas.

DON LOPE.

Dílas.

BEATRIZ.

Entra más adentro,
que no quiero que nos vean
hablar los demás criados
que esa antesala pasean.
Mi señora...

DON LOPE. Dilo presto.
 BEATRIZ. Aborrece con tal fuerza
 á este don Juan, que esta tarde
 la he tenido casi muerta.
 Tanto llanto dió al dolor
 en dos cristalinas hebras,
 que recoger perlas quise
 por darte un tesoro en ellas;
 pero imán rojo su labio
 las atrajo de manera
 que respuntó sus corales
 con guarnición de sus perlas.
 DON LOPE. ¿Dónde está?
 BEATRIZ. Ya se ha vestido.
 DON LOPE. Don Juan, ¿qué hace?
 BEATRIZ. La gran bestia
 duerme.
 DON LOPE. ¿Tan tarde?
 BEATRIZ. Tan tarde,
 y es su dormir de manera
 que ya debe de pensar
 que se ha casado con ella.
 DON LOPE. ¿Inés hase desvelado?
 BEATRIZ. Como si tuviera deudas.
 DON LOPE. ¿Podré hablarla?
 BEATRIZ. Si podrás;
 pero de tal modo sea
 que no sepa... Pero ya
 sale á esta sala, y es fuerza
 que me vaya: yo te dejo
 donde aprovechar te puedas
 de tu prosa; dila aquello
 de mi ángel... mi bien... mi estrella...
 Promete como persona
 que no ha de dar; mete arenga;
 dila que eres infelice,
 que tienes infausta estrella,
 que de piedad puede ser
 que te escuche y se enterezca;
 y si pudieres echar,

aunque más por fuerza sea,
 un lagrimón, será cosa
 para enternecer las peñas.
 DON LOPE. Pues toma... (Dale un bolsillo.)
 BEATRIZ. No hay que tratar.
 DON LOPE. Este bolsillo.
 BEATRIZ. Eso fuera,
 por pagarme la amistad,
 querer hacerme alcahueta.
 DON LOPE. Mira que llega tu ama.
 BEATRIZ. Pues venga el bolsillo: llega,
 y créeme que le tomo
 por no parecer grosera. (Vase.)
 Vete tú.
 DON LOPE. ¿Dónde?
 BERNARDO. Á la calle.
 DON LOPE. ¿Te he de aguardar?
 BERNARDO. Vete apriesa.
 DON LOPE. Mira que...
 BERNARDO. No me repliques.
 DON LOPE. Tu precepto es mi obediencia. (Vase.)
 BERNARDO. Sale DOÑA INÉS, y apártase DON LOPE.
 D.^a INÉS. Como jamás he cursado
 de los males en la escuela,
 nunca supe que cabían
 en un dolor tantas penas.
 Tres afectos, tres cuidados,
 tres tormentos, tres violencias
 del castillo de mi amor
 sitiaron la fortaleza:
 dos sujetos aborrezco,
 y uno adoro con tal fuerza
 que aunque quisiera querer
 lo que aborrezco, y quisiera
 aborrecer lo que adoro,
 tal mi idea está suspensa
 que no sé si el odio estime,
 ó si el amor aborrezca.
 Don Juan (hable mi dolor)
 para ser dueño le espera

de mi albedrío: don Lope
 mi fama y mi honor molesta;
 ambos de mi amor son iras;
 ambos de mi enojo señas;
 y al que en el alma se ha entrado,
 no se por cuál de sus puertas,
 procuro echarle del alma
 y no es posible que pueda.
 Yo quiero bien, mas no quiero
 (oh cielos, y quién pudiera
 hacer que aquesta verdad
 se quedara en ser sospecha!)
 á un hombre tan desigual,
 y de tan humildes prendas,
 que es bajeza de mi sangre;
 mas no pienso que es bajeza,
 que aunque es verdad que el amor
 de igualdades se contenta,
 bien puedo yo querer bien
 á otro que mi igual no sea,
 que no es fino amor, amor
 que se funda en conveniencias.
 Sirvanos de ejemplo el sol,
 á quien Clicie galantea,
 pues le espera á que despunte,
 y con ser Clicie flor reina,
 por requebrar á la rosa
 la olvida el sol y la deja,
 y con ser la rosa fértil
 parto inútil de la tierra
 que entre raíces y espinas
 tuvo su naturaleza,
 mejor que á la reina Clicie
 la regala y la requiebra.
 Pues si el planeta mayor
 es quien nos da su influencia,
 ¿por qué no ha de hacer el hombre
 lo que influye su planeta?
 Olmo, monarca del prado,
 á quien las flores cortejan

se deja amorosamente
 solicitar de la hiedra:
 ella humilde se conoce,
 primero los piés le besa,
 y como se muestra amante,
 á enlazar sus brazos trepa,
 hasta que iguales los dos
 són dos almas y una mesma,
 pues ella al olmo asegura,
 y él á la hiedra sustenta.
 Pues si con ser estas almas
 vegetativas enseñan
 á amar, ¿por qué no han de amar
 á su imitación las nuestras?
 Yo aborrezco; mas mi voz
 salga en quejas á la lengua,
 que no es bien donde hay amor,
 que mis iras se diviertan.
 Yo aborrezco, ya lo digo;
 pero no habrá quien lo entienda,
 que la voz de mis suspiros
 enciende, pero no quema;
 á don Lope es á quien digo,
 que aborrezco con tal fuerza,
 que pienso... ¿Quién está aquí?
 Un desdichado, que llega
 á coger en desengaños
 lo que ha sembrado en finezas;
 una mariposa soy
 tan deslumbrada y tan ciega,
 que solicito la llama
 para fallecer en ella,
 y un infeliz á quien hacen
 infeliz sus resistencias,
 pues si de su voz no he muerto,
 no moriré de mi pena;
 pero aunque ingrata á mi amor,
 desconocida á mi queja,
 desprecias las ansias mías,
 más de vana que de atenta,

DON LOPE.

te he de avisar, aunque ahora
me rindes y me sujetas...

D.^a INÉS. No prosigas en matarme.

DON LOPE. No es valor, sino destreza,
mis afectos.

D.^a INÉS. No los hables.

DON LOPE. Mis iras...

D.^a INÉS. No las adviertas.

DON LOPE. Sí te las he de advertir,
que es gran crueldad que pretendas

que mi mal no tenga alivio
en referirlo siquiera;

yo no te puedo olvidar,
doña Inés, yo me hago fuerza

á olvidarte, y es querer
del sol vencer la carrera;

yo á tus favores aspiro,
y sacrificar quisiera

al templo de tu rigor
toda un alma por ofrenda;

¿á un hombre ignorante admites,
indigno de tus finezas,

y á quien supo conocerte,
pues te adora, le desdeñas?

D.^a INÉS. Vete, don Lope, no intentes
que irritada ó que grosera...

DON LOPE. Ya estoy hecho á tus rigores,
ya no hay más con que me ofendas,

que criado en el veneno
del desdén, él me alimenta;

mas ya que el último plazo
á mis desdichas se acerca,

oye mi mal, que si le oyes
como él es, ha de ser fuerza

que á premiarle y admitirle,
si no te obliga, te muevas,

y pues que le has de premiar...

D.^a INÉS. Suspende iras y quejas,
y esta amorosa locura

hacia el pecho retroceda;

miente vuestro labio infame,
y el sol, que luces dispensa,

á decirlo con los rayos
de su luz, también mintiera;

¿yo, si os escucho, premiaros?
Más fácil fuera que crea

que el Dios que el mar bruto rige
del Abrego á la violencia,

roto el alacrán de espuma
pierda las azules riendas,

que imagines que en mí puede
haber sombra ó apariencia

de afición, sin que mi enojo
no la apure ó la resuelva.

Con una dama, que en Burgos
confiadamente necia

os quiso, podéis pasar
esa fingida terneza,

y vuestra amante pasión
se corrija más discreta,

y en la cárcel del silencio
sea su alcaide la modestia;

y si no, ¡viven mis iras!
(Mas no viven, que están muertas,

puesto que no me he vengado
con sólo el incendio dellas),

que os haga, sí, vive Dios,
más átomos que hay estrellas,

hijas del sol, y en el mar
disimuladas arenas

porque así...

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ.

Buena la hicimos:

tu padre salió á esta pieza,
y don Juan le ha visto ya;

Sancho este cuarto atraviesa,
y como voces has dado,

te busca.

D.^a INÉS.

Beatriz, tú lleva

á don Lope á esa antesala.

BEATRIZ. Verálo Sancho.

D.^a INÉS. Pues sea
por esta pieza.

BEATRIZ. Don Juan
te anda buscando por élla.

D.^a INÉS. Pues véanle, que no importa,
si es mi primo.

BEATRIZ. Aunque lo sea,
que siendo tan de mañana,
no es hora de primos ésta.

D.^a INÉS. Ea, Beatriz, ¿no lo escondes?

BEATRIZ. Mira que ha de dar sospecha
de lo que no ha sido culpa;
presto, señora, que llegán.

D.^a INÉS. Pues escóndele en mi cuarto.

DON LOPE. Porque tu opinión no pierdas
me escondo.

BEATRIZ. No estés aquí,
más adentro hay donde puedas
estar más seguro; tú

(Escóndese en otra cuadro.)

riñeme, para que entienda
que era conmigo el enojo.

D.^a INÉS. Si por mi padre no fuera,
te diera el justo castigo
que pide tu inadvertencia;
don Juan ha de ser mi esposo,
y quien atrevida intenta
decir que es un ignorante,
desairado y necio, crea

Sale SANCHO, DON JUAN y DON FERNANDO.

que me ofende; y dado caso
que estos defectos padezca,
si á mí me parece bien,
poco importa que los tenga.

SANCHO. Dice muy bien doña Inés;
bruta, insulsa, majadera,
¿tan mal os he parecido?
Decid, bergante, ¿estas piernas
pueden ser más bien sacadas?

¿No soy ancho de hombros, puerca?
¿Mi cara haránla mejor,
aunque la hiciesen de cera?
Holgara haberme casado
para daros una vuelta
de podenco.

BEATRIZ. *(Ap.)* Siendo suya,
ser de podenco era fuerza.

D. FERNANDO. Inés, ¿y por eso dabas
estas voces?

SANCHO. Si, estas eran.

BEATRIZ. *(Ap.)* Ya salimos deste empeño,
aunque tan caro me cuesta.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Por sólo ver á doña Ana,
ir á este cuarto quisiera
adonde está recogida;
pero hay riesgo en que le vea,
y la conozca don Juan;
voyme, con vuestra licencia,
que tengo que hacer.

Adiós.

SANCHO.

D. FERNANDO. *(Ap.)* Don Juan tiene dos ofensas,
una de sangre, y la otra
de honor; pues siendo tan ciertas,
no será justo que yo
le dé á Inés, mientras no venga
su deshonor, y deshace
el duelo de dos afrentas;
á buscar voy á don Lope,
porque en estas diferencias
he de juntar á los dos,
que aunque es verdad que se arriesga
una vida, no es razón
que mi honor por eso pierda;
pues veamos, ¡oh cuidados!
si en tan rigurosa empresa,
ó la espada los ajusta
ó el consejo los concierta.

D.^a INÉS. *(Ap.)* ¡Que repetido en desvelos
crezca inmortal este ardor!

(Vase.)

- DON JUAN. (Ap.) ¡Que embarace yo mi amor por un indicio de celos!
- D.^a INÉS. (Ap.) ¡Que esté mi dolor tan loco!
- DON JUAN. (Ap.) ¡Que esté tan cuerda mi pena!
- SANCHO. (Ap.) ¡Que hubiese anoche tal cena y cenase yo tan poco!
- D.^a INÉS. (Ap.) Pues cese aquesta locura.
- DON JUAN. (Ap.) Pues este recelo pase.
- SANCHO. (Ap.) ¡Que mi amo me mandase que cenase con cordura!
- D.^a INÉS. (Ap.) Mas no cesen mis pasiones.
- DON JUAN. (Ap.) Mas vuelva esta llama á arder.
- SANCHO. (Ap.) Mas por Dios que he de saber si hay en Madrid bodegones.
- BEATRIZ. (Ap.) ¿Cómo he de sacar ahora á ese galán escondido?
- SANCHO. (Ap. Mas vuélvome á ser marido.) ¿Queréisme mucho, señora?
- D.^a INÉS. ¿Que esto mi desdicha espera?
- DON JUAN. (Ap.) Cuidados no receléis.
- SANCHO. ¿No diréis si me queréis?
- Acabad.
- D.^a INÉS. Desta manera :
antes que os viese, señor,
mi desprecio y mi osadía,
lo que era desdén sabía,
y ahora lo que es amor :
mas vivo con mi color,
que aunque sé que me adoráis,
me pesa cuando premiáis
este amor que ardiente veis,
pues no le remediaréis
con ser vos quien le causáis.
Amando, suspiro y lloro
con lágrimas del deseo,
cuando viéndoos á vos, veo. (Mira á don Juan.)
el dulce dueño que adoro ;
y á no ser por mi decoro,
arrojada, vive Dios,
porque se vieran los dos

- mostrara mortal herida,
pues por vos gozo mi vida,
siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
es mi amor, por ser tan raro,
que cuando más lo declaro
es cuando menos lo digo ;
y si hablo no le mitigo,
y si procuro fingirle
es castigarme en sufrirle,
y así tengo en conservarle
mucho fuego en ocultarle
y poco alivio en decirle.
- SANCHO. (Ap. Con grande resolución su amor me ha dado á entender, ¡cosa que aquesta mujer me haya tomado afición !
Pues no perder ocasión es justo, que si su estrella su inclinación atropella, dos cosas habré logrado, la una hacer como criado, la otra alzarme con ella.)
Tanto á quereros me obligo desde el instante que os vi...
Sancho, responded por mí, que no sé lo que me digo.
¿Yo, señor?
- DON JUAN. ¿No sois testigo de lo mucho que la quiero ?
Pues responded, majadero.
- DON JUAN. ¿Pues yo sé vuestro cuidado ?
- SANCHO. Haced lo que os he mandado, pues me costáis mi dinero.
- D.^a INÉS. Esas finezas serán sin alma.
- SANCHO. Sean.
- DON JUAN. ¿Qué intenta ?
- SANCHO. Haced este rato cuenta que soy Sancho y vos don Juan.

(Ap. Y así este rato hablarán que yo lo he dispuesto así.)

DON JUAN.

Como lo consienta aquí doña Inés, servirte intento.

D.^a INÉS.

Si es por mí, yo lo consiento.

DON JUAN.

Pues yo empiezo.

SANCHO.

Vaya.

D.^a INÉS.

Dí.

DON JUAN.

Yo con tan finos desvelos os quiero y con tanto ardor, que para decir mi amor os digo que tengo celos; primero fueron recelos, pero hoy, tan confuso estoy, que cuando á deciros voy quién soy, tal me llevo á ver, que por ser el que he de ser, no soy con vos el que soy.

Con discurso desigual habéis llegado á argüir, que en no poderle decir se hace mayor vuestro mal; pero está mi pena tal, como es recelo mi amor, que al declarar el rigor de mis pasiones veloces, cuanto más le digo á voces, se hace mi incendio mayor.

D.^a INÉS.

¿Luego si yo le he callado, mayor mal vengo á sentir?

DON JUAN.

No, que el mio ha de morir; mas cuanto más declarado, más fuego en decirle he hallado.

D.^a INÉS.

Yo en no decirle un rigor.

DON JUAN.

Yo con hacerle mayor, ya á decirlo me sentencio.

D.^a INÉS.

Pues mi mal en mi silencio tiene todo su dolor.

DON JUAN.

¿Luego el alivio has hallado en callarle y reprimirle,

y yo el dolor en decirle cuando no ha de ser premiado?

D.^a INÉS.

¿Cuando un amor no ha penado más, cuando se ha de ocultar?

DON JUAN.

Y en llegarle á declarar, ¿qué gloria habrá sin premiarle?

D.^a INÉS.

¿No es mucho peor callarle, sin poderle remediar?

DON JUAN.

¿No es más fuerte y desigual mal que puede reprimirse?

D.^a INÉS.

Ni mal que puede decirse, tampoco es muy grande mal.

DON JUAN.

Pero destos males, ¿cuál es fuerza que más apure?

D.^a INÉS.

Aquel que la voz procure; que es mayor mi mal contemplo.

DON JUAN.

Asegúrele este ejemplo.

D.^a INÉS.

Este ejemplo lo asegure.

DON JUAN.

El que oculta un accidente, ó ya de honor ú de afrenta, le llora cuando le cuenta y calla cuando le siente; y es que entonces más ardiente se remueve aquel ardor, si calla, cesa el dolor.

¿Luego has experimentado que le hace menor callado, y hablado se hace mayor?

D.^a INÉS.

Dices bien; pero imagina,

para hacer concepto igual, que cuando se cura un mal duele más la medicina;

experiencia peregrina

en este ejemplo hallarás,

pues cuando sintiendo estás

con voces tu mal veloz,

es que le cura la voz,

y por eso duele más.

DON JUAN.

También lo contrario infiere,

que cuando los males duran,

por mitigarlos procuran
que calle el que los refiere.

D.^a INÉS. No, quien tu discurso oyere,
mis obediencias desdore,
que también (porque no ignore
tu discurso mi opinión),
á quien duele el corazón
le piden que hable y que llore.

DON JUAN. Pues doña Inés, si es así,
callar quiero mi pasión.

D.^a INÉS. No, mejor es tu opinión;
yo he de hablar mi mal aquí.

DON JUAN. ¿Pues merezco tu amor?

D.^a INÉS. Si.

DON JUAN. ¡Qué gloria!

D.^a INÉS. Hoy te premiarán
mis finezas.

DON JUAN. ¿Y serán
constantes?

D.^a INÉS. Amor es Dios.

SANCHO. (Ap.) Mucho se huelgan los dos,
yo me vuelvo á ser don Juan.

D.^a INÉS. La calentura de amor
se salió á mi labio ya.

DON JUAN. Del mar de mi amor, ¿qué presto
cesó la tranquilidad!

SANCHO. (Ap.) Ó mal me anda el discursillo,
ó soy diez tontos, y aun más,
ó Inés me ha dicho su amor
en cabeza de don Juan;
si ella piensa que es criado
y yo el dueño, claro está
que por mí lo ha dicho; ello es,
este huevo quiere sal.)
¿Oís? idos allá afuera.

DON JUAN. (Ap.) Sancho á solas, ¿qué querrá?

BEATRIZ. Ya te obedezco, señor.
(Ap. ¿No será posible echar
á don Lope ahora?)

DON JUAN. Sancho

(Vase.)

con doña Inés, ¿qué querrá?
¿No os vais?

SANCHO. Ya me voy, señor.

DON JUAN. (Ap. Desde aquí quiero escuchar
lo que dice.) (Escóndese.)

SANCHO. (Ap. Ahora bien,
yo me quiero desasnar,
que no han de ser vizcaínas
las novias; si Dios me da
una mujer que me diga
su amor tan de par en par,
perderlo por mi señor
es muy grande necedad.)
Dulce dueño de mis ojos,
¿podrá un marido gozar
un poquillo de la fruta
que cría el árbol nupcial?

D.^a INÉS. Esto le faltaba ahora
á mi dolor que llorar.
¡Que no le haga mil pedazos!

SANCHO. (Ap.) Ella se quiere llegar,
y de puro vergonzosa
la vuelve el respeto atrás.

DON JUAN. (Ap.) Vive el cielo que se llega.

SANCHO. Si os dejáis comunicar,
veréis más suave un alma
que la holanda y el cambray;
sabed, que un marido en cierno
bien puede ser manual.

D.^a INÉS. (Ap.) ¡Que sufra esto y no le mate!

DON JUAN. (Ap.) ¡Que no le salga á matar!
¡Hay tal bestia!

D.^a INÉS. Vive el cielo...

SANCHO. (Ap.) Que hace de querer llegar,
y el honorcillo la tiene
si caerá si no caerá:
mas yo he de ser el que embista,
péscole la mano, y zás.
(Vuelve la cara, y cógele la mano, y bésala.)

D.^a INÉS. ¿Cómo, villano, atrevido,

te atreves á profanar
en el templo de mi fama
el honor, que es su deidad?
¿Cómo...

SANCHO. Detened, señora.
D.^a INÉS. O mi enojo ó mi crueldad
no te hacen dos mil pedazos?
SANCHO. ¿Dos mil pedazos no más?
D.^a INÉS. A no ser porque mis ojos

se sabrán de sí vengar,
no en lluvias de aljófar puro,
sino en fuentes de coral.
(Ap. Pero iras, ¿de qué servís?
cese vuestra actividad,
que no es bastante una queja
para aplacar todo un mal;
y si don Juan ha de ser
dueño de mi voluntad,
iras, temer y morir,
penas, sufrir y callar.)

SANCHO. Yo puedo hacer de mi amo
un sayo, y aun un gabán.

Sale DON JUAN al paño.

DON JUAN. Picaro, viven los cielos,
que ahora me has de pagar
lo que has hecho.

SANCHO. ¿Yo qué hice?

DON JUAN. Besar su mano.

SANCHO. No tal,
la mano me besó á mí.

DON JUAN. De este modo pagarás
tu deslealtad.

SANCHO. Pues señor,
yo, ¿en qué he sido desleal?
¿He de perder, si me quiere,
por tí, mi comodidad?

DON JUAN. Vive Dios...

SANCHO. Tente, señor,
no te precipites más.

Sale DOÑA INÉS, y pégale Sancho á don Juan.

(Vase.)

(Dale.)

(Dale.)

(Dale.)

DON JUAN. ¿Qué es esto?

SANCHO. Aqueste tacaño,
descarado ganapán,
no ha de estar una hora en casa;
aún he de pegarle más.

D.^a INÉS. Advertid que es buen criado.

SANCHO. Doña Inés, entráos á hilar,
que es oficio de mujeres,
y dejadme castigar
mis criados; toma, puerco.

(Dale.)

D.^a INÉS. Señor, mirad...

SANCHO. Bueno va;

ea, pícaro, expulsión,
idos de mi casa. ¡Hay tal!

D.^a INÉS. Señor don Juan, si mi ruego
halla en vuestro amor lugar...

SANCHO. ¿Qué es lo que mandáis, señora?

D.^a INÉS. ¿Qué? que no le despidáis.

SANCHO. Agradecedlo á mi esposa,
que á no mandármelo, ya
os había de poner
como á un san Sebastián;
grosero, belitre, ruín,
hombrecillo, tal por cual,
noramala para vos,

¿mi esposa os parece mal?

Pues, bergante, yo os prometo
que os la he de hacer descalzar.

(Ap. ¡Oh si pudiera un criado,
para poder descansar,

sacudir de cuando en cuando
á su dueño el balandrán!)

(Vase.)

D.^a INÉS. (Ap.) ¡Que esto escucho!

DON JUAN. (Ap.) ¡Que esto sufrá!

D.^a INÉS. (Ap.) ¿Si esto que dice es verdad?

¿Si me aborrece?

DON JUAN. (Ap.) ¿Qué espero?

Yo me quiero declarar.

D.^a INÉS. (Ap.) Pues torne otra vez mi pena
su llama á disimular.

DON JUAN. *(Ap.)* Pero averiguar mi indicio
es medio más eficaz.

D.^a INÉS. Y ahora dar lugar es fuerza
para que pueda sacar
Beatriz á don Lope, pues
oculto en mi cuarto está.

DON JUAN. *(Ap.)* Esto ha de ser.

D.^a INÉS. *(Ap.)* Esto sea.

DON JUAN. ¿Oís, Sancho?

D.^a INÉS. ¿Qué mandáis?

DON JUAN. Advertid. *(Ap.)* ¡Estoy confusa!

DON JUAN. ¿Qué decís? *(Ap.)* ¡Estoy mortal!

D.^a INÉS. Que cuando dije... *(Ap.)* ¡Que tema,
que revienta este volcán
de mi fuego, si mi voz
hace á la llama lugar!

DON JUAN. Ea, declaráos, señora.

D.^a INÉS. A poderme declarar,
yo dijera...

DON JUAN. ¿Qué decís?

D.^a INÉS. Que aunque oísteis...

DON JUAN. Acabad.

(Ap.) ¡Que estando yo tan cobarde,
esfuerce á quien no lo está!

D.^a INÉS. Que aunque dije que os adoro,
era porque erais don Juan.

DON JUAN. Pues mi pena y mi deseo
es porque á don Juan queráis.

D.^a INÉS. ¿Lo deseáis?

DON JUAN. Fuera mi gloria.

D.^a INÉS. *(Ap.)* No me tiene voluntad.

¿Esto es cierto?

DON JUAN. Y es tan cierto,

que todo mi honor está
en que á don Juan estiméis.

D.^a INÉS. ¿Luego no os aseguráis
que le adoro?

DON JUAN. Estoy dudoso.

D.^a INÉS. Pues no lo estéis, y pensad...

DON JUAN. ¿Qué?

D.^a INÉS. Que sólo á don Juan adoro.

DON JUAN. ¡Plegue á Dios que sea verdad! *(Vase.)*

Sale DOÑA ANA.

D.^a ANA. Después que ayer don Fernando
me dió este cuarto, y después
que estaba con doña Inés
mi pena y dolor templando,
y después que por mí ayer
lloró en líquidos cristales,
porque obligan más los males
cuando son de una mujer;
estoy con grande cuidado
de ver que tan tarde es,
y ni llama doña Inés
ni su padre me ha avisado;
en esta cuadra he sentido
de Inés, á lo que yo infiero,
airadas voces primero,
y después confuso ruido.
¡Que este continuo anhelar
mi amor y mi honor moleste!
El cuarto de Inés es este,
entrarla quiero á buscar
para avisarla también
que irme de su casa trato,
pues cuanto más me recato
más lejos estoy del bien;
porque si vengo á buscar
á un hombre que me ha agraviado,
¿cómo en un cuarto cerrado
mi cuidado le ha de hallar?
Y más cuando ha persuadido
discursivo mi temor,
que quien me fingió el amor
el nombre me habrá fingido,
y pues no he creído el nombre,
sepa Inés este deseo;
mas por las espaldas veo
dentro de su cuarto un hombre,
y no me quiero volver:

mas pienso que me ha sentido.

(Llegue doña Ana á la puerta donde está don Lope y hace que le ve; y vuélvase al tiempo que se vuelve don Lope y cógele de espaldas, y ella se vuelve á la parte donde estaba, en que halla una puerta; ella la cierra y él hace fuerza para que no la cierre, y siempre hablando desde la parte de acá afuera, y ella haciendo fuerza de la parte de adentro.)

DON LOPE. Hacia aquí he escuchado ruido;
vive Dios que es doña Inés.

D.^a ANA. No me vió el rostro, que fuera
muy posible que importara.

DON LOPE. ¿Inés?

D.^a ANA. Yo, cierto...

DON LOPE. Repara,
no cierres, aguarda, espera;
yo vengo determinado,
no pienses que has de cerrar;
¡vive Dios que has de escuchar,
puesto que yo te he escuchado!
Mi pena en este rigor
ya no puede estar más muerta,
que no es la primera puerta
que le has cerrado á mi amor;
mas por si llegan á ser
celos los que me pediste
de la dama que dijiste,
te quiero satisfacer;
si tu padre te ha casado,
mi amor quiere mi desvío,
pues nunca al desvelo mío
costó su amor un cuidado;
en Burgos la hablé y la vi,
y aun la llegué á merecer;
¿mas cómo puedo querer
á quien el nombre fingí?
Bastan estos desengaños
si celos tu enojo ha sido,
que á nadie se le han pedido
celos de amor de seis años;
tu discurso apresurado

á tu pasión atropella,
pues sólo me acuerdo della
porque me la has acordado;
la satisfacción te doy,
paga el premio de mi fe,
pues ni la he visto, ni sé
en qué parte está.

D.^a ANA. Aquí estoy;

viven los cielos, ingrato,
traidor y mal caballero...

DON LOPE. *(Ap.)* ¿Qué es, ojos, lo que hais mirado?
¡Aquí doña Ana! ¿Qué es esto?

D.^a ANA. Que has de pagarme en venganzas
lo que he escuchado en desprecios;
y supuesto que te he hallado
cuando te buscaba menos,
hoy de mi rigor ruina
y de mi agravio escarmiento...

DON LOPE. No des voces, oye, aguarda.

D.^a ANA. No me atajes.

DON LOPE. Yo prometo...

D.^a ANA. Cercado de mi razón
pide partidos tu miedo.

DON LOPE. Oye, detente, señora.

D.^a ANA. *(Da voces.)* Don Fernando, aquí está el dueño
de mi ofensa, y el que dió
muerte á mi hermano don Diego.

DON LOPE. Mira que me iré.

D.^a ANA. ¡Ah traidor!

¿No hay quien oiga mis empeños?

¿No hay quien socorra el honor
de una mujer?

Sale DON JUAN.

DON JUAN. ¿Qué es aquesto?

D.^a ANA. *(Ap.)* ¡Válgame el cielo! ¿qué miro?

¡Viva estatua soy de hielo!

DON JUAN. *(Ap.)* Ó es que mis ojos no han visto,
ni mis oídos oyeron...

DON LOPE. *(Ap.)* Ó es que aquí mi sinrazón
dejó mi acero suspenso...

- D.^a ANA. (Ap.) Ó es, que porque sienta más,
finge apariencias el miedo...
- DON JUAN. (Ap.) Ó esta es mi hermana doña Ana,
de tantos agravios dueño.
- DON LOPE. (Ap.) Ó soy cobarde enemigo,
pues no me irrito ni muero.
- D.^a ANA. (Ap.) Ó este es mi hermano don Juan.
- DON JUAN. (Ap.) ¿Pues qué aguardo?
- DON LOPE. (Ap.) ¿Pues qué espero?
Salir es duelo forzoso.
- DON JUAN. (Ap.) Matarle es preciso empeño.
- DON LOPE. (Ap.) Mas quiero ver lo que intenta.
- DON JUAN. (Ap.) Pero no sé, vive el cielo,
cuál de aquestas dos ofensas
debo castigar primero;
aquí á mi hermana he encontrado,
y á don Lope también veo;
esta ofensa es de mi honor,
y esta parece de celos;
una siento con ardor
y otra guardo como incendio;
si doy á mi hermana muerte,
esa venganza divierto;
y si esta vengar procuro,
la más importante dejé.
¿Pues cómo, iras de mi fama,
han de cobrarme recelos
de mi sospecha y honor,
las dos venganzas á un tiempo?
- DON LOPE. Hombre que le has suspendido
á mi valor los aciertos,
ó acomete con la lengua
ó háblame con el acero.
- DON JUAN. (Ap.) Pero si esta ofensa es cierta,
y dudoso estotro afecto,
sea para mi venganza
mi honor antes que mis celos;
muere, ingrata, porque así...
- D.^a ANA. Señor, yo aquí...
- DON LOPE. Deteneos,

- que aunque ella pidió favores
contra mí, ya estoy en tiempo
que para librar su vida
vengo á ser quien la defiendo.
- DON JUAN. ¿Luego contra vos pidió
favor cuando salí?
- DON LOPE. Es cierto.
- DON JUAN. ¿Luego la debéis ofensa?
- DON LOPE. Pues á vos ¿qué os toca de eso,
siendo de don Juan criado?
- DON JUAN. Que soy criado os confieso;
y siéndole fiel, me tocan
las ofensas de mi dueño.
- DON LOPE. Pues esta dama...
- DON JUAN. Decid.
- D.^a ANA. (Ap. Atajar el riesgo quiero,
pues piensa que no es mi hermano,
y satisfacerlo á un tiempo.)
En este cuarto que veis
de Inés, este caballero
(no sé yo con qué intención)
estaba oculto y secreto;
yo le ví salir, di voces,
quiso atajarme, y en esto
saliste.
- DON JUAN. Cierra los labios,
tu voz pon en tu silencio
ó en el fondo de mi pena;
(Ap. ¡Qué de sospechas remuevo!
Pues cuando en tantos agravios
me voy á hallar satisfecho,
si hallo una sombra á mi honor,
hallo una luz á mis celos;
ahora bien, cierro esta puerta,
Sancho no está en casa, y puedo,
puesto que tengo ocasión,
satisfacerme yo mismo.)
Señor don Lope, sacad
la espada.
- DON LOPE. Ya lo deseo. (Sacan las espadas.)

que los dos somos iguales
en llegando á los aceros.
¿ Pero no hay campaña ?

DON JUAN. No,
que es tan ardiente mi fuego,
que si aquí con vuestra sangre
no intento apagarle presto,
cuando le quiera templar
llegará tarde el remedio.

DON LOPE. Pues riñamos.

DON JUAN. Sois bizarro.

DON LOPE. ¿ No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre bajo !

(Llaman recio á la puerta.)

¿ Llamaron ?

DON JUAN. Sí.

DON LOPE. ¿ Pues qué haremos ?

DON JUAN. Reñir.

DON LOPE. ¿ No será mejor
ocultar el caso, y luego
ir á reñir á campaña ?

DON JUAN. Yo nunca he mirado en riesgos
cuando riño.

D. FERNANDO. (Dentro.) Abrid aquí.

D.ª ANA. Desta ocasión me aprovecho ;
abro la puerta.

DON JUAN. No abras.

Abre la puerta, y sale DON FERNANDO.

D. FERNANDO. Detened, parad, ¿ qué es esto ?

DON JUAN. Querer matar á don Lope.

DON LOPE. ¿ Matar un criado necio ?

DON JUAN. Volver por vos y por mí.

D. FERNANDO. ¿ Qué es esto que miro, cielos !

¿ Don Lope oculto en mi casa !

¿ Sancho aquí tan descompuesto !

DON JUAN. ¿ Que Fernando haya salido !

D.ª ANA. ¿ Que esté mi mal sin remedio !

D. FERNANDO. ¿ Doña Ana ya descubierta !

Contad, don Lope, este empeño

DON JUAN. Yo os lo contaré mejor ;

pero decidme primero,
¿ no ocultáis en vuestra casa
á doña Ana ?

D. FERNANDO. No lo niego ;
á su padre don Alonso,
y aun á su hermano don Diego,
debí mis obligaciones
que hoy publico y hoy confieso,
y con guardar á doña Ana
pagárselas todas pienso,
pues le ha de importar su honor.

DON JUAN. Decid, ¿ y este caballero,
según vos decís, no es...

D. FERNANDO. Soy su amigo y soy su deudo.

DON JUAN. Y decidme, don Fernando,
siendo criado ¿ no debo
mirar en ausencia suya
por el honor de mi dueño ?

D. FERNANDO. Mirar debes por su honor,
no lo dudo ni lo niego.

DON JUAN. Pues en el cuarto de Inés
don Lope estaba encubierto ;
doña Ana dél se quejaba,
airado salí á este tiempo.
ó esta ofensa es de doña Ana,
ó de doña Inés el duelo ;
la una ofensa es de un agravio ;
la otra de honor y de celos ;

y aunque yo vengo á ignorar
cuál es destos dos sujetos
por quien se ofende la fama
de mi dueño, cuando es cierto
que es por una de las dos,
matarle por una quiero.

(Embístele.)

D. FERNANDO. Tened la espada por Dios,
que este es el mayor empeño
que han visto las experiencias
de mis años.

DON JUAN. ¿ Cómo puedo
esperaros ?

DON LOPE. Acabad
 D.^a INÉS. ¡Qué gran pena!
 D.^a ANA. ¡Qué gran riesgo!
 D. FERNANDO. (Ap. Más le quiero asegurar
 por doña Ana.) Ya os advierto
 que desta dama el honor
 es más limpio que el sol mismo;
 y del duelo de mi hija
 no debo satisfaceros,
 porque ese duelo me toca
 como á su padre; y supuesto
 que tengo seguridad
 de don Lope, no pretendo
 satisfaceros á vos,
 pues que yo estoy satisfecho.
 DON JUAN. Á este cuarto no hay por donde
 pudiese entrar, pues yo mesmo
 he estado en esta antesala
 todo el día.
 DON LOPE. Vive el cielo,
 que es querer con vuestro honor
 apurar mi sufrimiento.
 Apartad.
 D. FERNANDO. Tened, don Lope,
 porque es atrevido exceso,
 que á un criado se permita
 las licencias de su dueño.
 DON JUAN. Dejadme matarle.
 D. FERNANDO. Tente,
 que me corro, vive el cielo,
 que tocándome á mí tanto
 el honor del dueño vuestro,
 de mi honor y de mi espada
 desconfiéis osado y necio.
 DON JUAN. Ya aquí no ha de ser posible
 satisfacerme; y supuesto
 que es difícil, á estas cosas
 quiero arriesgar un remedio;
 supuesto que os toca á vos,
 yo admito vuestro consejo;

(Embiste.)

pero á los dos, dos palabras
 pidiros á un tiempo quiero.
 D. FERNANDO. Yo juro hacer lo posible.
 DON LOPE. Y yo lo mismo os prometo.
 DON JUAN. Que entregaréis á doña Ana
 á su hermano, es lo que os ruego,
 y que vos acabaréis
 con don Juan aqueste duelo;
 con lo cual vengo á salir
 de dos tan graves empeños,
 pues á él toca conseguirlos
 y á mí toca el emprenderlos.
 D. FERNANDO. Yo ofrezco lo que pedís.
 DON LOPE. Yo lo que ordenáis ofrezco;
 pero es vergüenza, por Dios,
 que siendo quien sois, os demos
 palabra, que será nueva.
 DON JUAN. Vive Dios, que soy tan bueno
 como don Juan, y que haré
 que así lo confiese él mesmo;
 y yo sé que don Juan es
 tan puntual caballero,
 que lo que mi lengua diga
 sabrá sustentar su acero.
 DON LOPE. Pues yo os prometo buscarle.
 DON JUAN. Él os buscará primero.
 D. FERNANDO. Yo á doña Ana guardaré.
 DON JUAN. Haréis como noble en eso.
 DON LOPE. Pues buscadme.
 DON JUAN. Ya es preciso.
 DON LOPE. Porque veáis...
 DON JUAN. Eso quiero.
 DON LOPE. Que mi espada...
 DON JUAN. En la campaña
 hacen más los que hablan menos.
 D. FERNANDO. (Ap.) Mi hijo es don Juan, y á don Lope
 sangre y amistad confieso.
 D.^a ANA. (Ap.) Si digo aquí que es mi hermano,
 correrá mi vida riesgo.
 D.^a INÉS. (Ap.) Este es el primer criado

que por su amo tiene celos.
 DON JUAN. *(Ap.)* De doña Ana he de saber
 mi agravio, y matarla luégo.
 D. FERNANDO. *(Ap.)* Juntar á las dos procuro.
 DON JUAN. Ah, don Lope, ¿estáis resuelto
 á reñir con don Juan?
 DON LOPE. Sí.
 DON JUAN. ¿Vos guardaréis con secreto
 á doña Ana?
 D. FERNANDO. Eso aseguro.
 DON JUAN. Pues buscar á don Juan quiero.
 DON LOPE. Yo le aguardo.
 DON JUAN. Sois valiente.
 DON LOPE. Sois leal.
 DON JUAN. De eso me precio;
 déme mi agravio fortuna.
 DON LOPE. Déme mi valor esfuerzo.
 D. FERNANDO. Consejo me den mis canas.
 D.ª INÉS. Déme mi pasión remedio.
 D.ª ANA. Déme cordura mi ofensa.
 DON JUAN. Dénme venganza mis celos.

JORNADA TERCERA

Sale DOÑA ANA, con manto, y DOÑA INÉS deteniéndola.

D.ª ANA. Déjame ir, Inés, y advierte...
 D.ª INÉS. Digo que no has de pasar.
 D.ª ANA. ¿Qué intentas?
 D.ª INÉS. Quiero evitar
 con mi advertencia tu muerte.
 D.ª ANA. Déjame ver el rigor
 de una crueldad prevenida,
 mira que ha de ser mi vida
 medicina de mi honor.

D.ª INÉS. Esto, doña Ana, ha de ser.
 D.ª ANA. Reducirte en atajarme,
 mira que será matarme
 por quererme defender;
 temo el acero inhumano
 de don Juan, que está ofendido.
 D.ª INÉS. Sancho y mi padre han salido
 juntos á buscar tu hermano,
 y así, puedes advertir
 tu mal.
 D.ª ANA. Déjame, señora.
 D.ª INÉS. Mandóme mi padre ahora
 que no te deje salir.
 D.ª ANA. Si aquí me encuentra, imagina,
 que don Juan me ha de matar.
 D.ª INÉS. En el riesgo suele estar
 dispuesta la medicina;
 di tu nuevo mal, que es mengua
 morir confusa en callarle,
 que para poder contarle
 es capaz toda tu lengua.
 D.ª ANA. El mal que infiriendo estás
 de mi fortuna enemiga,
 cuando le hablo, se mitiga,
 y luégo se enciende más;
 mayor mi desasosiego
 declarándole se fragua,
 que á gran fuego echar poca agua
 es hacer mayor el fuego. *(Llor.s.)*
 D.ª INÉS. Manifiéstame ese ardor,
 que callas tú y yo recelo,
 que yo te daré el consuelo
 conforme al mal.
 D.ª ANA. Tengo amor.
 D.ª INÉS. Yo también ese mal siento
 con más preciso dolor,
 que no hay quien no tenga amor
 en teniendo entendimiento.
 D.ª ANA. Yo por mi honor con crueldad
 á mi obligación decente,

que por su amo tiene celos.
 DON JUAN. *(Ap.)* De doña Ana he de saber
 mi agravio, y matarla luégo.
 D. FERNANDO. *(Ap.)* Juntar á las dos procuro.
 DON JUAN. Ah, don Lope, ¿estáis resuelto
 á reñir con don Juan?
 DON LOPE. Sí.
 DON JUAN. ¿Vos guardaréis con secreto
 á doña Ana?
 D. FERNANDO. Eso aseguro.
 DON JUAN. Pues buscar á don Juan quiero.
 DON LOPE. Yo le aguardo.
 DON JUAN. Sois valiente.
 DON LOPE. Sois leal.
 DON JUAN. De eso me precio;
 déme mi agravio fortuna.
 DON LOPE. Déme mi valor esfuerzo.
 D. FERNANDO. Consejo me den mis canas.
 D.^a INÉS. Déme mi pasión remedio.
 D.^a ANA. Déme cordura mi ofensa.
 DON JUAN. Dénme venganza mis celos.

JORNADA TERCERA

Sale DOÑA ANA, con manto, y DOÑA INÉS deteniéndola.

D.^a ANA. Déjame ir, Inés, y advierte...
 D.^a INÉS. Digo que no has de pasar.
 D.^a ANA. ¿Qué intentas?
 D.^a INÉS. Quiero evitar
 con mi advertencia tu muerte.
 D.^a ANA. Déjame ver el rigor
 de una crueldad prevenida,
 mira que ha de ser mi vida
 medicina de mi honor.

D.^a INÉS. Esto, doña Ana, ha de ser.
 D.^a ANA. Reducirte en atajarme,
 mira que será matarme
 por quererme defender;
 temo el acero inhumano
 de don Juan, que está ofendido.
 D.^a INÉS. Sancho y mi padre han salido
 juntos á buscar tu hermano,
 y así, puedes advertir
 tu mal.
 D.^a ANA. Déjame, señora.
 D.^a INÉS. Mandóme mi padre ahora
 que no te deje salir.
 D.^a ANA. Si aquí me encuentra, imagina,
 que don Juan me ha de matar.
 D.^a INÉS. En el riesgo suele estar
 dispuesta la medicina;
 di tu nuevo mal, que es mengua
 morir confusa en callarle,
 que para poder contarle
 es capaz toda tu lengua.
 D.^a ANA. El mal que infiriendo estás
 de mi fortuna enemiga,
 cuando le hablo, se mitiga,
 y luégo se enciende más;
 mayor mi desasosiego
 declarándole se fragua,
 que á gran fuego echar poca agua
 es hacer mayor el fuego. *(Llor.s.)*
 D.^a INÉS. Manifiéstame ese ardor,
 que callas tú y yo recelo,
 que yo te daré el consuelo
 conforme al mal.
 D.^a ANA. Tengo amor.
 D.^a INÉS. Yo también ese mal siento
 con más preciso dolor,
 que no hay quien no tenga amor
 en teniendo entendimiento.
 D.^a ANA. Yo por mi honor con crueldad
 á mi obligación decente,

si no modesta, prudente
castigo mi voluntad.

D.^a INÉS. Que es igual mi amor te digo
al que declarando estás;
pues que por mi honor no más
le reprimo y le castigo.

D.^a ANA. El mio ha de fallecer,
pues mi voz mi honor disfama.

D.^a INÉS. Yo le doy sombra á mi llama
y nadie la ha visto arder.

D.^a ANA. Mayores son mis desvelos.

D.^a INÉS. Mi pena ha sido mayor.

D.^a ANA. Más pena es mi amor que amor.

D.^a INÉS. ¿Qué es la pena?

D.^a ANA. Tengo celos.

D.^a INÉS. Cuando vi que discurrías,
y que al tiempo que contabas
tu mal, también le llorabas,
conoci que los tenías;
mas ni me admiro ni espanto
que celos hayas tenido.

D.^a ANA. ¿De qué lo has colegido?

D.^a INÉS. De tu voz y de tu llanto;
porque en la amorosa calma
de sospechas y recelos,
son el amor y los celos
las calenturas del alma
que salen por dar despojos,
reducidos en agravios,
las de celos á los labios
y las de amor á los ojos;
pues como en esta fortuna
dispuestas siempre y abiertas
el alma tiene dos puertas
y amor no cabe por una;
para no suspender tanto
los dos su afecto veloz,
los celos buscan la voz
y el amor elige el llanto.

D.^a ANA. Pues otro mal hay aquí

que affige más mis desvelos,
que de quien tengo estos celos
es...

¿De quién? Dilo.

D.^a INÉS. De ti.

D.^a ANA. Pues dí, ¿de qué has colegido
estos celos, y por qué?

D.^a ANA. Porque á don Lope encontré
dentro en tu cuarto escondido.

D.^a INÉS. ¿Y yo estaba dentro?

D.^a ANA. No;

mas mi amante ó mi enemigo,
pensó que hablaba contigo
y su amor me declaró;
pues de aquel mismo desdén
mayor mi sospecha se hace,
porque aquel que satisface
ó es querido ó quiere bien.

D.^a INÉS. Un desengaño mayor
es preciso que se arguya
en esta sospecha tuya.

D.^a ANA. ¿Qué es?

D.^a INÉS. Que yo te tengo amor.

D.^a ANA. Y así, mi pena y mi afán,
¿cómo apagará esta llama?

D.^a INÉS. No hay dama que quiera á dama
que ha querido á su galán;
y así por seguro ten

que en mí no hay afecto tal,
pues yo te quisiera mal
si yo le quisiera bien.

D.^a ANA. Celos he tenido aquí;
pero mal de ellos inferes,
pues no digo que le quieres

D.^a INÉS. sino que él te quiere á ti.
Pues si él, traidor ó infiel,
tu amor y honor ha ofendido,
esos celos que has tenido
no son de mí sino de él.

D.^a ANA. Remedia mi pena fiera.

D.^a INÉS. Yo lo más que puedo hacer
es llegarle á aborrecer,
no hacerle que no me quiera:
y mejor te estaba á ti
si me despreciara cruel
que yo le quisiera á él
que no que él me quiera á mí.

D.^a ANA. Dices bien; déjame, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor
irme de tu casa, Inés.

D.^a INÉS. Vive Dios, que no te has de ir,
y ahora tu mal infiera
que si á don Lope quisiera
yo te dejara salir.

D.^a ANA. Cuando un riesgo se previene
que decirtelo no puedo.

D.^a INÉS. Tu fama cure á tu miedo.

D.^a ANA. Don Juan, no es don Juan.

D.^a INÉS. El viene.

D.^a ANA. Pues tú no me has de esconder,
si librar quieres mi vida
adonde estuve escondida.

D.^a INÉS. Eso, doña Ana, ha de ser;
por esa falsa escalera
se va á un cuarto principal;
espérame en él.

D.^a ANA. Mortal
mi alivio tu alivio espera. (Vase.)

D.^a INÉS. Para verle en ocasión
que no me ve prevenida,
quiero escucharle escondida. (Escóndese.)

Sale SANCHO.

SANCHO. Después de Dios, bodegón.
Luégo dirán, que es deshonra
comerlo allí sin sabor;
¡ bendito seáis, vos, Señor,
que no me habéis dado honra!
En ser hombre desigual
por más me vengo á tener,

porque yo más quiero ser
pícaro que Cardenal.
Esto tengo por más bueno
que ser señor y aun reinar,
que allá suele en el manjar
disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
que como Lope advirtió,
á ningún hombre se vió
darle veneno en mondongo.
yo me entro á ser más profundo,
y yo me entro á discurrir,
¿ por qué á mí me ha de podrir
que se use honra en el mundo?
¿ Porque uno llegue á plantar
(dejemos á un lado miedos),
en mi cara cinco dedos,
le tengo yo de matar?
Pues respóndanme ¿ por qué?
Si hay barbero que me pone,
cuando afeitarme dispone,
como á un san Bartolomé,
y llega con su navaja
que sabe Dios dónde ha andado,
y en fin, después de afeitado
me toma el rostro y me encaja
cuatro ó cinco bofetones,
¿ por qué en otras ocasiones
hay duelo é indignación?
¿ No es mejor un bofetón
que quinientos bofetones?
¿ Que aquestos duelos prosigan?
¿ Que sea el mentir afrenta?
¿ Que no importa que yo mienta
y importa que me lo digan?
¿ Que haya en el mundo este afán?
¿ Que este uso en los hombres haya?
Señor, aun los palos, vaya,
que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado

con el puntillo de honor,
dime, tonto, ¿no es peor
ser muerto que abofeteado?
¡Y que á la muerte tan ciertos
vayan porque el duelo acaben!
Bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos.

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Seáis, don Juan, bienvenido.

SANCHO. Beatriz, va de pundonor.

BEATRIZ. Don Lope, con mi señor,
á buscaros han salido,
y Sancho, vuestro criado.

SANCHO. ¿Qué me querrian?

BEATRIZ. No sé.

SANCHO. No preguntaron por qué
hoy he sido convidado?

BEATRIZ. Vuestro suegro y dueño mío,
aquesta llave que veis,
me dió para que os bajéis
al cuarto que está vacío;
que será alegre os alabo,
quiere que abajo habitéis;
pero buen cuarto tenéis.

SANCHO. Para mí basta un ochavo.

BEATRIZ. Ya voy á bajar la cama.

SANCHO. Y, en fin, ¿por qué la bajáis?

BEATRIZ. Porque no es bien que viváis
en el cuarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
y que no estando casado
será en la corte notado
que durmáis arriba.

SANCHO. Bien;
dadme la llave.

BEATRIZ. Tomad.

SANCHO. ¡Lo que á servirme se humilla!
¿Quieres creer, Beatricilla,
que te tengo voluntad?
Sí, juro á Dios.

BEATRIZ. ¿Qué me dices?

¿Amor me tienes á mí?

SANCHO. Beatriz, desde que nací
fui inclinado á Beatrices.

BEATRIZ. ¿Que á mí con afecto tal
quererme tu engaño intente?

SANCHO. En siendo el amor corriente,
busco la dama usual.

BEATRIZ. Que no he de quererte, digo,
ni en mí ha de caer tal mancha.

SANCHO. *(Ap.* Porque la ruego se ensancha.

¡Qué bien decía un amigo,
que el que quisiere vencer
cualquier gorrón al llegar,
no la procure rogar
si la puede acometer.)

¿En fin, no te persuades
á pagar mi amor honesto?

No.

BEATRIZ. Pues embisto.

SANCHO. *Sale* DOÑA INÉS *al paño.*

D.^a INÉS. ¿Qué es esto?

SANCHO. ¿Esto? nada, mocedades.

D.^a INÉS. ¿Pues cómo habéis profanado
mi opinión y fama toda?

BEATRIZ. Como se alarga la boda,
anda el hombre endemoniado.

D.^a INÉS. ¿Vuestra voluntad ingrata,
cómo mi honra atropella?

SANCHO. Yo no lo hacía por ella,
sino por tenerla grata.

D.^a INÉS. Advertid...

Sale DON FERNANDO.

D. FERNANDO. ¿Señor don Juan?

SANCHO. Don Fernando, bienvenido.

D. FERNANDO. Á buscaros he salido.

SANCHO. ¿Qué hay de nuevo?

D. FERNANDO. *(Ap.)* Hoy cesarán
mis dudas.

SANCHO. Acabad, pues.

(Ap.) ¿Qué querrá este viejo hablar?
D. FERNANDO. Solos hemos de quedar.—
Vete, Beatriz; vete, Inés.

SANCHO. (Ap.) Pues no se me ha de escapar
la Beatricilla tirana.

D.ª INÉS. Bajo á buscar á doña Ana;
yo la voy á consolar.

D. FERNANDO. (Ap.) ¿Cómo no le digo, pues,
de mi agravio estos extremos?

SANCHO. Señor suegro, ¿qué tenemos?

D. FERNANDO. Un empeño grande.

SANCHO. ¿Y es?

D. FERNANDO. Que al campo vais os exhorta
mi celo, que os desengaña.

SANCHO. ¿Pues qué importa ir á campaña?

D. FERNANDO. Es á reñir.

SANCHO. ¿Eso importa?

Mas si obedeceros trato,
¿por qué irritarme queréis?
D. FERNANDO. Porque un agravio tenéis.

SANCHO. Vos sois grande mentecato.

D. FERNANDO. Pues decid, ¿de qué inferís
ser yo necio y poco sabio?

SANCHO. Si yo no sabía mi agravio,
¿para qué me lo decís?

D. FERNANDO. Ó atrevido ó inhumano
que le deis la muerte espero,
porque está aquí el caballero
que dió muerte á vuestro hermano;

y fuese valor ó suerte,
cuando matarle intentó,
en vuestra casa le dió

á oscuras sangrienta muerte.
SANCHO. ¿Á oscuras fué?

D. FERNANDO. Á oscuras fué.

SANCHO. Pues no quiero acometerle,
que si aquél mató sin verle,
¿qué hará de mí si me ve?

D. FERNANDO. No vengaros será ultraje,
y aun cobardía será.

(Vase.)

SANCHO. ¿No miráis que sabe ya
cómo matar mi linaje?

D. FERNANDO. Que ese es temor, imagino.

SANCHO. Pues tomar venganza espero.
¿Quién es ese caballero?

D. FERNANDO. Es don Lope, mi sobrino.

SANCHO. Oh, pues si don Lope es,
templóse mi enojo ardiente;
basta ser vuestro pariente
para echarme yo á sus piés.

D. FERNANDO. Que toméis venganza elijo,
ó indignado ó valeroso,
que siendo de Inés esposo,
más sois vos, pues sois mi hijo.

SANCHO. Pues á morir se prevenga,
que ya á matarle me arrojo.

D. FERNANDO. No tan presto.

SANCHO. ¡Oh, si me enojo,
no hay demonio que me tenga!

D. FERNANDO. Con otra ofensa profana
vuestra nobleza.

SANCHO. Pues bien.

D. FERNANDO. Hay otro agravio también.

SANCHO. ¿Y es?

D. FERNANDO. Que ofendió á vuestra hermana.

SANCHO. ¿Cierto?

D. FERNANDO. Podéislo creer

SANCHO. Pues ya perdonarle intento.

D. FERNANDO. ¿Por qué?

SANCHO. Porque es juramento
de no reñir por mujer.

D. FERNANDO. ¿Esa es la llama inhumana
con que vuestro enojo ardió?

SANCHO. Señor, ¿he de andarme yo
hecho rufián de mi hermana,
si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde?

D. FERNANDO. Vive Dios, que sois cobarde.

SANCHO. Eso no toca á los suegros.

D. FERNANDO. Sí toca.

SANCHO. ¡ Hay tal incitarme !
Suegro cisma, y suegro eterno,
si porque he de ser tu yerno
procuras despavilarme,
haces mal, que es sin razón,
porque un duelo satisfaga,
que este yernicidio se haga
antes de la posesión.

D. FERNANDO. Sancho, palabra le ha dado
de reñir por vos aquí.

SANCHO. Pues que la cumpla por mí,
si la ha dado mi criado.

D. FERNANDO. ¿ Así un honor se desdora ?
¿ No reñís por vuestra hermana ?

SANCHO. Señor, reñir quiere gana,
y yo no la tengo ahora.

D. FERNANDO. Vive Dios...

SANCHO. ¡ Hay tal porfiar !
D. FERNANDO. ¡ Que así un temor os reporta !

SANCHO. Hombre ó suegro, ¿ qué os importa
que yo me salga á matar ?

D. FERNANDO. Que cuando espóso os elijo
de Inés, viendo esta templanza,
ó habéis de tomar venganza
ó no habéis de ser mi hijo ;
y sin que se satisfaga
el duelo, no hay que pensar,
que no os tengo de casar.

SANCHO. Oye, de ese mal me haga.

D. FERNANDO. Vive Dios...

SANCHO. ¡ Hay tal infierno
de hombre !

D. FERNANDO. Cobarde, villano.

SANCHO. No se tome tanta mano
usted, que aún no soy su yerno.

D. FERNANDO. La muerte daros sabré,
porque aunque me estoy templando...

Sale DON JUAN.

DON JUAN. ¿ Qué es aquesto, don Fernando ?

D. FERNANDO. Escucha, y os lo diré.

Porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido
que satisfaga esta ofensa.
Pero hace tanto desprecio
con saber ya su enemigo,
que al verle remiso digo
que es cobarde ó que es muy necio.
Y puesto que tan templado
deja vivo un deshonor,
pues no sabe ser señor,
sed señor y sed criado.
Cuerdo podéis enseñalle
á cumplir con su opinión ;
esta fué mi obligación,
don Lope espera en la calle,
hacedle tener valor,
criado á un tiempo y amigo,
que aunque es grande el enemigo,
es el agravio mayor.

Irrítadle vos aquí
pues templado se reporta,
que aunque á mí su honor me importa
á él le importa más que á mí.

DON JUAN. Pues decidme, como sabio,
¿ qué otro agravio hay que vengar ?

D. FERNANDO. Don Juan le podrá contar,
que don Juan sabe el agravio. (Vase.)

DON JUAN. Sancho, amigo, ¿ qué es aquesto ?

SANCHO. ¿ Fuése ?

DON JUAN. Ya se fué.

SANCHO. Pues hable :

dejemos aparte ahora
ficciones y disparates,
de mi amor y obligación
las bien seguras lealtades ;
no es tiempo de burlas este ;
dime, ¿ no desafiaste
por mí esta tarde á don Lope ?

DON JUAN. Sin llegar á declararme

le desafié.

SANCHO. ¿Por qué fué?

DON JUAN. Mis sospechas se declaren,
porque de Inés en el cuarto
le hallé atrevido y amante.

SANCHO. ¿No reñiste con él?

DON JUAN. No;
hasta hacer seguro examen
de su intento y de una ofensa
que es fuerza que honor te calle.

SANCHO. Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,
que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Extrema la indignación,
pon la razón de tu parte,
no se ultraje tu valor,
ya que tu honor se profane.
Don Lope ofende tu fama,
tu acero intente matarle,
que aunque tus celos ignoras
ignoras lo que más sabes:
aprovecha la ocasión
si no quieres que se pase,
su acero espera tu acero,
matarle intenta arrogante;
si no te hallare sangriento,
determinado te halle;
procura...

DON JUAN. Calla; tu voz
mis oídos no embaracen,
porque según me aconsejas,
parece que estoy cobarde;
dí, ¿qué ofensa puede ser
que á la de celos se iguale?

SANCHO. La del honor.

DON JUAN. Dices bien,
que en dos extremos tan grandes,
respeto en un mal del otro,
son, cuando más tibias arden

las ofensas, fuego activo,
los celos ceniza fácil;
mas, dime, Sancho.

SANCHO. Señor.

DON JUAN. Dime, ¿aquesta ofensa nace
de mis celos?

SANCHO. No, señor,
de otro agravio.

DON JUAN. No profanes
el sagrado de mi oído,
ó harás que intente matarte.

SANCHO. En mi vida, como tuya,
te he de permitir que mandes,
y no te quiero decir
ó tu desdoro ó tu ultraje
porque no podrás oírle
ni yo he de poder contarle.

DON JUAN. Bien haces, que si un agravio
es del honor, al contarle,
se hace el valor sentimiento;
pero cuando no se sabe
el nervio dél, el dolor,
valor atrevido se hace;
y si sabido ha de ser
mi valor dolor, más vale,
que el dolor se haga valor,
porque me irrite y le mate;
y dí, ¿don Fernando ahora
qué intenta?

SANCHO. Desagraviarte;
con ser su sangre don Lope,
procura vengar tu sangre.

DON JUAN. Y esta ofensa que tú callas
y que adivinan mis males,
¿sábenla todos?

SANCHO. Si.

DON JUAN. ¡Oh!
¡Aqueste incendio me abraze!
Y don Lope, tu enemigo,
me está esperando á que baje,

pensando que soy don Juan.
 DON JUAN. ¿Cómo haré para matarle
 donde sepan mi venganza
 los que mis desdichas saben?
 SANCHO. Sácale á campaña.
 DON JUAN. No,
 porque aunque se satisfacen
 en el campo las venganzas,
 en casos de honor tan graves,
 aunque venza á mi enemigo
 no quiero yo aventurarme
 á que no se cuente bien,
 que allí no lo mira nadie;
 y con mirarlo y saberlo,
 hay en Madrid lenguas tales,
 que cuentan los vencimientos
 á la luz de los desaires.
 SANCHO. Pues, señor, ya no se usa
 sacar la espada en la calle,
 que en las calles de la corte
 todas las guerras son paces.
 DON JUAN. Si yo tuviera una casa
 donde poder encerrarme
 con él...
 SANCHO. Espera, señor.
 DON JUAN. ¿Por qué?
 SANCHO. Porque en este instante
 se te cayó la pendencia
 en la miel; aquesta llave
 es de un cuarto de esta casa,
 que aunque es bajo, es cuarto grande,
 ahora me la dió Beatriz,
 y dijo que me bajase
 á habitar en él; tú puedes,
 pues él te espera, encerrarte
 con él, que si le das muerte,
 Inés y su anciano padre
 han de saber tu venganza
 y tú has de quedar triunfante.
 DON JUAN. Dices bien; pues baja, Sancho,

y llámale.
 SANCHO. Es disparate
 en cosas que importan tanto:
 ya bien puedes declararte;
 baja y dí que eres don Juan.
 DON JUAN. En vano me persuades,
 que si por sólo unos celos
 encubrí mi nombre amante,
 ¿cuánto más justo será
 que por mi honor me disfrace?
 Y así, en tanto que vengado
 todo este volcán se apague,
 sabe tú sufrir mi nombre,
 pues yo sé pasar mi ultraje.
 Dí, ¿qué quieres hacer?
 SANCHO. Esto.
 DON JUAN. Dame ahora aquesa llave.
 SANCHO. Toma ¿qué intentas? Acaba.
 DON JUAN. Ahora es fuerza que bajas
 á desafiarme, que yo
 oculto quiero aguardarle
 dentro del cuarto escondido,
 y una industria ha de vengarme
 que has de ver.
 SANCHO. Dime, señor,
 ¿en fin, he de desafiarme?
 DON JUAN. Sí.
 SANCHO. Y si le diese una priesa
 de reñir, y al mismo instante
 desatacase la espada,
 ¿cómo quieres que le ataje?
 DON JUAN. Hazle señas desde lejos,
 que él te seguirá al instante.
 SANCHO. Y dí, si es corto de vista
 y no viese las señas,
 ¿qué quieres que haga, señor?
 DON JUAN. Ya eso es pasar á cobarde.
 SANCHO. No es sino ser advertido;
 en fin, ¿quieres esperarle?
 DON JUAN. Dentro del cuarto estaré.

SANCHO. Mira que al entrar no guardes
que él embista, embiste tú,
que temo que se adelante.

DON JUAN. Parte al punto.

SANCHO. A obedecerte
voy como leal.

DON JUAN. Verásme,
si el cielo quiere, vengado,
que aunque no quiero escucharte
este agravio, mis discursos
son profetas de mis males.

SANCHO. Pues, señor, voy por don Lope.

DON JUAN. Pues ya yo voy á esperarle.

SANCHO. Soy tuyo.

DON JUAN. Hoy he de premiar
tu lealtad.

SANCHO. No me la pagues;
mucho más que yo en servirte
vienes á hacer en mandarme.

DON JUAN. Sancho, adiós.

SANCHO. Señor, adiós;
él, por quien es, hoy me saque
de ser criado y señor:
no sea el demonio que paguen
los Sanchos aquesta vez
lo que hicieron los don Juanes.

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ. Vino la señora noche
muy preciadita de madre
de las sombras, más cerrada
que colegio de estudiantes;
y á este cuarto principal
he bajado en este instante
de don Juan y su criado
las camas: aquí no hay nadie
que me escuche, aunque doña Ana
y mi señora no saben,
en ese jardín ocultas,
los intentos de su padre;
más há de una hora que están

hablando; plegue á Dios que hable
más que soldados que vienen
de los Estados de Flandes.
Yo solamente no tengo
á quien le cuente mis males;
pues vaya de soliloquio,
que en cuantas comedias se hacen
no he visto que las criadas
lleguen á soliloquiarse.

(Pone la luz sobre un bufete.)

Este criado, este hombrón
de linda presencia y talle,
me aficiona por lo tosco
y pica por lo arrogante.
He dado en pensar que es
desgarrado, y algo jaque,
y los bravos solamente
son los que me satisfacen.
Lleve el diablo las mujeres
que quieren lindos bergantes;
¿para qué es bueno un tacaño
que se esté mirando el talle
desde el alba hasta la noche,
que presume que te hace
el amor de merced, sólo
en permitir que le hables?
No es mejor un bravo, que entra
muy zaino, y dice:—¿Qué hace?—
¿Qué quiere que haga á las diez
de la noche yo? Esperarle.—
¿No he dicho que no me esperes?—
¿Pues qué he de hacer?—Acostarse.—
Y luego al punto me pega,
juntico de los gaznates,
seis manotadas—¿Que no?—
¿Él había de tocarme
en el pelo de la ropa?—
¿Oye?—Bien oigo.—Que calle
le digo.—No he de callar;
en mi casa estoy, infame;

(Vase.)

—Mire no demos al diablo de comer.—Con lo que él trae, ni de cenar le daremos;— y, en fin, con lindo donaire, en bofetadas y coces me da seis pares de pares. Esta es vida y este es hombre; pasemos más adelante. Llama un meliflúo á la puerta.— ¿Quién llama? ¿quién es?—Yo, abre.— Entra, y lo primero es irse al espejo á mirarse. Llegase luego la dama, y si ella quiere abrazarle, dice:—Mira esa valona, no sea que me la ajes.— ¡Que haya quien quiera á estos mandrias! ¡que haya mujer que los hable! pudiendo cualquiera dama tener, si quiere buscarle, no lindo que la requiebre, sino hombre que la maltrate; que si he de hablar la verdad, las bofetadas me saben (si son á tiempo) mejor que gallinas y faisanes.

(Meten una llave en la puerta de adentro en el vestuario.)

Pues volviendo á este criado, digo... mas la puerta abren por defuera, ó yo me engaño; y porque ahora no hallen á doña Ana y mi señora presumo que es importante echar este cerrojillo y avisarlas que se guarden.

(Echa un cerrojillo que ha de haber.)

¡Cé, señora! ¡Cé, doña Ana!
Salen DOÑA ANA y DOÑA INÉS.

D.^a INÉS.
BEATRIZ.

¿Qué hay, Beatriz?

¿No oís la llave

con que abren la puerta?

D.^a INÉS.

Sí.

BEATRIZ.

Pues subid antes que llamen por esta falsa escalera.

D.^a INÉS.

Á mí me importa quedarme en aquesta cuadra oculta.

BEATRIZ.

En la escalerilla es fácil.

D.^a ANA.

¿No ves que pudiera acaso bajar por ella tu padre?

D.^a INÉS.

Pues volvamos al jardín.

BEATRIZ.

¿Abriré la puerta?

D.^a INÉS.

Abre,

que desde aquí escucharemos para saber cuánto pase.

(Vanse las dos por donde se vinieron, y Beatriz tira el cerrojo, y vase tras ellas.)

BEATRIZ.

Tiro el cerrojo, y escurro la bola hacia aquesta parte.

Sale DON JUAN.

DON JUAN.

No acertaba, por Dios, á abrir la puerta; ahora importa que se quede abierta, poner la llave intento por de dentro, ya mi venganza halló felice centro.

En esta alcoba elijo recatado prevenirle mi industria á mi cuidado;

ya llegan, y yo quiero prevenir á mi honor mi ardiente acero:

hoy cobrará dichosa mi esperanza, ó la satisfacción ó la venganza. *(Escóndese.)*

Salen SANGHO y DON LOPE.

DON LOPE.

Ea, señor don Juan, solos estamos; ya es tiempo que cumplamos, pues son precisas las obligaciones, de una ofensa las dos satisfacciones;

y hallar quisiera, para no ofenderos, medio para poder satisfaceros;

pero pues ya supisteis vuestro agravio, pase al acero la pasión del labio,

que á una ofensa juzgada satisface la lengua de la espada.

Por una parte intento provocaros
y por otra también cuido templaros,
que hoy temo, vive Dios (decirlo quiero),
vuestra razón aún más que vuestro acero.

SANCHO. (Ap.) Por san Cosme bendito, que he entendido
que abrió mi amo la puerta y que se ha ido.

DON LOPE. Ea, irrité el acero vuestro brío.

SANCHO. Esto no quiere prisa, señor mío:

(Ap.) Él se fué, que dejó la puerta abierta.

DON LOPE. Acabad, y cerremos esa puerta.

SANCHO. Esperad.

DON LOPE. Ya la cierró. (Ciérrala.)

SANCHO. Entre puertas ya llevo pan de perro.

DON LOPE. Avivad de este fuego las cenizas.

SANCHO. Más estocadas hay que longanizas;
tiempo hay harto, señor. (Ap. ¡Por Jesucristo!
junto á esta puerta á mi señor he visto.)

Ea, señor, ¿qué esperas?
porque este hombre ha de darme para peras.

DON JUAN. (Ap.) Empieza, riñe para asegurarlo.

SANCHO. (Ap.) ¿Y si acaba conmigo al empezarlo?

DON LOPE. ¿No vibráis el acero penetrante?

SANCHO. Estoy haciendo cólera bastante:
sal, que ya empiezo.

DON LOPE. ¿Qué es aquesto?

SANCHO. Nada;

dejadme enderezar aquesta espada.

DON LOPE. Que suspendais vuestro valor me pesa.

SANCHO. Tuércese fácilmente, es genovesa.

DON LOPE. Acabad.

SANCHO. Vive Dios que un real no vale.

(Ap.) ¿A qué espera mi amo que no sale?

DON LOPE. Que no le importa de vuestro brío infiero,
que el valor obra más que no el acero.

DON JUAN. (Ap.) ¡Oh cielos! ¿Quién pudiera
reñir aquí con él sin que me viera!

(Sale Sancho con don Lope y retírase.)

SANCHO. Ea, pues.

DON LOPE. Sois valiente y arrojado.

SANCHO. Helo sido, mas ya se me ha olvidado.

(Ap. Ea, señor, arrójate valiente.)

DON LOPE. Bien reñís, vive Dios.

Bonitamente.

SANCHO. ¿Cómo yo mis impulsos no provoco?

DON LOPE. Mal me trata; esperad, tened un poco.

SANCHO. (Ap.) ¿Mi amo en qué imagina?

vive Cristo, que pienso que es gallina.)

DON LOPE. Decid, pues, qué os ataja ó qué os divierte.

SANCHO. ¿Vos no le disteis á mi hermano muerte
á oscuras?

Sí.

DON LOPE. (Ap.) Buen medio ha elegido
para reñir y no ser conocido.

SANCHO. Pues mi cordura á mi valor ataja,
que yo no he de mataros con ventaja;
á oscuras fué el matarle por vengaros,
y á oscuras, vive Dios, he de mataros.

(Mata la luz.)

Sale DON JUAN y riñe á oscuras con don Lope, y don Lope
sale herido.

Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
toma en él la venganza ó el castigo.

DON JUAN. Mataréle, pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

SANCHO. (Ap.) Pues yo donde él estaba estoy seguro.

DON LOPE. La luz muestra sus rayos en lo oscuro;
más valiente por Dios os he advertido;
viven los cielos que me habéis herido.

D. FERNANDO. (Dentro.) ¡Hola, Beatriz!

DON LOPE. Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.

DON JUAN. Sancho, sal otra vez.

SANCHO. ¿Qué dices?

DON JUAN. Presto.

Sale SANCHO y escóndese don Juan.

D. FERNANDO. Detened, esperad, don Juan, ¿qué es esto?

SANCHO. Esto, matar á aquel que me ha ofendido.

DON LOPE. Yo he de vengar mi sangre.

D. FERNANDO. ¿Estáis herido?

DON LOPE. Sí estoy.

- D. FERNANDO. ¿Es cuchillada ó estocada?
- SANCHO. En mi vida he tirado cuchillada,
que es de bobos, yo riño muy prudente.
- D. FERNANDO. No os tuve, vive Dios, por tan valiente.
¿Dónde es?
- DON LOPE. En este brazo es la herida.
- SANCHO. Esa es mi herida, no la erré en mi vida.
- D. FERNANDO. Y ahora vuestra señoría,
¿qué es lo que pretende hacer?
- DON LOPE. Yo quiero satisfacer
con vuestra sangre y la mía.
- D. FERNANDO. Uno airado, otro ofendido,
volved nobles á arrojaros,
que mucho más que á aplacaros
á irritaros he venido ;
que si al bajar arrojado
hallo solos á los dos,
de ninguno, vive Dios,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente
neutral mi pasión obligo :
uno es mi sangre y amigo,
y otro mi amigo y pariente.
Y puesto que no se ve
(según de los dos recelo)
satisfecho vuestro duelo,
reñid, que yo os miraré.
- DON LOPE. Pues es tan cuerdo, admitir
es fuerza vuestro consejo.
- SANCHO. En efecto, aqúeste viejo
me ha hecho por fuerza reñir.
- DON LOPE. Ya la ira me obliga aquí
á irritaros inhumano ;
yo dí muerte á vuestro hermano
y á vuestra hermana ofendí :
y así, atrevido y osado,
todo mi ardor os provoca.
- Sale DON JUAN.
- DON JUAN. Esa venganza le toca
sólo á don Juan de Alvarado,

- y así el acero indignad.
- DON LOPE. ¿Pues quién es don Juan aquí?
- DON JUAN. Yo soy don Juan.
- SANCHO. Es así.
- DON LOPE. ¿Y este es Sancho?
- SANCHO. Así es verdad.
- DON JUAN. Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agravio adivinado,
pero averiguado no.
Y así, para castigarle
me hizo esfuerzos el sentirle,
que una cosa es presumirle
y otra cosa es escucharle :
que soy don Juan bien se ve,
y también á escuras fui
el que primero os herí
y el que ahora os mataré :
á mi sospecha ofendida
tiró el indicio otra flecha,
y así vengué la sospecha
con la sangre de esa herida.
Mas ya que escuchó mi suerte
mi agravio de vuestro labio,
para sanear el agravio
he de comprar vuestra muerte ;
y así las satisfacciones
prometidas se verán ;
mirad si sabe don Juan
cumplir sus obligaciones.
- D. FERNANDO. Decid, ¿por qué cauteloso
tan oculto habéis estado?
- DON LOPE. ¿Por qué habéis disimulado
el nombre?
- DON JUAN. Estuve celoso.
- D. FERNANDO. ¿Pues de quién los celos son?
Decid el indicio aquí.
- DON LOPE. ¿De quién?
- DON JUAN. De vos, pues os vi
bajar por ese balcón.

DON LOPE. ¿Vos lo visteis?

DON JUAN. Y después,
ó amante ó determinado,

os hallé oculto y cerrado
dentro del cuarto de Inés.
DON LOPE. Pues ¿por qué se declaró,
guardando ardor tan violento,
aquí vuestro sentimiento?

D. FERNANDO. ¿No tenéis ya celos?

DON JUAN. No.

DON LOPE. Pues publiquen vuestros labios
estos dudosos recelos:
¿por qué no tenéis ya celos?
decid.

DON JUAN. Porque tengo agravios:
amor tuve con desvelos
iguales á mi dolor,
y así como en el amor
hallan propiedad los celos,
á un tiempo advertí y dudé
cautelosamente sabio;
pero en sabiendo mi agravio
de mis celos me olvidé.
Que si en dudas y recelos
de aquel repetido ardor
hay celos donde hay amor,
donde hay agravios no hay celos.

DON LOPE. Aunque ya como enemigo
vibras la espada en la mano,
advertid que vuestro hermano
era mi mayor amigo.
Y aunque á oscuras, torpe y ciego
á don Diego muerte dí,
pero como no le ví
no supe que era don Diego.

D. FERNANDO. Y en mi crédito se allana
esta verdad que os abono.

DON JUAN. Pues esta ofensa os perdono,
y paso á la de mi hermana:
hoy mi venganza me llama

mucho más que mi rigor:
mi hermana está sin honor
y mi honor está sin fama;
y á satisfacer primero
el duelo esta ofensa aspira,
que esta pasión pide ira,
y esta ofensa pide acero.

DON LOPE. Cuando yo ofendí á doña Ana,
de un error nacieron dos,
que tampoco, vive Dios,
supe que era vuestra hermana,
que antes perdiera la vida
avergonzado y corrido.

DON JUAN. ¿Y por no haberlo sabido
deja de estar ofendida?

DON LOPE. Ahora bien, ahora os muestro
lealtad con que os mitigo,
pues don Diego fué mi amigo,
yo lo quiero ser más vuestro;
si por templar los recelos
de vuestros discursos sabios
os quitase los agravios,
quedarais vos con los celos.
Decid, ¿no los templaré
si halláis nuevas recompensas?

DON JUAN. Acabadas las ofensas
tengo amor y los tendré.

DON LOPE. Y si con nuevos desvelos
que han de pronunciar los labios
satisfago los agravios
y satisfago los celos:
¿no corregirá advertida
hoy vuestra sospecha fiera
duelo y amor?

DON JUAN. Eso fuera
darme honor y darme vida,
y mitigareis así
todas mis sospechas.

DON LOPE. Pues
sabed que yo quise á Inés.

y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasión,
viéndome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto y el balcón.

Y puesto que honores gano,
á satisfacer se allana
con la mano de doña Ana
la sangre de vuestro hermano;
y si al sí de nuestros labios
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Inés
ni habrá celos ni habrá agravios.

DON JUAN. Nuevo honor en esto gano:
¿pues dónde las dos están?

Salen DOÑA ANA y DOÑA INÉS.

D.^a INÉS. Esta es mi mano, don Juan.

D.^a ANA. Esta, don Lope, es mi mano.

DON JUAN. Así mi honor se remedia.

DON LOPE. Ya no es mi amor tan ingrato.

SANCHO. Pues vuélvame mi retrato
y tenga fin la comedia;
y acabarla presto es
porque un vitor alcancemos,
que Beatriz y yo podemos
irnos á casar después.

ÍNDICE

	Pág.
Advertencia preliminar.	v
Del Rey abajo ninguno, y labrador más honrado Gar- cia del Castañar.	7
Entre bobos anda el juego, D. Lucas del Cigarral.	79
Lo que son mujeres.	165
Donde hay agravios, no hay celos, y amo criado.	253



FONDO BIBLIOTECA GENERAL
DEL

y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasión,
viéndome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto y el balcón.

Y puesto que honores gano,
á satisfacer se allana
con la mano de doña Ana
la sangre de vuestro hermano;
y si al sí de nuestros labios
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Inés

ni habrá celos ni habrá agravios.

DON JUAN. Nuevo honor en esto gano:
¿pues dónde las dos están?

Salen DOÑA ANA y DOÑA INÉS.

D.^a INÉS. Esta es mi mano, don Juan.

D.^a ANA. Esta, don Lope, es mi mano.

DON JUAN. Así mi honor se remedia.

DON LOPE. Ya no es mi amor tan ingrato.

SANCHO. Pues vuélvame mi retrato
y tenga fin la comedia;
y acabarla presto es
porque un vitor alcancemos,
que Beatriz y yo podemos
irnos á casar después.

ÍNDICE

	Pág.
Advertencia preliminar.	v
Del Rey abajo ninguno, y labrador más honrado Gar- cia del Castañar.	7
Entre bobos anda el juego, D. Lucas del Cigarral.	79
Lo que son mujeres.	165
Donde hay agravios, no hay celos, y amo criado.	253



FONDO BIBLIOTECA
DEL



UEV
OTEC